

amos a romper las norm

*Beatriz
López-Terradas
Rodríguez*



1900



1900
1900

Vamos a romper las normas

Beatriz López-Terradas Rodríguez

Ilustrado por Eva López-Terradas Cots

© 2019, Beatriz López-Terradas Rodríguez
Correcciones: Ramos de Olivo Ediciones
Diseño de cubierta: Eva López-Terradas Cots
Maquetación: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Agradecimientos

Quiero agradecer esta novela principalmente y en primer lugar a mi prima Eva LópezTerradas Cots, que ha hecho tanto la portada como la contraportada del libro. A Raquel Ramos Nevado, que se ha encargado de la corrección y la maquetación de la novela. Y a mi familia, principalmente a mis padres; a mis amigos, y a todas aquellas personas que compren esta novela, ayudándome así a una mayor expansión de la misma.

CAPÍTULO 1

Mi nombre es Anastasia. Ahora mismo tengo 15 años y nunca he conocido a mis padres, no tengo ni idea de quiénes son y ni siquiera sé si siguen vivos. Siempre he vivido en un orfanato de Tenebrina rodeada de otros niños huérfanos como yo. Pero, a diferencia de mí, los otros niños sí que tenían idea de quiénes fueron sus padres, ya que cada niño llegó con una historia detrás de quién había sido su familia.

En mi caso, cuando me llevaron a este orfanato, no debieron de llevar ninguna historia conmigo. Las personas que trabajan aquí me contaron que no tenían ni idea de quién me había traído. Simplemente oyeron unos llantos y, al abrir la puerta de entrada al orfanato, allí estaba yo, un bebé recién nacido llorando dentro de una cestita.

Todos mis compañeros huérfanos saben que sus padres están muertos, pero yo, como no tengo ni idea de qué ha sido de ellos, tengo la esperanza de que sigan vivos, ya que alguien tuvo que llevarme hasta este orfanato.

No sé si debo sentirme agradecida y feliz por la vida que he tenido hasta ahora o por el contrario no sentirme tan agradecida, ya que nunca he conocido otra forma de vida que no sea la que hay en este sitio. Así que decidí considerarme agradecida, ya que, además, yo era la única chica del orfanato que tenía la esperanza de que sus padres seguían vivos. Y, tal vez, como el resto de los niños sabían que sus padres estaban muertos, por eso solían estar siempre tan tristes y apagados. Bueno, aunque el resto de los profesores también solían estar siempre tristes y apagados, pero, a pesar de eso, eran bastante majos.

Por lo visto, cuando llegué en mi cestita a este orfanato, lo único que llevaba conmigo era una manta de rayas azules y amarillas que me abrigaba y un papel que acreditaba mi fecha de nacimiento con la hora y el lugar exactos, la cual no la voy a decir porque no me parece importante, aunque aquí, por lo menos en este lugar, sí que parecía que eso de saber tu fecha exacta de nacimiento era algo muy importante, ya que a partir de los 12 años nos dividían en grupos según nuestra fecha de nacimiento, y en cada grupo se estudiaba una cosa distinta. Por un lado, estaban los de la rama sanitaria; por otro, los de defensa de la sociedad; por otra parte estaba la rama económica; por otra, la rama de los maestros, etc. Y había muchas más ramas, pero no las voy a decir todas, que no me acuerdo. Además, por lo visto, a los 17 años nos enviaban a otro lugar que ya no tenía el nombre de orfanato, sino que se llamaba escuela, y allí nos juntaban con otros niños que sí tenían padres.

Yo, por lo visto, según mi fecha de nacimiento, pertenecía al grupo de defensa de la sociedad, que era un grupo que me molaba bastante, así que debía de ser muy chula mi fecha de nacimiento. Y es que en este mundo estaba totalmente prohibido que no se supiese la fecha ni el lugar de nacimiento exacto de ningún niño. En el caso de que no se supiese la fecha del bebé habría que llevarlo al Gobierno de inmediato y aquellas personas que lo habían llevado no tendrían posibilidad de volver a ver al niño. Yo veía esa ley demasiado dura e injusta, pero por lo visto el Gobierno decía que era por el mayor bien de la humanidad, y todo el mundo parecía estar conforme, nadie protestaba. Y, bueno, también que como era una ley tan durilla, no se daba nunca el caso de que no se supiese nunca la fecha de nacimiento exacta de ningún niño.

A mi forma de ver las cosas, el orfanato era un lugar lleno de normas y eso yo creo

que lo hacía que fuese excesivamente rutinario y bastante gris y apagadillo. Todos los días teníamos que hacer cada cosa a la misma hora, nos teníamos que levantar a la misma hora, que eso era a las 07:00, cuando los profesores entraban en nuestras habitaciones diciendo: «Muy buenos días. Ya es hora de levantarse, que hay muchas cosas que hacer. Un gran día os está esperando». Y con sus mandos le daban a un botón para que se levantasen las persianas y la luz del sol nos ayudase a despertarnos.

A las 07:20 ya teníamos que estar vestidos y aseados en el gran comedor, porque llegaba la hora del desayuno, el cual, por lo menos, no tanto como la comida y la cena, pero solía variar. Primero, desayunábamos una pieza de fruta, que cada día era una distinta, aunque las que más se repetían eran las naranjas y las fresas, que eran las que más nos gustaban a nosotros y a los cocineros. Después, unos días desayunábamos cereales de avena ecológica, otros días de trigo sarraceno, otros tomábamos aguacate con tomate y había un día especial en el que desayunábamos tortitas. Estas, por lo visto, tenían manzana, huevos ecológicos, trigo sarraceno, canela y sal. Ese plato y el de aguacate con tomate eran mis dos desayunos favoritos.

A las 08:00 ya teníamos que haber terminado de desayunar y a las 08:15 ya debíamos estar según nuestras fechas de nacimiento y nuestras edades en nuestras clases con los dientes lavados, preparados para comenzar con la materia.

A las 12:00 teníamos un descanso de media hora para hablar con nuestros compañeros, ya que en clase solo podíamos hablar con el profesor y para ello teníamos que levantar la mano. En ese descanso yo me juntaba siempre con mis tres mejores amigos, que se llamaban: Beatriz, Lorena y Enrique. Y, por suerte, los tres teníamos la misma edad y éramos de la rama de defensa de la sociedad, por lo que íbamos a las mismas clases.

Después del recreo, teníamos clase hasta las 14:00. Y de 14:00 a 15:00 era nuestro horario para comer en el comedor, que, por cierto, era el lugar donde realizábamos las tres comidas del día. Posteriormente, de 15:00 a 17:00 teníamos de nuevo clase. Luego, solamente mi grupo, de 17:00 a 19:00 teníamos que estar en la biblioteca del orfanato estudiando con un silencio absoluto, y el resto de los alumnos que pertenecían a ramas diferentes de 17:00 a 20:00, ya que nosotros teníamos que realizar ejercicio en el orfanato del gimnasio de 19:00 a 21:00 y el resto de los alumnos de 20:00 a 21:00. Después, nos dejaban media hora para ducharnos y vestirnos, y a las 21:30 teníamos que estar todos en el gran comedor listos para cenar.

Una vez terminásemos, se nos exigía seguir estudiando una hora más en la biblioteca, de 22:00 a 23:00. Y de 23:00 a 24:00 teníamos una hora libre para hacer lo que quisiésemos: seguir estudiando, estar con nuestros amigos, leer algún libro, ir al jardín a ver las estrellas (era donde íbamos en el momento del descanso, para que nos diese un poquillo la luz del sol), o lo que quisiésemos hacer.

Las 24:00 era la hora a la que nuestro día llegaba a su fin y teníamos que estar todos a esa hora metidos en nuestras respectivas camas, ya que era en ese momento cuando los profesores pasaban por nuestras habitaciones para darnos las buenas noches y comprobar que todos estábamos acostados.

El sábado y el domingo eran mis días favoritos de la semana, bueno, los míos y los del resto de personas que había en el orfanato, ya fuesen cocineros, profesores o

alumnos, excepto los que se encargaban de la limpieza, que aprovechaban esos dos días para limpiar el orfanato. Y eran nuestros días favoritos porque de los siete eran los únicos dos días en los que no existía la rutina; nos teníamos que acostar y levantar a la misma hora, pero, quitando eso, cada sábado y cada domingo eran diferentes. Bueno, algunos se repetían un poco, pero había muchísima más variedad. Por poner unos ejemplos: un sábado nos llevaban al parque de atracciones y el domingo al cine; un día, al teatro y otro, teníamos una fiesta al aire libre; otro, íbamos al zoo, y al siguiente visitábamos un lugar nuevo de Tenebrina; otro, íbamos a la bolera y, al día siguiente, a una discoteca por el día...

Siempre soñábamos con el fin de semana, era nuestra forma de distraernos de nuestras apagadas vidas. También salíamos más de nuestra rutina cuando teníamos muchos días de fiesta seguidos, y eso era dos semanas en invierno y otras dos semanas en verano. Yo me pasaba el resto de la semana de cada rutinario día soñando con el fin de semana y con aquellas vacaciones que nada tenían que ver con lo que era el resto de nuestra vida. Aunque, por lo menos, lo que estudiaba, en mi caso, era algo que me encantaba, cosa que no sucedía con la mayoría de mis compañeros. A algunos, al igual que a mí, sí que les gustaba lo que estudiaban, pero a muchos de ellos les atraían más otras cosas.

A los 12 años, cuando nos dividieron según a lo que nos íbamos a dedicar, me di cuenta de que lo que estudiábamos, sobre todo la parte más práctica en la que teníamos que aprender defensa personal, se me daba bastante mejor que al resto de mis compañeros. Además de que conforme iban pasando los meses, me iba dando cuenta de que incluso iba mejorando y progresando mucho más rápido que los demás. Me imagino que eso era porque estaba haciendo algo que me gustaba. Porque también aquellos que al igual que a mí les gustaba lo que estudiaban, avanzaban más deprisa. Bueno, y también tengo que decir que yo era muy empollona, pero exageradísima empollona. De esto de que en vez de despertarme a las 07:00 con la voz de nuestros profesores, me solía despertar a las 06:00 y, como éramos muchos en la habitación, no podía dar la luz, por lo que me iba al baño con mis libros y allí con la luz encendida estudiaba, y 5 minutos antes volvía a la habitación para hacerme la dormida cuando venían los profesores. Bueno, intentaba que fuese a las 06:00 cuando me despertase, porque nos habían dicho nuestros profesores que teníamos que dormir un mínimo de 6 horas. Pero me pasaba algún día que sin querer me despertaba a las 05:00 o así, por lo que esa mañana pasaba más rato en el baño sentada en la taza del váter estudiando.

Además, cuando nos tocaban las dos horas de gimnasio (los sábados y los domingos no hacíamos ejercicio, que se me había pasado decirlo), yo aprovechaba esas horas como una loca, daba todo lo que podía en cada ejercicio que tenía que hacer. Teníamos un entrenador personal que se llamaba Carlos y nos decía lo que debíamos hacer, y yo siempre daba el máximo que podía de mí. De hecho, mi entrenador me decía de vez en cuando que había estado un poco asustado por si acaso me pasaba algo:

—Anastasia, por ir siempre tan al límite, un día te va a pasar algo y vamos a tener todos un gran disgusto, sobre todo yo, que se me va a caer el pelo —me decía mi entrenador.

—Tú tranquilo, que a mí eso de controlar cómo estoy se me da muy bien.

—Esperemos que sea así, que no quiero que me despidan y perdería de mi vista a una chica muy luchadora.

—Ja, ja, ja. Gracias.

—No, es verdad. Me pareces una muchacha bastante luchadora y mucho más feliz que la mayoría de la gente que hay aquí y creo que eso es en parte porque eres alguien con sueños, con algún propósito. Cosa que, por la manera en que está organizada esta sociedad, es difícil de encontrar.

—No sé. No hablo de mis sueños con nadie, la verdad.

—Porque en Tenebrina no es algo que esté demasiado bien visto. Pero bueno, tú sigue así siempre, con esas ganas tan grandes de progresar.

El ir tan a tope siempre me merecía mucho la pena, porque cuanto más lo daba todo, la sensación con la que salía del gimnasio era más increíble. Aunque, a ver, eso sí, que yo no soy perfecta ni tengo ninguna intención de serlo, había algunos días en los que estaba así más cansadilla y no iba tan a tope como solía ir. Esos eran los días que más me animaba mi entrenador y más tranquilo estaba:

—Hoy no has dormido bien, ¿eh? ¿Qué pasa? ¿Que te has levantado a las 5 y te has ido como siempre al baño a estudiar?

—Sí. Hoy no sé por qué, pero me he despertado antes de lo que me hubiera gustado. Pero, bueno, mejor, así he aprovechado para estudiar más, que mañana tenemos un examen.

—Pues sí, mira qué bien que te ha venido y, además, que así yo he pasado un rato más relajado. Que cuando duermes bien la intranquilidad se me manifiesta.

—Bueno, pues tú estate tranquilo siempre, que yo ya sé que mi salud está antes de todo, así que no creo que me vaya a pasar nunca nada malo y, si me pasa, pues ¡qué le vamos a hacer!, mala suerte.

Aparte de que el orfanato me parecía un lugar muy de normas, todos los profesores, los cocineros y hasta mis compañeros también me parecían personas a las que sí les gustaban las reglas. Cosa que, a mí, la verdad, es que, como ya he dicho, no me molaba mucho; yo era más bien muy antinormas

La gente de mi orfanato decía que las normas eran totalmente necesarias para que las cosas funcionasen como deberían, porque si nadie mandase, si no hubiese que seguir una normativa todos y cada uno de los días de nuestra vida, el mundo sería un auténtico caos. Además, si queríamos llegar lejos cada uno de nosotros y ser los mejores que podíamos llegar a ser en aquello a lo que nos dedicásemos de mayores, sí o sí teníamos que seguir unas normas impuestas por otros para poder cumplir cada día con nuestro cometido. Porque si uno se hacía independiente y no seguía nada impuesto por los demás, le iba a costar muchísimo más trabajo mental cumplir con su cometido cada día y, por tanto, iba a renunciar a ser la mejor versión de sí mismo en cuanto al plano profesional. Por lo que, también, según los profesores de mi orfanato, si no existían las normas ni las jerarquías, el mundo se derrumbaría y nunca llegaría a ser su mejor versión. De esta manera, para no perder el tiempo y trabajar en nuestro deber, había que evitar hacerse cualquier tipo de pregunta que pudiese poner en duda el sistema de Tenebrina.

— ¿Y quién está en lo alto del todo? — recuerdo que le pregunté un día a mi profesora Manuela cuando era más pequeña.

— En lo alto de todo están los políticos, porque son los más fuertes y, por tanto, no necesitan a nadie que les mande para cumplir con sus obligaciones.

— Pues yo de mayor quiero ser política, que a mí no me gusta que nadie me mande.

— Ja, ja, ja. Pero tú has nacido para proteger a la sociedad de las malas personas, que también es un trabajo muy bonito. A mí, de hecho, me gusta más que el de ser política.

— Me da igual, yo prefiero ser política, que a mí no me gustan nada las órdenes. Además, ¿por qué no puedo ser las dos cosas?, que también me gusta mucho eso de proteger a la gente.

— Ja, ja, ja. ¡Qué graciosa! No puedes dedicarte a ambas cosas porque cada persona solo se dedica a un solo trabajo. Con lo ajustado que tenemos todos el tiempo, solo nos podemos dedicar a una sola cosa. Además, uno puede ser excepcional solo en una sola cosa, no en más. Si nos dedicamos a varias cosas perdemos tiempo para dedicarnos a aquella cosa para la cual hemos nacido y, por lo tanto, al no emplear todo nuestro tiempo en esa única cosa, no somos lo suficientemente buenos en ella y así esta sociedad no puede mejorar de la mejor manera posible, porque todos formamos parte de esta sociedad. Y para que esta funcione de la mejor forma, cada persona realiza una función.

Unos habrán nacido para ser médicos, otros políticos, otros profesores, otros policías... — ¡Pues vaya mierda! A mí no me gusta nada esta sociedad.

— ¡Anastasia, no seas mal hablada! Aquí no te hemos enseñado a hablar así.

— Yo hablo como me da la gana, que yo a ti no te digo cómo tienes que hablar.

— Muy bien, pues estás castigada.

Y en ese momento me escapé corriendo para que no me castigasen.

Por otro lado, aunque como ya he dicho, me consideraba bastante distinta al resto de la gente, me llevaba bastante bien con el resto de mis compañeros y profesores, sobre todo me llevaba genial con mis tres mejores amigos que ya he nombrado anteriormente: Beatriz, Lorena y Enrique. Ellos hacían que el orfanato fuese un lugar mucho más bonito en el que vivir, aunque tampoco es que fuesen excesivamente alegres, pero sí algo más que el resto de mis compañeros, o al menos eso me parecía a mí.

En el descanso entre las clases siempre estábamos juntos y nos lo pasábamos muy bien, nos reíamos mucho, y eran personas que sabía que, pasase lo que pasase, siempre iban a seguir formando parte de mi vida. Habíamos sido amigos casi desde siempre; desde los comienzos de mi vida en el orfanato ya nos hicimos muy amigos.

De pequeños también nos lo solíamos pasar siempre muy bien, sobre todo haciendo travesuras. Un día, como en el orfanato había bastantes animales (perros, conejos, tortugas, peces y gallinas) que vivían por el jardín del orfanato, nos llevaron a verlos y, en esa ocasión, nos dio por coger del jardín a un conejito cada uno. Eran muy bonitos, unos de color negro y otros de color blanco con unos preciosos ojos azules, y nos dio por meterlos en nuestra clase. Al principio los escondimos y, cuando la profesora comenzó a dar la clase, los dejamos salir. De repente, algunos compañeros de la clase, incluidos nosotros cuatro, nos empezamos a reír y la profesora no entendía qué era tan

gracioso, hasta que vio a los cuatro conejos corriendo por la clase. Se enfureció mucho y dijo que si no salía el responsable nos iba a castigar a todos. Y como a nosotros no nos dio por salir, nos castigaron a todos. El castigo consistió en estar un mes sin ir a ver a los animales.

Otra vez nos dio por soltar a las gallinas en la clase, pero ahí nos resultó más difícil el esconderlas y sí que nos pillaron y nos castigaron sin salir fuera del orfanato aquel fin de semana. Y, en otra ocasión, tiramos bombas fétidas por todo el orfanato. Por suerte esa vez no castigaron a nadie, porque, aunque los profesores ya se imaginaban que habíamos sido nosotros, no tenían ninguna prueba y no querían castigar al orfanato entero.

Las travesuras siempre eran idea mía, porque quería hacer algo distinto para que la gente no estuviese siempre en ese plan tan depresivo y, sobre todo, para divertirme yo un poquito más.

Pero cuando nos hicimos más mayorcitos dejamos de hacer esas bromas que tanto nos habían divertido de pequeños, y ahora con mis 15 años, que ya he mencionado antes que tengo, nos divertimos de otra manera.

Como parece que nuestra vida ya está planeada desde el momento en el que nacemos, por las noches nos divertimos viendo series de televisión, un rato solo, que a las 12:00 como ya sabéis, tenemos que estar en la cama. Durante el descanso de las 12:00 solemos quedarnos hablando sobre diferentes temas: las cosas que hacemos en nuestro día a día, anécdotas del pasado, series, películas y vídeos cómicos de YouTube, en qué consistirá nuestro trabajo dentro de unos pocos años... Aunque a mí siempre me ha inquietado el tema de lo bonita que podría ser la vida si cada persona tuviese la libertad de ser absolutamente todo aquello que quisiese ser, sin que fuese esto algo que le hubiesen impuesto.

Me gustaba soñar con lo preciosa que podría ser nuestra aventura si no existiesen tantas normas, si cada uno de nosotros pudiese dedicar cada uno de sus días a hacer lo que más quisiese hacer. Pero estos temas no solía hablarlos con mis amigos, ya que a ellos les parecía que no existía esa posibilidad en nuestras vidas y tampoco se les veía interés en que pudiese existir.

Un día, estábamos en nuestra media hora de descanso hablando en el jardín del orfanato:

—Chicos, ¿qué tal? Ya solo nos quedan dos años para irnos de este orfanato. ¿No os hace ilusión? —les pregunté.

—Pues no sé qué decirte —me contestó Bea—. A mí esto de cambiar de sitio a un lugar nuevo donde nunca hemos estado, no es que me haga mucha gracia, aunque, bueno, por lo menos estaremos los cuatro juntos.

—Pues yo sí que tengo ganas —dije—. Que está muy bien la vida en este orfanato, pero ya me apetece cambiar.

—A mí no me molan nada los cambios —dijo Enrique.

—Ni a mí —dijo Lorena.

—Pues a mí sí que me gustan —dije—. Me parece que le pueden dar más emoción a las cosas.

—Yo no le veo ninguna emoción a los cambios, es más, si no existiesen, yo creo que

sería incluso más feliz —dijo Bea.

—Yo también —dijeron mis otros dos amigos a la vez.

—Pues yo al revés. Me gustaría que mi vida fuese algo diferente a lo que es.

—La vida es como tiene que ser. No entiendo por qué quieres que sea diferente —dijo Bea.

—Porque creo que tanta norma no me deja ser quien de verdad quiero ser —expliqué.

—¿Y quién quieres ser? —me preguntó Bea.

—Pues no sé, pero aquí me veo muy limitada.

—Pues yo me veo muy bien —dijo Lorena.

Y los otros dos contestaron que ellos dos también se veían muy bien.

Desde ese día que tuve aquella conversación mis amigos, me empecé a sentir un poco más sola, ya que, aparte de que no tenía ni idea de quiénes eran mis padres, me di todavía más cuenta de que, por lo menos en ese orfanato, no había nadie que me comprendiese. Todo el mundo pensaba diferente de cómo pensaba yo, todos eran completamente distintos a mí. Parecía que no existía nadie a quien le hiciesen feliz las mismas cosas que a mí me hacían feliz. Así que, ese día, al abrir más los ojos y ser de verdad consciente de lo que hasta ahora había estado ignorando, comencé a sentir una mayor tristeza e incompreensión dentro de mí. Sin embargo, se me pasó al aceptar que en ese momento las cosas eran así. Por la razón que fuese, que no tenía ni idea de cuál era, en la forma de pensar yo era muy diferente del resto.

Iban pasando los días y fui decidiendo pasar del tema, ya que no me molaban nada las discusiones y porque lo mismo cuando nos llevasen al nuevo colegio para volver a dividirnos en grupos según nuestras profesiones, tal vez encontrase a alguien que me comprendiese y que pensase más parecido a como pensaba yo. Aunque, bueno, por otro lado, también me molaba pensar diferente al resto, ya que uno de mis sueños era llegar a cambiar las cosas a mejor, eso sí. Y sentía que un día eso se iba a hacer realidad.

CAPÍTULO 2

Pasaron 2 años y llegó el día en que nos cambiaron a un colegio donde nos juntaron con otras personas que no eran huérfanas y nos volvieron a dividir según cuál iba a ser nuestra profesión.

A Lorena y a Enrique les había tocado ser bomberos, mientras que a mí y a Beatriz, policías, por lo que fuimos a la misma clase.

Como nosotros, y algunos compañeros, no teníamos padres, pero el resto de los compañeros sí, el Gobierno hizo que los padres de algunos de nuestros compañeros nos adoptasen y, a cambio, este les daba una suma importante de dinero al mes hasta que dejásemos su casa. A mí me adoptaron los padres de una compañera llamada Roberta, que también estaba conmigo en la clase de policías. Era una chica bastante maja, y sus padres, Sergio y Cristina, también; bueno, y el resto de mis compañeros de clase también, así que allí hice nuevas amistades. Pero la gente era igual de depresiva, de triste y de apagada que en el orfanato y, según iban pasando los días y algún que otro año, me iba dando cuenta de que tampoco existía nadie que pensase un poco más parecido a mí.

Desde aquella conversación que había tenido con mis amigos cuando tenía 15 años había decidido que, para evitar posibles discusiones, iba a intentar no mostrar mi verdadera opinión acerca de las normas, hasta que un día, a mis 21 años, cuando se suponía que ya finalizaban mis estudios e iba a pasar a ser una agente de la policía, me harté totalmente y decidí mostrar cuál era mi verdadera opinión acerca de cómo estaba el sistema. Volvíamos a clase después del descanso y una vez nos hubimos sentado todos los compañeros, incluido el profesor Samuel, me dio por preguntarle algo a este antes de que pudiera empezar a dar la materia.

—Samuel, ¿por qué estamos obligados desde el día en que nacemos a dedicarnos a un determinado trabajo y no podemos cambiar nunca eso?

Me sorprendió mucho la cara que puso en aquel momento el profesor; parecía que no se podía creer aquello que le acababa de preguntar.

—Porque así son las normas, señorita Anastasia, y ni ahora ni nunca se van a poder cambiar. Que os dediquéis al trabajo para el que habéis nacido es algo absolutamente necesario para que esta sociedad progrese y funcione como debe funcionar.

—Entonces, ¿es necesario vivir en una cárcel para que esta sociedad funcione? —le pregunté con algo de rabia en la voz.

—Nadie ha hablado de cárcel, señorita, solo usted. Así que mejor esté callada, que tenemos muchas cosas que aprender hoy en clase.

—No me parece que esta sociedad vaya a progresar más si cada uno de nosotros no tiene libertad para tomar decisiones por sí mismo y actúa como un robot que obedece las órdenes de los que están en lo más alto.

—Haga el favor de callarse o la echo de clase.

—Yo solo digo lo que pienso, ¡porque me parece una injusticia!

—¡Cállese! —dijo con voz autoritaria, y luego comenzó a dar la clase como si nada hubiese pasado.

Dio la clase igual que siempre, pero me di cuenta de que de vez en cuando me miraba con mala cara. Y creo que nunca le había dado por mirarme así. Parecía como que había visto que yo era alguien que no se esperaba.

—Anastasia, ¿qué te ha pasado hoy en clase? —me preguntó mi amiga Bea una vez hubo finalizado la clase, cuando ya estábamos recogiendo porque nos íbamos cada uno a nuestra casa.

—A mí nada. Que no entiendo por qué la vida es así. No sé por qué las cosas no podrían ser de otra manera.

—Ya te lo ha dicho Samuel, porque es lo necesario para que este sistema funcione.

—¿Y tú estás de su parte?

—Yo estoy de parte de lo que es mejor para todos.

—¿Y crees que vivir prisioneros sin tener nuestros propios sueños es lo mejor para todos?

—No vivimos prisioneros.

—Sí que vivimos prisioneros. ¿Tú te consideras dueña de tu vida?

—Claro.

—¿Cuántas decisiones importantes has tenido que tomar en tu vida?

—No sé, no pienso en esas cosas.

—Yo, en mi caso, sí lo sé: ¡ninguna! Por suerte, el trabajo que voy a tener en un futuro sí que me gusta, pero imagínate que no fuera así, como les pasa a algunas personas, o imagínate que quiero trabajar en más cosas aparte de policía.

—Es necesario que trabajemos en aquello para lo que hemos nacido. El Gobierno nos hace ese favor de tomar esa decisión por nosotros. Yo, por lo menos, creo que estaría perdidísima si tuviese que elegir a qué me quiero dedicar. Y a esas personas que dices tú, puede que no les guste en un principio, pero seguramente les gustará en un futuro, porque es para lo que de verdad están aquí. Aparte de que todavía no estamos ejerciendo nuestra profesión, por lo que no sabemos con seguridad si nos puede gustar o no.

—Yo, lo que sí que sé con seguridad absoluta es que no me gusta nada cómo se hacen aquí las cosas.

—Pues parece que eres la única que se queja de eso en este mundo.

—Ya lo sé.

—Bueno, hasta luego, tía. Mañana nos vemos —dijo mi amiga, ya que acabábamos de llegar al punto en el que nos separábamos.

—Hasta mañana.

Me fui hasta mi casa andando sola el resto del camino. Bea vivía con otra familia que también la adoptó y cuya hija iba a la clase de los bomberos. Y yo seguía viviendo con Roberta y con sus padres, la cual, por suerte, ese día había estado mala, por lo que no se había enterado de la discusión que tuve en clase con el profesor; que, si no, ya me estaba imaginando otra discusión en casa a la hora de cenar.

La casa en la que vivíamos estaba bastante bien, era un dúplex con cuatro habitaciones y tres cuartos de baño, por lo que yo tenía una habitación y un baño propio para mí sola. En la planta de abajo estaba el salón, el cual era inmenso, y la cocina, y en la parte de arriba estaban los baños y las habitaciones, las cuales también estaban bastante bien de tamaño.

—¿Qué tal, Anastasia? —me preguntó Cristina—. ¿Cómo te ha ido hoy el día?

—Bien, sin muchas novedades. Y vosotros, ¿qué tal? ¿Roberta ya se ha puesto buena?

—No del todo, pero ya se encuentra mucho mejor. Mañana seguramente ya vaya contigo a clase.

—Guay, que, si no, ya se iba a perder muchas cosas, y aquí ya sabes que como no vayas al día es difícil luego sacar buena nota en los exámenes.

—Sí, eso sí. Pero, bueno, os ayudáis entre las dos y no hay ningún problema.

—Ya, luego así nos pasa, que sacamos las mismas notas.

—Y muy buenas notas sacáis, que este año no habéis bajado del 7.

—Ya ves lo que hace el estudiar.

—Sobre todo tú, que parece que hasta que te encanta.

—Ja, ja, ja. Bueno, me parece que puede llegar a ser un bonito trabajo. Por cierto, a ti te gusta tu trabajo, ¿no?

—Pues cuando lo estudiaba la verdad es que no me apasionaba demasiado, ya que a mí me habría gustado ser diseñadora de moda, pero se me daba fatal dibujar. Y cuando empecé a trabajar de enfermera vi que, al contrario que dibujar, se me daba estupendamente bien, y poco a poco me fue gustando más. Pero, vamos, que estoy deseando jubilarme para ya no tener que trabajar más.

—Ja, ja, ja. A mí todavía me queda bastante para eso.

—¿Qué tal, chicas? ¿Cómo estáis? —preguntó Roberta, que acababa de entrar al salón donde estábamos.

—Muy bien, aquí charlando —contesté—. ¿Tú qué tal estás? ¿Ya te sientes preparada para ir mañana a clase a tope?

—Sí, yo creo que, con tanto descanso de estar en casa, mañana ya me voy a sentir nueva.

—Guay, porque mañana nos toca lucha, así que a ver si estás lista para que te machaque. Ja, ja, ja —le dije en broma.

—Ja, ja, ja. Las dos veces que nos ha tocado juntas me has ganado tú.

—Pues por eso. Ahora te toca la revancha.

Roberta era la segunda chica más fuerte de la clase, solamente dos chicos habían conseguido ganarle en un combate, al igual que a mí, que también me habían conseguido ganar solo dos, justo los mismos. Y, bueno, de las chicas más fuertes de mi clase, si mi amiga era la segunda, como os podéis imaginar, yo era la primera. Además de que también me dio por empezar a madrugar, como cuando estaba en el orfanato, pero esta vez no para estudiar más, sino para aprender a luchar mejor. Que, en el orfanato, de artes marciales y todo eso nos habían enseñado algo, pero no demasiado, era más entrenamiento físico.

—Sabes que me vas a volver a ganar.

—Sí, tía, es que me encanta ver cómo venzo a la gente —dije mientras me reía y mostraba mi gran brazo realizando una contracción de mi bíceps.

—Se nota que estás fuerte, ¿eh? Aunque yo también tengo mucha bola —dijo Roberta mientras contraía el suyo.

—Ja, ja, ja, ja. Bueno, venga, vamos a cenar que tengo mucha hambre —dijo Sergio,

que acababa de aparecer.

—Sí, sí, vamos a cenar ya, que yo tengo una «superhambre» de la leche; hoy le hemos dado muy duro en clase —dije—. Roberta, como ha estado en casita, pues claro, ha quemado menos calorías.

—Sí, pero estoy con bastante hambre también —contestó Roberta—. Ya sabéis lo que me gusta a mí comer.

—Igual que a mí. ¿Qué hay hoy para cenar? —pregunté.

—Brócoli con sardinas —contestó Cristina.

—Ah, guay, muy saludable, aunque no es algo que me encante —dije.

Después de cenar todos juntos, que fue una cena normalita, así chula como todos los días, Cristina y Sergio se fueron al salón a ver la televisión, mientras que Roberta y yo nos fuimos cada una a nuestras respectivas habitaciones, ya que teníamos bastante temario que estudiar, aunque yo también aproveché un ratillo para ver un capítulo de una serie en el ordenador, que ya estaba un poco saturada de tanto estudio.

Después, sobre las 12 o así de la noche, cuando ya había acabado de ver el capítulo de mi serie y me había vuelto a poner a estudiar, entró Cristina en la habitación:

—¿Qué tal? ¿Estudiando todavía?

—Sí, bueno. Acabo de hacer un descansillo, que me he visto un capítulo de una serie.

—No paras de estudiar, ¿eh? Tú empollona a tope.

—Ja, ja. Sí, la verdad es que me gusta ser empollona.

—Eso está muy bien, el hacer las cosas porque te gustan, no porque te las hayan impuesto. Creo que en parte está ahí la felicidad.

—Puede ser, aunque en este mundo es difícil hacer algo porque realmente te guste. Más bien todo son normas y obligaciones.

—Sí, yo creo que en parte por eso la gente está siempre tan apagada. Es difícil ver a la gente sonreír.

—Sí, aunque yo, por suerte, creo que me he rodeado de personas a las que no les es tan difícil.

—Pero eso es porque a ti te resulta fácil sonreír, por eso lo contagias. Venía a darte las gracias, porque desde el día en que te adoptamos comenzaste a hacer que nuestras vidas fuesen más alegres. Como que nos contagiaste de esa felicidad interna que tienes.

—Vaya, pues muchas gracias. No me había dado nada de cuenta.

—Se te ve que eres una persona entusiasta, con sueños. Gracias a ti estoy viendo siempre a mi hija mucho más feliz de lo que lo era antes.

—No sé. A mí tu hija me ha parecido siempre bastante *happy*.

—Pues no siempre ha sido así. En este mundo en el que todo se nos ha impuesto, no hay casi nadie con sueños ni con ilusión por la vida. Cada cosa que hacemos la hacemos porque es algo que se nos ha mandado hacer, porque es nuestro deber hacer esa tarea, pero no disfrutamos haciéndola, simplemente la hacemos como si fuéramos marionetas. Mientras que tú parece que sí que disfrutas haciendo las cosas que haces.

—Sí, por lo menos me gusta lo que estudiamos en clase. Pero me gustaría que algún día cambiasen las cosas, no creo que esta forma de vida sea la más adecuada para

ninguno de nosotros.

—No sé, tal vez no lo sea. Antes pensaba que esta forma de vida era lo mejor para todos, porque, aunque este es un mundo bastante gris, las cosas siempre funcionan de la manera correcta: no hay gente sin empleo, absolutamente todo el mundo tiene trabajo, una casa y una familia con la que vivir. Y sí que existen las malas personas, aunque apenas hay criminalidad. Pero desde que llegaste a nuestras vidas, tengo dudas de que esto sea lo mejor para todos.

—Para mí la seguridad en todos los ámbitos no puede justificar esta falta de libertad.

—No sé, bueno, te dejo que sigas estudiando. Que yo ya me acuesto, así que buenas noches.

—Hasta mañana. Que descanses y que duermas bien, y todo eso.

Yo seguí estudiando unos 20 minutos más y después me tumbé en la cama a leer un libro, que es lo que solía hacer siempre antes de dormirme, así me entraba mejor el sueño. Cuando llevaba unos 10 minutos leyendo, de repente comencé a oír ruidos. Y, acto seguido, algo rompió la ventana de mi habitación y entró una persona vestida completamente de color rojo con la cara totalmente tapada, me imagino que para que no se la reconociese.

—¡Quién coño eres! —exclamé asustada.

—Alguien que va a acabar con tu vida ahora mismo —dijo aquel hombre mientras me enseñaba un cuchillo y ponía una falsa sonrisa.

—¿Y por qué quieres acabar con mi vida, si se puede saber? —le pregunté muy asustada, mientras cogía una silla para defenderme.

—Porque ya tenías que estar muerta desde hace 21 años.

—O sea, desde que nací tendría que estar muerta, según tú.

—Exacto, desde el día en que naciste. Por lo visto, alguien que no debía te salvó la vida ese día.

—¡Anastasia! —exclamó Cristina al abrir la puerta.

—¡Llama a la Policía! —le dije a Cristina a modo de sugerencia.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó muy asustada.

En ese momento, antes de que alguien pudiese contestar, otra persona entró por la ventana. Esta vez no llevaba nada que le tapase la cara. Iba vestido con unos pantalones negros y una camisa. Se trataba de un chico joven que tendría unos 30 años aproximadamente.

El chico rápidamente sacó una pistola y pegó un tiro en la cabeza al que iba vestido de rojo.

—¡Hostia! ¿Está muerto? —exclamé asustada.

—Me da a mí que sí —me contestó el chico que le acababa de pegar el tiro.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó Sergio asustadísimo, que parece ser que se había despertado con el ruido y acababa de entrar en la habitación.

—Me envía el padre de Anastasia. Eres tú Anastasia, ¿no? —me preguntó.

—Sí, soy yo —le contesté asombrada por lo que acababa de decir.

—Debes venir conmigo, aquí corres bastante peligro. Después de este tío, seguramente enviarán a otro. Y, vosotros, si podéis mudaros mejor a otra casa esta

noche... Que a por vosotros no van, pero mejor prevenir.

—¿Y a qué viene todo esto? —pregunté.

—No tengo tiempo ahora para explicaciones —dijo mientras me inyectaba un líquido con una jeringuilla, el cual hizo que me durmiese en el acto.

Me desperté con el cinturón puesto en el asiento trasero de un coche en movimiento, que conducía el chico que me había inyectado la jeringuilla.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le pregunté.

—Te acabo de sacar de tu casa.

—Ya, ya me he dado cuenta. ¿Y a dónde me llevas? ¿Me puedes explicar un poco todo y, sobre todo, eso que has dicho de que te envía mi padre? Ah, por cierto, muchas gracias por salvarme la vida hace un ratito.

—De nada. Han pasado ya 3 horas desde que te he salvado la vida.

—Anda, pues sí que ha pasado tiempo. ¿Y por qué me llevas tan lejos? ¿A dónde vamos?

—Porque, como ya te he dicho antes, estás en peligro y lo mejor para que nadie te encuentre es que salgamos de esta sociedad.

—Ah, ¿y es que eso se puede hacer? Es que esas cosas no las he estudiado.

—Sí, eso se puede hacer. Hay que atravesar un desierto, que con este coche todoterreno se atraviesa muy bien, y así llegamos a las otras sociedades.

—Pues yo no sabía que existían otras sociedades, pensaba que solo existía este lugar. Me acabas de dejar alucinadísima. ¡Qué emoción! ¡Yo, en mi vida diaria, nunca hago cosas emocionantes! Tenía ya unas ganas de cambio que lo flipas. ¿Y qué tal es la gente en las otras sociedades?

—Ya lo verás cuando llegues. Son las mismas personas que en esta sociedad, pero el sistema es totalmente diferente y eso hace que cambien mucho las cosas.

—Ah. Y, bueno, explícame lo que has dicho de mi padre y todo eso. ¿Está vivo? Porque si está vivo, eso para mí es un notición de la leche. Llevo toda mi vida soñando con conocer a mis padres.

—Pues tus deseos se acaban de hacer realidad, porque sí, tu padre y tu madre siguen vivos.

—¡Toma! —exclamé muy contenta—. ¡Qué bien! ¡Lo sabía! Tenía esa esperanza y sabía que no me iba a decepcionar; estaba segurísima de que seguían vivos. ¿Y cómo es eso de que no los he visto nunca ni he sabido nada de ellos?

—Pues verás. Tu padre es la persona gracias a la cual sigues viva. Es el responsable de que no te mataran a las pocas horas de nacer, como habrían hecho.

—No entiendo por qué me tiene que querer matar alguien nada más nacer.

—Tranquila, que ahora te lo cuento. Tu padre, gracias a trabajar en el Gobierno, sabe lo que realmente hacen con algunas de las personas de esta sociedad, y gracias a eso te pudo salvar y dejarte en una cesta con una fecha de nacimiento falsa en la puerta de tu antiguo orfanato.

—¿Con una fecha de nacimiento falsa? ¿Y qué es lo que hace realmente el Gobierno con esta sociedad? ¿Y por qué parece que yo soy más feliz y entusiasta que el resto de la gente?

—Porque así es. Déjame que te cuente así un poco por encima y luego ya me

preguntas si quieres.

—Vale.

—En esta sociedad, cuando un bebé nace, se le hace un estudio muy exhaustivo de su mapa de nacimiento según la fecha y el lugar exactos donde ha nacido. Esto no se hace pensando en lo mejor para el recién nacido, no se hace para ver cuáles son las cosas que más le gustan, ni cuál es su verdadero propósito de vida, sino para ver cuál es esa área en la que el niño puede trabajar de manera más efectiva para el sistema; es más, le impiden trabajar en aquello para lo que realmente ha nacido.

—¿Y eso por qué, si se puede saber?

—Porque no quieren que nadie brille en esta sociedad, no quieren que esta sociedad progrese, quieren que siga como está.

—Vaya, pues qué gentuza, ¿no?

—Sí, una gentuza. Y, bueno, lo que cuentan a la gente es que solo miran cuál es aquella profesión de los bebés en la que más pueden contribuir con la sociedad, haciéndoselo ver como si ese fuera su verdadero propósito que, como ya te digo, nunca es así.

—No entiendo muy bien.

—Te pongo un ejemplo para que lo entiendas: alguien que tiene un don especial para hacer reír a la gente pero tiene miedo escénico, en vez de ponerle a trabajar como cómico en la televisión, en algún programa o en algún escenario para que trascienda su miedo escénico, si a la persona se le dan también muy bien las matemáticas, que esto es algo que le puede gustar un poco e incluso mucho, pero también es algo que no le va a ayudar a evolucionar, a esta persona en concreto, a otra puede que sí que le ayude, le ponen a trabajar en una empresa como matemático. Es decir, de todas aquellas cualidades que ven en la persona, escogen aquella que puede ser que le guste y que le encante, pero que no tenga alguna dificultad que una vez la trascienda comience a brillar. No quieren que las personas desarrollen su máximo potencial.

—Ah, vale. Me hago un poquito más de idea.

—Esto es únicamente lo que cuenta el Gobierno, saltándose la parte de que el trabajo que tenga el niño en un futuro no va a ser aquello que más le va a ayudar en su progreso. Y, más importante, se saltan la respuesta de por qué muchos niños mueren a las pocas horas de nacer. La verdad no es que estos niños mueran a las pocas horas de nacer, la verdad es que estos niños son asesinados nada más hacer el estudio de su mapa de nacimiento.

—¿En serio? Oye, es muy fuerte, ¿eh? Todo esto que me estás contando así tan de golpe... Vamos, hoy está siendo, sin lugar a dudas, el día más impactante de toda mi vida.

—Me imagino. Bueno, querrás saber por qué matan a esos bebés, ¿no? Que, encima, tú eras uno de aquellos bebés a los que querían matar.

—Sí, porque, que el Gobierno mate a bebés, es como que demasiado malvado, ¿no?

—Sí, esta sociedad necesita muchos cambios. Matan a los bebés que son inmunes a una sustancia que meten en el agua que bebemos, tanto en el agua del grifo como en las botellas de agua mineral.

—¡Estoy flipando! ¿Y qué sustancia es esa?

—Se llama cialto, y fue creada por el científico más pagado de todo el mundo, el cual lleva ya muchos años muerto. Se trata de una sustancia que introduce más miedos en las personas, las hace más obedientes y les quita el entusiasmo y la curiosidad.

—O sea, que yo por eso soy tan entusiasta.

—Sí, o ellos tan poco entusiastas.

—Otra cosa, ¿cómo sabía mi padre que yo estaba en peligro si no me ha visto nunca?

—Por el numerito que has armado por la mañana en clase.

—Ah, ¿y qué pasa? ¿También hay gente del Gobierno metida en las escuelas? —

Efectivamente, y justo tú has ido a dar con la única persona del Gobierno que está metida en tu escuela, el profesor Samuel. Los llevan metiendo en las escuelas desde el día en que naciste y tu padre te salvó la vida.

—¡Pues sí que soy importante!

—Eres un obstáculo para ellos. Eres el único bebé inmune que ha crecido.

—Pues no entiendo mucho por qué soy un obstáculo. Bueno, a ver, con lo de la Policía puedo dar buenas patadas y puñetazos, pero habrá gente que las dé mejor que yo.

—No se trata de lo bien que te defiendas, aunque la verdad que sí, que eso hace también; tu padre te eligió una buena profesión. Pero de lo que más se trata es del espíritu revolucionario que puedas llegar a tener. Esas ganas por evolucionar y mejorar las cosas, tú no las has perdido.

—¡Ah! Pero, bueno, la gente que conozco creo que también tiene inquietudes y ganas de progresar en su vida.

—Sí, puede ser que las tengan, e incluso más que tú. Pero el exceso de miedo y la pérdida de curiosidad ante quien pueden llegar a ser hacen que estas ganas se apaguen.

—Vaya, pues sí que es chunguito el Gobierno que tenemos. Y, ellos, ¿qué pasa? ¿Qué beben, otras cosas, o es que también son inmunes como yo?

—Que beben otras cosas, compran unas botellas de agua que no tienen cialto.

—¿Y tú cómo sabes todo esto?

—Porque me lo ha contado tu padre.

—Ah, pues sí que tiene confianza en ti. ¿Sois muy amigos?

—Mejor te cuento luego, que estamos ya a nada de llegar al desierto y está totalmente prohibido pasar por él.

—Vale. ¿Qué pasa? ¿Es muy personal vuestra relación? ¿Y cómo vamos a pasar si está prohibido?

—Ya lo verás ahora.

Conforme nos íbamos acercando a donde comenzaba el desierto, comencé a divisar una valla gigante de color verde transparente que de lo grande que era no se veía dónde empezaba ni donde acababa. Además, encima de aquella valla transparente había alguna que otra persona vigilando con una escopeta.

—¿Y esas cosas las tengo que hacer yo el año que viene? ¿Quedarme ahí arriba sin moverme? Bueno, aunque las vistas pueden ser bastante bonitas.

—Ja, ja, ja. Pues sí, puede ser que te tocara hacer algo así. Ahora, fíjate, que vas a

flipar con lo que vas a ver.

—Vale, a ver si flipo más todavía. Y una cosa, ¿por qué las personas esas que están ahí en lo alto parece que no nos ven?

—Porque no nos ven.

—Pues están un poco ciegos, porque no estamos tan lejos.

—No están ciegos. Cuando salgas del coche sabrás por qué no lo ven.

—Vale, a ver qué sorpresas más me llevo.

—Por cierto, me llamo Diego, que no te había dicho mi nombre.

—Encantada. Yo soy Anastasia.

Cuando nos quedaba un pequeño recorrido para llegar hasta la valla gigante, de repente, Diego paró el coche, abrió mínimamente la puerta y tocó o movió algo que había en el suelo. En ese momento, volvió a cerrar la puerta de nuevo muy fuerte y el coche, de repente, comenzó a caer hacia abajo a toda velocidad. Iba bastante más lento que si estuviese cayendo en picado, la verdad, pero aun así iba muy rápido. Cayó durante unos cuantos segundos, no llegó a un minuto, y después se detuvo y se encendieron las luces. Entonces, apareció un túnel con lucecitas a los lados y Diego volvió a poner en marcha el coche y a conducirlo por el túnel.

—Pues sí que he vuelto a flipar, sí. Y esto, ¿quién lo ha construido?

—Tu padre.

—¡Joe! Era muy listo, ¿no?

—Sí, y lo sigue siendo. Tú tranquila que, una vez lleguemos, te lo contaremos todo mejor.

—Sí, que si no me voy a atiborrar a sorpresas.

Recorrimos el túnel durante unos 2 minutos o así, hasta que volvimos a salir de nuevo a la superficie, que era un absoluto desierto, no se veía nada por ningún lado, solo arena y arena. Bueno, también se veía el cielo y esas cosas.

Me giré para mirar lo que habíamos dejado atrás y vi muy a lo lejos la valla gigante que acabábamos de atravesar. Únicamente se veía una línea verde a lo lejos; no se distinguía a las personas que había sobre ella.

—Va rapidito este coche, ¿eh?, que ya la valla esa verde casi ni se ve.

—Sí, puede alcanzar mucha velocidad.

—¿Y por qué este desierto es tan peligroso según el Gobierno?

—No sé. ¿A ti te parece peligroso?

—Pues yo creo que no. Bueno, a ver, te puedes perder y eso. Pero si hay bestias salvajes por ahí y tal, ya no tengo ni idea.

—No hay bestias salvajes ni nada así extraño. Es simplemente que el Gobierno no quiere que la gente atraviese la valla verde.

—Ah.

Continuamos conduciendo por el desierto como unas dos horas. Había algunas dunas muy altas que casi hacen que el coche se nos vuelque en varias ocasiones, pero Diego conducía muy bien y nos salvó de que eso ocurriese.

Durante esas dos horas no vimos ni una sola planta ni nada que pareciese estar vivo. Solamente había arena.

Después de atravesar todo el desierto comenzamos a ver montañas. Unas montañas que formaban el paisaje más bonito que había visto en toda mi vida. Eran montañas de diferentes colores, según la vegetación que había sobre ellas. Unas eran de colores azules, otras de colores amarillos, rosas, verdes... Sin ninguna duda era el paisaje más precioso que había visto hasta ahora. También había un río de aguas cristalinas con una cascada gigantesca. La vegetación era de todos los tipos: árboles exageradamente altos, que me imagino que serían secuoyas, y otros no tan altos. Eran árboles de todo tipo de colores, había hasta varios que eran de color azul, que yo nunca en mi vida había visto un árbol de color azul. Otros eran rosas, dorados, morados... E igualmente con las flores. Ahí sí que había variedad de colores, y la mayoría de ellas nunca las había visto antes, hasta que vi un tipo de flores que, en vez de un solo color, eran de muchos colores; de hecho, creo que tenían todos los del arcoíris. Para verlas más de cerca, le dije a Diego que parase el coche, que quería sacar fotos de aquel paisaje, así que retiró el coche a un lado y salimos.

—No había visto nunca en mi vida un paisaje así; es para pintar un supercuadro, porque creo que no existen sitios tan bonitos como este. Vamos, yo por lo menos no los he visto.

—No, ni tú ni nadie que no haya salido nunca de Tenebrina los ha visto.

—Es que dan ganas de quedarse aquí con este paisaje. No me dirás que no te parece la leche.

—Sí, me parece muy bonito, y eso que ya estoy muy acostumbrado a verlo.

—¿En serio? Pero ¿tú dónde vives?

—Fuera de la valla verde que hemos pasado, es decir, en un lugar que todavía no conoces. Pero nací también en Tenebrina.

—Ah, ¿en serio? —le pregunté mostrando extrañeza.

—En serio. Tranquila, que cuando llegemos te lo contaremos todo mejor.

—Vale.

Nos metimos de nuevo en el coche y continuamos conduciendo por aquel paisaje atravesando todas las montañas. Duró como una hora y media o así la conducción, y en todo momento el paisaje fue igual de bonito, con sus distintos cambios de tonalidades y con la misma cantidad de vegetación. Finalmente, llegamos a un lugar que me hizo quedarme todavía más maravillada de lo que estaba viendo. Llegamos a otra sociedad que, en vez de ser de edificios, parecía una sociedad de más naturaleza. Había casas en el suelo y en los árboles, y se veía que todas las casas y todos los edificios tenían un gran componente de naturaleza. Ahí sí que vi los árboles más altos que había visto en toda mi vida, eran incluso más altos que las secuoyas que había visto antes.

—Bienvenida a mi hogar, Silea —me dijo Diego.

—¡Qué pasada de sitio! Esto es sin duda lo más bonito que he visto en toda mi vida. ¿De qué están hechas las casas?

—Las que hay en los árboles, de madera, y las que hay en el suelo, de piedra y de cristal.

Cada una de las casas que había en el suelo era de uno o varios colores y estos eran muy vivos e intensos. Las había de color turquesa, verde, rosa, amarillo... que, con la

transparencia del cristal, le daban un toque precioso a cada casa. Y las que había en los árboles también eran muy bonitas, y como los árboles en los que se hallaban eran gigantescos, las más altas debían de estar a una altura de unos cincuenta pisos. Había ascensores que subían hacia las casas en los árboles. Y muchas de estas casas tenían el tejado y las paredes recubiertas de distintos tipos de vegetación y de flores, al igual que algunas de las casas que había en el suelo. Bueno, casi todos los edificios en general estaban recubiertos de vegetación.

—Y tú, ¿dónde vives?, ¿en los árboles o en el suelo? —le pregunté.

—En los árboles.

—¡Qué guay! Aunque parecen un poco pequeñitas las casas que hay en los árboles, ¿no?

—No, no son pequeñitas. Es que, si te fijas, cada casa tiene varias partes dentro del árbol. Todo lo que veas de un mismo grupo de colores forma una sola casa.

—Ah, vale. Jo, pues entonces son bastante grandes las casas.

—Sí, son grandecillas más bien. Aquí todos vivimos como dioses, que es lo que en realidad somos.

—Ya veo. Esto parece el cielo. ¿Y hay así actividades chulas para hacer? ¿Os divertís todos los días o solo los sábados y los domingos?

—Nos divertimos todos los días y, encima, ganamos dinero divirtiéndonos.

—Ah, pues eso tiene que estar guay, ¿no? Que te paguen por pasártelo bien...

—Sí, está muy bien. Y hay también muchas actividades para hacer y sitios preciosos que conocer. Ya lo irás descubriendo.

—¡Ay, qué emocionante! Cada vez estoy flipando más.

—Y más vas a flipar ahora que hemos llegado —dijo mientras detenía el coche.

Nos bajamos del coche y contemplé el precioso paisaje que me rodeaba. Las carreteras eran todas de tierra, al igual que los caminos por donde paseaba la gente. El resto del suelo estaba todo recubierto por césped, arbustos, árboles y flores de los colores más variados que te podías imaginar, lo cual hacía que el paisaje fuese de lo más colorido. Había también centros comerciales, que, al igual que el resto de las casas que había en el suelo, eran también de cristal y de piedra y estaban recubiertos de todo tipo de vegetación. También observé que había un gimnasio justo a mi lado; era de paredes transparentes, y por dentro el suelo y las paredes estaban recubiertos de hierba, y las máquinas eran totalmente diferentes a las que había en el gimnasio en el que yo entrenaba; estaban hechas con distintos tipos de troncos.

En cuanto a la gente que pasaba a nuestro alrededor, me fijé en que sonreían la mayor parte del tiempo, vestían con unas prendas de ropa de colores mucho más vivos y más fuertes que los que había visto hasta ahora, y su postura era mucho más recta que la de la gente de Tenebrina. Se veía claramente que eran personas mucho más alegres que las que había donde yo vivía. Después, me fijé en lo que tenía justo enfrente de mí. Era un árbol gigantesco lleno de ramas tremendamente grandes y robustas y de casas sostenidas sobre él. A los lados también había ascensores transparentes adornados con flores. Tenía que mirar muy hacia arriba para poder ver el final del árbol.

— ¿Aquí es dónde vives? —le pregunté.

— Sí, aquí es donde vivo, justo en esas casas que hay ahí de color naranja y morado — me contestó mientras señalaba las casas, las cuales estaban a una altura de unas diez plantas más o menos y eran tres casitas separadas.

— ¡Qué chulas! Tienen muy buena pinta. Una cosa, ¿voy a conocer ahora a mis padres?

— Sí, ahora los vas a conocer.

— ¡Ay, qué nervios! No me imaginaba así este día.

— Tranquila.

— Oye, otra cosa, a ver qué voy a hacer, que me he venido sin maleta y sin nada. Que todas mis cosas se han quedado al otro lado de la valla.

— No te preocupes, que al poco de hacer que te durmieses te estuvimos haciendo las maletas; están ahora en el coche. Luego volvemos a por ellas.

— Ah, vale. Pues guay entonces.

Entramos en uno de los ascensores transparentes que tenía el árbol y, conforme iba subiendo, fuimos viendo todo el paisaje. ¡Qué maravilla veían las personas de aquel lugar cada vez que salían de sus casas! El paisaje, al igual que el que había descrito anteriormente, eran todo montañas de los colores más variados posible y también había cascadas y lagos; ese sí que era sin duda el paisaje más bonito que había visto hasta ahora.

— No me extraña que la gente de aquí sea tan sonriente. Si yo tuviese estas vistas todos los días...

— Ya ves, es una pasada tener estas vistas en tu propia casa.

— Claro, es verdad, que encima tu casa está todavía más alta. Pues yo me quiero quedar a vivir aquí. Aunque no creo que en este lugar mi profesión tuviese mucho sentido, porque no parece que nadie necesite mucha protección.

— Sí, la verdad es que no tendría mucho sentido, ya que aquí no existe la criminalidad.

— ¡Ah!, ¿no?

— No, no existe nadie a quien le dé por matar, violar, robar o hacer cosas de esas.

— Bueno, donde yo vivo, según el Gobierno, que me acabas de contar que es tan sinvergüenza, en Tenebrina, gracias a la cantidad de normas que hay tenemos muy poca criminalidad.

En ese momento, justo cuando Diego acabó de hablar, el ascensor se detuvo y se abrió la puerta automáticamente. Acabábamos de llegar a su casa. El suelo tenía un caminito de madera por donde había que pisar y el resto estaba recubierto de césped con flores de color naranja y morado que hacían juego con sus tres casas, las cuales eran una supermonada.

El resto de casas que había en aquel árbol también eran combinación de dos colores, por ejemplo, había una de color rosa y verde, otra que era amarilla y cian, otra roja y blanca, otra naranja y turquesa... Bueno, en cuanto giré la cabeza un momento y vi las vistas... ahí ya sí que me quedé supermaravillada. ¡Qué bonito tenía que ser despertarse por la mañana y ver un paisaje así! El mismo paisaje que había estado

viendo hasta ahora, pero desde todavía más alto, lo que, a mi parecer, lo hacía todavía más increíble.

—¡Ay, qué nerviosa que estoy! —exclamé tan de repente que Diego metió un minibrinco del susto.

—¡Joder! ¡Que me has asustado y todo!

—¡Hombre! Es que menudo momento que me toca ahora. ¿Y estás tú seguro de que son mis padres?

—Sí. Tú tranquila, que estoy superseguro.

—Como no me han visto nunca y tú tampoco, que todavía no me has dicho quién eres, pues lo mismo estáis equivocados y su hija es otra persona. Porque, que yo sepa, a ti por lo menos nunca te había visto.

—Eso es lo que tú te crees.

En ese momento abrieron la puerta de una de las casas de color naranja y morado, justo de la que estaba más cerca de nosotros. De ella salió una mujer bastante guapa para la edad que aparentaba con el pelo largo de color castaño claro y los ojos grises; la verdad es que se parecía bastante a mí, que yo también soy bastante guapa y tengo los ojos grises y el pelo de color castaño claro, y un hombre, que se parecía menos a mí, pero tenía los ojos negros y el pelo también negro. Ambos deberían de tener sesenta y tantos años, pero de forma física estaban tremendamente bien, por lo que estaba claro que se alimentaban de manera saludable y que realizaban ejercicio físico. La ropa que llevaban puesta era muy colorida, de unos colores tremendamente fuertes, como la que llevaba la gente que había visto en la calle.

—¡Anastasia! —exclamó la mujer, que se la notaba que estaba emocionadísima, al igual que el hombre.

—Hola. ¿Eres mi madre?

—¡No sabes el tiempo que llevamos esperando este día! —dijo mientras se acercaba hacia mí y me daba un abrazo.

—Desde el día en el que te dejamos, llevamos esperando este momento —dijo el hombre que también se acercó a abrazarme.

—Yo sí que llevo tiempo esperando este momento —dije—. Ni siquiera tenía idea de si mis padres seguían vivos o no.

—Lo siento, hija —dijo el que parecía ser mi padre—. Fue realmente difícil para nosotros despedirnos de ti.

—Pues no entiendo el porqué de esa despedida.

—¿Por qué no bajáis un momento tu padre y tú a por las maletas y luego os ducháis? Habréis tenido un día muy intenso y en la cena te lo contamos todo, que es algo largo de contar —dijo mi supuesta madre antes de que mi padre me pudiese contestar.

—Sí, es verdad, que después de tanta sorpresa me apetece algo de relax.

Entré con mi madre en una de las casas naranjas, mientras Diego y mi padre bajaron a por las maletas que estaban en el coche.

La casa por dentro no tenía nada que ver con cómo era por fuera, ya que por dentro era de lo más moderna. Estaba formada por tres habitaciones y dos cuartos de baño. No había demasiados adornos ni tampoco estaba muy amueblada; lo que más había eran fotos. Y una de aquellas fotos llamó tremendamente mi atención: se trataba de

una niña muy pequeña, no debería de llegar ni siquiera al año de edad, pero aun así era clavadita a mí, vamos, era yo segurísimo. De hecho, me emocioné y todo al verla. En la foto, la niña estaba tumbada en un suelo repleto de flores de todos los colores y había una gran sonrisa en su cara.

—¿Soy yo esta niña a la que el Gobierno intentó matar? —pregunté con bastante emoción.

—Sí, eres tú. Tuvimos que huir todos para que no nos apresaran.

—¿Y a quién te refieres con todos? —la pregunté algo intrigada.

—A tu hermano, a tu padre y a mí.

—¿A mi hermano? —pregunté extrañada—. ¿Diego es mi hermano?

—Quedamos con él en que no te lo dijese hasta que no te lo explicásemos todo mejor, pero me he adelantado un poco.

—Pues no se parece mucho a mí.

—Ya, no se parece. Pero, aunque no se parezca, es tu hermano.

—La que más te pareces a mí con diferencia eres tú, porque quien se supone que es mi padre, que no me habéis dicho todavía vuestros nombres, no es que se parezca tampoco mucho.

—Perdona, con la emoción se nos ha olvidado. Yo soy Ariel y tu padre se llama Dimitri.

—Vale, encantada. Pues me molan vuestros nombres, ¿eh? Son bastante originales.

—Pues sí, la verdad es que sí. Nuestros padres tuvieron muy buen gusto al ponérselos, porque son bien bonitos. Bueno, contigo tuvimos un buen gusto de la leche, porque Anastasia para mí es un nombre increíblemente precioso.

—Sí, para mí también; de hecho, es mi nombre favorito.

Una vez regresaron Dimitri y Diego con las maletas, me enseñaron la que iba a ser mi habitación a partir de ahora, que no era en la que estaba la foto en la que salía yo cuando era pequeña. Por lo visto, esa era la habitación de mis padres.

Mi habitación era también bastante moderna y bonita para mi gusto. Tenía las paredes de color rosa y el techo de color blanco, un armario blanco bien grande, y las mesas y las estanterías, al igual que la enorme cama en la que iba a dormir, eran transparentes. En los muebles había algún que otro libro y algún que otro adorno, entre ellos más fotos, y muchas de ellas me parecía que eran mías de cuando todavía no había llegado al año. En las fotos salía siempre sonriendo y aparecían distintos paisajes de la naturaleza, que parecían ser los mismos paisajes que había visto justo antes de entrar en la casa.

—No es la primera vez que estoy en este lugar, ¿no? —pregunté después de ver las fotos.

—No, no es la primera vez —me contestó mi padre—. Pero estuviste muy poco tiempo, no llegaste ni siquiera a hacer un año, pero nos dio tiempo a hacerte muchas fotos.

—Ya, ya me he dado cuenta.

Después de dejar las maletas en mi habitación, me enseñaron el resto de la casa: los cuartos de baño, que el baño en el que me iba a duchar a partir de ahora era precioso y

tenía hasta un *jacuzzi* y todo, lo que en parte hacía que no me explicase cómo no se podían caer aquellas casas que estaban colgadas en un árbol. Luego me enseñaron la habitación de mi hermano, que al igual que la mía, también era muy bonita. Después pasamos a otra de las casas, en la que se encontraban el salón con su gran comedor y sus magníficos sofás para ver la televisión y la cocina, la cual era muy grande y luminosa. Y, finalmente, me enseñaron la última casa que me quedaba por ver. Se trataba de un único espacio cerrado, que por lo visto era el lugar donde se realizaban las fiestas; tenía también una mesa para comer, algo menos elegante, una mesa de billar, un futbolín, unos sofás, para mi gusto preciosos, brillaban como si fuesen trajes de lentejuelas, una barra donde se servían las bebidas y un espacio para bailar con una bola de discoteca encima.

—¡Menuda cacho casa que tenéis, eh! Y encima en un árbol gigante. Anda que no se vive bien en este sitio.

—Ja, ja, ja. Se vive muchísimo mejor que donde nacimos.

—Ya podría la sociedad en la que vivo crear este tipo de cosas.

—Sí, podrían crearlo sin ningún tipo de problema, pero el miedo les impide avanzar.

—¿El miedo a qué?

—El miedo en general. Cada uno puede tener muchos tipos de miedos. Pero, bueno, ahora ducharos mejor, que en la cena te lo contamos todo.

—Vale, pues me aguantaré todas las curiosidades hasta la cena.

Me duché con mucha prisa, ya que estaba bastante impaciente por saber lo que me iban a contar.

Tenía la cabeza hecha bastante lío debido al cambio tan radical que se acababa de producir en mi vida. Había dejado atrás, así de repente, a todas las personas que conocía. Y no tenía ni idea de lo que iba a hacer con mi vida a partir de ahora.

Durante toda mi vida nunca había tenido que decidir absolutamente nada y ahora, que me sentía más libre de lo que nunca antes me había sentido, comenzaba a notarme bastante insegura. Bueno, y también es que no me había dado demasiado tiempo para pensarlo. Para lo que estaba acostumbrada todo había sido excesivamente rápido, lo que me hacía sentirme algo bloqueada.

Cuando salí de mi nueva habitación, lista para ir a cenar con el resto de mi nueva familia, me encontré con Diego en el pasillo.

—Así que eres mi hermano, ¿eh? Me lo podías haber dicho en el coche.

—¿Te lo ha dicho Ariel? Se suponía que era una de las cosas que te íbamos a contar en la cena.

—Pues así por lo menos no me dais tantas sorpresas.

—Sí, eso sí.

Se calló unos segundos y después siguió hablando:

—Aunque no te acuerdes de mí, he estado visitándote todos y cada uno de los años desde que naciste.

—¡Ah!, ¿sí? —le pregunté con extrañeza—. Pues yo no recuerdo ninguna visita tuya.

—Porque evité que me vieras.

— ¿Y qué pasa? ¿Que ahora ha llegado el momento de que sepa la verdad sobre todo?

— Parece ser que sí.

Se quedó callado unos segundos y después continuó otra vez hablando:

— ¿Cómo crees que supimos que estabas en peligro?

— ¡Yo que sé! Yo adivina no soy.

— Porque justo estaba ahí cuando tuviste aquella discusión con el profesor, y no me quedó otra que espiarlo a ver qué le daba por hacer.

— ¿En serio?

— En serio. Desde unos agujeros que hice en el techo de la clase te estuve viendo y te he estado viendo todos estos años.

— ¡Qué fuerte! Pues muchas gracias por haberme estado vigilando todo este tiempo. ¿Y mis padres también han ido a verme?

— No, solamente yo, porque a nuestros padres les podrían reconocer. Yo era muy pequeño cuando sucedió aquello, solamente tenía 8 años, así que no tienen ni idea de cómo es ahora mi cara.

Fuimos a la casa donde estaban el salón comedor y la cocina y ahí estaban de pie, al lado de la gran mesa que había en el salón, Dimitri y Ariel esperándonos para cenar. En la mesa había tres *pizzas* con un tamaño bastante grande esperándonos para ser comidas. Tenían muy buena pinta las tres. Una tenía champiñones con queso y tomate; otra, aguacate con pollo y pimientos amarillos, y otra, miel, queso fresco y nueces.

— No solemos tomar este tipo de comidas en casa, pero como hoy es un día especial... —dijo Ariel.

— Sí, yo tampoco suelo tomar este tipo de *pizzas*, soy más de carbonara y barbacoa, pero la verdad es que tienen muy buena pinta.

— Y de sabor están muchísimo mejor —dijo mi nuevo hermano.

Nos sentamos en la mesa y comenzamos a comer las *pizzas*, lo que me hizo ver que mi hermano tenía razón, estaban muchísimo mejor de sabor. Me sabían hasta que casi mejor que la *pizza* carbonara, que era mi favorita. O bueno, no sé, tampoco hay que pasarse, pero estaban muy buenas, y aunque la masa era todo pan, los ingredientes parecían saludables.

Cuando llevábamos un par de minutos cenando, Dimitri comenzó a hablar:

— Bueno, ahora lo que te hemos prometido.

— Sí, que ya me estaba entrando un poco la impaciencia.

— No sé si Diego te ha contado ya algo acerca de la sociedad en la que has vivido siempre.

— Sí, algo me ha contado. Por ejemplo, que tú me salvaste la vida cuando nací y que desde entonces os persigue el Gobierno, quien no permite que cada persona se dedique a aquello para lo que realmente ha nacido. Y, bueno, yo he vivido toda mi vida en esa sociedad, así que sé lo distinta que es a esta en la que estoy ahora. Lo cual hace que no entienda por qué mi sociedad tiene que ser tan atrasada a esta y, sobre todo, que asesinen a bebés inocentes nada más nacer.

— Porque en tu sociedad, la mayoría de las personas vibran en el miedo, y estos bebés a los que asesinan, al ser inmunes, ya no vibran en el miedo, lo que implica que son

una amenaza para el sistema que tiene el Gobierno. El miedo nos paraliza, impide nuestro progreso y eso es lo que quiere el Gobierno. Y la sustancia esa que meten en el agua, que no sé si te lo ha contado Diego, hace que vibren más todavía.

—Sí que me lo ha contado. Cialto o algo así se llamaba.

—Exacto —afirmó Diego.

—Pues verás —siguió hablando Dimitri—. Durante la mayor parte de mi vida he trabajado para el Gobierno y he sido consciente de cómo funcionaba nuestra sociedad.

—Ya lo sé. ¿Y no te arrepientes de ver cómo han matado a tantos bebés al nacer? —le pregunté con rabia.

—Sí, me arrepiento, pero en ese momento no pensaba que pudiese haber otra salida. Tenía miedo de lo que podía pasar si me ponía en contra del Gobierno. Tampoco sirve de nada culparse a uno mismo. Hasta que un día naciste tú. La relación entre los niños a los que mataba el Gobierno y a los que no era de 1 a 100. Y tú, por alguna razón de la vida, estabas dentro de ese 1 %. Así que olvidé todo el miedo que había sentido hasta ahora y te salvé la vida.

—¿Y cómo es que te diste cuenta antes que ellos de que yo era inmune a esa sustancia?

—Porque quise estar ahí en el momento en el que leían tu mapa de nacimiento. Cuando introdujeron tus datos en un aparato, lo normal era que saliese azul para indicar que sí te afectaba el cialto, pero salió morado, lo que significaba que eras inmune a ello. En ese momento, en el que salió ese color morado, dejé de pensar y comencé a actuar. Me enfrenté a las tres personas que había conmigo en aquella sala y les pude meter una buena paliza. Después corrí como loco a la habitación donde estabais tu hermano, tu madre y tú, y os saqué de allí corriendo. Desde ese día no volvimos a pisar nuestra casa nunca más.

—¿Y cómo pasasteis la gran valla verde?

—Como has pasado hoy con tu hermano, lo único que no por ese sitio, sino por otro que el Gobierno cerró posteriormente. Al trabajar para el Gobierno en aquel momento, tenía mis ventajas.

—¿Y cómo es que después de cruzar la valla decidísteis regresar para dejarme en aquella sociedad tan gris?

—Espera, que ahora llego a eso. Cruzamos la valla verde y no teníamos nada claro sobre qué nos íbamos a encontrar al otro lado. Solo los más altos cargos de varias generaciones atrás alguna vez en su vida lo habían cruzado.

—¿Pero nadie del Gobierno que está gobernando en estos momentos ha visto lo que hay al otro lado?

—Nadie. Lo único que sabe el Gobierno es que lo que hay al otro lado no es tan peligroso como lo que cuentan al resto del mundo.

—¿Y qué le cuentan al resto del mundo?

—Que es todo desierto y que además habitan criaturas muy peligrosas.

—Ah, pues qué diferencia con la realidad.

—Bueno, cruzamos la valla y, después de un rato largo conduciendo, llegamos hasta este lugar. Estaba igual de bonito que ahora, bueno, aunque las casas están un poco cambiadas. Al rato de llegar al lugar, vimos a la gente con la ropa tan colorida que

llevaba, y después de un tiempo se nos apareció un hombre y nos dijo que sabía que íbamos a llegar y que nos estaba esperando.

—Joder, qué misterioso, ¿no? ¿Era un sabio o algo así?

—Sí, si lo quieres llamar así. No iba vestido con las típicas túnicas que llevan los sabios en las películas ni tenía la barba muy larga, sino que iba vestido con una ropa tan colorida como la del resto de la gente que caminaba por la calle. Pero sí, era un sabio, tenía una sabiduría increíble sobre la vida y se portó realmente bien con nosotros. De hecho, nos dio estas tres casas, en las que vivimos ahora y que, posteriormente, le fuimos pagando con nuestro trabajo.

—¿Y en qué trabajáis? —les pregunté.

—En profesiones que no existen en la sociedad en la que has vivido hasta ahora. Trabajamos en aquello para lo que realmente hemos nacido y que no podemos ver como un trabajo, ya que es algo que nos encanta hacer y al mismo tiempo nos supone un progreso en nuestro camino.

—Ah, un poco raro. ¿Y cómo es que os dio por mandarme de nuevo a la sociedad esta tan chungueta en la que he vivido hasta ahora?

—Porque el sabio nos dijo que para aprender y cumplir con tu destino era necesario que experimentases totalmente cómo era la vida en ese lugar.

—Y como era un supersabio, le creísteis, ¿no?

—Sí, le creímos, y no le faltes al respeto. Mañana lo conocerás, que quería hablar contigo después de tu llegada.

—Pues a ver qué historias me cuenta mañana. No entiendo eso de que para aprender necesitase vivir en un sitio más retrasado.

—Nunca sabemos lo que puede ser mejor para nosotros. Los mejores regalos suelen ir disfrazados de las experiencias más duras.

Me costó mucho dormirme aquella noche, ya que, cuando no dormía en casa, solía tener más dificultades para hacerlo, además de que no paraba de pensar en todos los cambios que se habían producido en mi vida en un solo día, lo que había hecho que por primera vez sintiese mucha más emoción e inquietud por la vida.

Yo ya era una persona curiosa, bueno, no sé, comparado con la gente con la que me había relacionado hasta ahora, a la cual le habían quitado la curiosidad entre otras cosas. Pero todos esos cambios que se habían producido en un solo día habían hecho que mi curiosidad aumentase de una forma exponencial. Por ejemplo, tenía mucha incertidumbre acerca de qué iba a suceder cuando viese al sabio mañana. Nunca en mi vida había conocido a ningún sabio antes. Bueno, y que no creo que en mi antigua sociedad existiese ningún sabio. Y si existían, no sé qué narices pintaban ahí, en una sociedad que paralizaba todo crecimiento.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, me levanté algo cansada, ya que con tanta emoción del día anterior apenas había podido dormir. Eso de acostarme con subidones siempre hizo que no durmiese bien por las noches. Pero, bueno, como en este lugar de momento no tenía nada así importante para hacer, pues después de ver a aquel sabio seguramente me podría echar una larga siesta.

¡A ver qué me contaba aquel hombre! Estaba nerviosa, sobre todo porque tenía mogollón de curiosidad acerca de lo que me iba a contar. Yo siempre había tenido la necesidad de buscar respuestas a las preguntas de la vida que para mí eran las más importantes y, de momento, nunca había encontrado ninguna respuesta en ningún sitio. Estas preguntas eran: ¿quién soy yo?, ¿qué es realmente la vida?, ¿para qué estoy aquí?, ¿cómo puedo evolucionar lo máximo posible?, ¿cuál es mi propósito?, ¿cómo puedo compartir mis dones y talentos con el resto del mundo?, ¿qué hay después de todo esto? Así que parecía que ahora, por primera vez en mi vida, iba a tener la oportunidad de que se contestasen aquellas preguntas.

Una vez levantada, fui directa a la cocina, ya que tenía curiosidad sobre qué desayunaban allí. Cuando llegué, esta estaba vacía, por lo que fui al salón y me encontré con Ariel, que estaba sentada sola en la mesa acabando de desayunar.

—Buenos días, Anastasia. ¿Has dormido bien? —me preguntó Ariel, bueno, mi madre, mejor dicho.

—Pues no, porque con tantas historias en un solo día..., no he dormido bien. Así que luego, si eso, me echo una siestecita; después de ver al gurú ese, por ejemplo, me la puedo echar.

—Sí, por ejemplo. A ver qué te cuenta el sabio, ya nos dirás. Por cierto, se llama Adrián.

—¿Adrián? —pregunté con extrañeza.

—Sí, ¿qué pasa? ¿No te gusta su nombre?

—No, que no veo yo que ese sea un nombre para un sabio.

—Pues no sé por qué. Cualquiera de nosotros puede llegar a ser sabio y no nos vamos a cambiar el nombre para eso. Bueno, querrás desayunar, ¿no?, que en tu sociedad lleváis muy a rajatabla las tres comidas del día.

—Sí, que tengo un hambre de la leche. ¿Aquí qué desayunáis?

—No te preocupes, que aquí, al igual que en tu sociedad, comemos muy sano. Lo cual es una de las pocas cosas que me gustan de aquel lugar. Tienes para elegir de fruta: naranja, plátano, cerezas, fresas, uvas y albaricoques. De leche tenemos: leche de arroz, de avena y de coco. Y luego hay aguacates, copos de avena, cereales de trigo sarraceno, barritas de frutos secos y semillas que hacemos nosotros, y gran variedad de frutos secos y semillas. Y si te quieres dar algún capricho, te puedes hacer por ejemplo unas tostadas con mantequilla y mermelada, y también hay chocolate negro.

—Pues yo quiero fresas. ¿Y tomates tenéis?

—Sí, tenemos.

—Pues aguacate con tomate también, que me encanta ese plato para desayunar. Y luego leche de arroz, que es mi favorita.

—Muy bien.

Justo cuando estaba desayunando, aparecieron Diego y Dimitri.

—¿Qué tal? ¿Preparada para hablar con el sabio? —me preguntó Diego.

—No sé, yo creo que no hay que prepararse mucho para estas cosas. ¿Tú has tenido alguna charla con él alguna vez?

—Sí, y más de una. Fue mi profesor cuando era pequeño.

—Anda. ¡Qué cosas! ¿Y de qué te dio clase?

—De desarrollo personal.

—Ah, pues nunca había oído una clase con ese nombre.

—Porque no existe en la sociedad de la que vienes. Es más, la mayoría de las cosas que he estudiado aquí, nunca se han estudiado en Tenebrina.

—¿Y qué has estudiado aquí? —le pregunté con curiosidad.

—Pues para empezar he estudiado muchísimo menos que todos los habitantes que viven en Tenebrina, porque aquí para la educación tenemos mucha más libertad. Todos tenemos cuatro asignaturas comunes que son: desarrollo personal, conocimiento de uno mismo, yoga y meditación y actividad física. Y, desde los diez hasta los dieciséis años, estas cuatro asignaturas son las únicas que tenemos. Y, bueno, como estas asignaturas apenas nos suponen tiempo en el día, solían ser unas tres o cuatro horas al día únicamente, dejando libres los fines de semana, así cada persona tiene libertad para apuntarse a todas las actividades extraescolares que quiera. Puedes hacer: teatro, pintura, canto, tocar la guitarra, montar a caballo, más deporte... Todo aquello que quieras. Aquí no está permitido que ni tus padres ni el Gobierno decidan por ti. Y a mí siempre me ha encantado el deporte, por lo que decidí practicar las artes marciales mixtas y atletismo.

—Y te gustan mucho, ¿no?

—Sí, son mis mayores *hobbies*. Cuando cumplimos los 16, si no queremos, estas cuatro asignaturas desaparecen, a no ser que queramos continuar estudiándolas, que la mayoría de la gente sí que quiere; hay libertad absoluta para estudiar absolutamente todo lo que cada uno quiera. Hay cientos y cientos de escuelas especializadas en una sola cosa.

—¿Y lo que me habéis contado que se hace en nuestra sociedad cuando naces? O sea, lo de la fecha de nacimiento, para ver cuál es nuestro propósito.

—Si quieres puedes hacerlo y te puede ser muy útil; de hecho, la mayor parte de la gente se lo hace y les suele ayudar bastante en su proceso de evolución. Pero no des por sentado que te van a decir cuál es tu verdadero propósito. Lo normal es que vean que lo mejor para nuestro crecimiento sea ir descubriéndolo por nosotros mismos. Así que, como puedes ver, no se hace con la misma finalidad que en Tenebrina.

—Jo, pues está guay. ¡Qué diferencia de un sitio a otro! Aquí sí que tenéis libertad.

—Sí, y gracias a esa libertad nos equivocamos más y crecemos más rápido.

—¿Y dónde están todas esas escuelas?

—Desde la ventana se ven a lo lejos. Desayunamos y te lo enseñamos y, si quieres un día, te podemos llevar a que las veas.

—Vale, sí, me molaría verlas. ¿Y a qué edad acabáis aquí los estudios?

—Lo normal es a los 21, pero la gente puede seguir estudiando siempre que quiera, o

no estudiando, que a mí nunca me han llamado demasiado la atención los estudios; de hecho, apenas he estudiado en mi vida, me he centrado más en lo que te acabo de decir y me está yendo bastante bien.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy profesor de artes marciales mixtas en una escuela. Compito de manera profesional en este deporte y en atletismo que, de hecho, el año pasado quedé primero en una competición que creé, que incluye atletismo y artes marciales. También tengo un canal de YouTube con muchos seguidores, en el cual enseño técnicas de artes marciales mixtas y muestro algunos combates y ciertas carreras.

—¡Hala! Pues sí, te va bien. Pero ahora no estáis trabajando, ¿no?

—No, ahora no trabajamos ninguno. Dio la casualidad de que justo me había cogido dos semanas de vacaciones para ir a verte y nuestros padres se las acaban de coger. Pero cuando trabajo estoy muy pocas horas trabajando, y lo hago principalmente porque me gusta, no por el dinero, que es algo que no necesitamos en Silea.

—¡Anda! ¡Mira que bien! Entonces, ¿cuál es el plan ahora que estoy en vuestra sociedad? ¿Hacer viajecillos y esas cosas así para que conozca más el mundo?

—La verdad es que no tenemos ni idea. Como te hemos rescatado así de repente, sin haberlo planeado ni nada..., iremos improvisando sobre la marcha, que no somos una familia de tenerlo todo controlado y organizado, nos divierte más la aventura, la incertidumbre.

—¡Genial! Me parece bien —le contesté.

—También queremos esperar un poco a ver qué te dice hoy el sabio.

—¡Qué misterio con el sabio! A ver qué me cuenta —dije yo de broma.

Estuvimos un ratillo desayunando y hablando sobre el mismo tema y después me arreglé y me llevaron a ver al sabio del que tanto me habían estado hablando.

Me llevó mi hermano en coche y nuestros padres se quedaron en casa. Por lo visto aquel sabio vivía a unos 30 minutos en coche de donde estábamos nosotros, así que aproveché todo el camino para ir fijándome en el precioso paisaje y en las maravillosas casas que iba viendo. Nunca en mi vida había visto tanto colorido junto. Había casas de un solo color, de dos, de tres y hasta de cuatro colores a la vez, mas todas las casas que colgaban de los árboles eran igual de preciosas. Y no solo había casas, también había unos parques y unos centros comerciales o no sé qué otra cosa podría ser, que igualmente eran de lo más increíble que había visto. Hasta nos encontramos con palacios, que sabía que se llamaban así por los dibujos de princesas que veía cuando era pequeña.

—¿Y quién vive en estos palacios? —le pregunté a mi hermano.

—Pues quien quiera vivir en ellos —me contestó como si fuese una pregunta totalmente obvia.

—¿Y ese centro comercial tan chulo que hay? —le pregunté señalando una bola transparente y gigantesca que por dentro debería de tener unas siete plantas y estaba llena de flores y de cosas luminosas.

—Eso no es un centro comercial, es la discoteca más grande de este lugar.

—¿En serio? —le pregunté muy asombrada.

- En serio —me contestó haciéndome burla.
- Pues sí o sí tenemos que ir un día, que encima tengo ganas de ir a una discoteca, que hace mucho que no voy.
- Vamos cuando tú quieras.
- Hoy quiero ir.
- Pues vamos hoy. Bueno, a ver qué te dice el sabio y luego ya me dices. Aunque la verdad es que la gente que suele ir normalmente es más mayor que tú, que solo tienes 21 años, pero te puede ir bien ir conociendo a gente.
- Sí.
- La planta de arriba son todo piscinas que van cambiando de color y todo está lleno de árboles y de flores muy bonitas; además hay algún puente que pasa por encima de alguna que otra piscina.
- No había visto nada más precioso en mi vida.
- Pues acostúmbrate, que esto es lo normal aquí. Esta es la sociedad de los que sueñan a lo grande, de los que saben que cada uno crea su propia realidad.
- ¿Cómo que cada uno crea su propia realidad?
- Pregúntale al sabio a ver qué te dice.
- ¿Y el sabio va a esta discoteca?
- No tengo ni idea. Pregúntaselo también.
- Sí, hombre. No lo conozco y me da vergüenza. ¿No te lo has encontrado nunca?
- No, son siete plantas de 2000 metros cuadrados cada una, así que como para encontrármelo.
- Joder, pues sí que es grande, sí.
- Es enorme, como todo en este sitio.
- ¿Y vamos a pasar por las universidades?
- No, pero tranquila, que ya te hemos dicho que un día de estos te llevamos.
- Genial. Que con todo lo que estoy viendo entre hoy y ayer, me parece que estoy soñando.
- Pues tú tranquila, que estás despierta. Ah, y lo que sí que mola es ver la discoteca por fuera por la noche.
- ¿Sí? ¿Y eso?
- Porque lo que la rodea realmente es como una bola de discoteca gigantesca. Así que, cuando se hace de noche, se llena de cuadraditos de distintas luces y empieza a dar vueltas.
- ¡Pues sí que tiene que molar!
- Sí, mola mucho.
- ¿Y es muy cara la entrada?
- Tú no pienses en el dinero y diviértete.

Llegamos a la casa de aquel sabio, bueno de Adrián, por llamarlo ya por su nombre. Tenía una casa que en realidad era un gran palacio de color blanco, algo parecido a los que había visto anteriormente. No había ninguna valla para entrar a su jardín, estaba

todo abierto, simplemente había un caminito de mármol blanco que llegaba hasta su casa.

La entrada era una puerta gigantesca de color blanco, igual que el resto del palacio y a ambos lados, había dos cascadas preciosas que le daban un toque muy bonito a la entrada. El resto del jardín consistía en una gran piscina con hamacas blancas alrededor y muchos árboles con mucho verde y plantas y flores de colores muy variados.

—En este sitio vivís todos como reyes, ¿no? —le pregunté a mi hermano mientras nos dirigíamos a la puerta de entrada al palacio.

—Sí, ¿por qué no vamos a vivir así si podemos? —Sí, eso sí.

Es que veo tanta diferencia con Tenebrina... —Ya. La mentalidad es muy diferente.

Llamamos al timbre del palacio y a los pocos segundos nos abrieron la puerta. Apareció un hombre que debía de tener unos 60 años. Su pelo era castaño y corto y no tenía nada de barba. Su cara era muy sonriente. Y la ropa que llevaba tampoco se parecía en nada a como me la había imaginado. Llevaba unos zapatos, unos pantalones y una camiseta de cinco colores a la vez: rosa, plateado, dorado, morado y rojo. Estos eran colores de lo más intensos y fuertes que había visto. Como apareciese alguien así vestido en Tenebrina, todo el mundo se le quedaría mirando.

—Buenos días. Tenía ganas de veros. La última vez que te vi ni siquiera tenías un año —dijo refiriéndose a mí.

—¡Ah!, ¿que ya nos habíamos visto? Pues sí que hace tiempo, sí. He crecido mucho desde entonces.

—Sí, todos hemos crecido —dijo Diego—. Bueno, no hace falta que me quede, ¿no? Lo digo porque tengo cosas que hacer y así aprovecho.

—No, no hace falta —le contestó Adrián.

—Pues mejor me voy. Cuando vayáis acabando, me llamáis y vuelvo para recogerte.

—Vale, gracias.

Así que mi hermano se fue y entré al palacio de aquel sabio.

—Menuda casa que tienes, ¿eh? A mí me encantaría tener una casa así de increíble. ¿Has tenido que trabajar muchas horas para conseguir pagarla? ¿O es que aquí en este sitio tenéis un supersueldo?

—En esta sociedad el dinero abunda y cada persona vive como quiere vivir.

—Ah, pues eso está guay. Ya me molaría a mí que mi vida hubiese sido siempre así.

—Cada persona tiene la vida que más le puede ayudar a evolucionar.

—¿Y eso cómo lo sabes si se puede saber?

—Porque confío en la vida y siempre observo los aprendizajes que esta me ofrece.

—Ah, qué interesante. ¿Y para qué he venido yo aquí?

—Para hablar conmigo.

—Vale. ¿Y de qué quieres que hablemos?

—Me imagino que tus padres te han contado ya la historia.

—Sí. Lo que me han contado es que mi padre me salvó la vida nada más nacer, porque supuestamente era inmune a una sustancia y eso podía suponer una amenaza

para el sistema; por esto, el Gobierno me quería matar. Entonces, mis padres huyeron conmigo hasta este sitio y, no sé por qué razón, tú les mandaste que me volvieran a llevar a la sociedad donde había nacido y donde me querían matar.

—Sí, a esa historia me refería. Les dije que te volvieres a llevar a Tenebrina por lo que te acabo de decir ahora, porque lo que necesitabas aprender hasta esta fecha se encontraba en aquel lugar.

—¿Y qué es lo que se supone que he aprendido en el sitio ese donde la gente está tan apagadilla y no nos dejan tomar decisiones por nosotros mismos?

—Tú lo sabes mejor que nadie. Cada persona ha venido a este lugar a aprender diferentes cosas. Y, muchas veces, cuando la vida nos ayuda a evolucionar más, no suele coincidir con cuando estamos más cómodos.

—Entonces, ¿por qué en esta sociedad vivís tan cómodos?

—Porque es lo mejor para nuestro aprendizaje en este momento. ¡Para qué vamos a vivir de forma austera pudiendo vivir a lo grande! Y tú, en este momento, estás en esta sociedad en la que vivimos tan cómodos.

—Ya. ¿Y qué me estás insinuando? ¿Que me meta todas las fiestas que no me he metido en mi vida?

—No, eso es cosa tuya. Pero sí que quería ayudarte un poco en tu camino.

—Ah, ¡qué bien! ¿Y cómo me quieres ayudar?

—No fue casualidad que nacieras inmune al cialto, ni que justo tu padre trabajase para el Gobierno y así pudiese salvarte la vida. No existen las casualidades en este mundo. Como tampoco es casualidad que tu hermano estuviese en Tenebrina justo cuando tu vida, por segunda vez, corría peligro.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que era necesario que siguieses viva, porque has venido aquí a hacer algo importante.

—¡Hala! ¡Qué guay! ¿En serio? ¿Y qué es eso tan importante que he venido a hacer?

—Eso es algo que irás descubriendo por ti misma. Fíjate en cuáles son tus sueños, en qué es lo que más te mueve a hacer las cosas que haces.

—Pues hasta ahora casi todo lo que he hecho ha sido porque me lo han mandado.

—Ya, pero fíjate sobre todo en las cosas que más te gustan hacer, en aquello que te encanta y te emociona, pero que al mismo tiempo supone un gran desafío para ti.

—Vale, pues de momento no tengo ni idea. Me gustaba mucho lo que hacíamos en la escuela para llegar a ser policía.

—Ya lo sé. No es casualidad que te pusiese esa fecha de nacimiento para que ellos te asignasen la profesión de policía.

—¿Fuiste tú quien me puso mi fecha de nacimiento?

—Sí, fui yo. Leí tu mapa de nacimiento y te puse aquella fecha en lugar de la verdadera.

—Ah. Y, ¿qué pasa? ¿Que tú eres un experto en interpretar ese tipo de cosas?

—Sí, me he instruido en ello.

—¿Y cuál es mi fecha verdadera de nacimiento?

—¿Tienes mucha curiosidad por saberlo?

—Hombre, pues sí. Yo creo que tengo derecho a saber el día y la hora exactos de mi nacimiento.

—Naciste el 23 de marzo a las 12 del mediodía en el hospital central de Tenebrina.

—Vale. Gracias.

—¿Ya he aliviado tu curiosidad?

—Solo un poquillo, porque, como tampoco sé qué significa... ¿Y no me puedes contar así más cosas? Porque digo yo que he venido aquí para algo, ¿no?

—La decisión es tuya, pero te voy a dar un consejo: nunca abandones definitivamente las cosas que te gustan, por ejemplo, si te gustan las artes marciales como a tu hermano, sigue con ellas.

—Así que le tengo que seguir dando al deporte y a las artes marciales... Pues por mí genial, porque me parece lo más maravilloso que he hecho en mi vida.

—¡Pues mira qué bien!

—¿Y cómo educáis aquí a la gente para que haya tanta diferencia con Tenebrina?

—Aquí cada persona vive completamente libre y responsable de su vida, y esto la ayuda tremendamente a progresar en su camino. Esto es una sociedad en la que explotamos al máximo nuestros talentos. La educación se centra más en el desarrollo personal, en que cada persona se conozca profundamente a sí misma y descubra por sí sola qué es aquello para lo que realmente ha encarnado, cuál es su propósito de vida.

—¡Hostias! Pues me mola cómo os montáis aquí las cosas, sobre todo lo que has dicho de que cada persona vive completamente libre. Ojalá viviésemos así en Tenebrina.

—Todo llegará, pero vivas en Tenebrina o vivas aquí, el mundo siempre será un lugar de potencialidad ilimitada donde todos los sueños se pueden cumplir.

—Uy, ¡qué cursi te ha quedado esa frase!

—Ja, ja, ja.

—No creo. Aquí puede ser que sí, pero en Tenebrina, que he vivido allí veintiún años, te digo yo que no. Ahí la gente vive prisionera, no existe ningún tipo de libertad.

—Que las cosas hasta ahora siempre hayan sido así no quiere decir que no puedan cambiar.

—De momento me parece imposible que alguien cambie ese sistema.

—Muchas cosas parecen imposibles hasta que alguien las hace.

—Bueno, más adelante, quién sabe. Y entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer aquí? ¿Disfrutar de toda la abundancia que existe en vuestra sociedad?

—Por ejemplo, pero haz que tu disfrute siempre vaya de la mano del progreso.

—Vale. Pues lo que me has dicho antes, que le dé a tope al deporte y a las artes marciales. ¿Y dónde se aprende aquí ese tipo de cosas?

—Hay muchos sitios, pero hay uno de ellos donde están más entrenados que en ningún otro sitio. Son un grupo de 21 personas, y tu hermano Diego, que me imagino que todavía no te lo habrá dicho, forma parte de ese grupo.

—¿En serio? ¿Y para qué está ese grupo? Porque aquí no creo que haga mucha falta, ¿no? Vamos, que este lugar no tiene pinta de que haya mucha delincuencia.

—No, no la hay. El grupo fue creado gracias a tu padre una vez que huisteis de

Tenebrina y llegasteis aquí. Se sentía muy responsable por cómo estaba el sistema en vuestra sociedad y, sobre todo, por los anteriores niños que habían muerto antes de ti sin que él hubiese hecho nada para salvarlos. Así que se prometió que algún día haría algo al respecto y yo le ayudé a crear ese grupo y me encargué de entrenarlo.

—¡Hostia! Pero mi hermano me contó que tú les dabas clase en la escuela para ayudarles a que se conocieran mejor a sí mismos.

—Y así es, pero en sus actividades extraescolares también les entrenaba.

—¡Qué guay! ¡Qué emocionante y sorprendente es este sitio! Yo estoy encantada de que me entrenen, así que por mí ningún problema. Ya veo por qué me elegisteis la profesión de policía. ¿Y cuándo me puedo unir a ese grupo?

—Mañana mismo si quieres. Entrenamos todas las mañanas de lunes a viernes, cuatro horas de entrenamiento. Lo que pasa que esta semana se la he dado de vacaciones porque venías tú.

—O sea, que lo teníais todo organizado, ¿no?

—Pensábamos traerte de vuelta a los 25 años en vez de a los 21, pero como tu vida corría peligro, lo hemos adelantado.

—¿Y cómo sabíais que a mí me iba a gustar esta idea? Porque según tú, yo soy absolutamente libre de decidir hacer lo que yo quiera.

—Así es, eres completamente libre. Y porque lo vi en tu mapa de nacimiento.

—¿Y en qué consiste el plan exactamente?

—Tu padre quiere acabar con el Gobierno de Tenebrina, quiere romper el sistema.

—¿Cómo que acabar con el Gobierno?

—No me refiero a matarlos ni nada de eso, sino a acabar con el sistema que hay en Tenebrina.

En ese momento me di cuenta de que, aunque mi hermano me había salvado la vida sin apenas conocerme, me habían estado utilizando para que les ayudase en su plan.

—¿Y qué pasa si muero?

—Habrás supuesto una gran ayuda para toda la humanidad.

—Me habéis estado utilizando y me has dicho que soy libre de elegir qué hacer con mi vida, así que elijo no ayudaros.

—No sabes el bien que le vas a hacer a toda la humanidad si te unes a nuestro equipo.

—Me da igual. Yo soy la persona más valiosa y más sagrada de toda mi vida y tengo derecho a ser libre, al igual que el resto de la gente, como tú me acabas de decir. No he nacido para cumplir con cosas que no he elegido por voluntad propia.

Nada más terminar de decir esta última frase, me dirigí hacia la puerta de salida del palacio y llamé a mi hermano para que me viniese a buscar.

—Hola, Diego. Ven a buscarme en cuanto puedas.

Y, acto seguido, volví hacia donde estaba Adrián:

—Solo yo decido sobre mi vida, y no pienso hacer nunca nada porque me lo digáis vosotros; si decido hacer algo, será por decisión propia. Así que decido que sí que voy a formar parte de vuestro grupo, que no sé ni cómo se llama, pero no os voy a ayudar a que acabéis con el Gobierno.

—Vale, como tú quieras. Y el grupo de momento no tiene ningún nombre, no lo hemos visto algo necesario.

—Entonces, eso que has dicho acerca de que he nacido para hacer algo importante, ¿te referías a que he nacido para romper el sistema de Gobierno de Tenebrina? — Exactamente.

—Pues ya ves que te has equivocado. Mi destino solamente lo decido yo.

—Me parece muy bien. ¿Quieres que te enseñe mi casa mientras esperamos a tu hermano?

—Vale.

Parecía que aquel hombre me conocía bastante bien, ya que sabía que me encantaba ver las casas lujosas y grandes, y mucho más la suya, que en realidad era un palacio. Estaba claro que lo había dicho para dejar de lado aquella charla.

Primero me dejó ver más de cerca el salón, que era el lugar donde nos encontrábamos. Era gigantesco, debería de medir unos 170 metros cuadrados. El techo era muy alto y en la parte central colgaba de él una gran lámpara dorada. A un lado había una televisión enorme, que también era dorada, y a su alrededor tenía colocados elegantes sofás de color blanco y dorado con cojines a juego de los mismos colores y una gran mesa blanca en el medio. A otro lado del salón había una gigantesca mesa con sillas alrededor. Estas, junto con la mesa, eran todas de color blanco, pero con rayas brillantes de color dorado.

En otro sitio había una gran fuente de color también dorada y con el aspecto de un guepardo, la cual echaba el agua por la boca y se encontraba pisando un césped dorado. En dos de las paredes había preciosas vitrinas y estanterías repletas de libros. Y, en otro lugar, a una esquina, se encontraba un gran piano de cola dorado. También la sala estaba decorada de gran variedad de plantas y flores artificiales, esta vez de todos los colores. Las había de color blanco, rosa, azul, naranja, verde...

—Este salón es la hostia, ¿eh? Ya me molaría a mí tener un supersalón así —le dije a Adrián.

—Pues espera a ver lo que hay detrás de esta puerta —me dijo señalando una gran puerta dorada que había a un lado de la sala.

El sabio apretó un botón que estaba situado a la derecha de aquella puerta y esta se abrió. La sala que había dentro me «superencantó». El suelo era todo de color dorado, al igual que el resto del palacio, que eso no lo había dicho antes, y las paredes eran blancas y el techo también dorado, que eso tampoco lo había dicho. En su interior, lo que más llamaba la atención era una piscina gigantesca que debía de medir unos 20 metros de largo, tenía un puente dorado que la pasaba por encima, además de diversas figuras doradas que se alzaban sobre ella en forma de jarrones. Había un ramo de flores, la clave de sol y un gran tigre. Además de la piscina, a un lado había una barra para pedir bebidas y a otro lado se encontraban un billar, esta vez de color rosa y dorado en vez de verde, como los que yo solía ver, un gran futbolín de color blanco y otras máquinas que debían de ser de juegos también, pero que no había visto hasta ahora. También, a uno de los lados de la piscina había hasta sofás que se veía que se podían mojar, de colores blanco y dorado.

Perdón por mencionar tanto el color dorado, pero es que era así el sitio. —¿Aquí

organizas tus fiestas? —le pregunté a Adrián.

—Sí.

—Pues no sabía yo que los sabios hacíais fiestas.

—Pues ya lo sabes. Eso sí, yo no bebo alcohol, no me gustan las cosas que atentan contra mi salud.

—¡Qué responsable! Yo he empezado a beber algo este año, pero si eso solo alguna cerveza, o sea que muy poquita cosa.

—Has hecho bien. Ahora te voy a enseñar otra sala, que seguro que te va a encantar, que es la última que queda por ver de esta primera planta.

—Ah, ¿y qué sala es?

Retrocedimos lo que habíamos andado y abrió una puerta que había en el pasillo principal. Y lo que había tras esa puerta era un gimnasio enorme, que por lo visto tenía tres plantas.

—Te presento el lugar donde entrenamos.

—¡Es precioso! ¿Aquí voy a entrenar yo? Aunque ya sabes que he dicho que no voy a participar en eso que queréis hacer.

—Sí, como tú quieras. Y sí, aquí vas a entrenar tú, si es que quieres.

—¡Yo, encantadísima! Vamos, que no tengo ningún problema.

El color de aquel gimnasio no tenía nada que ver con el del resto del palacio. Esta vez las paredes eran todas de un rosa metalizado muy fuerte, mientras que el suelo era negro y el techo blanco. En la planta de abajo había un gran rocódromo para practicar la escalada, ya que el techo estaba muy alto y, aparte de eso, había una zona amplia únicamente con el suelo recubierto de colchonetas rosas, que me imaginé que era allí donde entrenaban las artes marciales y, además, en esa planta había un ring de boxeo y una cuerda colgada del techo de unos 15 metros de largo. La segunda planta estaba toda compuesta por distintos tipos de máquinas, las cuales estaban separadas según se tratase de trabajar el tren superior (los brazos) o el tren inferior (las piernas), y también estaban separados según el músculo o conjunto de músculos que se trabajaban en cada máquina y, por último, la tercera planta tenía una zona llena de espejos donde estaban todas las mancuernas y también había máquinas para utilizar las poleas. Aparte, en la misma planta, estaba la zona donde se realizaba el cardio con bicicletas estáticas, elípticas, cintas de correr...

—Este gimnasio es increíble —le dije a Adrián—. El gimnasio donde yo entrenaba en Tenebrina no era tan chulo.

—Sí, es muy bonito, la verdad, sobre todo por el color rosa tan intenso que tiene, que le da un toque muy distinto con respecto al resto de la casa.

—El color rosa fuerte es mi favorito, así que genial. El clarito me gusta bastante menos.

En ese momento me llamó mi hermano Diego para decirme que saliera porque acababa de llegar para recogerme.

—Bueno, encantada, un placer. Me acaba de llamar mi hermano. ¿Cuándo vengo a entrenar?

—La semana que viene si quieres puedes empezar, que ya vendrán tu hermano y todos los demás.

—Genial.

Fui a la salida de la casa y ahí estaba mi hermano esperándome con su coche.

—¿Qué tal? ¿Os habéis divertido? —me preguntó mi hermano.

—Sí, ha estado chula la charla. Y su casa ya ni te cuento. Ya podríais tener vosotros una casa así.

—A nosotros nos molan más las alturas.

—Sí, bueno, eso también está guay. Pero yo prefiero los palacios como este.

Me subí al coche y, cuando llevábamos poco tiempo en marcha, me preguntó lo que ya me esperaba que me preguntase:

—¿Adrián te ha dicho algo de nuestro equipo?

—Sí, me ha dicho algo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que sois un grupo de 21 personas y que queréis destruir el Gobierno de Tenebrina.

—¿Y qué te parece la idea?

—Pues que queréis hacer algo grande, que pensáis que es lo correcto y es interesante.

—¿Y te unes a nosotros?

—No.

—¿Cómo que no? ¿Y eso?

—No tengo por qué darte ninguna explicación. Yo tengo libertad para tomar todas las decisiones que yo quiera.

—Ya, pero bueno, hoy tienes el día de mala leche.

—Sí, un poco. Es que me da rabia que parece que ya lo teníais todo planificado sin tener en cuenta mi decisión, como si no contase lo que yo quiero en realidad. Aunque, la verdad, es que de momento nunca en mi vida ha contado para nada lo que yo quería hacer.

—Te entiendo. ¿Y qué es lo que tú quieres hacer?

—Con tantas cosas nuevas que ha habido en mi vida en solo dos días, todavía no lo sé.

—Bueno, no te preocupes. Algún día lo sabrás.

—¿Tú sí lo sabes?

—Sí, más o menos. Nos han ayudado a eso desde que éramos niños, a encontrar nuestro propósito y, sobre todo, a conocernos a nosotros mismos, a descubrir quiénes somos realmente, qué es lo que de verdad hemos venido a aprender a este sitio.

—¿Y qué es lo que de verdad has venido a aprender?

—He venido a aprender a aceptarme a mí mismo, a reconocer que no soy perfecto y a amar esa imperfección. Y también he venido a compartir mis dones con los demás y a aportar grandes cosas al mundo. Todos y cada uno de nosotros hemos venido a aportar grandes cosas a este mundo.

—Sí, eso me imagino que sí. La cosa es descubrir qué hemos venido a aportar. Porque según lo que me habéis dicho vosotros, en Tenebrina, la aportación que está haciendo cada persona al resto de la sociedad es diferente de aquella para la que ha venido realmente.

—Así es.

—Mientras que aquí, en Silea, os lo ponen todo tremendamente fácil.

—No te creas que es tan fácil. Cada sociedad y cada camino tienen su historia. Y a cada uno la vida únicamente le pone lo que necesita para aprender. En la vida no existen caminos mejores que otros, simplemente cada camino es perfecto y necesario para nuestro aprendizaje. Y hay personas que lo mejor para ellas es que nadie les diga cuál es su verdadero propósito, sino que la vida las vaya ayudando a que lo vayan descubriendo por sí solas.

—Sí, tiene sentido.

—¿Y no querías salir de fiesta esta noche?

—Claro, por supuesto. ¡Ay, qué ganas tengo! Para mí la fiesta es lo máximo, y en Tenebrina, eso de divertirse, a la gente no le va demasiado.

CAPÍTULO 4

Después de cenar y contarle a mis padres mi gran charla con Adrián, el sabio, fuimos a la discoteca que tantas ganas tenía de ir. En mi vida había estado en un sitio tan alucinante: siete plantas de discoteca a lo bestia.

Tenía que ser increíble la experiencia cada vez que ibas a ese sitio, y mucho más en mi caso, que me encantaba la fiesta y en Tenebrina apenas nos dejaban disfrutar de ella. Aunque, bueno, también es porque soy jovencilla, solamente tengo veintiún años, justamente el número de personas que forman parte del equipo del que me han hablado. Pero la semana que viene ya cumplo los veintidós.

Y lo del equipo, la verdad es que me atraía mogollón la idea y tenía ganas de hacer cosas que de verdad me pudiesen ayudar a trascender todos mis miedos, pero mi cabezonería de momento no me permitía aceptar la oferta que me habían hecho. Si yo iba de verdad a hacer algo, solamente sería por decisión propia. Absolutamente nunca iba a permitir que nadie me influenciase en mis propias elecciones.

Fuimos a la discoteca mi hermano, dos amigos suyos, los cuales me había dicho mi hermano que formaban parte del equipo de 21 personas, y yo.

Cuando llegamos a la discoteca y la vi por fuera, desde mucho más cerca, me quedé más maravillada todavía, ya que realmente era gigantesca y encima estaba pasando lo que me había contado mi hermano de que por la noche la discoteca entera se convertía en una bola gigante de discoteca. Todos los cristales eran grandes cuadrados de colores que no paraban de girar. A parte de eso, la discoteca tenía a su alrededor un bonito parque con sus árboles y sus flores, por el cual pasaba un elegante río.

Yo llevaba un precioso vestido azul cian; era mi vestido favorito. Cada vez que me miraba al espejo con el vestido puesto me daba la sensación de que era una princesa. Solo tenía un tirante del lado derecho y había varias capas de tejido azul, las cuales me llegaban hasta un puño por debajo de la rodilla. Así que me lo puse porque la ocasión me lo pedía. De calzado llevaba unas sandalias blancas sin nada de tacón. Yo no soy nada fan de los tacones, me parece una incomodidad estar toda una noche con ellos, porque menudo dolor que te da en los pies al cabo de un rato y, sobre todo, que no me parece para nada saludable para nuestra biomecánica corporal.

Mi hermano y sus amigos llevaban una camisa y unos pantalones elegantes también, muy coloridos y cada uno de un color. El de mi hermano era de un azul más oscuro que el de mi vestido, y los chicos, uno lo llevaba amarillo y se llamaba Roberto y el otro rojo y se llamaba Gabriel.

—¡Qué elegantes vamos, eh! —dije yo cuando estábamos a punto de entrar.

—Sí, quitando tus sandalias, vamos genial. Sobre todo por tu vestido, que pareces una princesita —me dijo mi hermano.

—Una cosa, ¿vosotros qué edades tenéis? Porque eso todavía no me lo has dicho —le pregunté a mi hermano.

—Ellos dos tienen 29 y yo ya tengo 30 —me dijo mi hermano.

—Ah, que mayorcitos ya. Yo tengo 21 para 22 dentro de nada, según lo que me ha dicho el sabio.

—Bueno, tampoco nos llevamos tanto —dijo Roberto.

Entramos finalmente en la discoteca, que por suerte la cola que esperamos fue inferior a 5 minutos, ya que por lo visto había otras tres entradas a la discoteca.

Dentro de ella podíamos ver exactamente igual los cuadrados de colores que veíamos por fuera. Eran las 11 de la noche y ya la discoteca estaba llena de gente.

Me estuvieron enseñando primero las siete plantas enteras de la discoteca, empezando por la planta más alta de todas, que era la de las piscinas, que me pareció una de las mayores preciosidades que había visto en mi vida; ahí, bañarse en lo alto del todo, viendo la preciosidad de las estrellas tenía que ser algo increíble, además de que aquel lugar ya de por sí era un sitio alucinante. Las piscinas eran inmensas, cada una de un color: una era rosa, otra azul, otra amarilla, otra morada y otra verde, y cada una de estas estaba rodeada de un precioso jardín con puentes muy bonitos que pasaban sobre las piscinas.

Por otro lado, en cada planta de las seis de abajo había un gran escenario donde, por lo visto, la gente si quería, cuando le tocase su turno, se podía subir a cantar la canción que había elegido. Era un karaoke en el que te podían escuchar más de mil personas. Y en cada planta había uno diferente.

—Anastasia, ¿por qué no te subes ahí a cantar? —me preguntó Gabriel.

—¿Me estás vacilando? ¿Tú sabes el miedo escénico que tengo? Como para subirme ahí y cantar delante de tantas personas.

—No pasa nada. Así te das a conocer, ya que eres nueva en Silea... Y, si te fijas, la gente que sube está bastante tranquila.

Eso era verdad. Toda la gente que había subido hasta ahora se la veía de lo más segura.

—Ya estarán acostumbrados a hacer eso. En mi vida, lo máximo que he hecho delante de gente, no habrán sido más de 30 o 40 personas.

—Siempre hay una primera vez para todo. Lo único que hay que hacer es lanzarse.

—Pues lánzate tú si quieres.

—Vale. Voy a pedir canción y cuando me toque me lanzo si te lanzas tú también.

—Yo paso. Si quieres hazlo tú, que yo no lo pienso hacer de ninguna manera.

—Si no te enfrentas a tus miedos, ¿cómo vas a trascenderlos? No te atreves, ¿eh?

—A ver, atreverme sí que me atrevo, lo que pasa que no me apetece ahora en este momento, que acabo de llegar aquí hace nada y de momento ya voy bastante bien servida de cambios.

—¿Nos apostamos algo a que no te atreves a salir ahí a cantar una canción?

—¿Qué te quieres apostar? —le pregunté, ya que era incapaz de reconocer que no me atrevía a hacer algo.

—Si no eres capaz de salir ahí a cantar, te unes a nuestro equipo, pero no solamente entrenando como quieres hacer, sino también ayudándonos a acabar con el sistema de Tenebrina.

—¿Y qué pasa si sí soy capaz?

—No sé. ¿Tú qué quieres? Este es el mundo donde se hacen realidad los sueños.

Me quedé unos segundos en silencio sin saber qué contestarle, ya que no estaba del todo segura acerca de lo que realmente quería de la vida; obviamente no creía que, por salir ahí a cantar un instante, mis sueños se pudiesen hacer realidad.

—No sé. ¿Aquí puedo beber alcohol? Para ir un poco más puesta al subir.

—Sí que se puede, pero muy poca gente lo bebe. No es lo normal aquí, a la gente no le gusta. Pero bebe si quieres.

—Vale.

—Entonces, ¿qué quieres si ganas la apuesta?

Lo pensé un poco más y se me vino una idea a la cabeza.

—Que me ayudéis a que los días que esté aquí sean una gran experiencia y una gran aventura para mí.

—De acuerdo —dijo Gabriel mientras me daba la mano.

—Cantas tú primero, ¿no? —le pregunté.

—Sí, cantaré yo, aunque se suele decir «las damas primero».

—No pasa nada. Te cedo mi puesto. Así me da tiempo a emborracharme un poco antes de subir.

Con el miedo escénico que tenía yo, como para ponerme a cantar ahí delante de tanta gente. Tenía que beber algo sí o sí, que así se me quitaba la vergüenza. Así que fui a la barra y me pedí un cubata, y como quería coger el puntillo lo más rápido posible, tardé solo un minuto en tomármelo. Tengo que decir que me dio el subidón enseguida, ya que no estaba acostumbrada a beber mucho y menos así de rápido.

—Vamos a elegir la canción —me dijo Gabriel una vez me hube terminado mi cubata.

Fuimos a uno de los camareros que había en la barra a pedir la revista de las canciones y, como yo no me conocía ninguna canción de aquella sociedad, Gabriel se encargó de elegir las dos canciones. La canción que me eligió me dejó escucharla con su teléfono.

—No está mal la canción, y parece fácil de cantar. ¿Y la gente suele hacer mucho caso a la persona que está cantando?

—No, tampoco te creas que mucho, y más con lo grande que es cada sala; aquí cada persona está a lo suyo.

—Ah, vale. Bien. Pues me alegro de que sea así, hasta me conformo con que no me mire nadie.

Esperamos un ratillo junto con mi hermano y su otro amigo hasta que le tocó el turno a Gabriel. Salió su nombre en una pantalla que colgaba del techo de la discoteca y fue caminando hacia el escenario a cantar su canción. Fue una canción para mi gusto bastante alegre y muy marchosa, estuvo chula, y mientras cantaba le dio por quitarse la camiseta. Estaba bastante en forma el chico, se veía que se entrenaban bien en casa de Adrián. Y una vez hubo acabado, se acercó más el micrófono a sus labios y dijo algo que yo no me esperaba:

—Ahora os presento a una magnífica persona que es nueva aquí; solo lleva dos días en Silea. ¡Un fuerte aplauso para Anastasia!, que encima tiene un nombre precioso.

Yo no daba crédito a lo que estaba escuchando, no tenía ninguna vergüenza ese tío. Encima, todo el mundo había aplaudido bien fuerte al nombrarme, lo que me hizo pensar que me había mentido en eso de que la gente tampoco prestaba mucha atención al que estaba en el escenario.

—¡Eres un sinvergüenza! —le dije a Gabriel justo cuando pasaba por mi lado.

—Tú aprovecha y disfruta.

Caminé a paso rápido hasta que subí al escenario y, en ese momento, me entraron unos nervios de la leche. Me di cuenta de que había cientos de personas mirándome. «Cuando me baje de aquí se va a enterar el Gabriel este», pensé. Y luego me dije a mí misma: «¿No tenía yo ganas de este tipo de cosas, de vencer mis miedos y trascenderlo todo?, porque justo ahora estoy en una de esas oportunidades, así que, si me quiero de verdad, voy a intentar no desperdiciarla».

Sonó la música de la canción y, a los pocos segundos, comencé a cantar leyendo la letra que había escrita en una pantalla colgada del techo, justo en frente de mí. Era una letra muy bonita que me ayudaba a que se engrandeciese mi voz, así se me disimulaba más que no era cantante de verdad. Por lo visto, después de decirme a mí misma aquellas frases, se me fueron un poquito los nervios y creo que me salió bastante bien, aunque tengo que decir que estuve supertensa y superrígida durante toda la canción, pero por lo menos no temblaba. Bueno, también me había motivado el hecho de ganar aquella apuesta, ya que me encantaban los desafíos y mucho más si los ganaba. Una vez que la canción acabó, bajé del escenario y volví con los demás.

—Enhorabuena, Anastasia —me dijo mi hermano—. Aunque te hemos visto muy tensa, pero más o menos has superado tu miedo escénico.

—Gracias. Es que las apuestas aumentan mi motivación, y la rigidez digo yo que se me irá pasando. Así que ya sabéis lo que tenéis que hacer después del día de hoy.

—Tú tranquila —me dijo Gabriel—. Vamos a hacer que vivas las mayores aventuras que has vivido en tu vida.

—Eso espero, aunque en mi caso es algo muy fácil de conseguir.

—Sí, porque viniendo de donde vienes... —dijo Roberto—. Esto, por el contrario, es una sociedad de constante cambio, donde las personas se centran en conocerse a sí mismas.

—Ya, ya me lo habéis dicho.

—La principal diferencia entre Tenebrina y Silea es que Tenebrina es un mundo estático, mientras que Silea es un mundo de constante cambio.

—Que sí que sí, que ya lo sé. Voy a ir al baño que me estoy meando y no me aguanto. ¿Dónde está? —les pregunté.

—Yo te acompaño —me dijo Roberto.

Por lo visto, cada planta tenía un cuarto de baño, y en la nuestra este estaba como a unos dos minutos caminando. Quedé con Roberto que ya volvía yo sola a donde estaban ellos, ya que no estaba lejos.

Como era de esperar, había separación entre el baño de mujeres y el baño de hombres y, por suerte, la cola iba bastante rápido; 5 minutos estuve esperando solamente, ya que conté el número de váteres que había y eran 10 en total.

El baño por dentro era bastante similar a la discoteca. Sus paredes, hasta el techo incluido, estaban formadas por cuadrados de diferentes colores, mientras que el suelo era todo un espejo plateado muy limpio. Sobre la limpieza tengo que decir que estaban muy bien los baños. Hice mis necesidades y una vez salí de aquel sitio ocurrió algo que no me esperaba para nada.

De repente, alguien que no tenía ni idea de quién podía ser, me agarró por detrás, me

puso algo en la boca para que no pudiese chillar y, acto seguido, me debió de inyectar alguna sustancia para que me durmiese instantáneamente, porque no recuerdo nada más de aquel momento.

De repente, me desperté y estaba en algún tipo de vehículo en movimiento. Mis manos estaban atadas, y no sabía por qué, pero al abrir los ojos, no era capaz de ver nada, lo veía todo negro.

—¡Dónde estoy! —exclamé en voz muy alta.

—Por fin se ha despertado —dijo una voz que me sonaba bastante familiar.

—¿Quién coño sois vosotros? ¿Y cómo es que ya no estoy en la discoteca? Con lo chula que era...

—Sentimos decirte que nos estamos alejando de Silea.

—¡Me cago en la leche! ¿Y eso por qué, si se puede saber? —pregunté con mucha rabia.

—Porque tu lugar está en Tenebrina, no en Silea. Mejor dicho, tu lugar debería de estar en el más allá —dijo una voz diferente a la anterior mientras se reía.

—¡Os vais a enterar de quién soy yo! ¿Y por qué no puedo ver nada?

—Porque tienes una cinta negra en la cabeza.

—Ya, ¿pero que por qué no puedo ver? Y si me apetece ver el paisaje, ¿qué?

—Pues a joderse y aguantarse —me contestó la voz que había hablado en primer lugar.

—¡Idiotas! ¡Os vais a enterar! Cuando me libere de esto... —¿De qué nos vamos a enterar?

—¿Y qué coño tenéis que ver vosotros conmigo? —pregunté obviando su anterior pregunta.

—Pues la verdad es que no tenemos mucho que ver, simplemente obedecemos normas.

—Como los robots, ¿no?, que obedecen normas.

—Sí, más o menos, ja, ja, ja —dijo otro de ellos, y se echaron todos a reír.

—No sabéis el lío en el que os estáis metiendo.

—¿Qué pasa? ¿Que eres una máquina de matar o qué? No tienes ni idea de lo que está pasando.

—Hombre, pues si no me lo explicáis pues claro que no tengo ni idea, ni siquiera sois capaces de dejarme que os vea. Porque esto de hablar sin ver nada no mola nada.

—No te quejes tanto, que tenías que estar asustada por lo que te pueda pasar, no rabiosa.

—Yo estoy como me da la gana estar. Y cómo no voy a estar rabiosa si me habéis sacado en contra de mi voluntad de la discoteca más bonita en la que había estado en mi vida.

—Así es la vida, aprende a aceptarla en vez de reaccionar tanto.

Estuvimos en movimiento un buen rato más, el cual se me hizo eterno, hasta que por fin el vehículo se detuvo. Uno de ellos me quitó la cinta negra que me habían puesto en la cabeza. Vi que estaba metida dentro de un coche, que estábamos en un garaje y que a mi alrededor había tres hombres, uno de ellos era aquel profesor con el que

había tenido aquella discusión que hizo que mi vida volviese a correr peligro.

—Ya hemos llegado, Anastasia. Bienvenida de nuevo a Tenebrina —me dijo el profesor Samuel.

—Eres tú el que hizo que mi vida peligrara.

—Sí, soy yo el que te descubrí, y estoy muy orgulloso de haberlo hecho; desde entonces gano mucho más dinero.

—¡Te voy a matar! ¡Imbécil! —dije mientras me levantaba como loca hacia él.

—Calma, que el presidente quiere verte —dijo otro de los chicos.

—¿No estás emocionada? —me preguntó Samuel—. Que el presidente quiera verte no es algo que les suela suceder a los habitantes de Tenebrina.

—Yo no quiero saber nada de ese presidente.

—Pero ¿cómo dices eso, por Dios? Hay que aprender a tener más respeto.

—No se merece ningún respeto alguien que asesina a los recién nacidos.

Salimos del garaje y me di cuenta de que, por los lujos de aquel lugar, debíamos de estar en la casa del presidente. Colgaban lámparas de oro del techo y también por las paredes había cierto oro, y los otros dos colores que más prevalecían eran el rojo y el blanco. Todo el interior de aquella mansión era muy señorial.

Anduvimos varios pasillos, lo que me hizo ir viendo las gigantescas habitaciones que había en la casa; eran todas de tonos dorados y el resto de los colores iban cambiando en cada habitación.

Finalmente, me llevaron al despacho del presidente, el cual se llamaba Marco, que no había dicho su nombre hasta ahora; estaba sentado en su gran mesa. Yo le había visto alguna que otra vez en la televisión y no me había dado muy buena sensación.

—¿Qué tal, Anastasia? Tenía muchas ganas de conocerte. ¿No estás emocionada de poder hablar en persona con alguien tan importante como yo?

—Pues no. La verdad es que estoy de mala hostia.

—¡Qué disgusto me acabas de dar! Yo pensaba que los ciudadanos de Tenebrina me admirabais —dijo de manera irónica.

—No creo que nadie sea capaz de admirarle, a no ser que sea tan inconsciente como usted.

—Bueno, chiquilla. A mí usted me habla con respeto sí o sí —dijo en un tono mucho más serio.

—Usted intentó matarme nada más nacer, ¿por qué se merece que le hable con algún tipo de respeto?

—Porque soy el presidente y tu vida está en mis manos.

—Bueno, me da igual lo que me diga. ¿Qué narices estoy haciendo aquí? Porque yo ya estaba en Silea, es decir, en otro lugar en el que ya no supongo ningún tipo de amenaza para vosotros. Así que no entiendo nada, porque me acabáis de joder una noche de fiesta, y no sé qué narices hace usted levantado a estas horas de la madrugada.

—Tranquila, que yo ya he dormido todo lo que tenía que dormir. Son las 11 de la mañana del día siguiente. Has estado durmiendo más tiempo del que pensabas.

—Ah, pues sí que se me ha pasado rápido el tiempo. Bueno, contésteme.

—Tú no eres la que hace las preguntas. Además, yo no me fiaría tanto de la sociedad

nueva a la que acabas de llegar.

—¿Cómo que no se fiaría tanto? ¿Quiere que desconfíe de todo el mundo o qué?

Justo en ese momento, nada más acabar de hacer mi pregunta, se abrió la puerta y aparecieron vestidos de colores mi hermano y bastantes personas más, entre ellas los otros dos chicos con los que había estado en la discoteca hacía unas cuantas horas, por lo que me imaginé que todos eran los que constituían el equipo del sabio.

—Anastasia, volvemos de nuevo a Silea; esto ha sido una visita exprés —dijo mi hermano.

—¡No te fíes de ellos! —exclamó el presidente Marco. Mientras, se lo llevaba el guardaespaldas para protegerlo, ya que le acababan de empezar a disparar.

—No entiendo nada. Luego me hacéis el favor de explicarme a qué ha venido todo esto.

—Sí, tranquila, que luego te lo explicamos —dijo Gabriel.

Estuvieron un buen rato peleando contra los hombres del presidente, bueno, y yo también les ayudé en lo que pude, que algo de artes marciales también sabía.

Fue una experiencia muy emocionante a mi forma de ver las cosas, porque me recordó a las películas de acción que solía ver en el cine y en la televisión cuando vivía en Tenebrina. Me fijé en las superpatadas y puñetazos que daban mis compañeros, era algo increíble, hicieron que me entrasen de repente unas ganas loquísimas de aprender a entrenar así de bien. Hasta hicieron que volviese a valorar su oferta de unirme a ellos para acabar con el sistema. Tenía ganas de romper las normas.

Al final, después de un largo rato dando patadas y esas cosas, consiguieron sacarme de la casa del presidente, la cual, con lo bonita que estaba, la habíamos desordenado notablemente, y nos metimos en cinco coches diferentes y fuimos directos de nuevo a Silea, que no es que fuese un viaje muy corto.

Tuvimos que volver a pasar la valla verde por el pasadizo secreto por el que la atravesamos la otra vez y después nos tocó cruzar de nuevo todo el desierto, hasta que llegamos a las montañas y a los paisajes tan bonitos que vi la primera vez.

—Oye, quería daros las gracias, sobre todo a ti —dije dirigiéndome a mi hermano—, que ya me has salvado por segunda vez.

—Nada. Ha sido un placer —dijo mirándome con una bonita sonrisa—. Yo por mi hermanita pequeña hago lo que sea.

—Pues muchas gracias, de verdad. Lo cierto es que me ha encantado ver lo bien que lucháis; me encantaría, sería un sueño hecho realidad poder luchar tan bien como vosotros. Así que he pensado que sí que quiero unirme a vuestro equipo, pero en plan de verdad, o sea, derrotando al Gobierno de Tenebrina.

—Así que te apuntas con nosotros a romper las normas —dijo otro de los chicos que acababa de conocer, que por lo visto se llamaba Ángel.

—Me apunto —dije con mucha decisión.

Entonces, nada más decir que me apuntaba, empezaron a gritar y a aplaudir todos; se les veía bastante contentos.

—No sabes la alegría que le vas a dar a Adrián. Vamos a hacer de ti una máquina de matar —dijo Ángel.

—Bueno, a ver, que yo tampoco es que quiera matar a nadie, ¿eh? Lo que quiero es

hacer lo correcto y ayudar a que la gente pueda progresar.

—Tranquila, que era solo una expresión —me dijo mi hermano—. Lo que vamos a hacer va a ser poner orden a este mundo. Y si tienes que matar a alguien, te puedo asegurar que estarás ayudando a muchísimas personas al hacerlo; será por un bien superior.

—Eso espero. Una cosa, ¿por qué el presidente me dijo que no me fiase de vosotros?

—¿Tú qué crees? —preguntó otro de los del equipo, que se llamaba Pedro.

—Porque quería ponerme en vuestra contra.

—Exactamente. Te has contestado tú solita —dijo Pedro.

—Pero sigo sin entender cómo es que soy tan importante como para que tengan que viajar tantos kilómetros solamente para llevarme de nuevo a Tenebrina —dije bastante confundida.

—Ya lo sabes. Porque solo una de cada 100 personas es inmune a esa sustancia, y tú perteneces a ese 1 por ciento —me dijo mi hermano.

—Ya lo sé, pero, aun así, me cuesta entenderlo; no me cuadran bien las cosas.

—Tú tranquila, que no tienes por qué entenderlo todo —dijo Ángel—. Disfruta de tu vida y déjate llevar.

—¿Y cómo me habéis podido encontrar?

—En cuanto nos dimos cuenta de que no venías del baño, nos imaginamos que alguien te había tenido que raptar y, aunque nos parecía muy raro que hubiesen cruzado la frontera, nos imaginamos que se trataba del Gobierno de Tenebrina, así que decidimos ir a buscarte a la casa del presidente, que era el sitio más probable en el que podías estar —me aclaró mi hermano.

—Ah, pues imaginasteis bien.

Por fin, después de un largo viaje, volvimos a llegar de nuevo a Silea y, en vez de ir primero cada uno a su casa, porque lo normal es que estuviésemos cansados después de la paliza que nos acabábamos de dar, fuimos los 22 al palacio del sabio. Por lo visto, una vez hube desaparecido de la discoteca, mi hermano y mis compañeros lo primero que hicieron fue informar a Adrián, y fue este en realidad, el que por lo visto les aconsejó que fuesen a Tenebrina a la mismísima casa del presidente.

Mis compañeros decían que preferían informarle mejor en persona de lo que había pasado y también, así ya de paso, le dábamos la maravillosa noticia de que yo iba a formar parte de su equipo para acabar con el sistema de Tenebrina.

Le estuvimos contando todo lo que había pasado desde que yo desaparecí en la discoteca y el sabio nos dijo que todo eso lo veía muy extraño, ya que le parecía casi imposible que el Gobierno de Tenebrina supiese dónde estaba yo en ese preciso instante, así que, por si acaso, me estuvieron mirando para ver si tenía algún localizador por la ropa o algún sitio, pero no fue así. Por lo que el sabio concluyó diciendo que seguramente había un topo entre nosotros.

—¡Joder, qué mal rollo! —dije yo—. Acabo de llegar y resulta que hay personas que nos traicionan y esas cosas... ¿Y cómo podemos hacer para averiguar quién es el topo?

—De momento no podemos hacer nada. El topo saldrá cuando tenga que salir, así que haremos lo mismo que hemos estado haciendo, seguir entrenando, con la única

diferencia de que ahora tenemos un miembro más en el equipo, ahora somos 22 —dijo Adrián mirándome con satisfacción.

—Sí, sí, que para algo me tiene que servir lo que he estudiado de policía, que encima me molaba un huevo.

CAPÍTULO 5

Pasaron varios meses durante los cuales estuve entrenando más de lo que nunca en mi vida había entrenado. Me enseñaron de todo: a pelear mediante diferentes tipos de artes marciales, utilizando cuchillos y espadas y, cómo no, también pistolas. Me enseñaron a disparar tanto si estaba de pie como si iba en algún tipo de transporte, principalmente en moto, que también me enseñaron a montar en ella. Por otro lado, me ayudaron a trabajar como una loca la fuerza y la resistencia, lo que hizo que mi cuerpo adquiriese notablemente más músculo y poco a poco fuese perdiendo más grasa. Que, a ver, yo antes de este entrenamiento, para mi gusto tenía un cuerpazo, pero esto hizo que todavía estuviese más definida.

Lo que más me gustó de mi entrenamiento, sin ninguna duda, fueron las artes marciales. Me enseñaron: Kick boxing, aikido, krav Magá, jiu-jitsu y wing chun. Y cada una de ellas fue mi hermano quien se encargó de enseñarme; era la persona que me entrenaba todos los días y contra la que luchaba siempre, bueno, algún día que mi hermano Diego no podía, Adrián lo sustituía. La verdad es que los dos eran entrenadores y luchadores tremendamente buenos, por no decir que eran los mejores que había conocido en mi vida. Fue muy divertido entrenar con ellos, sobre todo con mi hermano. La sensación que tenía después de cada entrenamiento era increíble, incluso más maravillosa que la que sentía cuando entrenaba en la escuela. Y sobre todo mi hermano, era capaz de motivarme muchísimo, y si juntábamos su motivación con la mía, eso hacía que fuese capaz de sacar una fuerza increíble.

También me enseñaron a escalar, que se me había olvidado mencionarlo, y todo lo que entrenábamos era dentro del palacio blanco del sabio, en el gimnasio tan bonito que tenía. Y de las 22 personas que éramos, que eso tampoco lo había dicho, en total 5 éramos chicas y 17 chicos, todos mayores que yo; tenían unos 30 años de media, mientras que yo solo 22, según la fecha que me había dicho Adrián.

Recuerdo mi primer día de entrenamiento en el gran palacio de Adrián, el cual fue muchísimo más duro que cualquiera de los entrenamientos que había tenido en Tenebrina, pero mi hermano me ayudó a sacar lo mejor de mí, e hizo que me diese cuenta de que era capaz de hacer cosas que nunca había sabido que realmente podía.

Ese día estaba haciendo fondos mientras hacía el pino en la pared y ya no podía más, pero mi hermano me dijo que mi capacidad no había hecho nada más que empezar, que el esfuerzo de trabajarse a uno mismo para crear una mejor versión de nosotros es una de las mejores cosas que podemos hacer en nuestro beneficio, lo que hace que la recompensa siempre sea maravillosa. El entrenarme de aquella manera tan intensa era una de las mayores demostraciones de amor que me había hecho a mí misma. Sin duda, cuando entrenaba con mi hermano era mi momento favorito del día. Entrenábamos entre 4 y 5 horas al día de lunes a viernes y descansábamos el fin de semana. El resto del día, el grupo se dedicaba a cumplir la apuesta que yo había ganado a Gabriel. Me lo pasaba genial. Hice muchísimas cosas que nunca había hecho. Hicieron que de verdad cada día de los que estuve ahí fuese una verdadera aventura. Por primera vez en mi vida estaba viviendo la vida de mis sueños.

Un día nos subieron a todos en helicóptero por encima de las grandes montañas, desde donde podíamos ver un paisaje increíble y, desde allí, nos tiramos en paracaídas; yo fui agarrada a mi hermano, eso sí, ya que era algo que no había hecho nunca. Fue

una experiencia única y de las más bonitas que había vivido hasta entonces, y encima la repetimos bastantes veces hasta que conseguí tirarme yo sola, ya que por lo visto también formaba parte del entrenamiento. Otra cosa que hicimos, que yo lo había visto en la televisión y siempre lo había querido hacer, fue viajar a una zona de Silea que tenía mar y donde, por lo visto, vivían tiburones blancos. Me metieron con una bombona de oxígeno dentro de una jaula con barrotes en el interior del mar y colgaron carne por fuera de la jaula para atraer al gran tiburón blanco. ¡Era enorme! ¡Menuda impresión que me dio! Sus gigantescos colmillos daban miedo, y me costó un poco hacerme a la situación. Al principio me pareció bastante terrorífico, pero una vez acepté la realidad, vi que molaba y que no pasaba nada. Así que también me encantó esta nueva experiencia.

Nos fuimos metiendo por orden cada uno del grupo. Yo me metí después de mi hermano, y a los demás por lo visto no les dio demasiada sensación, ya que era algo a lo que estaban acostumbrados.

Otro día quisieron ir con las motos de agua justo por la misma playa donde nos habíamos metido con los tiburones blancos. Y les dije que ni de coña, que ahí no me metía porque tenía que ser una situación muy desagradable morir a manos de esos tiburones. Pero me dijeron que no me preocupase, que las motos de agua eran muy rápidas y que no me iba a caer de ellas, además de que aquellos tiburones en realidad no eran tan agresivos como pensaba mucha gente y lo más normal, si me veían, era que no me hiciesen nada, a no ser que estuviesen hambrientos. Así que al final acepté y montamos en las motos de agua.

—¡Como salte un tiburón blanco y me haga algo os vais a enterar! Que tengo sus colmillos grabados en la cabeza.

—Tranquila, que no te va a pasar nada —me dijo mi hermano—. Y, si no, le metes una de esas patadas tuyas que te hemos enseñado y ya está.

—Espero que no me pase nada, porque, vamos, menuda bestia que era el tiburón ese. Vosotros ya estáis más acostumbrados a estas cosas y os da igual. Que me hacéis correr unos riesgos un poco tontos.

—Tú tranquila —me dijo otra chica del grupo, que se llamaba Lucía—. Ya llevamos mucho tiempo haciendo esto y nunca ha muerto nadie.

—Pues espero que siga así la cosa.

Cuando llevaba ya como una media hora mirando por el agua algo asustada a ver si veía algo, al cansarme de no ver nada se me pasó el miedo, por lo que me puse como una loca con la moto, hasta que me dio por dar alguna voltereta en el aire y, como era una cosa que no había hecho nunca, solo lo había visto en las películas, pues no lo hice bien y me caí al agua.

—¡Ay, que no veo nada! ¡Que no sé qué hay debajo de mí! Como venga el tiburón con sus dienteitos, a ver qué voy a hacer —dije medio en broma medio con miedo.

Y justo cuando venía el resto de la gente a ayudarme, me subí de nuevo en la moto.

—Pensaba que eran más fáciles las volteretas en el aire.

—Todo requiere su práctica —me contestó mi hermano.

—Ya veo.

Otro día también hicimos una cosa que también me gustó, que fue montar en globo.

Como éramos muchos, cogimos un total de cuatro globos, y yo viajé con mi hermano, Roberto, Gabriel y otra chica que se llamaba Cristina. Del globo, lo único que no me molaba era que no iba a demasiada velocidad, pero iba a muchísima altura, eso me dio algo de vértigo al principio. El paisaje era preciosísimo, era más o menos el tipo de paisaje que veía desde lo alto de mi casa, pero a muchísima más altura. Me gustó esa experiencia; estuvimos en el aire unas dos horitas o así.

Otra cosa que hicimos fue montar a caballo, lo cual también me gustó; tuve una bestial sensación de libertad. Fuimos por las montañas, y hasta en algunos momentos me dejaron ir al galope, por lo que también fue una de las experiencias inolvidables que había tenido en mi vida.

Más cosas así chulas que hice fueron: submarinismo, esta vez por un mar por el que no estaban esos tiburones blancos, que si no ya les dije a mis compañeros que me negaba rotundamente; también nadamos con delfines, los pude tocar, darles de comer y hasta me llevaron nadando, y eso también me encantó. Era una de las cosas que siempre había querido hacer desde que era pequeña y los veía en la televisión. Y una última fue hacer descenso de barrancos, en la que tuve que tirarme al agua en unas tres ocasiones desde una altura de 50 metros y alguna vez más desde alturas más pequeñas que me daban bastante menos vértigo. Me costó mogollón tirarme la primera vez.

—Pero, a ver, ¿vosotros estáis mal de la cabeza? ¡Cómo coño me voy a tirar desde esa altura, si como me desvíe un poco y caiga en plancha me mato!

—Tranquila, Anastasia. Que hemos hecho esto muchas veces y nunca nos ha pasado nada.

—¡Yo no me tiro! ¡No quiero arriesgar mi vida a lo estúpido!

—Pues si no te tiras, lo sentimos, pero aquí te quedas —me dijo Cristina.

—Os vais a enterar, ¿eh? Que me hacéis pasar unos miedos de la leche —dije con una mezcla entre broma y cierta cosilla.

Me pegué los brazos al cuerpo, cogí algo de carrerilla y salté al agua. ¡Menudo subidón! ¡Qué sensación tan increíble la que sentí en ese momento! Me encantó.

—Oye, ¡esto es increíble! ¡Quiero hacerlo muchas más veces! —dije después de caer al agua.

—Qué pronto cambias de opinión —me dijo Roberto.

—Ya ves. Me mola ser así.

La siguiente vez que me volví a tirar desde tan alto me dio también algo de cosilla, pero por lo menos no tanta como la primera vez.

Y bueno, yo creo que con todas las cosas que os he contado que hice, ya os da para haceros una idea de lo superbien que me lo pasé aquellos días.

Cada momento de mi día era un disfrute constante, lo único que no me emocionaba tanto era cuando estaba en casa con mis padres, y ya menos cuando me tenía que acostar para dormir.

Con mis padres la cosa iba bien también. Cada vez les fui cogiendo más cariño y más confianza, aunque de la casa con el que mejor me llevaba era con mi hermano, ya que pasaba el día entero con él, tanto entrenando como viviendo experiencias nuevas o estando en casa. Sin ninguna duda, era la persona que más veía en todo el día, y

apenas discutíamos, alguna vez alguna cosilla, pero nada demasiado serio.

Con mis padres, sin embargo, había algo que no me cuadraba del todo, ya que no tenían demasiada tendencia a contarme nada sobre cómo había sido su vida hasta ahora, a qué se dedicaban, qué habían estudiado cuando eran pequeños, cómo se divertían, qué cosas les gustaba hacer... Eran más reservados que mi hermano.

Así que mi nueva vida me molaba mucho más que la vida que había tenido hasta ahora en Tenebrina, aunque de vez en cuando echaba de menos a los amigos de allí, pero tenía la esperanza de que algún día volvería a verlos. Lo que no sabía es que las cosas algunas veces no son lo que parecen. Porque lo que de verdad importa en la vida no es lo que nos pasa, sino qué es lo que aprendemos y cómo evolucionamos gracias a las cosas que nos pasan.

Voy a hablar un poco más de los entrenamientos con mi hermano porque eran cosas que también me encantaban, me lo pasaba muy bien.

Cuando por primera vez me enseñó un poco de las artes marciales, que yo como policía había aprendido ya un poco pero no demasiado, me metió una paliza de la leche. Caí al suelo muchísimas veces. Pero, a ver, no me hizo excesivo daño, tenía que controlar mucho lo que hacía para que yo no me lesionase y me quedase sin poder entrenar. Fue un día muy intenso, aunque solo entrenamos tres horas; como hacía una semana o así que yo no hacía ejercicio..., pues para no meterme mucho de golpe.

El segundo día, que ya fueron cuatro horas, entrené solo la fuerza; al otro, la resistencia; al otro, el disparar y escalar, y durante los otros dos entrenamos más artes marciales. Ya a la semana siguiente cambiamos el sistema y, o bien primero entrenaba la fuerza y luego entrenábamos las artes marciales, o primero las artes marciales y luego la resistencia, o simplemente practicaba el disparo y luego la escalada. Otros días me enseñaba a montar en moto y tirarme en paracaídas. Fueron un total de 10 meses de entrenamiento y diversión, durante los cuales, por suerte, nadie volvió a intentar raptarme.

Ese tiempo en Silea me hizo pensar en que ese lugar sin duda era un sitio donde todos los sueños se podían hacer realidad. Aunque, a ver, yo también tenía como sueño hacerme superfamosa, que todo el mundo me conociese y dejar una gran huella en la sociedad que hiciese que, pasasen los años que pasasen, siempre se me recordase. Pero eso tal vez más adelante, ahora estaba más a otras cosas; me molaba estar disfrutando más del momento.

Quedaba ya solo una semana para que fuésemos a luchar contra el Gobierno de Tenebrina y, en ese momento, estábamos en el gimnasio del palacio entrenando:

—¿Habéis hecho alguna vez algo similar a lo que vamos a hacer?

—La verdad es que no. Nunca en nuestra vida hemos hecho algo parecido a esto — me contestó Lucía.

—Ah, pues mira, por fin la primera cosa que vamos a hacer todos por primera vez. Que ya decía yo que en algún momento os tenía que tocar vuestra primera vez de algo. ¿Y no estáis algo nerviosos?

—Yo de momento no — me contestó mi hermano—. Además, todavía queda una semanita entera.

Y los demás me contestaron que ellos de momento tampoco lo estaban.

—Pues mirad qué bien, porque yo tampoco lo estoy. Aunque me da un poco de cosilla, ¿eh? A mí eso de que me matasen no me haría ninguna gracia.

—Ni a ti ni a nadie le haría gracia —me contestó un compañero que todavía no había mencionado y que se llamaba Carlos.

—Que a mí la muerte no me mola; eso de perder tu vida y tal... Y a ver qué pasa después, que no sé si alguien sabrá qué es lo que hay tras la muerte.

—Ni idea —me dijo mi hermano—. Tú disfruta del momento y estate tranquila por lo que pueda pasar.

—Y si muere alguien habrá sido por una muy buena causa —dijo Gabriel—. Habrá sido para salvar a esa sociedad.

—¿Y cómo es que os interesa tanto el bien de esa sociedad si vosotros vivís en otra diferente?

—Somos personas solidarias, nos encanta poder ayudar a los demás —dijo otra chica que hasta entonces no había hablado y que se llamaba Marta.

—Ya que somos conscientes de lo libres que vivimos nosotros, de lo que estamos aprendiendo y de lo felices que somos, queremos que otras personas también puedan serlo siempre que quieran —intervino Lucía.

—Ah, sí, pues sois todos muy generosos. Pues yo porque es la sociedad en la que he vivido casi toda mi vida y porque tengo amigos que viven en ella y, bueno, también porque tengo muchas ganas de hacer algo que sea muy relevante para el mundo. Pero si no fuera por esas tres cosas, no arriesgaba mi vida ni de coña.

Estuvimos entrenando un rato más y luego volvimos cada uno a nuestra casa. Yo como siempre volví con mi hermano, que es el que conducía.

Nuestros padres no sabían absolutamente nada de lo que íbamos a hacer en una semana. Diego me había dicho que mejor que no les dijese nada. Que, si no, no nos iban a dejar ir a Tenebrina; como se enterasen de que sus únicos dos hijos iban a arriesgar su vida, harían cualquier cosa para impedirnoslo.

—Pues aun así no entiendo muy bien por qué no se lo podemos decir. ¿No se supone que esto es una sociedad en la que la gente es realmente libre? Así que no entiendo por qué van a intentar impedirlo si eso es totalmente contrario a cómo piensa esta sociedad.

—Ya, eso sí. Pues cuéntaselo si quieres.

—¿Qué rápido cambias de opinión! Y, además, que has dicho sus dos hijos, y a mí no me parece que nuestros padres me consideren muy hija suya. No tienen ningún interés en saber cómo ha sido mi vida todo este tiempo.

—¿Sí, hombre! ¿Cómo no te van a considerar su hija si lo eres? Yo creo que les cuesta un poco hacerse.

—No sé. Entonces, ¿se lo contamos o no? Porque saben lo del equipo este que formamos, ¿no?

—Sí, eso sí que lo saben. Pero mejor vamos a quitarnos de líos, no vaya a ser que les dé por estropearnos nuestro plan. Así que mejor no contárselo. —Vale, pues no se lo contamos.

Una vez llegamos a casa, nos arreglamos y otra vez todos juntos volvimos a quedar,

aunque esta vez no fue algo tan excitante para mí como las otras experiencias que ya os he contado. Esta vez fuimos a ver un musical, que eso sí que era algo que yo ya había hecho en Tenebrina, un par de veces, de hecho. El musical se llamaba *La isla está dentro de ti*, e iba de un par de amigos que misteriosamente, buscando entre los libros, encontraron uno con un mapa de un tesoro. Y, según aquel libro, era un tesoro escondido en una pequeña isla dentro del océano. Por lo visto, si algún día alguien lo encontraba, alcanzaría la mayor felicidad que se puede alcanzar en este mundo. Dio la casualidad de que aquellos muchachos eran extremadamente aventureros y también de que el dinero no faltaba en sus vidas, pero posiblemente no eran todo lo felices que les gustaría. Así que, entre todos los chicos, que eran siete en total, compraron un barco y se dirigieron a aquella isla. Y, bueno, por el camino vivieron diversas experiencias: se les aparecieron sirenas, pero que en este caso eran buenas y guapas, en vez de malas y feas, como en algunas películas. También, en otra ocasión, un tiburón mordió a uno de ellos, pero por suerte el chico no se desangró, y en otra les picaron medusas, y bueno, cuando estaban a puntito de llegar hubo una supertormenta y el barco se rompió, pero por suerte acabaron en la arena de la isla donde se encontraba aquel tesoro. Al cabo de un par de horas de su llegada, se dieron cuenta de que la isla estaba habitada por unas personas con la sonrisa más bonita que habían visto en su vida. Irradiaban una felicidad y una alegría inmensas. Y estas les dijeron que habían llegado a la Isla de la Felicidad, una isla en la que absolutamente todo el mundo vivía plenamente feliz, ya que eran conscientes de que no hacía falta ir a ningún lado para encontrar algo increíble, porque lo más extraordinario ya estaba en ellos mismos. La felicidad está en nosotros, porque desde nuestro interior se crea nuestra vida exterior.

Me gustó el musical. Los cantantes cantaban muy bien y las canciones tenían unos mensajes capaces de inspirarte de verdad, y a mí siempre me habían gustado las historias con grandes significados. También me gustó mucho la puesta en escena, ya que era muy colorida y, habiéndome criado en un mundo donde prevalecía el color gris, me encantaba las cosas llenas de color.

Después del musical, nos fuimos todos a cenar a un restaurante, y finalmente cada uno a su casa, que ya estábamos cansadillos del día tan intenso que habíamos tenido.

—¿Qué tal, hermanito? ¿Te ha molado el musical? —le pregunté mientras volvíamos a casa en su coche.

—No demasiado. Me ha parecido un poco cursi y la historia en sí demasiado chorra; he visto musicales mejores.

—Ah, pues vaya. A mí sí que me ha gustado, aunque también he visto musicales que me han molado mucho más, pero estaba bien el significado que le daban a la historia.

—No sé. A mí me ha parecido una chorrada.

—Pues a mí me ha gustado. Daba a entender que no hay que buscar la felicidad fuera de nosotros, ya que esta únicamente depende de nosotros mismos. Nunca nadie nos dará nada que no nos demos a nosotros mismos.

—Sí, esa parte está bien. Pensar así nos ayuda a tomar más las riendas de nuestra vida.

—Sí, eso es verdad. Oye, ¿y qué crees que va a pasar la semana que viene?

- No tengo ni idea. No sé adivinar el futuro.
- Yo tampoco, ¿pero esperas que lo consigamos? ¿Que logremos acabar con el Gobierno de Tenebrina?
- Hombre, ¡claro que lo espero! Si no, ¡ni de coña haría lo que vamos a hacer en una semana!
- Sois muy buenos, la verdad. Porque estando en una sociedad tan evolucionada y tan increíble como esta, donde estáis tan llenos de felicidad, es muy admirable que os intereséis en ayudar a otras personas que no han tenido la misma oportunidad que vosotros. Yo ya te digo que porque he vivido ahí casi toda mi vida, si no, no lo haría, no arriesgaría mi vida de esa manera.
- Créeme que tú eres mejor persona que nosotros.
- No sé yo... Encima, con lo bien que os estáis portando conmigo... Gracias a vosotros estoy viviendo ahora mismo los días más felices de toda mi vida. Nunca había vivido aventuras tan bonitas como las que estoy viviendo con vosotros. Y la de la semana que viene será una aventura más, mucho más emocionante que todas las anteriores. Y, aparte, tú me has salvado la vida ya dos veces.
- Bueno, en la última no estaban a punto de matarte, ¿no?
- No sé de qué estaban a punto. Pero te lo voy a agradecer toda mi vida.
- La semana que viene ya arreglamos cuentas, que anda que no has evolucionado desde tu primer entrenamiento.
- Ya. Se me da bien, ¿no?, lo de meter leches y esas cosas.
- Sí, se te da más que bien, se te da genial. Has pasado de ser la peor de todos nosotros sin lugar a duda a ser casi la mejor; bueno, la segunda mejor, que antes estoy yo. Pero nunca en mi vida había visto una evolución tan increíble.
- Gracias. Me gusta ser intensa en los entrenamientos.
- Ya, pero vamos, que tú en todo eres intensa. Vives cada experiencia con muchísima más intensidad que cualquiera de nosotros.
- Sí, pero porque vosotros ya estáis acostumbrados. Cuando de verdad te acostumbras a poder hacer algo, en muchas ocasiones dejas de agradecerlo y de valorarlo.
- Sí, eso sí. Nosotros llevamos aquí toda nuestra vida, aunque yo me he hecho muchos viajes a Tenebrina a ver cómo te iba la vida.
- Ya. Debió ser una paliza, haber estado haciendo siempre tanto viaje.
- No te creas. Tampoco ha sido para tanto.
- Ha sido muchísimo. Yo no sé si lo habría hecho por mi hermano; bueno, no me he visto en situación.
- Seguro que sí lo habrías hecho. —No sé yo.

Llegamos por fin a casa a la una de la madrugada, cuando nuestros padres ya estaban acostados. Yo me quise quedar un rato mirando por la terraza el precioso paisaje que formaban todas las estrellas en el cielo y las luces de las demás casas, las cuales también parecían estrellas; lo hacía algunas noches, pues era algo que nunca había podido disfrutar.

Me gustaba quedarme muchas veces un buen rato reflexionando acerca de la vida y sobre todo de lo que había cambiado mi vida desde el día en el que nací. Nunca me había imaginado que ya existía una sociedad tan increíble como esta. Desde que nací, siempre había creído que lo único que existía en el mundo que estuviese habitado por personas era Tenebrina, hasta que un día conocí este sitio y descubrí una forma de vida totalmente diferente, en la que cada persona disfrutaba plenamente, aunque tampoco entendía muy bien cómo podía haber tanta diversión y tan poco trabajo. Era como lo opuesto a Tenebrina. Aunque, bueno, para quedarme tranquila de pasármelo tan bien siempre sin trabajar absolutamente nada, pensaba que el entrenamiento que realizaba todos los días con mi hermano era mi verdadero trabajo, ya que la semana siguiente íbamos a hacer algo muy bonito por Tenebrina.

CAPÍTULO 6

Llegó por fin el día que tan emocionada me tenía; apenas pude pegar ojo en toda la noche de lo emocionada que estaba. Pero, como al levantarme todavía seguía algo emocionada, no noté mucho el sueño, sino que al levantarme me sentí bien despierta y con mucha energía.

—Hola, chicos. Buenos días, ¿qué tal estáis? —les pregunté aquella mañana a mis padres y a mi hermano al llegar al salón.

—Muy bien. Listos para empezar el día —dijo mi hermano—. ¿Tú qué tal, hermanita?

—Pues esta noche no he dormido nada, pero me siento con energía.

—¿Y eso, hija? —me preguntó mi madre—. ¿Cómo es que no has dormido nada?

—No sé, estaba un poco de subidón. A veces me pasa que me acuesto emocionada con ganas de hacer bromas y de hacer gracias y no me duermo.

—¿Y eso te pasaba en Tenebrina?

—No, no me pasaba; de hecho, creo que nunca me pasó. No hacía cosas tan emocionantes como las que hacemos aquí.

—Será por eso.

—Seguramente.

—Una cosa, mamá —dijo Diego—. Hoy por la noche, no lo sabemos seguro, pero seguramente saldremos de fiesta, porque mañana no vamos a entrenar.

—¿Y eso?

—Nos toca descansar.

—Pues muy bien. ¡Que os divirtáis como vosotros sabéis!

—Eso haremos. No veas qué fiesta nos vamos a meter.

Aunque íbamos a ir allí esa misma mañana, como no sabíamos lo que iba a pasar después, acordamos decirle eso a Ariel, por si acaso ocurría algo que no estuviese previsto.

Desayunamos aquella mañana de forma normal, como siempre, para no levantar sospechas y, una vez nos arreglamos, nos dirigimos al gran palacio blanco, donde habíamos quedado todos, incluido el sabio, el cual también tenía intención de participar aquel día. Tenía muy buena forma física el hombre.

Una vez llegamos al palacio, que yo estaba segura de que algún día tendría uno incluso más bonito y más grande que ese, vimos que ya habían llegado todos los demás y que nosotros éramos los últimos.

—Habéis llegado justitos —dijo Ángel.

—Las grandes personas siempre esperan menos que los demás —dijo mi hermano.

—¡Qué emoción, eh! ¿No estáis «superrequeteemocionados»? —les pregunté.

—Un poquillo, pero no creo que tanto como tú —me contestó Gabriel.

—Yo es que soy de emociones fuertes. Encima, que es mi sociedad; vosotros no habéis vivido en Tenebrina.

—Ni tenemos intención de hacerlo nunca.

—Ya me imagino. Es lo más opuesto a este sitio. ¿No existe un lugar intermedio? ¿No existe en el mundo otra sociedad aparte de estas dos?

—Estas son las dos únicas sociedades que existen en el universo entero —me contestó Lorena, otra de las chicas del grupo.

—Pues sí que estás segura de ello —le contesté—. ¿Y tienes alguna prueba que lo certifique?

—No me hace falta ninguna.

—Pues a mí me molaría que existiesen más sociedades, por lo menos alguna que fuese más intermedia entre estas dos. Porque con tanta diversión no entiendo de dónde sacáis el dinero para comer y para comprar todos los palacios que se ven.

—¿Qué más te da? Si tienes todo lo que quieres... —me dijo Lorena.

—Pues por eso mismo. No entiendo tanto crecimiento si lo tengo todo hecho.

—¿Te parece que te lo dan todo hecho entrenando todas las horas que entrenas y haciendo lo que vas a hacer dentro de unas horas?

—Sí, me lo parece.

—Mejor vamos a dejarlo, que hoy hay algo muy importante que tenemos que hacer y no estamos para estupideces.

—No son estupideces. A mí no me faltes al respeto.

—No te estoy faltando al respeto.

No me caía muy bien esa chica, no me daba una sensación nada buena, y desde luego no me parecía una persona muy evolucionada ni que se conocía tanto a sí misma como daba a entender. Estaba segura de que ella era el topo del que hablaron mis compañeros un día y no volvieron a hablar después. Parecía que se les había olvidado.

Lo dejamos todo organizado: guardamos todas las pistolas, las granadas, los cuchillos y alguna que otra cosa, nos metimos en cinco coches distintos para entrar todos, y nos dirigimos hacia Tenebrina. Por suerte, en el coche no me tocó con Lorena, fui con mi hermano como siempre, que era el que conducía, con Adrián y con Ángel. Por cierto, hasta ahora no había hablado de ello, los coches en los que íbamos siempre eran de los más bonitos y de los más caros que había visto en mi vida; la mayoría eran deportivos descapotables y con unos colores muy cantosos. El coche en el que íbamos era un deportivo descapotable, que en este momento tenía el techo puesto, y era de un color dorado supervistoso; de los coches más llamativos que había visto en mi vida. Los otros cuatro también eran deportivos y se podían hacer descapotables si querías. Uno era rojo, otro azul, otro negro y el otro rosa. ¡Anda que no tenía yo ganas de tener un coche así de chulo!

Después de que hiciésemos lo que íbamos a hacer hoy, me lo iba a comprar sí o sí, aunque no sabía con qué dinero, esperaba que me lo diesen mis padres. Y tampoco sabía conducir, aunque eso solo era cuestión de aprender.

Los cinco coches atravesaron las preciosas montañas de Silea hasta que las dejamos atrás y llegamos al largo desierto; no sé muy bien cuántas horas duraba el largo viaje, pero muchas. Tuvimos que parar alguna que otra vez para que cada uno hiciese sus necesidades y también paramos un rato en el desierto para comer, que yo me metí

dentro del coche, porque fuera, en el desierto, ¡menudo calor hacía!; yo era una persona de lo más calurosa.

—Adrián, ¿y a ti no te molaría construir tu propia sociedad? ¿Una sociedad mucho más evolucionada que Tenebrina y Silea en la que cada persona realmente de verdad deje salir todo su potencial y aporte algo muy valioso al resto del mundo?

—Silea ya es una sociedad muy evolucionada.

—Porque tú lo digas. A mí hay cosas que no me cuadran. ¿De dónde has sacado tú tanto dinero para comprarte ese superpalacio?

—Ya te dije que Silea es una sociedad llena de abundancia. Cada uno de nosotros somos completamente abundantes —me contestó con mucha calma.

—Sí, lo de siempre. No me sirve esa respuesta. No me convences.

—No es mi intención convencerte.

—Pues muy bien.

Después de haber comido y haber hecho nuestras necesidades en el desierto, otra vez nos metimos todos en el coche y fuimos directos a Tenebrina; la verdad es que tenía ganas de volver a ella. Después de diez meses tan intensos realizando aventuras tan chulas, tenía ganas otra vez de cambio y, sobre todo, tenía mazo de curiosidad acerca de lo que podía pasar aquel día. No tenía ni idea de cómo se lo iba a tomar aquel Gobierno, si iba a morir alguien o qué era lo que iba a pasar. Íbamos a la aventura. Me habían dicho, yo creo que de tanto darles la lata, que el Gobierno tenía en su edificio principal un aparato mediante el cual, si hablábamos, la sociedad entera nos podía escuchar. Por lo que habíamos decidido que uno de nosotros iría a la sala donde estaba ese aparato y le explicaría a todo el mundo qué es lo que está pasando realmente, qué es lo que hacen con el 1 % de los bebés que nacen y les explicaría que en el agua introducen una sustancia que nos hace ser más manipulables. Y esa labor, por lo visto, la iba a hacer mi hermano, que se lo había pedido él.

—¿Qué tal, chicos? ¿Muchos nervios por esta gran experiencia que nos espera? —les pregunté a ver qué me contestaban.

—Ya te hemos dicho que no —me contestó Ángel.

—Pues yo sí que estoy nerviosa. Bueno, no, más bien estoy muy emocionada, que estas cosas me excitan mucho.

—A mí me excitan otras cosas —dijo Ángel.

—A ver. A mí me da un poco de cosilla por si muere uno de nosotros, pero nada más —dije ignorando lo que acababa de decir Ángel.

—Pues si muere uno de nosotros, qué se le va a hacer, habrá muerto por una buena razón y ya volverá a nacer. Da un poco de cosa morir tan joven, pero, bueno, en la vida a veces pasan desgracias —dijo mi hermano.

—Pero estad tranquilos, chicos. Nosotros somos puras máquinas de pelear —dijo Ángel.

—Bueno, vosotros sois más máquinas que yo, que lleváis muchos más años luchando y encima yo soy más jovencita.

—¿Qué edad tienes?

—22, pero estoy cerquísima de los 23.

— Ah, es verdad. Yo tengo 31 — dijo Ángel.

— Ya lo sé. La misma edad que mi hermanito, que tenía 8 años cuando yo nací y pasó todo ese follón.

— Sí, eso sí que fue una experiencia — dijo mi hermano.

— Pero valió totalmente la pena, que me salvasteis la vida.

— Sí, eso sí. Bueno, vamos a mirar al futuro, que hoy nos toca una tarde intensa — dijo mi hermano, que parecía que no quería hablar sobre lo que pasó en el pasado.

— Sí, hoy vamos a hacer cosas que nunca habíamos hecho — dijo Adrián.

— ¿Y falta mucho para llegar? ¡Anda que no llevamos ya camino recorrido!

— La mitad o así.

— ¿Tanto?

— Sí, no seas tan impaciente.

— Es que parece que vosotros no tenéis ninguna emoción, como que todo os da igual.

— No nos da igual todo, pero cada uno lo expresa a su manera — dijo Adrián.

— Pues yo en este momento lo expreso con inquietud y cierta impaciencia. Aunque ahora que he hecho pis estoy algo más relajada. No llevo nada bien eso de aguantarme el pis en los trayectos largos.

— Aquí no te preocupes. Si te dan ganas, tienes todo el desierto para ti sola.

— Sí, si eso me pongo detrás de un coche, como he hecho antes y así no me ve nadie, que lo malo del desierto es que no hay para taparse.

— Pero hay dunas en vez de árboles.

— Sí, pero es mejor idea los coches.

Seguimos conduciendo por el desierto unas cuantas horas más, disfrutando del paisaje de ver solo cielo y arena y arena, hasta que, por fin, a lo lejos vi la valla verde tan gigantesca que ya había visto antes.

— Menos mal. Ya hemos llegado y ni siquiera os he hecho parar para ir a hacer pis, así que ahora tengo unas ganas que me muero.

— Pues no te queda otra que aguantarte un ratillo más — me contestó mi hermano. — Espero que sea muy corto ese ratillo, porque estoy...

— Si quieres, te abrimos la puerta y meas — me dijo Ángel.

— No, no, ya me aguanto. He visto la valla verde y me ha dado esperanzas.

Pusieron en el coche el modo de invisibilidad conforme nos fuimos acercando a la valla verde, ya que vimos que, como siempre, había guardias encima de ella.

— Menos mal que al final no voy a ser policía que, si no, menudo coñazo estar ahí horas y horas en plan maniquí.

— Los policías hacéis un poco de todo, ¿eh? No tiene por qué ser siempre tan estático — me dijo Ángel.

— Hombre, ya me imagino, si no, no creo que se metiese nadie. Oye, ahora que lo pienso, y nosotros, si no somos polis, ¿qué somos?, ¿un grupo de rebeldes que lucha contra el sistema?

— Por ejemplo. El nombre que le quieras dar — me contestó Adrián.

Cuando estábamos ya muy cerca de la valla, hicimos lo mismo que habíamos hecho

otras veces. Mi hermano abrió la puerta del coche, apretó un botón que había en el suelo y, de repente, todos caímos en picado, hasta que el coche se paró y seguimos conduciendo bajo tierra hasta llegar a la superficie de nuevo.

Una vez pasamos la valla y estuvimos dentro de Tenebrina, lo primero que hicimos fue ir a una gasolinera para que yo por fin hiciese pis y me relajase, que después de tanto tiempo aguantándome... La mayoría de mis compañeros también hicieron lo mismo.

—¡Qué gusto! Ahora ya me he quedado divinamente. Aunque estoy pensando lo que nos viene ahora y me está dando un subidón de la leche. Pero en plan guay, así de que estoy con la emoción y todo eso, que a mí me molan mucho las emociones fuertes.

—Pues tranquila, que hoy las vas a tener —me dijo Ángel.

El plan era ir directamente al edificio central donde estaban todos los del Gobierno, ya que por la hora que era habíamos calculado que el presidente estaría ahí también y, sobre todo, que ahí también se encontraba el aparato a través del cual podíamos hablar a toda la población de Tenebrina. Era algo que utilizaba el presidente para dirigirse a la gente de vez en cuando; yo, estando en el orfanato y en la escuela alguna vez, lo había escuchado.

Llevábamos armas de todo tipo: cuchillos, espadas, pistolas, escopetas y granadas, y a uno le dio también por meter una cadena con pinchos y un hacha. Era el más bestia de todos, se llamaba Alex, que no le había mencionado hasta ahora; como éramos tantos... 22 para ser exactos, no me voy a poner a hacer la retahíla de nombres para que no os aburráis.

Después de la gasolinera fuimos directos al edificio central del Gobierno. Era un edificio enorme, bueno, un palacio más bien; de hecho, yo creo que junto con la casa del presidente era el único palacio que había en Tenebrina. Y era de color blanco también, igual que el palacio de Adrián. Tenía unos de los pocos jardines bonitos que había en Tenebrina, con árboles preciosos, enormes fuentes, bancos para sentarse y flores de muy diversos tipos, pero sin haber tanta variedad como en Silea.

En la entrada principal al edificio siempre había varios guardias armados, por lo que decidimos entrar por otro lado para que no nos viesan. El palacio estaba rodeado por una valla negra gigantesca llena de pinchos arriba, pero, por suerte, nosotros teníamos un aparato que nunca antes lo había visto en mi vida, que consistía en un lápiz y por donde dibujases con él, lo rompía, así que dibujamos un círculo lo suficientemente grande como para que pasase el más grande de nosotros, que era Alex. Le dimos un empujoncito al círculo y ya teníamos un buen agujero hecho en la valla que nos permitía pasar.

—Oye, este aparatito es la leche. Con esto podéis robar hasta en un banco —dije yo.

—Sí, la verdad es que es superútil —dijo mi hermano.

—Y es que, fíjate, un lapicito solo. ¡Menudo invento! Se habrá tenido que forrar, pero requetebien, la persona que lo inventó.

—Pues no tenemos ni idea, porque no sabemos quién fue... —dijo Gabriel.

—Pues un tío inteligente seguramente —dije yo.

Fuimos entrando al jardín uno a uno por el supercírculo que le habíamos hecho a la pared, que nos quedó artístico y todo, y nos dirigimos, con cuidado de que nadie nos

viese yuviésemos que actuar antes de tiempo, hacia el palacio a ver si encontráramos alguna ventana abierta. Pero todas estaban cerradas, así que tuvimos que hacer el circulito otra vez a una de las ventanas.

—¿Y por qué no hacéis un cuadrado o una estrellita? Puede quedar más original, porque siempre un círculo...

—Anastasia, ahora no estamos para coñas —dijo Lorena en un tono borde, como era ella.

Fuimos entrando de nuevo por el círculo uno a uno y, una vez todos dentro del gran palacio, fuimos a dar a una sala, que de lo señorial que era nos hacía darnos más cuenta del sitio donde estábamos.

—Pues yo en mi vida había visto este tipo de superlujos en Tenebrina. Esto le pega más a vuestra sociedad de Silea.

Era una sala que calculo que debería de tener unos 150 metros cuadrados. Las paredes eran, como no, doradas, al igual que las del palacio de Adrián, y el techo y el suelo eran de un blanco resplandeciente que se notaba que lo habían limpiado. La sala estaba recubierta de árboles artificiales de los colores más diversos. Varias lámparas preciosas, enormes y doradas colgaban del techo. Y había sofás de color dorado y blanco ordenados por la sala. También en las paredes había grandes estanterías llenas de numerosos libros. Yo creo que estábamos en la habitación de la lectura. Aunque no sé muy bien qué pintaba allí un *jacuzzi* dorado que había en el medio de la sala.

—¿Y se puede saber qué narices pinta un *jacuzzi* en la sala de la lectura?

—Pregúntale al presidente a ver qué te dice. A lo mejor le es muy placentero leer mientras se mete dentro —dijo mi hermano.

—Sí, en plan «vagazos», mientras el resto de la sociedad trabaja como un robot sin descanso. Pues a mí este palacio me recuerda más a lo vuestro; esto con Tenebrina no me encaja.

—Son los que lo gobiernan todo, ¿qué quieres? Ellos eligen darse más placeres que nadie.

—Ya veo ya.

—Vamos a la sala donde está la mesa esa tan grande, que seguramente estarán ahí todos —dijo Diego

—¿Y no hacemos primero lo de hablar a todo el pueblo de lo que en realidad está pasando? Eso es lo más importante.

—No, eso lo dejamos para el final. Y no es lo más importante —me contestó Lorena.

—Pues no entiendo por qué dices que no es lo más importante, cuando yo creo que es exactamente la razón principal por la que hemos venido.

—Porque la razón principal por la que hemos venido no es esa. Hemos venido a romper este sistema.

—Porque tú lo digas. Es mi hermano a quien le toca hacer eso.

—Lo siento, hermanita. Pero tiene razón Lorena. Eso lo dejamos para el final.

—Como no lo puedas hacer al final... A vosotros os da igual. Como no habéis nacido aquí...

—¿Tú crees que si nos diese igual estaríamos poniendo en peligro nuestra propia vida? —me preguntó Lorena con furia.

—No, no lo creo. Pero a veces no os entiendo.

—Y nosotros a ti tampoco te entendemos.

Dejamos aquella sala y continuamos recorriendo aquel palacio, donde el resto de salas tenían todas las paredes de color dorado, mientras que el suelo y el techo eran blancos.

Y, bueno, que no he descrito nuestros trajes, no íbamos de negro, sino que, como la vez anterior, íbamos vestidos de colores para llevar la marca de Silea, que era una sociedad muy colorida. Yo, por ejemplo, llevaba unos pantalones azules y una camiseta rosa puesta de una manera que hacía que me sentase muy bien. Mi hermano llevaba una camiseta verde y unos pantalones naranjas. Gabriel, unos pantalones blancos y una camiseta roja... Y ya no voy a describir cómo iba ninguno más, que no estoy aquí para aburrirlos.

Por fin llegamos, sin hacer nada de ruido, a la sala esa de la mesa tan grande que me habían dicho. Por lo visto estaban casi todos los altos cargos sentados en ella. Había como unas quince personas, y a mí solo me sonaba la cara del presidente, que era el único con el que había estado hablando personalmente; el resto no tenía ni idea de quiénes eran, ya que en Tenebrina solía pasar bastante de ver las noticias, pues me veía muy distinta a la mayoría de la gente, me gustaba más estar muy centrada en mí e ir a lo mío. No solía estar muy enterada de lo que pasaba en el resto del mundo a no ser que alguien me lo contase. Y, bueno, también que no era algo que me pareciese demasiado realista, ya que solo sacaban el 0,1 % o por ahí, que tampoco tengo mucha idea del porcentaje, de lo peor que pasaba en Tenebrina. Además, fijo que manipulaban muchas de las cosas que nos contaban. Y, sobre todo, que para lo gris que era ya esa sociedad, no creo que fuese nada agradable ver continuamente las cosas más negras que pasaban en ella, y menos si el Gobierno las oscurecía todavía más.

—¿Y ahora qué? —les pregunté—. ¿Entramos ahí y vamos a por todas a ver qué pasa? Me extraña mucho que todas estas cosas se puedan hacer tan fácilmente.

—Pues acostúmbrate a ello, que en Silea todo es fácil de conseguir —me dijo mi hermano—. Y no vamos a entrar ahí a tope. Con tirar unas granaditas, yo creo que puede valer —dijo mientras sacaba una granada de su mochila.

Pero justamente, en ese mismo instante, cinco hombres aparecieron detrás de nosotros apuntándonos con sus pistolas.

—Deja ahora mismo eso en el suelo si no quieres que te lo hagamos estallar dentro de tu boca —dijo a mi hermano el que estaba más cerca de él mientras le apuntaba con su pistola.

—Por tu culpa, Anastasia, que nunca te callas —me dijo Lorena en tono de acusación.

Pero justamente esa acusación hizo que giraran la cabeza todos los que había sentados en la mesa. Aunque la verdad es que habría dado un poco igual, porque los otros ya nos habían pillado.

—¿A qué coño viene esta visita si se puede saber? —preguntó el presidente.

—Queríamos un poco más de follón —le contestó mi hermano mientras lanzaba otra granada que llevaba escondida a la sala donde estaban el presidente y el resto de personas del Gobierno.

Por lo que, en ese momento, el presidente y sus demás compañeros salieron

corriendo como locos de aquella sala, mientras, al mismo tiempo, la granada estallaba llevándose a unos cuantos de ellos por el camino; unos tres o cuatro me parece que murieron a causa de lo que acababa de hacer mi hermano.

Yo en ese momento me quedé un poco paralizada. Ya le había visto anteriormente matando a una persona, pero en ese caso la razón había sido para salvarme la vida.

—¡No pensé que fuésemos a usar las armas a no ser que fuese algo estrictamente necesario! —le chillé a mi hermano.

—Este era un momento muy necesario, ya que nos acabamos de quitar a cuatro de en medio —me contestó Alex en vez de mi hermano—. Además, ya nos habían pillado. —¿Dónde está la sala donde puedo hablar a todos los ciudadanos de Tenebrina? —pregunté.

—Hasta que no terminemos con esto, no vas a saber dónde está —me contestó Pedro.

Antes de que le pudiera contestar algo, corrimos a escondernos, ya que acababan de empezar a dispararnos el presidente junto con el resto de sus compañeros. Yo me pude meter detrás de una columna y comencé a disparar también, con la intención de no provocar a ninguno una herida demasiado profunda. A uno le disparé en el brazo, a otro en el pie y a otro en la mano.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Gabriel, que estaba detrás de otra columna disparando—. ¡Dispara a matar! No tengas piedad por ninguno, que ellos tampoco la van a tener contigo; si no, mira lo que casi te hacen nada más nacer.

—Yo no soy como ellos, y no pensé que vosotros fuerais así.

—Así ves que te equivocaste. No te puedes fiar tanto de la gente, incluso aunque creas que la conoces muy a fondo.

—Ya me acabo de dar cuenta —dije con una mezcla entre rabia y tristeza.

—Pero, bueno, ahora que ya has visto un poco más de que va esto, vamos a salir de esta.

—¿Y de qué va esto según tú, si se puede saber? Porque ahora mismo no estáis siendo esa sociedad tan evolucionada que decíais ser.

—A veces hace falta acabar con todo para poder empezar de nuevo mucho mejor —me dijo mientras salía de detrás de la columna y disparaba a los del Gobierno de Tenebrina mucho más de cerca.

Yo preferí no moverme, que no quería verme obligada a matar a nadie, y lo que habíamos hablado en Silea que íbamos a hacer no era lo que estaba pasando en Tenebrina. Parecía que, en vez de ayudar a la sociedad a que supiese la verdad, querían provocar una revolución para tomar ellos también el control sobre Tenebrina. En ese momento me di cuenta de que no estaba tan segura de que Silea fuese una sociedad tan evolucionada como decían. El sabio Adrián estaba matando con la ametralladora a personas del Gobierno de Tenebrina de una manera que daba hasta miedo. Además, que no entendía cómo era posible que la gente viviese con tanta abundancia en aquel lugar que parecía que solo existía la diversión. No veía ningún tipo de esfuerzo por mejorar ni por hacer nada grande. Solo lujo, fiesta y diversión. Ojalá no tuviesen razón mis compañeros y sí que existiese una sociedad que realmente estuviese evolucionada de verdad. Donde, como en Silea, las personas se conociesen mucho mejor a sí mismas, fuesen auténticas, se sintiesen plenamente responsables de sus vidas y se

trabajasen a sí mismas y aprovecharasen todas las oportunidades que les daba la vida para que su alma poco a poco fuese evolucionando. Ojalá existiese una sociedad así, llena de personas libres y responsables de sus vidas. Y si la realidad era que no existía, me encantaría ayudar a crear una.

—¡Anastasia, necesitamos tu ayuda! Aunque no quieras matar a nadie, dispara por lo menos a los pies o a los brazos como estabas haciendo. O, si no, dales de tortas como tú sabes —me dijo mi hermano que acababa de ver que me había quedado pensativa.

—De acuerdo, si me prometes que después de esto le vamos a contar a todo el mundo lo que está pasando.

—Te lo prometo —me dijo sin mirarme a la cara, mientras me daba la mano.

Así que salí de la columna donde estaba escondida y me puse a disparar y a meter unas pocas leches. Me di cuenta enseguida de lo realmente bien que me había entrenado mi hermano, ya que a cada persona a la que me enfrentaba, enseguida la dejaba tirada en el suelo; a lo mejor tardaba un minuto como mucho en derrotarla.

Estuvimos un buen rato peleando y disparando contra todos los del Gobierno y pudimos comprobar que éramos notablemente superiores. Aunque cuando ya parecía que les habíamos vencido a todos porque ya solo quedaba el presidente en pie, apareció un grupito bastante grande de unas cincuenta personas que se pusieron a luchar contra nosotros.

—No me habíais dicho que teníamos que luchar contra tantos —dije a mis compañeros.

—Les habrá dado tiempo a pedir ayuda —me contestó Ángel.

—Ya veo. Pues a ver qué tal se nos dan todos estos.

Los que vinieron eran mucho mejores luchadores que los que acabábamos de vencer, pero, por suerte, aunque eran más, no llegaban a ser tan buenos como nosotros. Y dejando a un lado que mis compañeros mataron a varias personas, fue una experiencia de lo más emocionante que había vivido hasta entonces. Y me vino muy bien para entrenarme a mí misma, porque menudas leches que les metí a cada uno. Los diez meses que estuve entrenando en Silea me ayudaron a mejorar muchísimo mi técnica de lucha. Me sentí como las chicas que tanto me gustaba ver en las películas que iban por ahí defendiéndose contra los que se suponía que eran los malos. Y, tengo que decir, que no fue por la batalla tan emocionante que acababa de pasar, sino por lo que vino después, que nunca en mi vida borraré de mi memoria este día.

Luchamos a tope cada uno de los veintidós de nosotros contra los cincuenta guerreros de Tenebrina. Estos iban vestidos de negro, exactamente igual que el hombre que me quiso matar, y gracias a eso mi hermano me salvó la vida después.

—Te he enseñado bien. Estoy orgulloso de ti —me dijo mi hermano mientras luchábamos contra aquellos hombres.

—Pues sí, la verdad. Yo hace un año, ni de coña era capaz de luchar así de bien. Así que muchas gracias, hermanito, por tus enseñanzas.

—Nada, para eso están los hermanos —me dijo de una manera que me dio una pequeña sensación de que aquellas palabras iban cargadas con algo de tristeza.

—¿Te pasa algo?

—No, nada, nada; estoy bien. Vamos a darles bien duro, que ellos son más que

nosotros, pero no están tan bien entrenados.

Seguimos luchando a tope, como lo estábamos haciendo hasta ahora y como lo solíamos hacer siempre en los entrenamientos. Aunque, por desgracia, algunos de nuestro grupo, que de la gran mayoría no había dicho sus nombres, pero los digo ahora, murieron. Los que murieron se llamaban: Eduardo, Juan, Enrique, Ángel (que a este sí lo había nombrado en varias ocasiones), Lucas, Lucía (también había aparecido antes) y Fernando. Así que, de los veintidós que éramos, ya solo quedábamos quince. A unos, los mataron con una pistola y, a otros, con un cuchillo. Y a los que murieron a manos de un cuchillo, a uno se lo clavaron en el corazón, a otro le rajaron la garganta y a otro se lo clavaron en ella. Me dio muchísima pena la muerte de muchos, sobre todo la de Ángel, que era uno con los que más me llevaba. Fue, sin lugar a duda, la parte más triste de la lucha. Ver que gente con la que habías estado viéndote todos los días durante diez meses enteros, perdían su vida, no era nada agradable. De hecho, se me llenaron los ojos de lágrimas en algunos momentos. No me parecía que aquella revolución mereciese para nada la pena con las muertes que había habido hasta ahora. La muerte, aunque solo fuese de una persona, no debería de justificar para nada aquella lucha. Hasta que, finalmente, después de un largo rato, igual que antes, el único que quedó en pie del bando contrario era el presidente.

—¡Qué coño habéis hecho! —exclamó el presidente furioso—. ¡Teníamos un trato y lo habéis roto!

—Nosotros no hacemos tratos con nadie. Es mucho mejor dominar dos sociedades que una sola —dijo Lorena mientras le disparaba en la frente dejándolo sin vida.

—¿Perdón? —pregunté incrédula—. ¿A qué te refieres con dominar dos sociedades?

—No me preguntes gilipolleces, niñata. Dominar dos sociedades significa dominar dos sociedades. ¿Es que todavía sigues creyendo que Diego es tu hermano y que Ariel y Dimitri son tus padres? Si sigues creyendo eso es que eres tonta a más no poder.

—¿Qué coño está diciendo, Diego? —le pregunté mientras me aguantaba las lágrimas. —Lo siento, Anastasia —me contestó mirándome con cara de arrepentimiento.

—¿Y tú, quién coño te crees que eres para hablarme así? —le pregunté a Lorena mirándola con cara desafiante—. ¿Y el trato que teníamos de decirle a toda Tenebrina lo que realmente está pasando aquí?

—¡Es que no acabas de escuchar lo que hemos dicho! Y yo a ti te hablo como me da la gana.

En ese momento sentí tantísima rabia dentro de mí que me tiré como loca para luchar contra Lorena, pero no me dejaron casi enfrentarme a ella, porque el resto del grupo, incluido mi falso hermanito, nos separaron.

—Ahora que nos ha ayudado, aunque de bastante mala manera, hacer lo que teníamos pensado hacer, ¿por qué no la matáis de una vez? O, mejor, ¿por qué no la matas tú, Diego? Que nunca has tenido ningún tipo de escrúpulos por nada.

—¿Todo este tiempo entrenándome y diciéndome que eras mi hermano y resulta que era todo mentira? ¿Mis fotos de cuando yo era pequeña también son mentira? ¿Y para qué coño han sido estos diez meses, si se puede saber?

—¡Es que todavía no te has dado cuenta! —exclamó Lorena—. Según tu carta de

nacimiento... Bueno, mejor cuéntaselo tú, Gabriel, que yo no puedo halagar a esta mocosa. Y sí, tus fotos son falsas, escogieron a una chica que se te parecía mucho.

—Según tu fecha exacta de nacimiento, aparte de que seas inmune al cialto, eres una de las personas con mayor capacidad del mundo para la lucha, así que por eso queríamos que formases parte de nuestro equipo, para ayudarnos a derrotar a este Gobierno. Porque ahora mismo eres de las personas más difíciles de vencer que hay sobre la tierra. Aunque podrías mejorar todavía más si alguien te entrenase más a fondo.

—Pero no queda ahí la cosa —continuó Lorena con cara maliciosa—. Al parecer, solo las poquísimas personas que sois inmunes al cialto tenéis la capacidad de proporcionar abundancia a toda Silea, bueno, y al Gobierno de Tenebrina también, que era el trato hasta hace poco.

—¿Y cómo podéis usar esa capacidad de abundancia que yo tengo según vosotros? —Arrancándote el corazón y guardándolo en un lugar sagrado que hay en el centro de Silea, que, por supuesto, no te hemos enseñado, ni te vamos a enseñar, porque en nada vas a estar muerta.

—¡A mí no me mata ni Dios! —exclamé lanzándome a por ella otra vez como una loca.

—¿Quieres matarla ya, Diego? Que ya podía haber sido ella una de las pérdidas que hemos tenido en el día de hoy y no alguno de nuestros compañeros.

—Una pregunta —dije de repente haciéndome un poco la calmada para ver si así me contestaban—. ¿Entonces, qué es todo eso de crecimiento personal que se supone que estudiáis en Silea desde niños? ¿Y eso de que tú eres un sabio? —pregunté eso último dirigiéndome a Adrián.

—Que, en vez de un sabio, soy un psicópata y un asesino. Lo sacamos todo de un libro, que no tenemos ni idea de quién lo escribió, y que por lo visto salió a la venta en Tenebrina a los pocos años de que tú nacieras, y más adelante, cuando se enteró el Gobierno, se prohibió su venta. Nos divierten este tipo de juegos —dijo Adrián—. Fue idea mía, y nos ha salido muy bien la cosa; ha sido muy divertido inventarnos todo esto.

—¿Y, entonces, quién narices es mi verdadera familia? ¿No es verdad que mi padre me salvó la vida nada más nacer?

—Eso sí que es verdad, Anastasia —me dijo Diego—. Pero por lo visto no te llevó a ningún sitio, te dejó directamente en el orfanato donde te criaste.

—Y todo este tiempo que he sentido que de verdad tenía un hermano y era totalmente mentira —dije con una mezcla entre rabia y tristeza.

—Lo siento.

—¡Qué coño lo vas a sentir! Con la de cosas tan feas y tan horribles que has hecho en tu vida, tú nunca has querido a nadie. Así que mácala ya de una vez, porque me está pareciendo que te estás ablandando —le ordenó Lorena con furia.

Diego cogió su pistola mientras el resto de compañeros me sujetaban como podían.

—Una pregunta —dije.

—¿Qué pregunta? —preguntó Lorena con rabia.

—¿Existen otros lugares u otras sociedades aparte de esta?

—¡Solo existe esto! Esa sociedad con la que tanto sueñas, ni existe ni ha existido ni existirá. Y ahora, Diego, máatala ya de una vez.

Diego me apuntó a la cara con su pistola y se quedó unos cuantos segundos en esa misma posición. Tenía una cara que me dio la sensación de que no tenía ni idea de qué iba a hacer. Parecía que le estaba echando valor a la situación, pero que había algo que no le dejaba apretar el gatillo.

—¿La quieres matar ya? ¡Necesitamos su corazón!

De repente, a Diego se le llenaron los ojos de lágrimas y bajó la pistola, mientras dijo lo siguiente:

—No puedo. Aunque no seas mi hermana, todo este tiempo ha sido como si de verdad lo hubieses sido. ¡Así que corre! —dijo esto último mientras disparaba a sus compañeros.

Por suerte, ninguno tenía a mano su pistola, por lo que le dio tiempo a disparar a algún que otro y después salir corriendo detrás de mí.

Y yo como una loca eché a correr con todo mi ser a toda velocidad, que bastante apreciaba mi vida como para perderla a manos de esos sinvergüenzas. Fui corriendo por la mansión en la dirección en la que habíamos entrado. Una vez en la calle, vi que todavía estaban los coches en los que habíamos venido, así que me metí dentro de uno de ellos y lo puse en marcha lo más rápido que pude. Y, justo cuando lo estaba poniendo en marcha, apareció Diego:

—Anastasia, déjame entrar. Por favor. Voy contigo —me dijo mientras me daba con la mano a la ventana del coche.

—Ni de coña.

Y nada más decirle esas dos palabras, salí con el coche y me marché de allí. En ese momento no pensé en que me acaba de salvar la vida por tercera vez ni en que acababa de perder por mí a su grupo de criminales; estaba demasiado dolida por el engaño de esos diez meses. Así que me marche yo solita con aquel coche, sin tener ni idea de lo que iba a hacer con mi vida a partir de ese momento. No sabía si mis verdaderos padres seguían vivos y no estaba segura de volver con mis antiguos amigos de Tenebrina, ya que no quería poner en peligro a nadie, aunque se merecían saber qué es lo que estaba pasando en realidad; todo el mundo se merecía saberlo. Y, también, a saber qué iba a pasar a partir de ahora, después del escándalo que habíamos armado en el Gobierno; los altos cargos del Gobierno, incluido el de presidente, estaban la mayoría muertos. Se suponía que con esa armonía íbamos a restablecer la libertad en Tenebrina, pero con lo que acababa de ver, me daba a mí que no iba a ser así. Por otro lado, me había quedado flipando con la cosa tan rara que me acababan de decir, porque según les había escuchado, en Silea había un lugar sagrado, que por supuesto no me habían enseñado, donde guardaban el corazón de una de las personas que eran inmunes al cialto y, por lo visto, eso suministraba de abundancia a Silea entera y al Gobierno de Tenebrina, que no entiendo yo el Gobierno de Tenebrina con la de gente que tenía trabajando para él, que necesitase más abundancia; pero me parecía un disparate lo del corazón...

Eso tenía que ser pura brujería, porque si no, yo no me esperaba que pudiesen existir ese tipo de cosas. Y, bueno, con lo impactada que estaba después de ese gran rato que

acababa de pasar, lo primero que hice fue alejarme lo máximo posible de aquel lugar e ir al bosque más grande que había en Tenebrina. A ver si ahí lloraba y lloraba y me desahogaba todo lo que podía, que todo lo que me estaba pasando me estaba pareciendo ya demasiado.

No tenía ni idea de para qué había nacido, para qué estaba aquí, ni sobre todo de cuál era mi función en este mundo, cuál era mi misión en esta vida; la que, de momento, no me lo estaba poniendo nada fácil. Y todavía seguía sin saber si la fecha que me habían dicho de mi nacimiento era la correcta. Aunque, por lo visto, lo único que sí era verdad, que me lo había dicho Gabriel, porque Lorena no podía decir algo bueno de mí, era que tenía muchísima capacidad para la lucha. Aunque, bueno, eso ya lo sabía yo, que los entrenamientos que había tenido hasta ahora se me habían dado mejor imposible. Así que tampoco es que eso fuese ninguna novedad.

Llegué a aquel bosque, el cual tenía unos árboles bastante altos que hacían que todo fuese sombra, y ni mucho menos eran tan bonitos como los de Silea. No había flores de colorines, solo árboles y arbustos.

Aparqué el coche entre los árboles, salí de él y me fui a un lugar del bosque para estar sola, conmigo misma y con la naturaleza. Así en soledad era como más me podía desahogar, ya que por primera vez me sentía sola de verdad. No sabía absolutamente nada de mis antiguos amigos de Tenebrina, y la que parecía ser mi nueva familia había resultado que todos eran unos asesinos y unos farsantes. Así que, en aquel momento, estaba completamente sola, sin saber qué me deparaba el futuro; qué iba a ser ahora de mi vida, que encima no tenía nada de dinero. Y eso en Tenebrina era algo que nunca le había pasado a nadie, ya que, como desde el día en que nacías te adjudicaban un puesto de trabajo para toda tu vida, no existía el paro ni apenas había gente que necesitase pedir dinero; todo iba según las normas. No existía la pobreza en Tenebrina y, bueno, en Silea, como ya sabéis, muchísimo menos. En Silea más bien solo existía la riqueza.

Me senté en una piedra grande que había en el suelo y que estaba rodeada por los altos árboles, y allí me puse a llorar por un rato largo mientras pensaba en lo que había sido mi vida hasta este momento. Desde esa niña pequeña que fui y que creció en un orfanato, donde le gustaba hacer travesuras a los profesores, nunca me había imaginado que acabaría en la situación en la que estaba ahora.

Y cuando llevaba ya un rato llorando y desahogándome, oí una voz muy familiar y nada agradable de escuchar:

—¿No habías pensado que el coche podía tener un localizador? —me preguntó Lorena.

Me di la vuelta y estaba Lorena junto con las otras nueve personas del grupo, por lo que supuse que Diego había matado a las otras pocas que faltaban.

—Pues no. Con la de cosas que me acaban de pasar, no se me había pasado por la cabeza.

—Sabes por qué estamos aquí, ¿no? —me preguntó Alex.

—Según vosotros, para arrancarme el corazón y guardarlo en Silea en un sitio sagrado para que os proporcione abundancia.

—Exactamente.

—Me suena totalmente a chiste y yo aquí no estoy para tonterías, como no sea que existan los brujitos estos que aparecen en las películas... Encima, me acabáis de interrumpir mi momento de desahogo en soledad, así que, ¿por qué no os piráis y me dejáis en paz?

—Porque debemos hacer lo que nos acabas de decir tú.

—Sí, pues como me pongáis la mano encima os vais a enterar —dije intentando envalentonarme un poco, ya que sabía que no tenía nada que hacer contra ellos.

—No te conviene amenazarnos —me dijo Gabriel.

—Y a vosotros no os conviene nada de lo que estáis haciendo. ¿Qué vais a hacer ahora con Tenebrina?

—Vamos a gobernarla. Silea sola nos parecía muy poca cosa, ya que nosotros somos personas muy ambiciosas, así que preferimos gobernar dos sociedades en vez de una.

—Muy bien. Pues os deseo lo peor.

—Gracias —dijo Lorena—. A ti mejor no te deseamos nada, porque tu tiempo de vida, en unos minutos, se va a acabar.

—Bueno, tampoco hay que anteponerse tanto, ¿eh? Nunca se sabe lo que puede pasar —dije disimulando el miedo que tenía.

—¡Alex, saca el cuchillo!

Y en ese momento, Alex no sacó un cuchillo, sacó un machete, porque era gigantesco. Vamos, que yo nunca en mi vida había visto un cuchillo tan grande.

—¡Hostia! Sí que sois exagerados, ¿eh? No es por nada, pero yo creo que eso en vez de un cuchillo es un machete, así que mira mejor en la mochila a ver si encuentras lo que te ha dicho.

—Es que tengo la manía de llamar cuchillo a todo. Bueno, ¿y a qué estáis esperando? ¡Agarradla!

—¡Hostias! —exclamé porque vi que iba en serio la cosa.

Salí corriendo a toda pastilla. Yo creo que nunca en mi vida había corrido tan rápido. Porque eso de morir a manos de un machete por esa gentuza no me hacía ninguna gracia. Amaba demasiado la vida como para dejar que me pasase esa desgracia. Y más ahora, que estaba en la incertidumbre total y no sabía qué iba a pasar con mi vida a partir de ahora. Así que no quería que esos criminales me robasen ese misterio. Pero, desgraciadamente, ellos eran diez y yo solo una, y encima tenían coches, por lo que podían ir más rápido que yo. Así, unos me persiguieron corriendo y otros cogieron el coche.

Después de un buen rato corriendo, consiguieron atraparme. Yo intenté soltarme con todas mis fuerzas. La verdad es que habría sido mucho más fácil pegarme un tiro y ya después hacían lo del cuchillo, pero por lo visto les gustaba más hacerlo así. Así que me agarraron entre muchos, mientras Alex cogía el machete. Y, justo cuando me lo iba a clavar, alguien nos empezó a disparar, dando a alguno que otro, lo que hizo que yo consiguiese escapar. A los pocos segundos de empezar a correr, apareció un coche a mi lado conducido por Diego.

—¡Súbete! —me dijo con la ventanilla abierta.

Y, claro, esta vez, obviamente me subí, que me parece que ya era la cuarta vez que me

salvaba la vida.

—Gracias.

—No hay de qué, pero no te acostumbres a que te salve la vida tantas veces, que la última vez me has dejado tirado.

—Hombre, tío. Entiéndeme. Menuda situación que me acabáis de hacer pasar. Que para mí diez meses de mentiras a tope es mucho tiempo, y más si es para usarme para algo que va en contra de mi voluntad. Pero bueno, aun así, muchas gracias por haberme entrenado, porque me moló un huevo.

—Ja, ja, ja. Te entrené bien, ¿eh?

—Sí, la verdad que yo creo que me entrenaste mejor de lo que nadie me podía haber entrenado. Gracias a eso, ahora me siento como una de esas superespías que salen en la televisión y que van repartiendo hostias.

—Yo también me siento así, pero en el lado masculino. Mola esa sensación. A mí al menos hace que me sienta muy poderoso.

—Sí, en mi caso también es así. ¿Y cómo es que justo has aparecido en mi momento de máximo peligro?

—Ya ves, casualidades de la vida.

Se paró unos segundos y siguió hablando:

—No, hombre. Quería ver cómo te las apañabas.

—Ah, ¿y qué te ha parecido? ¿Qué tal me las he apañado?

—Bien, no ha estado mal. Has corrido muy rápido, aunque yo creo que cuando te han agarrado todavía podías haber luchado un poquito más.

—Bueno, tú crees muchas cosas.

Conseguimos dejar totalmente atrás a todos los coches, ya que Diego se encargó de ir tan rápido que hasta me hizo pasar algunos momentos de un pelín de miedo.

—Por muy bien que conduzcas, yo creo que como sigamos así nos matamos, ¿eh? Me estás haciendo pasar unos sustos...

—Tú confía en mí, que yo en estas cosas soy experto.

—Pues espero que sea verdad. Y, cuéntame, que tendrás muchas cosas que decirme.

—¿Yo qué te tengo que decir?

—¡Cómo que qué me tienes que decir! ¿Y lo que ha pasado hoy? Los diez meses que me lleváis engañando. ¿Dónde coño están mis padres? Si es que siguen vivos... ¿Y qué es eso de que si me arrancáis el corazón toda Silea tendrá abundancia?

—A ver, lo del corazón ya te lo hemos dicho. Ya sé que es una cosa muy extraña y muy difícil de creer, pero la realidad es que es así. Hay cosas que son posibles, pero que hasta que no las vemos con nuestros propios ojos no las creemos.

—Pues yo fíjate que he visto cosas y cosas en este último año, pero eso no soy muy capaz de creérmelo.

—Bueno, poco a poco.

—¿Y qué pasa con mis padres? Según vosotros, se fueron a Silea, pero resulta ser que eran falsos.

—Sí, a Ariel y a Dimitri los contratamos y les pagamos una buena cantidad de dinero para que se hiciesen pasar por nuestros padres.

— Ah. Todo esto me parece muy fuerte.

— Ya, a veces nos pasan cosas que nos resultan difíciles de aceptar, pero no nos queda otra. En cuanto a tus padres verdaderos, sí que es verdad que tenías un hermano, que no soy yo, y que tu padre trabajaba para el Gobierno y te salvó la vida. Pero cuando escaparon de aquel hospital, en vez de ir hacia Silea, fueron justo en dirección contraria.

— ¿Y qué hay en dirección contraria?

— Ahí ya sí que no he ido nunca. Te engañé la vez que te dije que el Gobierno decía que ese desierto que conducía hacia Silea era peligroso. Lo que de verdad decían que era peligroso era justo lo que hay en dirección contraria.

— ¡Ah! ¿Entonces el Gobierno no decía nada de que no fuesen hacia Silea?

— Simplemente decía que era todo desierto, por lo que nadie tenía especial interés en ir hacia allí.

— ¿Y entonces no tienes ni idea de lo que hay al otro lado? Porque, ¿qué es lo que dice el Gobierno exactamente?

— Pues eso, que es peligroso.

— Pero que es peligroso, ¿por qué?

Se quedó unos segundos callado y me contestó:

— Porque en ese desierto sí que hay monstruos al otro lado de la valla.

— ¿Eso es lo que dice el Gobierno?

— Sí, pero es verdad en ese caso. De hecho, hay fotos colgadas en internet. Tú, como en tu vida has ido muy a lo tuyo, no veías las noticias ni nada y ni siquiera lo sabías. — Ya. ¿Y hay algo de malo en eso de estar tan centrada en mí en vez de en las mentiras que se cuentan en la televisión, que en la mayoría de los casos no son agradables y no tienen mucho que ver con la realidad?

— No, no hay nada de malo. Cada uno es como quiere ser.

— Pues enseñame esas fotos.

Se metió en internet con su teléfono móvil y me enseñó lo que le había pedido. Me quedé totalmente flipando con lo que vi en las imágenes. Les llamaban «dragones del desierto», y eran exactamente igual que los dragones que veía yo en las películas de aventuras, pero con un aspecto, que a mí por lo menos, me transmitía más agresividad; no tenían un aspecto muy amigable que se diga. Hasta salían en algunas fotos volando por el aire y en otras echando algo por la boca, que no creo que fuese fuego, porque era como el fuego, pero de color morado; una cosa muy extraña. También ponía en lo que me enseñó que nunca nadie había ido más allá del desierto, o por lo menos alguien que la prensa supiese. Además, la página que me estaba enseñando Diego decía que acababan de conseguir atrapar hacía dos días a uno de esos dragones e iban a dedicarse a examinarlo.

— ¿Y han matado al dragón?

— Me imagino que sí.

— Pues qué salvajes, ¿no? No me parece nada bien.

— Pues vete allí a impedirselo, que lo tienen los científicos que trabajan para el Gobierno que acabamos de derrotar.

— ¿Y qué va a pasar ahora con el Gobierno de Tenebrina?

— Supongo que lo que teníamos planeado. Bueno, yo ya no, que me he ido del grupo.

— Ya, gracias por haberme elegido a mí en vez de a tu equipo. Y gracias por salvarme la vida otra vez, que creo que ya van cuatro veces.

— En realidad han sido tres, porque el que entró en tu casa la noche esa en que me conociste, fingimos su muerte, o sea, que ya estaba todo planeado; hicimos simplemente eso para que me pudiese ganar más tu confianza.

— ¿En serio?

— En serio.

— ¿Entonces la gente con la que yo vivía también era cómplice?

— No, ellos eran como tú. No tenían ni idea de nada.

— Ah, porque es que si no ya me parecería... Vamos, que no me puedo fiar de nadie.

— ¿De mí te fías ahora?

— Sí, ahora que me has salvado la vida tres veces y que lo has perdido todo por mí, pues la verdad es que creo que más o menos sí que me fío.

— Gracias.

— Bueno, ¿y qué le va a pasar ahora al Gobierno de Tenebrina?

— Pues lo que te puedes imaginar. Ha caído en manos de mi antiguo grupito, así que ellos van a controlar ahora ambas sociedades. En principio teníamos pensado dejar las normas de allí como estaban, ya que esas normas hacen que, aunque la gente no sea apenas feliz, sea muy trabajadora.

— Entonces, ¿para qué tanto cambio si lo vais a dejar todo tal cual está?

— Teníamos un trato con el Gobierno de Tenebrina, trato que rompimos con aquella revolución y ellos también rompieron un poco al raptarte a ti. Porque en principio nosotros, bueno, principalmente Adrián, gobernábamos Silea y usábamos la abundancia de las personas inmunes a las que arrancábamos el corazón para generar riqueza en toda Silea y en el Gobierno de Tenebrina, los cuales tienen una pequeña isla al norte donde suelen pasar siempre las vacaciones de sus vidas, que eso tampoco te lo dijimos, y a esa isla iba tu padre, antes de que tuviese que empezar a huir de la justicia.

— O sea, vamos a ver. Silea está al este de Tenebrina, mis padres y mi hermano escaparon por el oeste y la isla esa está al norte.

— Exactamente.

— ¿Y qué es lo que hay al sur?

— No tengo ni idea. Y, bueno, realizamos la revolución esta porque teníamos un trato con el Gobierno, pero queríamos más, queríamos gobernar dos sociedades en vez de una, como te han dicho antes. Nos va mucho la avaricia y el exceso de poder.

— Ya veo. ¿Y tú por qué has cambiado de repente?

— ¿Recuerdas el libro anónimo del que te hemos hablado?

— ¿Del que os habéis inventado toda esta historia de una sociedad más evolucionada en la que la educación se centra más en el conocimiento de uno mismo para, a partir de saber quién eres, desarrollar tu máximo potencial?

— Sí, ese libro. Mis compañeros, bueno, mis antiguos compañeros, pasan totalmente de lo que dice ese libro, pero en mi caso, sí que hay algo en mi interior que me dice que

es totalmente cierto. Y también que diez meses sintiendo que de verdad eras mi hermana, ha sido mucho tiempo. Porque tú no eres como ellos, tú eres una gran persona. Y en estas dos sociedades, las personas que están en el poder no suelen ser muy buenas.

—¿Y tú crees que esa sociedad que dice el libro existe?

—No lo sé, no tengo ni idea. Solo tengo la esperanza de que sea real.

—Molaría que sí existiese. ¿No tienes curiosidad por averiguarlo?

—La verdad es que sí. Sería increíble que ese sitio realmente existiese. Así que, después de todo lo que ha pasado y de que acabo de quedarme sin apenas nada, si quieres, vamos a buscar esa sociedad.

—No sé. El fiarme tanto de todo me ha llevado a que casi pierda la vida.

—Sí, pero no la has perdido. Además, sé que tienes incluso más interés que yo por descubrir si ese lugar existe.

Me quedé pensativa unos segundos y después le contesté:

—Venga va. Me fiaré de ti. Vamos a buscarla. Es que quería hacerme un poco la interesante.

CAPÍTULO 7

Diego me dijo que, según lo que ponía en el libro, parecía que aquella sociedad, si es que existía, estaba justo en la dirección en que se habían ido mis padres al huir del Gobierno, ya que el libro hablaba de unos dragones que echaban algo morado por la boca.

Era un libro de una cubierta rosa y se llamaba *Mira hacia dentro, porque ahí lo encontrarás todo*. Por desgracia, no teníamos el libro en la mano, pero bueno, Diego me enseñó una foto de la portada en su móvil. Era una portada rosa como ya he puesto, con las letras en negro, y de fondo, a través del color rosa, aparecía el universo. Y, bueno, al menos, por lo que decía el libro, los dragones no eran peligrosos ya que convivían con las personas que habitaban en aquel lugar. No tenía nada que ver lo que decía el libro con lo que salía en las noticias, pero, vamos, que tampoco es que estuviésemos seguros al 100 % de que fuesen los mismos dragones.

Por lo visto, el camino hacia la valla verde, donde detrás estaban los dragones, estaba mucho más lejos que el que tuvimos que recorrer varias veces para ir a Silea. Según Diego, íbamos a tardar una semana entera yendo en coche y parando a dormir en diversos hoteles; por suerte, él tenía dinero de sobra para el alojamiento, la comida y todo lo que nos quisiésemos permitir, así que no había por qué dormir en el coche.

Alquilamos cada día una habitación en un hotel distinto de Tenebrina y nos hicimos como una media de mil kilómetros diarios; nos íbamos turnando el coche y cada uno nos hacíamos un total de quinientos kilómetros más o menos, porque, si no, menuda paliza.

La verdad es que yo no tenía ni idea de que Tenebrina fuese tan inmenso, y eso que de pequeña me habían llevado a visitar distintas ciudades para ver un poquito más de mundo, pero nunca me había imaginado que era tan grande y, menos aún, de pequeña ni siquiera sabía que existía la valla verde que recorría Tenebrina entera.

—¿Y habéis pensado alguna vez en tirar la valla verde? —le pregunté a Diego uno de los días de nuestro viaje en coche.

—No, no lo hemos pensado. La puso el Gobierno hace muchísimos años con la excusa de que todo lo que había fuera de ella era peligroso para la sociedad.

—Ah. O sea, que la gente se traga todas las limitaciones a base de que la metan miedo.

—Así es.

—Y las personas de Silea nunca habéis tenido ese tipo de limitaciones, ¿no?

—No, no las hemos tenido nunca. Nosotros éramos 21 gobernantes, aunque el jefe principal era Adrián, que se hacía pasar por sabio, aunque no lo era. Era un gran actor, eso sí. Estuvo mucho tiempo ensayando su cara de persona buena y agradable; bueno, y su cuerpo, su forma de hablar y esas cosas.

—Pero vosotros, aunque sois tan asesinos y todo eso..., aunque yo la verdad es que a ti tampoco te veo muy asesino que se diga, pero tratabais muy bien a vuestro pueblo, ¿no? Yo diría que hasta que demasiado bien.

—Sí, nuestro pueblo podía disfrutar de toda la fiesta y de toda la riqueza que se le antojase sin hacer casi apenas nada. Y bueno, era mentira eso que te dijimos de las escuelas. En nuestro pueblo no hace ninguna falta estudiar ni trabajar en nada; de hecho, hay pocas escuelas, porque solo estudian los que de verdad quieren estudiar. Y

lo que le pasaba, según el libro este tan misterioso, que yo es que me lo he estudiado a fondo, era que los ciudadanos, al igual que en Tenebrina, no crecían apenas, ya que tenían toda la vida hecha desde que nacían. Y, también, que ninguno de nuestros ciudadanos es consciente del origen de tanta abundancia.

—Así que, en vuestro caso, son los padres que lo consienten todo a sus hijos y que encima hacen cosas muy feas sin que ellos lo sepan, para que los hijos tengan todo lo que quieran sin tener que luchar nunca por nada en su vida. Mientras que el Gobierno de Tenebrina son los padres excesivamente estrictos y exigentes que no dejan a sus hijos ser ellos mismos.

—Sí, yo creo que has hecho un buen análisis.

—Pues nos queda la sociedad del libro. Así que a ver qué tipo de padres nos encontramos allí.

—A ver, si es que nos encontramos con algo; lo mismo solo hay dragones volando por el cielo y nos quieren quemar con su fuego morado.

—Esperemos que no, pero vamos, que por ir no perdemos nada. Y, encima, si nos quedamos en el centro de Tenebrina, lo mismo nos encontramos con tus amiguitos, que fijo que nos están buscando.

—Sí, fijo que nos buscan, aunque también estarán algo liados, ya que ahora gobiernan dos territorios al mismo tiempo. Encima son dos sitios con leyes muy diferentes.

Estábamos ya en la quinta noche de viaje. Y gracias a que Diego tenía tanta pasta, habíamos estado cada noche en hoteles preciosos y superlujosos. Encima, siempre nos pillábamos la habitación más cara que había. Nos levantábamos muy temprano para seguir con nuestra rutina de entrenamiento en el gimnasio del hotel, el cual no era tan guay como el que teníamos en Silea, pero se podía entrenar. Yo, la verdad, es que cada vez me veía más y más en forma; ya era capaz de ganar a Diego en los combates. A veces ganaba uno y a veces dos seguidos, pero cada vez ganaba más veces.

Solíamos realizar principalmente trabajo de fuerza para hipertrofia sarcomérica, que es aquella en la que se quema ATP y fosfocreatina. Sirve para aumentar la fuerza y no aumenta mucho el volumen muscular. Consiste en realizar pocas repeticiones con mucho peso.

El día que no realizábamos entrenamiento de fuerza, luchábamos entre nosotros. Pero no estábamos más de hora y media, que nuestro principal objetivo en ese momento era llegar más allá de donde estaban los dragones, si es que en realidad existían.

Después de realizar nuestro entrenamiento, íbamos al bufet del hotel y nos metíamos siempre un desayuno en condiciones, pero intentando no pasarnos demasiado, que luego nos tocaba un largo día de conducción.

El paisaje que nos encontrábamos cada día en el coche no estaba mal, tenía sus montañas, sus lagos, sus campos y sus edificios altos, pero comparado con el superpaisaje de Silea, muchísimo más bonito el que veía todos los días en Silea.

—Ya podíamos tener mejor el paisaje de Silea, en vez de este. Que tampoco digo que esté mal ni nada, pero con las preciosidades que veíamos en Silea nada más

levantarnos cada mañana... —le dije a Diego.

—Sí, era muy bonito; esto no tiene nada que ver.

—Ya nos quedan solo dos días para llegar de nuevo a la gran valla verde. Por cierto, este coche también se puede hacer invisible como el otro, ¿no?

—Sí, también se hace invisible, por eso no te preocupes. Lo único que para atravesar la valla no tenemos el túnel.

—Y, entonces, ¿cómo lo vamos a hacer? —Como entramos en el Gobierno.

—¿Con el lápiz ese que lo rompía todo?

—Sí, con ese mismo. Pero habrá que hacer un agujero mucho más grande, ya que tiene que entrar el coche entero.

—¿Y si se cae el puente por hacer el agujero tan grande?

—Tú tranquila, que no se va a caer. Y en el caso de que se cayese, no pasaría absolutamente nada, seguiríamos conduciendo con el modo de invisibilidad y no habría ningún problema. Sería una superputada para el Gobierno, porque lo tendría que volver a construir, pero nada más.

—Ah, ¿y por qué no lo tiramos entonces?

—Porque nuestra mayor prioridad es averiguar si existe aquella sociedad que a ti te hace tanta ilusión descubrir.

—¿Y a ti no te hace ilusión o qué? ¿No tienes curiosidad por ver si existe algo más allá de todo esto?

—Sí, pero yo creo que no tanta como tú.

—¿Y por qué tienes tú curiosidad entonces? ¿A ti qué es lo que más te mueve en la vida?

—La riqueza.

—¿Pero eso no es un término muy amplio? Es lo mismo que decir la abundancia, ¿no?

—Lo que más me mueve es hacer lo que hacíamos todos los días en Silea: disfrutar de todos los lujos que quisiese, vivir experiencias increíbles, ya fuese nadando con delfines o tirándome en paracaídas y estar en el paraíso en el que estábamos. Pero disfrutar de todo eso a causa del asesinato de otra persona hizo que mi humanidad se apagase, por lo que, aunque tenía toda la riqueza y la abundancia que quería, me faltaba lo más importante, faltaba yo mismo. Todas aquellas distracciones hacían que no viese quién soy yo, que no mirase hacia dentro. Todo lo que poseía era a costa de la muerte de otra persona, tenía todo lo que cualquier persona de Tenebrina hubiese soñado tener, hasta que fui famoso, ya que he sido uno de los líderes del Gobierno de Silea, pero no era feliz, me sentía vacío e incapaz de mirarme al espejo.

—O sea, que quieres conocerte un poquito más a ti mismo, y ver si puedes rellenar ese vacío.

—Sí, eso es justo de lo que habla el libro. Te dice que la felicidad no tiene nada que ver con lo que está pasando fuera, porque solo la podemos encontrar dentro de nosotros. Deberíamos vivir desde nuestra esencia, y eso solo lo podemos encontrar mirando dentro de nosotros.

—Pues entonces, sí que tienes tanto interés como yo en averiguar si de verdad existe esa sociedad.

—Sí, me imagino que sí. Y a ti, ¿qué es lo que más te mueve en la vida?

—A mí lo que más me mueve es el progreso. Evolucionar lo máximo posible en mi vida, y no me parece que las sociedades de Tenebrina y Silea me vayan a ayudar mucho a ello.

—Ya, a mí tampoco. Ja, ja, ja. Por eso hay que mirar hacia dentro.

Por fin pasaron dos días y llegamos a la grandísima valla de color verde. Estaba exactamente igual que en el lado contrario. Era igual de grande y tenía el mismo color verde intenso. Y, sobre ella, se veía algún puntito, que eran guardias que vigilaban, pero tampoco es que hubiera muchos, que yo viese solo había tres puntitos.

—Yo no entiendo esto de tanto guardia. Bueno, en este lado todavía, porque se supone que están los dragones. Aunque los dragones vuelan, así que si les diese la gana podrían cruzar la valla.

—Sí, eso sí. Pero no creo que les interese mucho la vida de Tenebrina.

—Ya. Yo por eso siempre he tenido tantas ganas de irme de aquí.

Nos acercamos a la valla hasta que el coche estaba solo a un metro de ella. Salimos del coche y, con el lápiz que lo traspasaba todo, Diego se dispuso a realizar un círculo lo suficientemente grande como para que cupiese nuestro coche. Yo creo que el círculo que hizo debería de medir unos ocho metros cuadrados. Así que yo estaba un pelín asustadilla, por si acaso se nos caía el puente encima mientras pasábamos a través de él.

Empujamos lo que había dentro del círculo y rápidamente nos metimos dentro del coche para pasar a través del agujero que acabábamos de hacer. Lo hicimos todo lo más rápido posible porque nos pareció que la estabilidad del puente peligraba. Y bastante que peligraba, porque a los cinco segundos de que pasásemos a través del puente, una parte de este se derrumbó. Pero no todo el puente, que todo ello eran miles de kilómetros. Yo creo que unos quince metros de largo fue lo que se cayó del puente.

—Con esto me da que van a saber dónde estamos —le dije a Diego.

—Posiblemente, pero no creo que se tomen la molestia de seguirnos.

Una vez pasado el puente, todo era exactamente igual que cuando lo atravesamos para ir a Silea. Todo era un desierto total en el que, de momento, no había ningún indicio de que pudiesen existir aquellos dragones. Solo veíamos desierto y desierto. Y menos mal que llevábamos comida y agua de sobra, porque no sabíamos el tiempo que íbamos a estar allí. De hecho, por si acaso, Diego se había llevado sus cosas para hacer fuego.

—Bueno, ¡pues de nuevo a la aventura! A ver qué nos enseña esta vez la vida.

—Sí, a ver qué nos espera. Cuando vivías en el orfanato seguro que no te esperabas que tu vida sería así.

—No, no tenía ni idea. Pero prefiero un millón de veces que mi vida sea así a como me habrían dicho que iba a ser cuando era pequeña.

Conducimos por el desierto todo lo que nos quedaba de día hasta que se nos hizo de

noche. En todo el camino seguimos sin tener ni un solo rastro de ningún dragón ni de ninguna otra forma de vida. Dejamos aparcado el coche y, antes de cenar, Diego encendió el fuego para que no tuviésemos frío. Bueno, realmente lo encendí yo, porque le dije que me enseñase, ya que era una cosa que nunca había hecho y quería aprender. Y, la verdad, es que se me dio bastante mal la cosa; tardé muchísimo tiempo en encenderlo.

Después, nos sentamos en el suelo junto al fuego y cenamos, que teníamos cada uno una ensalada de cena, que llevaba sardinas, aceitunas, tomates, huevos cocidos, pimientos rojos y pepinos.

—¿Habías hecho esto alguna vez? —me preguntó Diego.

—¿El qué? ¿Cenar en frente del fuego?

—Sí.

—No, nunca en mi vida lo había hecho. ¿Tú lo habías hecho alguna vez?

—Sí, alguna que otra vez. Aunque no es algo que soliésemos hacer en Silea.

—Tú es que has hecho de todo.

—Sí, he hecho muchas cosas, y me he olvidado de hacer otras. Lo que pasa es que ahora, por un lado, me gustaría encontrar esa sociedad donde se supone que la gente está tan evolucionada, pero, por otro lado, tengo bastante miedo de conocerme de verdad a mí mismo. A causa de las cosas que he hecho, hay una parte de mí que ha perdido su humanidad.

—Pero no ha sido todo malo lo que has hecho. A mí me has salvado la vida unas cuantas veces. Y ahora estás aquí conmigo, acompañándome en este viaje.

—Sí, pero que te haya salvado la vida no es suficiente como para perdonar todas las cosas tan malas que he hecho en mi vida.

—Todos cometemos errores, pero que aprendamos de ellos es lo que importa.

—Ya, eso es fácil decirlo, pero por primera vez en mucho tiempo he vuelto a sentir que tengo humanidad, y eso está haciendo que la culpa no me deje en paz.

—Pero, a ver, ¿qué es lo que has hecho? ¿A cuántas personas has matado?

—En la revolución que hicimos maté a cinco del Gobierno. Y en el resto de mi vida he matado a dos personas. Los líderes del Gobierno nos íbamos rotando para matar a cada una de las personas que nacía inmune, porque se produce un nacimiento de una persona inmune cada 5 años con un margen de 10 días arriba y 10 días abajo y, a cada año, nos tocaba a dos personas del grupo estar en los hospitales y, si nacía un bebé inmune, nos llamaban rápidamente y acudíamos para matarlo.

—¡Hostias! ¿Así que has asesinado a dos bebés? —le pregunté incrédula.

—Sí.

—¿Y cómo coño te has metido ahí?

—Por mi familia. Mi padre también trabajaba para el Gobierno y siempre me dijo que era por el mayor bien de Silea y que, si no lo hacía yo, otra persona lo tendría que hacer en mi lugar. Me enseñaron que el bien de toda una sociedad no solo estaba por encima de la muerte de un bebé, sino que también, el hecho de matar a ese bebé era un grandísimo regalo para toda Silea, y así, yo tenía la oportunidad de hacer mucho más feliz a toda mi gente.

—¡Joder! ¡Qué gentuza! ¿Y qué ha sido de tus padres?

—Siguen viviendo en Silea, pero en casas distintas. Antes de los diez meses que estuve contigo, les iba a visitar un día a la semana, pero cuando viniste tú, acordé con ellos estar un tiempo sin verlos. Como tuve que estar casi todo el tiempo contigo... — Ya... Menuda faena, ¿no?

—Ja, ja, ja. No. La verdad es que me lo he pasado muy bien. Nos trajiste una nueva energía.

—Gracias —le dije con una sonrisa.

—Y también... —dijo pensando bastante en sus palabras— mi padre era la persona a la que le tocó haberte matado el día de tu nacimiento.

—¡Joder! —exclamé flipando un poco—. Pues menudas casualidades que hay en la vida, ¿no?

—Sí.

—Bueno, la verdad es que no te entiendo porque no sé lo que es asesinar a dos bebés, ni quiero saberlo. Pero creo que lo mejor para que te sanes es que te abras a ese dolor, porque por muy duro que pueda ser experimentar esa emoción, será un paso más en tu evolución.

—Sí, es verdad. Pero no sabes lo duro que resulta llevar esa carga en tu vida, y menos ahora, que como ya te he dicho, creo que estoy volviendo a tener algo de lo que es un ser humano.

—Ya, pero bueno, piensa también que realmente, si no los hubieses matado tú, los habría matado otra persona, ya que solo seguías el diabólico protocolo del Gobierno.

—Sí, eso sí que es verdad. Pero, aun así, no te haces idea de lo que supone esa carga.

—Ya.

Con los sacos que teníamos dormimos al aire libre en el desierto; nos apeteció dormirnos viendo las estrellas. Al día siguiente, desayunamos nada más levantarnos y posteriormente, volvimos a coger el coche para seguir conduciendo. No teníamos ni idea de la cantidad de viaje que nos quedaba y, de momento, seguía sin haber ninguna señal de ningún dragón ni de ninguna otra forma de vida. Solo estaba el desierto.

Pasó otro día entero, en el que por la noche hicimos lo mismo: cenar al lado del fuego, hablar de nuestras cosas, y alguna que otra cosa más, y así, otro día, otro... Habían pasado cinco días cuando, de repente, una mañana al despertarnos, vimos algo que llevábamos bastante tiempo esperando ver. Nada más abrir los ojos vimos que en frente de nosotros había un dragón de color rojo sentado.

Diego se quedó con la boca abierta, pero yo, cuando lo vi, metí un grito de la leche y me escondí detrás del coche.

—Os estábamos esperando —dijo el dragón con una voz grave y muy agradable al mismo tiempo.

Y yo, justo después de escuchar aquella frase, de lo flipando que me acababa de quedar, volví a salir corriendo de detrás del coche hasta colocarme justo a un metro de distancia del dragón.

—¡Joder! ¡Qué fuerte! ¡En mi vida pensé que me fuese a ver en esta situación! Me has dejado de piedra. Pero me molan estas cosas.

—Ja, ja, ja —se rio el dragón.

—¿Sabíais que íbamos a venir? —preguntó Diego extrañado.

—Sí. No sabíamos el día exacto, pero sabíamos que uno de estos días llegaríais.

—Vale. Pues ya que estamos, te voy a hacer una pregunta que me tiene hipermegarequeteintrigada.

—Sí, tú pregúntame lo que quieras.

—¿Existe esa sociedad que estoy buscando?, ¿la sociedad de la que habla el libro este que no me acuerdo de su nombre?

—*Mira hacia dentro, porque ahí lo encontrarás todo* —dijo el dragón.

—Sí, ese es el título, que no me acordaba.

—Sí que existe esa sociedad. Yo vengo de allí. Y, por cierto, me llamo Rafael. Vosotros ya sé que os llamáis Diego y Anastasia.

—¡Toma, toma y toma! —exclamé como una loca cerrando el puño y haciendo un gesto con el brazo—. ¡Qué ganas tenía de escuchar esas palabras!, ¡de saber que de verdad existe esa sociedad!

—Pues ahora tenéis la oportunidad de conocerla, si queréis.

—Sí, sí, sí, sí. Yo encantadísima de conocerla.

—A mí también me molaría, pero ¿cómo vamos hasta allí? ¿Nos guías tú mientras vamos en el coche o cómo?

—No, volando se llega más rápido.

—¿En serio? —exclamé otra vez como una loca—. ¿Voy a subir en un dragón de verdad?

—Sí, así es —me contestó Rafael.

—Estoy que no me lo creo. A mí que ya me encantó mi experiencia subiendo a un caballo, subir encima de un dragón tiene que ser...

—¡Tiene que ser la leche! —dijo Diego—. Pero ¿y qué pasa con el coche?

—Lo llevo yo entre mis garras. No te preocupes, que no lo voy a rayar ni nada.

—Ah, vale, genial.

—Pues, venga, ¡montaos encima de mí!

—Ay, ¡qué emoción, por Dios! —dije mientras me subía encima.

Nos montamos los dos encima del dragón que, por cierto, tenía la piel superdura. Yo me senté delante y Diego detrás. Creo que ese momento fue una de las experiencias más bonitas que había vivido hasta entonces. Era un dragón de color rojo intenso muy grande, vamos, del tipo de los que aparecen en las películas, que son más grandes que un dinosaurio de gran tamaño. Una vez encima de él, abrió sus grandes alas y enseguida comenzó a volar. Fue una sensación increíble ir volando encima de un dragón. Enseguida alcanzó una notable altura, lo que nos hizo ser más conscientes de lo exageradamente grande que era aquel desierto.

—He pasado momentos así chunguillos, pero estas aventuras son la hostia —dije muy emocionada.

—Sí. Yo nunca pensé que fuese a hacer lo que estoy haciendo ahora. Esto sí que es nuevo para mí.

—Oye, ¿y los dragones sois todos de color rojo o los hay de más colores? A ver, que a mí el rojo me gusta, es un color así intenso muy chulo.

—Sí, tranquila. En el sitio a donde vamos hay dragones de todos los colores, y también te puedes subir encima de ellos para volar, si quieres. Pero el color de lo que echamos por la boca es morado en todos nosotros.

—Pues, ¡qué bien! El morado es uno de mis colores favoritos. Aunque, sin ninguna duda, el color que más me gusta es el rosa.

—Hay dragones rosas también.

—Ay, ¡qué guay! Pues yo me quiero subir encima de uno de los de color rosa. Lo que me parece raro es que el fuego sea de color morado, cuando el fuego suele ser de colores amarillos.

—¿Y quién te ha dicho a ti que es fuego lo que echamos por la boca?

—Nadie, lo he supuesto. Se supone que los dragones echáis fuego por la boca.

—Pues siento decirte que en nuestro caso no es así.

—Entonces, ¿qué es lo que echáis por la boca?

—Energía. La energía universal.

—¿La energía universal? —pregunté sin saber muy bien a qué se refería.

—Sí, todo es energía.

—Ah, nunca había escuchado eso.

—Pues yo me he leído ese libro y no habla nada de la energía esa. —Ya, hay muchas cosas que no dice.

—Cuando lleguemos a nuestro destino, os lo explicaremos mejor.

—Vale. ¿Y cómo se llama esta sociedad nueva a la que vamos?

—Essentia.

—Me mola el nombre —dijo Diego.

—Sí, a mí también. ¿Falta mucho para llegar? Porque llevamos ya unos días que no paramos con el transporte. Aunque, bueno, este es el mejor que habíamos tenido hasta ahora, así que tampoco me importa que falte tanto.

—Nos quedan un par de horas.

—¡Genial! Así tengo un par de horas para disfrutar.

Fijaos en que había disfrutado de experiencias increíbles estando en Silea, como cuando nadé con los delfines, pero, para mí, sin ninguna duda, la más alucinante de todas estaba siendo esta.

El viento nos golpeaba con bastante fuerza y a mí me encantaba esa sensación, ya que era increíble sentir que estábamos volando tan alto, al aire libre y a tanta velocidad. Porque ¡anda que no iba rápido el dragón...! No tengo ni idea de a qué velocidad íbamos, porque lo mismo el viento nos hacía pensar que íbamos a más velocidad, pero, vamos, que íbamos muy rápido. El dragón, yo creo que como era nuestra primera vez, hacía de vez en cuando piruetas en el aire, pienso que era para que nos divirtiésemos más. Le daba por descender a toda velocidad hacia el suelo o subir lo más rápido posible hacia las nubes. Y también de vez en cuando hacía ciertas piruetas en el aire, volteretas, giros y esas cosas, pero nos avisaba para que nos agarrásemos bien y no nos cayésemos. ¡Menuda experiencia más alucinante nos hizo pasar! Por lo visto, el lugar al que íbamos estaba lleno de dragones como él y encima de distintos colores a los cuales también nos podíamos subir. Y si además era un lugar muy evolucionado... Ese sitio

tenía que ser un paraíso.

CAPÍTULO 8

Pasaron varias horas, cuatro para ser exactos, y después de aquella experiencia tan maravillosa llegamos a la sociedad a la que tanto Diego como yo habíamos estado esperando.

Si Silea me pareció el paraíso la primera vez que la vi, Essentia ya sí que me pareció el paraíso absoluto. En cuanto a naturaleza, el lugar era bastante similar a Silea, y también creo que tenía la misma variedad de colores, ¡era supercolorido el sitio! Había cascadas enormes con lagos muy bonitos y estaba todo lleno de vegetación de colores muy diferentes con distintos tipos de árboles y de flores. Lo más alucinante de todo es que, volando por el cielo, había dragones de los colores más variados que os podáis imaginar, como me había dicho Rafael.

En cuanto a las casas, estas también eran muy similares a las de Silea. Esta vez no había casas en los árboles como en Silea, pero sí por el suelo, y a lo lejos también vi que había grandes palacios; de hecho, había bastantes, yo creo que más que en Silea. Se veía que también era un lugar lleno de abundancia, pero seguramente en ese sitio la abundancia no provenía del mismo lugar que en Silea. También a lo lejos se veía el mar con pequeñas islas y puentes gigantescos de distintos colores que unían una isla con otra y, además, dentro de lo que no era el mar, había varios puentes que pasaban por encima de los lagos, pero esta vez eran todos de un color dorado intenso y brillante.

Me parecía imposible que después de toda aquella cantidad de desierto hubiese un lugar como ese. Porque, además, no había ninguna variabilidad entre medias; directamente, después de que terminase el desierto, pasábamos a aquel paisaje.

—Vivís muy bien en este sitio, ¿no? —le preguntó Diego a Rafael cuando sobrevolábamos Essentia.

—Creo que tú ya sabes la respuesta.

—Sí. Yo creo que hasta mejor que bien, porque si Silea ya me parecía precioso, este lugar debe ser el paraíso sin lugar a dudas. Nunca había visto un sitio igual, ni me había imaginado que pudiese haber un lugar más bonito que Silea.

—Ya ves, la vida siempre nos sorprende.

—¿Y es verdad que vuestro sistema de educación ayuda a las personas a conocerse mejor a sí mismas?

—Sí, es totalmente cierto. Lo has leído del libro, ¿no?

—Sí, porque aparte de ese libro, ¿hay algún otro lugar que hable de la existencia de este sitio?

—No, que yo sepa.

—Pues qué casualidad que haya ido a parar a Silea, bueno, a nosotros.

—Nada es casualidad en la vida.

—Oye, ¿y aquí cómo se hacen las cosas? —le pregunté a Rafael—. O sea, ¿gobierna alguien o cómo va esto?

—Aquí cada persona se gobierna a sí misma. Simplemente trabajamos unos con otros, cada uno en lo suyo y nos ayudamos. Nadie es mejor que nadie, ni nadie vale más que nadie, sino que cada persona está en su proceso de evolución: unos están más avanzados y otros menos.

—Ah, pues genial, porque que existan los jefes y esas cosas que existían en Tenebrina

no me hace ninguna gracia. Yo a los jefes los tiraba a todos por la borda, que no aguanto que nadie me mande.

—Ja, ja, ja, ja —se rio Rafael—. Pues te gustará este lugar, porque aquí no existen los jefes.

Llegó un momento en el que ya estábamos muy cerca de nuestro destino y el dragón Rafael comenzó a descender para que posteriormente aterrizásemos. Esto nos permitió ver todavía más de cerca la preciosidad en la que nos encontrábamos. Si el paraíso tenía alguna forma específica, yo creo que tenía que ser esta. Pero antes de que aterrizásemos, ocurrió algo que a mí por lo menos me encantó: un grupo de siete dragones se nos acercó; todos ellos tenían más o menos el mismo tamaño que Rafael. Uno era dorado, del tipo de los puentes tan grandes que había allí; otro era azul cian; otro, verde con rayas blancas; otro, naranja con estrellitas brillantes de color azul; otro, rosa con dibujos geométricos blancos; otro, de un color granate metalizado, y había otro que era turquesa. Me encantó cómo eran cada uno de ellos, aunque si tuviese que elegir uno, el rosa sin duda era mi color favorito, el que más me gustaba era el que tenía el mismo color dorado brillante e intenso de los puentes que acababa de ver.

—Buenos días —nos saludó el dragón de color turquesa, que por la voz se veía que se trataba de una mujer—. Nos alegramos mucho de que hayáis llegado. Mi nombre es Bernarda y estamos aquí para ayudaros en todo lo que necesitéis.

—Pues encantados. Muchísimas gracias —dijimos Diego y yo emocionados y agradecidos por la situación.

—El dragón de color dorado se llama Iván; el azul cian es Enrique; el verde, Luis; el naranja con estrellitas brillantes azules se llama Beatriz; el rosa con dibujos geométricos blancos es Paula, y el de color granate metalizado se llama Sebastián.

—Hola, encantados y bienvenidos —nos saludaron el resto de dragones.

—Igualmente encantados —les dijimos nosotros. —Estamos que no nos lo creemos —dijo Diego.

—Ya os iréis haciendo a la idea —intervino Luis.

—Yo nunca en mi vida me habría imaginado que existían los dragones, y mucho menos dragones tan bonitos como vosotros, que no tenéis nada que ver con los que había visto en las películas —les dije muy emocionada y superagradecida por la situación que estaba viviendo.

—La vida siempre es capaz de seguir sorprendiéndonos —dijo Beatriz.

—Sí, la verdad es que sí. A mí por lo menos —dijo Diego.

—Y a mí mucho más, que menuda racha más excitante llevo. Pero, vamos, que yo lo agradezco, ¿eh? O sea, que no me estoy quejando ni nada. Que a mí los cambios me parecen unas de las cosas más bonitas de la vida —dije yo.

—A nosotros también —contestaron casi todos los dragones a la vez.

—Y una cosa —comencé a decir—, en este sitio, aparte de dragones, también hay personas, ¿no? Porque, a ver, que todavía no hemos aterrizado, pero como hasta ahora solo he visto dragones...

—Sí, sí, tranquila. También hay personas muy interesantes —me contestó el dragón de color dorado.

—¿Y qué tal la convivencia? —les pregunté—. ¿Mola y tal?

—Sí, aquí vivimos todos muy bien. Se respira mucha paz y mucha autenticidad en este sitio.

—Ah, pues mira qué bien. Porque a mí lo que más me ha sorprendido últimamente ha sido la gente y, menos Diego, el resto no para bien, precisamente.

—Cada persona lo hace lo mejor que puede desde el proceso en el que se encuentra, pero te entendemos muy bien.

—Gracias.

Descendimos todos juntos hasta que por fin llegamos al suelo. El lugar en el que aterrizamos era todo césped con árboles y florecillas de colores alrededor. Más adelante, se veían unas casas monstruosas de lo tremendamente grandes que eran y, aparte, estaban los palacios que he mencionado antes. También se veían casas algo más pequeñas. Y, claro, supuse que serían para las personas, no iban a vivir los dragones, con lo grandes que son, en esas casas, si ni siquiera entraban por la puerta.

—¿Y vosotros dónde vivís? —les pregunté nada más aterrizar.

—En lo que estás viendo. No necesitamos casa propia como vosotros —me contestó la dragona turquesa.

—Ah.

Nos despedimos de los dragones que acabábamos de conocer y fuimos con Rafael al lugar donde estaban las casas. Era una sociedad supercolorida. Cada casa estaba pintada con colores muy intensos y brillantes y hasta el suelo de la calle estaba pintado del mismo tipo de colores; había mucha variedad de colorido.

En una zona, el suelo por ejemplo era solo de color dorado; en otra, con rayas rosas y verdes; en otra, con cuadraditos amarillos y azules... Seguramente, si alguien de Tenebrina lo hubiese visto, habría dicho que menuda horterada de suelo, pero a mí, sin embargo, me parecía una preciosidad. Además, se respiraba un aire lleno de alegría, las personas, al igual que en Silea, iban vestidas con ropas de colores muy alegres y sus caras y sus gestos transmitían una gran felicidad, mucha más que la que se respiraba en Silea, y ya ni contar si lo comparamos con Tenebrina, que en ese caso ya parecería como la noche y el día. Encima, de vez en cuando había alguna que otra persona que nos saludaba, bueno, saludaban a Rafael, mejor dicho, que de momento nosotros no conocíamos a nadie.

También me sorprendió que, junto con las personas, vimos a bastantes dragones de colores como los que acabábamos de ver, caminando entre nosotros; parecía que era de lo más normal en aquel lugar. Y, bueno, en general, lo que más había eran casas y distintas tiendas y restaurantes. Por ejemplo, había muchas tiendas de ropa, pero ropa para las personas, no para los dragones, que estos no llevaban nada encima. También había cines, teatros, parques, centros comerciales... Las calles estaban adornadas con bancos de colores, florecillas y algún que otro árbol de diferentes colores.

—Todo colorido, como a mí me mola. ¡Qué bien! ¡Cuánta alegría! ¿Y a dónde vamos ahora? —le pregunté a Rafael.

—Vais a conocer a la persona que escribió el libro que os ha traído hasta aquí.

—¡Hostia! ¡Qué guay! ¡Qué emoción! No paramos hoy con las sorpresas.

—Pero ya será muy mayor, ¿no? —preguntó Diego.

—Sí, la mujer ya tiene su edad, pero todavía le queda mucho tiempo de vida.

— ¿Qué edad tiene?

— 81.

— Ah, pues tampoco es tan mayor — dijo Diego.

Continuamos andando hasta que se nos apareció un palacio precioso que me recordó al palacio del sinvergüenza de Adrián, pero esta vez el palacio por fuera era rosa en vez de blanco, lo que me hizo acordarme también de los palacios en los que vivían las princesas que veía en la televisión cuando era pequeña.

El palacio estaba rodeado de un jardín precioso, en el cual había una inmensa piscina con un puente también rosa que le pasaba por encima, mesas para comer, cascadas y fuentes de adorno, y mogollón de árboles y arbustos con diferentes figuras y flores.

— Ya hemos llegado. Es aquí donde vive la mujer.

— Pues vaya sitio más cursi — dijo Diego.

— ¡Qué dices! ¡A mí me encanta! De hecho, me haría mazo de ilusión que mi casa fuese así de bonita, o incluso más chula todavía. Aunque eso ya me parece muy difícil y, en el momento en el que estamos ahora, un poco imposible.

— A mí también me encanta — dijo Rafael—. Encima el rojo hace juego con el rosa.

— Bueno, eso ya no sé qué decirte — dije yo poniendo mala cara, ya que no me parecía que pegasen mucho esos dos colores.

Ah, por cierto, se veía que en aquel lugar confiaban mucho los unos en los otros, porque no vi en ningún momento ninguna casa que estuviese vallada, por eso vimos tan bien todas las cosas que tenía aquel jardín antes de entrar en él. Lo atravesamos entero y llamamos al timbre del castillo.

— Oye, ¿y vive sola esta señora? Porque una casa tan grande solo para ella... — preguntó Diego.

— Sí, vive sola. Aunque alguno de nosotros también se apunta a vivir con ella de vez en cuando.

— ¿Los dragones? ¿Pero cómo vais a entrar por la puerta?

— Ahora lo verás. Nadie ha dicho nada de que tengamos que entrar por la puerta.

En ese mismo momento, de repente, el palacio se separó del suelo por el lado de la entrada y por los laterales, lo que hizo que pudiésemos ver un poquito cómo era el palacio por dentro. Pero poca cosa me dio tiempo a ver, porque con lo flipada que me acababa de quedar en ese momento...; y enseguida Rafael nos dijo que entrásemos al palacio.

Entramos y, en el momento en que estuvimos los tres totalmente dentro, el palacio volvió a su lugar inicial y nos quedamos metidos en su interior.

Por dentro, las paredes tenían el mismo color rosa que por fuera, el cual era un rosa fuerte y brillante, que era el que a mí más me molaba, ya que yo nunca he sido de rositas claritos, que me parece que eso ya lo he dicho antes. El suelo y el techo eran de un color blanco reluciente. Se notaba que lo limpiaban con mucha frecuencia y, al igual que el jardín, las habitaciones estaban adornadas con plantas y flores, pero esta vez artificiales. La sala en la que nos quedamos metidos me pareció que era el salón, ya que había muchos sofás, todos blancos, y una mesa de cristal enorme con sillas blancas a juego a los lados. Y, bueno, también había una pantalla de televisión muy grande tanto

a lo ancho como a lo alto.

—En cuanto a lujo, todo esto es muy parecido al palacio del asesino de Adrián —dije yo.

—Sí, la verdad es que en cuanto a términos de lujoso, este sitio es prácticamente igual —afirmó Diego.

—Para qué vamos a vivir de manera austera si podemos vivir a lo grande —dijo una voz femenina y dulce procedente de detrás de nosotros.

Al darnos la vuelta, vimos a una mujer que, en mi opinión, para nada aparentaba los 81 años que me había dicho Rafael que tenía; yo más de 65 no la echaba ni de coña. Además, era muy alta y tenía una figura muy atlética, típica de una mujer que comía muy sano y se trabajaba a sí misma muy bien en el gimnasio. Iba vestida del mismo estilo que las personas que acabábamos de ver andando por la calle, con ropa muy colorida. Llevaba unos pantalones amarillos fosforitos que le llegaban justo por debajo de la rodilla, que a mí me encantaron, por cierto, y una camiseta de tirantes preciosa de un color que era una mezcla entre azul y turquesa con un cinturón del mismo color que el pantalón. También unas sandalias que llevaban un ligero tacón, también del color de la camiseta. Para mi gusto iba vestida con una ropa preciosa. Me parecía una modelo de pasarela de esas que había visto algunas veces en las revistas.

—¡Qué ropa más bonita, por Dios! ¿Dónde te la has comprado? —le pregunté un poco emocionada.

—En una de las tiendas que hay por aquí cerca. Un día te llevo si quieres.

—Sí, sí. Y me compro ese conjunto, porque de verdad es que me encanta; en Tenebrina no se venden ese tipo de trajes. ¡Muchas gracias!

—Nada, un placer. Y bienvenidos a Essentia. Me llamo Catherine —dijo mientras nos saludaba dándonos dos besos a cada uno.

—Yo soy Anastasia.

—Y yo Diego.

—Encantada. Me gustan vuestros nombres.

—Anda, a mí también. ¡El nombre de Anastasia me encanta! Y, bueno, el de Diego no está mal, también me gusta mucho, aunque es más normalillo.

Los demás se sonrieron ante el comentario que acababa de hacer.

—Bueno, y ahora que hemos llegado, ¿qué pasa? ¿Hay más sorpresas? —pregunté.

—Sí, hay una sorpresa maravillosa, que encima es principalmente para ti.

—¡Ay, qué bien! ¡Qué emoción! ¿Qué es?

—Ahora mismo la vas a ver. Chicos, podéis salir —dijo mientras giraba la cabeza hacia atrás, como llamando a otras personas que no estaban presentes.

En ese momento ocurrió algo que hizo que aquel instante fuese uno de los momentos más increíbles de mi vida, por no decir, sin ningún lugar a duda, el más feliz. Yo creo que ya os imagináis a quién me encontré.

Entraron tres personas por la puerta: una mujer con el pelo castaño, alta y bastante guapa, y dos hombres, uno bastante joven, de unos 30 años o así, alto, con los ojos azules, el pelo castaño y también de muy buen ver, y otro que por la edad que aparentaba debería de ser el padre del anterior, y que igual que los otros dos, se notaba

que era alguien que se cuidaba bastante. «¡Qué personas más guapas», pensé al mismo tiempo que sentía una gran familiaridad, una sensación como de que ya los conocía.

—Te presento a tu familia —dijo Catherine—. Tu padre, Alejandro; tu madre, Lucía, y tu hermano Sebastián.

—¡La hostia! —exclamé—. Esta es la más increíble de todas las sorpresas.

Me di cuenta de que los tres tenían una cara muy emocionada, mucho más que la de mis padres falsos cuando me los presentaron. Y, al verme, corrieron los tres a abrazarme y a decirme cuánto me habían echado de menos todos aquellos años.

—Siempre hemos tenido la esperanza de que algún día volveríamos a vernos en esta vida —me dijo mi padre, que parecía que este por fin era el verdadero.

—Yo también, aunque no sabía si seguiríais con vida, pero siempre he tenido esa intuición de que algún día nos volveríamos a ver. O, bueno, no sé si era intuición o deseo más bien.

—Tenemos muchas cosas que contarnos —dijo mi nuevo hermano Sebastián.

También saludaron a Diego, que como no lo conocían...

—Yo soy su hermano falso. Me llamo Diego —dijo este mientras les daba dos besos a cada uno.

—Bueno, ya nos contaréis la historia —le contestó Sebastián.

—Me mintió y tal un poquillo, pero renunció a todo por salvarme, y me ha salvado la vida ya tres veces, así que creo que se merecía que le perdonase.

—Nosotros también lo creemos —dijo el dragón Rafael, que desde que habíamos entrado en el castillo estaba algo callado.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —me preguntó Catherine.

—Sí, yo creo que la mejor que me podías haber dado para rematar del todo este día, que yo creo que está siendo el más feliz de mi vida —dije mientras se me saltaba alguna lágrima.

—Para nosotros también, hija —dijo mi nueva madre—. Desde que llegamos a este lugar, nuestro mayor sueño siempre ha sido volver a verte algún día.

—¿Y cómo es que no habéis hecho nada para que eso suceda? —les pregunté con tranquilidad, sin que sonase a acusación.

—Porque nos buscaba todo el Gobierno. Nuestras caras estaban en todos los canales y en todas partes.

—Y porque les dijimos que lo mejor para todos era que se quedasen aquí —dijo Catherine.

—Anda, ¿y eso? —pregunté algo confundida.

—Porque sabíamos que algún día llegarías a este sitio.

—¿Y se puede saber cómo sabíais eso? Porque eso no lo sabía ni yo, que soy la interesada.

—Porque los dragones son capaces de predecir algunas cosas.

—¿Ah, sí? —pregunté superextrañada—. ¿Adivináis el futuro?

—Sí, pero solo algunas cosas, y no las elegimos.

—Ah, ya me molaría a mí hacer eso. ¿Y sabéis qué nos va a pasar a todos en un futuro? Porque yo tengo curiosidad.

—No, hay cosas que para nuestro mayor crecimiento es mejor que no sepamos.

—Ah.

—¿Y para qué se supone que estamos aquí? Bueno, a ver, Anastasia por fin ha encontrado a sus padres, pero ¿cuál es el plan a partir de ahora? —preguntó Diego.

—¿Tú cuál quieres que sea el plan? ¿Para qué has venido aquí? —le preguntó Rafael.

—Por el libro de Catherine. Hice muchas cosas de las que no estoy nada orgulloso y creo que ya tengo el valor suficiente para mirarme al espejo. Quiero conocerme en profundidad y a raíz de ahí conseguir perdonarme y evolucionar.

—Me alegra mucho oír esas palabras —le dijo Catherine—. No te preocupes, que si tienes interés en conocerte de verdad, te acabarás conociendo.

—Y también me gustaría saber para qué estoy aquí, qué es lo que he venido a hacer a este sitio y qué significa todo esto.

—Y yo igualito que él, ¿eh? O sea, que también quiero saber lo mismo. Bueno, y que mis padres creo que me tienen que contar mazo de cosas.

—Pues manos a la obra —dijo Catherine.

CAPÍTULO 9

Por lo visto mis padres no vivían en un palacio como Catherine, pero sí en una mansión, y menuda mansión. Tenía un jardín gigantesco con piscina de verano y piscina cubierta para el invierno.

La mansión por dentro era sensacional: la planta de abajo era toda una sola habitación gigantesca, con un techo muy alto y habían hecho una discoteca. El resto de la casa eran otras dos plantas. En la del medio se encontraba un inmenso salón con piscina incluida, que era también bien grande y estaba llena de flotadores gigantescos con forma de diferentes animales; había dragones, dinosaurios, pingüinos, delfines, osos polares, mariposas, tigres... Todos estos muñecos estaban colocados en una gran fuente gigantesca de color dorado que había en el medio de la piscina.

Por otro lado, el salón tenía sus magníficos sofás con su chimenea y mogollón de estanterías y de cuadros a los lados; era muy espacioso. Luego, aparte, había otra sala que era el cine; este consistía en una grandísima pantalla en la pared con largos sofás colocados en dos filas. También había un comedor y una cocina, muy amplios y muy bonitos. Y, cómo no, por supuesto no podía faltar, había un inmenso gimnasio, que yo creo que era solo un poquito más pequeño que el de Adrián. Y, en este caso, las paredes en su mayor parte estaban recubiertas por espejos y el resto era de color dorado. Que no sé por qué, pero parecía que, quitando a Tenebrina, a las otras dos ciudades les debía encantar el color dorado, porque, de hecho, esta mansión por fuera también era de ese color. Y, bueno, no me voy a poner a describirlo ahora, que esta vez me da un poco de pereza; simplemente decir que el gimnasio tenía dos plantas: en la parte de abajo estaba la zona de las mancuernas y las poleas y donde se ponían las colchonetas, y en el piso de arriba estaban las máquinas de fuerza y las de cardio.

En el piso de arriba de la mansión, había 5 grandes habitaciones, todas ellas con un gran ropero aparte incluido, y 3 baños. Y tampoco me voy a poner a describirlas que ya he contado bastante de la casa. Solo decir que cada uno de los 3 baños tenía una ducha y un *jacuzzi*.

Pasamos a vivir Diego y yo con mi nueva familia, que en este caso parecía que por fin era la verdadera. Como había 5 habitaciones en la casa, mis padres dormían en una, mi hermano en otra, Diego en otra y yo en otra. Y, poco a poco, nos fuimos acostumbrando a cómo era la vida en aquel lugar que, gracias a Dios, no era nada rutinaria, aunque, si lo fuese una temporada, tampoco me habría importado, que ya estaba bastante satisfecha con los cambios y las aventuras que había tenido en este último año; habían sido más que en toda mi vida.

Por lo visto el plan era, primero, acudir a una escuela en la que, de manera intensiva, nos ayudasen a conocernos más en profundidad. Como habíamos leído en el libro, era como estaba el plan de estudios en aquel lugar hasta que las personas supiesen para qué estaban aquí y cuál era su propósito en ese lugar. Así que el plan de nosotros era el mismo.

Después de aquel intensivo, del cual no teníamos ni idea de cuánto tiempo nos iba a llevar, cada uno de nosotros se dedicaría a su verdadero propósito en esta vida, ya que la vida no se nos da simplemente para que disfrutemos de ella, se nos da también para que aprendamos, para que tomemos acción y lo demos todo en cada meta y en cada sueño que tengamos, para que con nuestro propósito ayudemos a los demás y a

nosotros mismos, para que seamos conscientes de quiénes somos realmente, para que trabajemos al máximo todas nuestras potencialidades y mejoremos deficiencias, y para que desde nuestra aceptación progrese y evolucionemos lo máximo posible.

Mis padres y mi hermano nos contaron todas las cosas que habían pasado desde aquel día en el que mi padre me salvó la vida. Bueno, y ya de paso, también les contamos nosotros cómo había sido nuestra vida. Por lo visto, todo lo que me habían contado del sistema de Tenebrina era totalmente cierto y también era cierto que mi padre lo había sabido desde el primer día que comenzó a trabajar para el Gobierno, pero el hecho de que intentasen matar a su propia hija hizo que por fin reaccionase. Y lo que yo no entendía de toda esa historia era por qué razón no me habían llevado con ellos. Pero con lo que me contaron, entré un poquito en razón. Según me dijeron, todo el mundo, incluido mi padre y las personas de más alto rango en el Gobierno, estaban convencidos de que el lugar que había una vez atravesada la valla verde en dirección opuesta a Silea, debido a los misteriosos dragones, que a mí en realidad me parecieron todos unos santos, era la zona más peligrosa del mundo entero, por lo que mis padres pensaron que la única forma posible de poder seguir con vida era adentrarse en la zona de los dragones, ya que ese era el único sitio donde jamás irían a buscarles. Y el Gobierno ya sabía reconocer perfectamente la cara de mi hermano y de mis padres, pero yo acababa de nacer, por lo que prefirieron cambiarme los papeles de mi fecha de nacimiento y llevarme a aquel orfanato, con la esperanza de que, si ellos sobrevivían a los dragones, algún día podríamos volver a encontrarnos.

—¡Fíjate qué fama tenemos en este mundo! —dijo Rafael que también estaba presente cuando mis padres nos acabaron de contar la historia de por qué me dejaron sola en aquel internado.

—Me sorprende mucho, la verdad —dijo Diego.

—Lo desconocido en algunas ocasiones asusta, y si vemos que nuestra vida corre peligro, porque estos tíos, anda que no nos atacaban... En muchas ocasiones no nos queda más remedio que defendernos.

—Pero no habéis matado nunca a nadie, ¿no? —les pregunté.

—No, nunca matamos a nadie. A lo mejor a alguno le rompimos alguna pierna e hicimos más lesiones así de ese tipo, pero nunca matamos a nadie ni lo dejamos gravemente herido; simplemente nos defendíamos evitando que nos matasen a nosotros.

—Ah.

—Bueno, chicos. Ya es hora de ir a clase.

Rafael era nuestro profesor en el proceso de conocernos a nosotros mismos, que al principio me pareció bastante extraño que un dragón nos diese clase, pero nos molaba mucho esa situación.

Catherine era nuestra otra maestra, pero de otra manera, ya que ella nos daba clase de yoga y meditación. Nos dijo que primero nos iba a dar a los dos solos para que cogiésemos cierto nivel y que, cuando ya estuviésemos más avanzados, nos juntaría con un grupo mucho más amplio, ya que uno de sus trabajos era ser profesora de yoga y meditación. Este deporte, el yoga, según nos contó Catherine, se trataba de una meditación activa. Nos dijo que nos iba a ayudar mucho a tener más consciencia

corporal y a dominar nuestro cuerpo. Era una buena herramienta para ayudarnos poco a poco a ir conectando más con nuestra esencia, es decir, con quienes somos realmente. Y también nos proporcionaba beneficios del tipo: una mejor salud, disminución del estrés y aumento de nuestra paz interior, mayor concentración y más salud en nuestras articulaciones y en todo el organismo en general. Y los beneficios de la meditación eran bastante similares y, según ella, nos podían ayudar mucho a tener un mayor conocimiento interior de nosotros mismos. Tanto Rafael como Catherine, porque ella durante sus clases también nos decía cosas, nos contaron que, si en algún momento de nuestra vida esta no nos gusta y nos sentimos infelices, no debemos echar la culpa a lo que está pasando fuera de nosotros, sino que debemos mirar a lo que está sucediendo dentro. Porque todo lo que pasa en nuestra vida viene de nuestro interior, la vida es un reflejo de lo que hay dentro de nosotros. A no ser que lo que nos suceda sea un hecho que tenga que ver con nuestro karma, que en ese caso puede ser que no sea algo que provenga desde nuestro interior, sino de un tiempo atrás en nuestra existencia. Y si queremos conocernos de verdad, si queremos evolucionar lo máximo posible, lo primero que tenemos que hacer es mirar dentro de nosotros; esa es la mejor forma de conectar con quienes somos realmente.

También nos hablaron de una herramienta que nos podía ayudar a conocernos que se llama el eneagrama y divide a las personas en 9 tipos distintos de personalidad según cuáles han sido nuestras heridas de nacimiento. Todos tenemos un poco de todas ellas, pero siempre hay una que es la principal en nosotros. Y dentro de cada una de estas personalidades hay un camino tremendo entre la persona que está más evolucionada, es decir, que está más en su esencia y es más consciente, y la persona que está menos evolucionada. El 8 por lo visto era el mío, aunque yo me veía mucho también en todo el resto de los eneatis (los distintos tipos de personalidad), podía ir desde los mayores asesinos hasta los grandes héroes. Y cada eneatis tiene un ala, que es uno de los dos números que hay a su lado. El 8, por ejemplo, puede tener ala 9 o ala 7, que en mi caso es la que tengo yo, lo que significa que también tengo mucho del eneatis 7 y menos del 9. Y cada eneatis evoluciona hacia la parte sana de un número e involuciona hacia la parte insana de otro. En mi caso, el 8 evoluciona hacia la parte sana del 2 e involuciona hacia la parte insana del 5.

Me encantó eso del eneagrama, ya que a mí todo lo que fuese conocerme a mí misma siempre me había encantado. Y lo de que nuestra vida es un reflejo de cómo somos por dentro, también me llamo bastante la atención, ya que eso significa que cada uno de nosotros es creador de su propia realidad; según cuáles sean nuestras creencias y nuestros pensamientos más inconscientes, así será nuestra vida. De ahí la importancia de las creencias y de eliminar aquellas que nos limitan.

Si tú estás convencidísimo, a nivel inconsciente, de que vas a conseguir algo, lo más seguro es que ese algo lo acabes consiguiendo, mientras que si tu inconsciente piensa que es totalmente imposible, lo más seguro es que no lo consigas. Bueno, y aparte de eso, hay que mover el culo, que las cosas no surgen de la nada. Y si surgiesen de la nada, para mí no significarían mucho, ya que lo importante de las metas y de todos los objetivos que se nos van planteando a lo largo de nuestra vida no es el hecho de lograr tales metas y objetivos, ya que eso podría suponer que no fuésemos felices hasta que

no alcanzásemos dichos objetivos; lo importante es el camino que recorreremos, las acciones que llevamos a cabo para conseguirlo. Además, eso nos ayuda a no apegarnos a las cosas, no dependemos de nada externo para ser felices; la felicidad está en nosotros mismos, para encontrarla simplemente tenemos que mirar hacia dentro.

Y, bueno, yo, como eneatipo 8, soy una persona a la que le encantan los retos y las dificultades, ya que los veo como un regalo para trascenderlo todo y seguir evolucionando y progresando.

Rafael un día nos dijo unas frases que me encantaron y que yo creo que también van mucho con mi forma de ver las cosas. Las frases son las siguientes: «Cuando lo trascendemos todo, cuando superamos cada miedo y cada sufrimiento, es cuando somos conscientes de la verdadera magia, la cual ha estado a nuestro lado todo el tiempo, pero ciertas creencias han hecho que no nos demos cuenta de ella». En la vida, detrás de todo lo que nos limita, detrás de todas las barreras mentales que nos montamos, detrás de aquello que nos impide evolucionar y ser la mejor versión de nosotros mismos, está el miedo, que encima es algo que no es real, simplemente es un pensamiento que tiene que ver con lo que puede pasar en un futuro, es algo que no ha pasado todavía. Y en cantidad de ocasiones, la vida nos empuja para que nos enfrentemos a esos miedos, porque solo así nos damos cuenta de que podemos con ellos, y eso hace que los trascendamos y que, al ir destruyendo esas barreras, cada vez seamos más libres.

Con las clases que nos dieron fui consciente de que tenía más miedos de los que imaginaba y eso había hecho que, por ejemplo, siempre quisiese controlarlo todo. Aunque yo creo que todas las cosas que me habían pasado este último año me habían ayudado bastante a ir soltando el control y a no apegarme a nada, ya que una vez que morimos solo nos llevamos aquello que hemos dado. Nada es nuestro, todo es de la vida, y estamos aquí para aprender a fluir con ella.

Durante las primeras semanas en Essentia, nuestro plan de cada día era el siguiente, aunque ya digo que solía variar bastante, porque nuestra vida no era muy rutinaria que se diga: por la mañana, después de levantarnos, arreglarnos y desayunar, íbamos a clase, unos días primero con Rafael y otros primero con Catherine; después, otra vez volvíamos a nuestra gran mansión a comer con mis padres y mi hermano, que cada vez iba teniendo una mayor relación con ellos, no como con mis falsos padres anteriores, y después de comer cada uno hacía lo que quería, aunque casi siempre solíamos dedicarle un buen rato a estudiar cosas muy relacionadas con lo que habíamos visto en clase, ya que Rafael y Catherine nos daban libros para ello. Luego, solíamos ir al gimnasio a entrenar, que para mí eso de hacer ejercicio y trabajarme a mí misma era una de mis grandes pasiones, y creo que ya lo había mencionado antes, que mis momentos favoritos en las películas siempre eran cuando los protagonistas entrenaban. Y había algún día de la semana siempre, que solía coincidir con nuestros días de descanso de entrenamiento, que hacíamos una cosa de las más maravillosas que he hecho en mi vida, casi más incluso que saltar en paracaídas: hacíamos carreras de dragones. Consistían en que cada persona se subía en un dragón, aunque la verdad es que las personas no hacíamos nada más allá de disfrutar de la experiencia, eran los

dragones los que lo hacían todo y, cuando sonaba la campana de salida, todos los dragones echaban a volar lo más rápido posible. Recuerdo la primera vez que participamos Diego y yo en las carreras de dragones, fue un día que yo creo que por muy mayor que me haga, siempre lo voy a recordar.

Las carreras se realizaban en las grandes montañas que había a las afueras de Essentia. Eran unas montañas llenas de grandes árboles de colorines, alguna que otra cascada, que a mí la verdad es que me daría mucho respeto tirarme por ahí, y preciosos lagos de color turquesa. Todo el recorrido que tenían que realizar los dragones era por las montañas y a través del precioso paisaje que había en ellas. Yo me subí encima del dragón dorado, que como ya había dicho antes, se llamaba Iván, y Diego se subió sobre una dragona que hasta ahora no había mencionado; tenía rayas de colores negro y blanco, y su nombre era Bella.

—¡Ay, tío! ¡Qué emoción! ¡Qué bonito es esto! A ver si ganamos la carrera —le dije a Diego.

—Sí, estaría guay ganar nuestro primer día, aunque los que ganan son los dragones, no nosotros.

—Ya, pero nosotros los hemos elegido.

—Sí, eso sí. Y sí, la verdad es que todo esto es una pasada. Es incluso mucho más bonito que Silea. Y fijo que también hay muchas actividades increíbles por hacer.

—Sí, seguramente sí. Tan increíbles como esta que vamos a realizar ahora mismo.

Una chica que se llamaba Carolina, que la acabábamos de conocer hacía un rato, dio la voz de salida:

—Preparados y concentrados a tope en lo que vais a hacer... ¡A darlo todo!

Y en el instante en que la chica dijo: «¡A darlo todo!», sonó la campana que indicaba el momento de la salida, y todos los dragones salieron volando a toda velocidad. Iban mucho más rápido que cuando volamos sobre Rafael la primera vez, que, por cierto, Rafael en esta carrera no participó, prefirió quedarse viéndola en las gradas como espectador, aunque sí que participó en bastantes carreras que realizamos posteriormente.

Durante todo el trayecto no había ninguna indicación del recorrido que tenían que seguir los dragones, ya que estos se lo sabían de memoria. Lo que sí que había eran diversos obstáculos colocados la mayoría en el aire por los que los dragones debían pasar para llegar a la meta. No tengo ni idea de cómo estaban colocados así, ya que, por ejemplo, uno de ellos era un cilindro gigante muy ancho colocado en medio del cielo y dentro de él había flores de colores y mariposas; me pareció curiosísimo. La prueba trataba de que el dragón tenía que pasar por dentro del cilindro. Otro obstáculo consistía en esquivar troncos, que no sé de qué serían, que nos lanzaban algunos dragones que no estaban compitiendo. Y, por lo visto, según la cantidad de troncos que consiguiese esquivar cada dragón, podían saltarse partes del camino que otros que habían esquivado menos sí que tenían que recorrer.

Y otra prueba muy chula, sobre todo por el paisaje, en la que también teníamos que esquivar y cuanto más esquivásemos más avanzábamos, consistía en ir lo más cercano posible al agua de los lagos y esquivar a los diferentes peces de colores que saltaban del agua para tocarnos; cada vez que un pez tocaba a un dragón era más complicado

que este pudiese pillar atajos.

Había momentos en los que con mi dragón volábamos muy cerca del suelo, tan cerca, que yo creo que 5 centímetros más y el dragón tocaba el suelo, y otros momentos, que eran aquellos en los que más velocidad alcanzaba Iván, en los que íbamos lo más alejados posible del suelo.

Toda la carrera fue una sensación increíble. Volví a sentir esa sensación de libertad que había sentido la primera vez que montamos sobre Rafael. Disfrutar de momentos como el de esta carrera hacen que la vida me parezca maravillosa.

Una vez acabamos la carrera, que no tengo ni idea de quién la terminó el primero, pero nosotros no fuimos desde luego, me quedé un poco hablando con Iván, que como ya acabo de decir, era el dragón dorado sobre el que acababa de montar.

—¡Cómo ha molado! No hemos ganado, pero bueno, la experiencia ha sido de lo más bonito que he vivido en toda mi vida.

—Aquí no gana ni pierde nadie. No competimos con nadie, solo con nosotros mismos. Esta carrera puede ser un pequeño ejemplo de qué significa la vida, ya que la vida es un camino que cada uno de nosotros va recorriendo al mejor paso que puede y aprovecha las dificultades y los obstáculos para evolucionar más rápido. Nada crece en la zona de comodidad. Para encontrar la magia, hay que salir de ella.

—Sí, la verdad es que sí. Este año he salido de mi zona de confort más que en toda mi vida y yo creo que, sin ninguna duda, ha sido el año que más me he espabilado.

—Seguramente, sí. Además, que la vida es para que crezcamos y evolucionemos, y si nos quedamos siempre en el mismo sitio, difícilmente vamos a progresar.

—Sí. ¿Y aquí los dragones también hacéis esas cosas de conoceros mejor a vosotros mismos o eso solo lo hacen las personas?

—Los dragones también lo hacemos, en esencia somos todos iguales. Que me veas como un dragón es solo la envoltura de lo que soy en realidad.

—No entiendo muy bien.

—Uno puede venir a esta vida siendo una persona, un dragón, una ardilla..., pero eso solo es el vehículo, es la parte física, y nosotros no somos seres físicos, somos seres espirituales viviendo una experiencia física. En cada vida nos reencarnamos en un cuerpo diferente. En esta vida, a mí me ha tocado ser un dragón y a ti una persona, pero quién sabe si en la siguiente nos intercambiamos los papeles.

—¡Qué fuerte! A mí me mola escuchar este tipo de cosas, pero que me lo crea ya es otra historia.

—No te estoy pidiendo que te lo creas, simplemente te lo cuento.

—Sí, pues sigue contándomelo, que, aunque no me lo crea, me gusta escuchar diferentes ideas.

—El cuerpo es lo que se daña y lo que acaba muriendo, pero el alma es inmortal y eterna, y absolutamente nada la puede dañar.

Yo le escuchaba con mucha atención, porque, aunque no tenía pruebas para creerme lo que me estaba diciendo, sí me interesaba bastante lo que me decía.

—Esta no es nuestra verdadera casa, donde estamos ahora es una escuela o un juego, si prefieres llamarlo así. Aquí estamos para aprender y cada uno está en un nivel de aprendizaje, o lo que es lo mismo, en un nivel de evolución. Unos han vivido más vidas

y otros menos, y en cada vida hemos ido aprendiendo. Por eso, no deberíamos juzgar a nadie, porque no sabemos su situación, no sabemos ni lo que ha vivido ni lo que ha aprendido. Ni siquiera sabemos quiénes hemos sido nosotros en otras vidas. Porque la vida no va de juzgar a las personas como buenas o como malas, cada uno está en su proceso y lo que lo hace lo mejor puede desde el sitio en donde está. Antes de nacer, cada uno de nosotros decidió con qué almas iba a coincidir en esta vida, ya que cada una de ellas iba a tener algo que enseñarnos. Y la enseñanza siempre se produce en los dos sentidos. No debemos preocuparnos por las cosas que nos pasan, ya que la vida solo nos dará aquello que necesitemos en nuestro proceso de evolución. Porque, como ya te hemos dicho varias veces, la vida va de eso, de crecer y evolucionar, por lo que cada dificultad y cada reto que se nos presente será una oportunidad para dar un paso mucho más amplio en nuestro camino.

—Muy interesante. Siempre he buscado este tipo de respuestas sobre qué es en realidad la vida y para qué estoy aquí, qué es lo que he venido a hacer a este sitio.

—Muy buenas preguntas. Eso es algo que sabes y que decides antes de nacer, pero cuando venimos aquí lo olvidamos, y el proceso consiste en eso, en volver a recordarlo.

En ese momento, justo cuando Iván acabó de hablar, apareció Diego.

—Anastasia, te estaba buscando. ¡Ha sido increíble lo que acabamos de hacer! Yo por mí lo hacemos todas las semanas, si es que se puede.

—Claro que se puede —le contestó Iván—. No hay ningún problema con eso, ya que todos los viernes hay siempre una carrera a la misma hora. Así que podéis participar todas las semanas que queráis.

—¡Genial! Pues por mí, todas. ¿Tú te apuntas también, Anastasia?

—Sí, yo encantadísima. Ha sido de las cosas más bonitas que he hecho en mi vida, o sea que yo me apunto encantada.

Otra actividad que también me gustó mucho fue una que realizamos varias veces dentro del océano. A cada uno de nosotros, incluidos los dragones, nos daban una burbuja gigante y dentro de esta metíamos nuestra cabeza. Según nuestro tamaño nos la daban más grande o más pequeña, no me iban a dar a mí la misma que a Rafael. Gracias a aquella burbuja podíamos respirar debajo del agua todo el tiempo que quisiésemos, por lo que yo, el primer día que lo hicimos, aproveché para bajar todo lo que podía hasta lo más hondo del océano. Aunque tengo que decir que me daba bastante mal rollo bajar tan al fondo, no fuese a ser que me encontrase con una criatura marina muy grande, tipo un tiburón, y me quisiese comer. Así que le pedí a Rafael que, por si acaso, como él era muy grande y muy fuerte, que bajase conmigo, no fuese a ser también que me encontrase con una bestia muy grande y me desmayase del susto. Y, bueno, Diego también decidió unirse a nosotros, ya que también tenía interés en bajar lo máximo posible al fondo.

Fuimos volando sobre el agua un grupo muy grande de personas y de dragones, y cuando llegamos a una distancia que casi no veíamos la tierra, los dragones nos bajaron hasta el agua. Llevábamos ya cada uno puesta nuestra burbuja, por lo que enseguida nos introdujimos hacia el fondo, que era donde supuestamente íbamos a encontrar los paisajes y las especies de animales más bonitas.

—Oye, esto me da un poco de mal rollo, ¿eh? Así a ciegas... Como venga un

monstruo y me coma... Después de ver que existen los dragones, yo ya me creo que puede existir cualquier cosa.

—Tranquila, que con Rafa no nos puede pasar nada —me dijo Diego para que me despreocupase.

—Pues eso espero, porque soy bastante joven para que una bestia salvaje me haga una de las suyas.

—Confía en la vida, que estoy seguro de que todavía te quedan muchas cosas por hacer antes de morir.

—A ver, tampoco hablaba de morirme, ¿eh? Me refería a una lesioncilla o algo de eso que no me permita entrenar como a mí me gusta.

—Pues como no le des una hostia a una roca, no creo que te lesiones —me dijo Diego.

—Ja, ja, ja —me reí con ironía.

Continuamos bajando, pero, de momento, lo único que se veía era el agua, no había rastro siquiera de ningún pez. Pero al cabo de aproximadamente dos minutos, descendiendo, comenzamos a ver pececitos de colores brillantes. Eran todos muy pequeñitos y también muy bonitos. Había peces de color rosa fuerte, turquesa, naranja, dorado, plateado, negro... Había mucha variedad de colores, además de que la mayoría eran peces de diferentes especies.

—Por fin comenzamos a ver cosas que van mereciendo la pena —dijo Diego.

—Sí, esto ya sí que va molando más —dije.

Dejamos los pececitos atrás y seguimos descendiendo, y de nuevo nos quedamos sin ver absolutamente nada más que el agua. Yo creo que ya habíamos descendido muchísima distancia, ¡menuda caminata que nos esperaba a la vuelta!, aunque como era subir, iríamos más rápido.

Al poco rato de dejar a los peces, vimos algo que me moló bastante más, había orcas y ballenas azules juntas. Y justo nosotros, incluido el dragón Rafael, estábamos en el medio.

—Impresiona ver a una ballena azul tan cerca, ¿eh? —me dijo Rafael, que había visto cómo me había quedado mirándolas.

—Ya te digo. Esto no es algo que se pueda ver todos los días. Oye, ¿y por qué no se asustan contigo? Que eres un dragón muy grande.

—Son tranquilas y saben que nosotros no les vamos a hacer nada. Y seguramente se habrán encontrado con dragones como yo en muchas ocasiones y habrán visto que no les hacemos nada.

—Ah.

Continuamos bajando y por fin llegamos a lo que parecía ser el suelo. Estaba todo lleno de corales y ahí sí que había peces de las especies más variadas. Vi caballitos de mar, estrellas, peces globo, pulpos de colorines y hasta tiburones, que por suerte no sé qué especie eran, pero no se trataba de tiburones blancos, y como íbamos con Rafa, me sentí protegida.

—Seguidme, chicos. Tengo una sorpresa para vosotros.

—¿Y qué puede haber aquí que sea una sorpresa? —preguntó Diego.

—Ahora lo verás.

Lo seguimos nadando durante unos minutos hasta que de repente nos encontramos con una roca gigantesca en el medio, era mucho más grande que Rafa.

—Ya hemos llegado.

—¿Esta roca es la sorpresa? —le pregunté yo.

—No, espera. Ahora lo verás.

Rodeamos la roca y, de repente, Rafa movió una roca mucho más pequeña que había al lado de la grande y, acto seguido, la roca grande se levantó y apareció un agujero gigantesco y oscuro, por el cual Rafa nos indicó que entrásemos.

—Yo no me meto ahí ni de coña —dije sabiendo que me iba a acabar metiendo.

—Confía en mí, que te va a encantar lo que vas a ver dentro.

—A mí ya me encanta bastante lo que hay en tierra firme, pero bueno, a ver con qué nos encontramos —dije mientras me metía en el oscuro agujero.

Entramos los tres, mientras la roca volvía a su posición inicial. Una vez la roca nos hubo encerrado dentro de aquel lugar, estuvimos un segundo sin ver absolutamente nada y, acto seguido, se encendieron las luces y vimos un largo pasillo iluminado con bolas de colorines colocadas sobre las paredes.

—Siempre es posible seguir sorprendiéndonos —dijo Diego.

—Pues espera, que todavía no ha acabado toda la sorpresa.

Continuamos caminando por aquel túnel durante poquito tiempo, ya que enseguida se nos apareció una pared redonda que ocupaba todo el diámetro del túnel y que tenía aspecto de puerta. En el centro había una especie de botón dorado y redondo muy grande. Rafa apretó el botón. En ese momento, la puerta se abrió y vimos lo que había dentro. Yo, la verdad, es que tengo que reconocer que, acostumbrada a que ya llevaba más de un año seguido de sorpresas, pues tampoco me sorprendió tanto lo que vi tras esa puerta. Pero, aun así, me encantó y a Diego parece que también le gustó bastante.

En aquel lugar había una sala enorme, que yo creo que más bien era una mansión gigantesca. Lo más curioso de todo era que podíamos volar, bueno, nadar más bien, porque seguíamos estando bajo el agua. La mansión tenía un jardín muy bonito con muchos árboles y muchas flores. Por dentro, la casa tenía bastantes habitaciones, cada una con sus armarios y su cama de matrimonio; también había un total de cuatro cuartos de baño, que yo ahí preferí no hacer mis necesidades. También había un salón gigantesco, una cocina... Yo no sé cómo se las arreglaban con la electricidad, porque había gente cocinando alimentos y ninguno nos electrocutábamos. La mansión tenía hasta una discoteca en la planta de abajo, que encima era una discoteca con dos *jacuzzis* incluidos.

—¿Y cómo es posible todo esto con el agua que hay? —le preguntó Diego a Rafael.

—En este lugar muchas cosas son posibles. Y también que, tecnológicamente, aunque no lo parezca, estamos mucho más avanzados que Tenebrina y Silea.

—Ya veo. Se nota bastante, aunque tú digas que no lo parece. No en cuanto a aparatos tecnológicos, pero sí en cuanto a todo lo demás.

—Aquí ya os digo que son posibles muchas cosas que en Tenebrina y en Silea parecen imposibles, como, por ejemplo, yo mismo.

—Es verdad, ja, ja, ja. Es muy curioso todo esto. Yo diría que hasta existe la magia en este lugar.

—Es posible. ¿Quién te ha dicho que no exista?

—Mi sentido común. Si no, no sé cómo puede ser posible que sea real lo que estoy viendo ahora mismo.

—Muchas cosas nos parecen irreales hasta que por fin ocurren. Igual que muchas cosas parecen imposibles hasta que alguien las hace.

—Me mola esa frase. Si alguno de vosotros fuese a Silea, y ya ni te cuento si va a Tenebrina, porque en Silea los ciudadanos no sabían qué es lo que teníamos que hacer para que ellos gozasen de tantos privilegios, pero si alguno de vosotros fuese allí, marcaríais un antes y un después —dijo Diego.

—O si vosotros dos fueseis allí —nos dijo Rafa mirándonos.

—Esto mola demasiado como para volver allí, además de que nos queda mucho por aprender todavía de este sitio —dijo Diego.

—¡Pero ha sido nuestro hogar toda nuestra vida! —exclamé con voz fuerte—. Bueno, tú en Silea y yo en Tenebrina.

—Yo ya no tengo nada que me ate a ese lugar —me dijo con voz seria mientras se introducía por la discoteca de la extraña mansión.

—Pues parece que no le ha sentado muy bien lo que le he dicho. Y no entiendo por qué, ni que le estuviese obligando a volver; aquí cada uno es libre de hacer lo que quiera.

—Bueno, si quieres, habla con él. Ten en cuenta que, para no acabar con tu vida, tuvo que dejar de lado a todo su equipo.

—Ya, eso sí.

Fui a buscarlo por la discoteca; esta era tan grande que hasta que también había dragones bailando. Cuando lo vi, estaba en la barra pidiendo algo. Me imaginé que sería una bebida sin alcohol, como en aquel lugar si les daba por beber algo era cada muchísimo tiempo y muy poquita cosa... O la mayoría directamente nunca bebía...

—¿Qué tal? ¿Qué te has pedido? —le pregunté para volver a reanudar la conversación.

—Piña colada sin alcohol.

—¡Ay, pues a mí esa bebida me encanta! ¡Está buenísima! Cuando te lo traiga, me pido yo una también.

—¡Qué copiona! —me dijo de broma.

—O sea, que no tienes interés en ver qué ha sido de Silea y Tenebrina.

—No, no tengo ningún interés. Ya me imagino qué habrá pasado, así que para qué voy a querer ir allí.

—¿Y qué crees que habrá pasado?

—Que mi grupo antiguo se habrá hecho con el control de ambas sociedades. El plan que teníamos era, una vez reclutásemos ambos territorios, hacer un pequeño cambio en ambas sociedades.

—¡Anda! Pues ese cambio no me lo habíais dicho. Y mira que llevamos tiempo juntos.

—Quería olvidarme de quién he sido en ese sitio y empezar de cero. Me pareció bastante con lo que te conté un día de lo que había hecho en el pasado.

—Ya, eso sí. Aunque la persona que fuiste no tiene nada que ver con la que eres ahora.

—Por eso ahora tengo remordimientos que antes no tenía.

—Lo que tienes que hacer es perdonarte, que, como nos dijo Rafael, nadie es perfecto en esta vida, y eso hace que nos equivoquemos y gracias a eso aprendamos. Cada uno lo hace lo mejor que puede desde el sitio en el que está.

—Muy bien. Te sabes la teoría, pero la práctica es otra historia. A ver, que te iba a contar el cambio que teníamos pensado hacer. Si quieres que te lo cuente...

—Sí, sí que quiero que me lo cuentes.

—Pues, a ver... El plan era, una vez gobernásemos ambas sociedades, seguir matando a bebés inmunes, como hacíamos siempre. Pero, además, en ambos territorios reclutaríamos al mayor ejército posible y lo uniríamos, bueno, y uniríamos también las dos sociedades.

—¿Y cómo pensabais conseguir ese ejército? Que yo sepa, vamos, por lo menos en Tenebrina, el Gobierno tenía un gran ejército, lo que pasa que lo pillamos desprevenido y vinieron muy poquitos hombres.

—Sí, pero como ya te acabo de decir, queríamos reclutar al mayor ejército posible. Y para eso crearíamos una ley en la que obligaríamos a luchar a todos los chicos y chicas con edades comprendidas entre 18 y 40 años, sin dejar a un lado sus anteriores tareas, eso sí, lo que pasa que seríamos más permisivos con ellas.

—O sea, que les entrenaríais, ¿no? Como me estuvisteis entrenando a mí sin que tuviese que pagar nada.

—Sí, totalmente gratis. Pero cada uno de nosotros entrenaría a una clase entera a la vez, no solo a una persona.

—¿Y esa ley se mantendría siempre?

—Siempre. Y ese ejército estaría ahí, siempre disponible, por si acaso alguien intentaba hacer lo que le hicimos nosotros al Gobierno anterior. Y para que la gente supiese cuándo tenían que venir a luchar al Gobierno, que era donde íbamos a vivir nosotros, habíamos fabricado una pulsera rosa para las chicas y una azul para los chicos, mediante la cual, en el momento en que necesitásemos su ayuda, la pulsera vibraría.

—Ah, pues muy bien pensada estaba la cosa. ¿Y crees que lo han llevado a cabo?

—No tengo ninguna duda de ello.

—Pues vaya. Y encima nosotros somos rebeldes, ¿no? Seguro que nos están buscando y habrán puesto alguna recompensa.

—Segurísimo.

—Pues parece que lo organizasteis bien. Pensasteis mucho en vuestra seguridad.

—Sí, lo teníamos todo bastante planeado. Aunque muchos de nosotros muriésemos, como fue lo que pasó, así nos asegurábamos de que todo aquel que intentase echarnos del poder lo tuviese realmente difícil.

—¿Y no crees que nadie de los de las pulseras se opondría?

—Están todos controlados por la sustancia a la cual tú eres inmune. También empezamos a introducir en Silea esa sustancia.

—Ah.

—¿Entiendes ahora por qué no tengo ningún interés en volver?

—Sí, más o menos. Aunque no sé si es porque tienes miedo a que te maten o porque quieres olvidar a la persona que eras antes de llegar aquí.

—¡Qué sincera eres! Por ambos motivos.

—Te entiendo.

Hubo unos segundos de silencio y seguí hablando:

—Bueno, a ver, no del todo, porque a mí nunca me ha pasado eso de haber matado a alguien. Porque en la batalla esa disparé a los pies y a las piernas. Pero, vamos, que estoy aquí y puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Gracias, Anastasia. Ya sé que estás aquí. Eres la persona que más veces veo al día durante todos los días desde hace ya unos dos años.

—Oye, que si quieres les digo a mis padres que mejor a partir de ahora vas a vivir en una casa distinta a la nuestra.

—No, no hace falta. Me alegro de haberte conocido. Eres una gran persona, aunque demasiado sincera y directa a veces, y un pelín escandalosa.

—Me gusta llamar la atención.

—Ya me he dado cuenta.

Estuvimos un buen rato en aquella discoteca acuática en la que era muy difícil bailar como yo bailaba normalmente en las discotecas y que no entendí cómo era posible que no se saliese el líquido del cóctel que nos habíamos pedido, ni que pudiésemos hacer pis como si fuese un sitio normal. Sería cosa de la magia que vibraba en aquel lugar.

CAPÍTULO 10

Continuaron pasando los días y, como ya dije, aunque no he hablado apenas sobre ello, la relación con mis padres y con mi hermano era cada vez más cercana. Solíamos realizar, junto con Diego y algún amigo dragón o persona que a veces se nos unía, distintas actividades. Y, bueno, también había muchas de estas que, como ya he descrito anteriormente, las realizaba solo con Rafa y con Diego.

Pero con mis padres y con mi hermano también hacíamos cosas muy chulas. Un día, por ejemplo, hicimos una excursión por las montañas tan preciosas que había a las afueras de Essentia. Consistió en hacer distintas actividades por la montaña, y la verdad es que era algo que nunca había hecho y me lo pasé muy bien. Fuimos en tirolina en varias ocasiones, lo que nos permitió contemplar un paisaje maravilloso; también utilizamos el teleférico para trasladarnos de una montaña a otra; fuimos por los árboles, donde en alguna ocasión tuvimos que agarrar una liana para ir a otro árbol; también pasamos por puentes colgantes, y finalmente, como premio, fuimos a bañarnos a unas aguas termales que eran enormes y tenían un paisaje precioso alrededor.

—¿Y vosotros soléis hacer todas estas actividades con mucha frecuencia? —les pregunté a mis padres.

—Sí, cuando podemos, aunque ahora que estás tú queremos aprovechar más —dijo mi madre.

—Ah, pues genial. Por mí encantada de que aprovechéis. Todo lo que sean experiencias nuevas me encanta.

—A nosotros también —dijo mi hermano, que esta vez estaba segura de que era el verdadero.

Por cierto, Diego esta vez no fue, ya que tenía otros planes, y tampoco era cuestión de estar viéndole a todas horas.

—Aunque en nuestras profesiones también vivimos muchas experiencias, y muy bonitas, por cierto —dijo mi padre.

Mi hermano era luchador profesional de artes marciales mixtas, y en estos momentos era el actual campeón de Essentia. Yo creo que en ese terreno tenía bastantes cosas en común con él. Aparte de eso, también era escritor, se dedicaba a escribir novelas, que para lo que en Tenebrina estábamos acostumbrados eran de fantasía y ciencia ficción. También de vez en cuando escribía libros de autoayuda que, aunque era algo que se trabajaba mucho en las escuelas, a la gente de aquel lugar, tampoco a todos, pero en general, les solía gustar mucho leer ese tipo de libros.

Mi madre era una cantante bastante famosa y mi padre era actor. De hecho, se conocieron en el rodaje de una película en la que mi padre era el protagonista y mi madre aparecía en una escena cantando. Así que tenía una familia de personas muy famosas. Todos menos yo, que todavía no estaba segura de lo que había venido a hacer a este mundo.

Miraba bastante dentro de mí misma, pero no sabía cuál era mi propósito. Según me había dicho Rafael, la propia vida me lo iría mostrando. Sabía que quería evolucionar lo máximo posible, hacer grandes cosas por el mundo y ayudar a las personas lo máximo posible, pero todavía no había encontrado la manera de hacerlo.

—Ya te digo. Los tres tenéis unos trabajazos increíbles. Se nota que os encantan, y

encima os pagan por hacer cosas que os gustan.

—Sí, la verdad es que se vive muy bien aquí —dijo mi hermano—. Hemos tenido nuestros retos y nuestras situaciones complicadas, que eso realmente es lo que más nos ayuda a evolucionar, pero se vive muy bien aquí, comparado con Tenebrina...

—Ya te digo. Comparado con ese sitio, cualquier lugar es inmensamente mejor —afirmé.

—Y nuestras profesiones también nos han ayudado a trascender nuestros miedos —dijo mi madre.

—¿Y qué miedos teníais vosotros? Porque aquí no sé qué miedos puede haber. Y tú, papá, qué cambiazo has pegado. Has pasado de trabajar en el Gobierno a ser actor.

—Lo de trabajar en el Gobierno lo decidieron los gobernantes de Tenebrina por mí, yo no lo elegí.

—Ah, ya. Eso sí.

—Nuestras profesiones nos han ayudado a trascender nuestros miedos —comenzó mi madre— porque todos nosotros teníamos un gran miedo escénico, incluido tu padre. Siempre hemos sido bastante tímidos y, aunque nos ha encantado, como creo que es tu caso...

—Sí, es mi caso.

—Pero siempre nos ha dado miedo mostrarnos y salir a la luz para que todos nos viesen. Teníamos un inmenso miedo a la crítica, a hacerlo mal, a lo que pudiesen pensar los demás de nosotros, a hacer el ridículo.

—Sí, a mí eso también me pasa un poco —les dije.

—Y gracias a nuestra profesión, hemos podido ir trascendiendo esos miedos. Tu padre, por ejemplo, se quedó completamente en blanco mientras estaba realizando una obra delante de más de 2000 personas y dragones, la cual estaban echando en directo en la televisión.

—¡Joder! Tiene que ser difícil superar esa situación.

—Pero tu padre lo hizo. Se dio cuenta de que no pasaba nada, de que al haberse quedado totalmente en blanco delante de toda esa gente tenía una gran oportunidad para aceptar y afrontar esa situación de la mejor manera posible.

—¿Y qué hiciste? —le pregunté a mi padre.

—Cuando los periodistas me entrevistaron, me reí de mí mismo. Dije que, con tanta gente que me estaba viendo en aquel momento, me había puesto muy nervioso y se me había olvidado todo. Y que, gracias a eso, me había dado cuenta de que no soy perfecto y que al igual que al resto de los demás, tengo derecho a equivocarme. Me había equivocado, y la realidad había sido que no había pasado absolutamente nada, más allá de lo que pudiese pensar o decir cualquier persona. Y lo que piensan de ti los demás tiene mucho más que ver con ellos mismos que contigo; yo creo que es una mezcla entre cómo son ellos y cómo te ves tú a ti mismo, y por esa misma razón ya nunca más iba a sentir nervios de estos que te inhiben. Dije también que en esta vida en parte estábamos para descubrir todo nuestro potencial y que, si dejábamos que el miedo entrase en nosotros, nunca íbamos a ser capaces de encontrarlo. Porque allí donde se encontraba nuestra mayor deficiencia y nuestro mayor temor, se escondía nuestro don más grande.

—Pues tiene que ser muy bonito poder decir esas palabras delante de tantas personas.

—Es precioso. Y si no me hubiese quedado en blanco, seguramente no las habría dicho.

—A mí me ha ayudado un poco lo que acabas de decir, porque mi miedo escénico es enorme. Cuando estudiaba en Tenebrina, no me atrevía ni siquiera a levantar la mano en clase para preguntar algo. Salvo alguna excepción que hice, como, por ejemplo, cuando armé el numerito en clase y gracias a eso se dieron cuenta de quién era yo y mi vida cambió desde ese momento.

—Pues en ese caso, lo de hablar en clase sí que te ayudó bien a salir de tu zona de confort.

—Sí, aunque mi vida comenzó a correr peligro desde aquel momento, pero me ayudó mucho, más de lo que esperaba. Y, sobre todo, me ayudó a salir de aquel lugar del cual estaba harta de vivir. Porque a los de Tenebrina, como sabréis, no les mola nada crecer y salir de su zona de confort. Ellos buscan la seguridad absoluta y eso hace que se queden quietos y no desarrollen sus potencialidades, como habéis dicho vosotros.

—Sí, así es. Hemos vivido treinta y tantos años cada uno en aquel lugar. Y yo dejé que pasasen cosas que posteriormente hicieron que me culpase a mí mismo y me arrepintiese profundamente. Tu nacimiento fue lo que me ayudó a reaccionar ante lo que estaba pasando. Hizo que pusiese un límite a lo que estaba sucediendo en mi realidad.

—Ya veo. Yo es que no sé muy bien qué es sentir tanta culpa. ¿Tú qué hiciste para liberarte de ello? Porque a los tres se os ve personas tremendamente alegres.

—Me costó un tiempo liberarme de ella, y lo que realmente me ayudó fue llegar a este sitio y conocer a todas estas personas y todos estos dragones tan bonitos que están con nosotros. Ellos me ayudaron a darme cuenta, a ti ya te lo habrán contado seguro, que tenemos que aprender a aceptarnos a nosotros mismos tal y como somos y a abrazar tanto nuestra luz como nuestra sombra, porque aquí estamos para aprender y evolucionar, y para eso están los errores. Muchas veces, los errores que más nos duelen son nuestros mejores maestros. Y nosotros no somos personas estáticas, como se creía el Gobierno de Tenebrina, sino que estamos en constante cambio. Yo ya no soy esa persona que se quedaba parada sin hacer nada por miedo a lo que le pudiesen hacer a mi familia cada vez que asesinaban a un bebé.

—Pues sí que has aprendido, sí.

—Essentia me ha ayudado mucho a crecer. Nosotros no somos nuestros recuerdos, eso solo forma parte de quien hemos sido y de las ayudas que nos ha ido aportando la vida. Yo ya soy alguien muy distinto de la persona que fui hace 23 años.

—Y todos nosotros igual —intervino mi madre—. Yo en Tenebrina era maestra y la verdad es que se me daba bastante bien, pero sentía que no me aportaba tanto como lo que le podía aportar a otras personas. Estaba segura de que eso no tenía nada que ver con aquello para lo que en realidad había nacido.

—Yo era estudiante cuando huimos de Tenebrina, así que todavía no trabajaba de nada —dijo mi hermano.

—¿Y en qué te habría tocado trabajar?

—No tengo ni idea, porque me fui de Tenebrina antes de cumplir los 12 años. Solamente tenía 8 cuando nos marchamos de allí.

—Ah, claro.

—Pero yo desde pequeñito siempre jugaba con mis juguetes a que mis muñecos sabían artes marciales y tenían que resolver diferentes misiones.

—¡A mí también me gustaba jugar a esas cosas! —le dije ilusionada.

—Pues puede ser que tu propósito en parte tenga que ver con eso.

—Sí, puede ser, aunque todavía no lo sé. Pero, vamos, que sin prisa, que según me ha dicho Rafa, la vida me irá ayudando a descubrirlo.

—Claro que sí —me dijo con una sonrisa—. También cuando jugaba con mis muñecos me encantaba inventarme historias fantásticas en las que sentía que nada era imposible. Sentía que podía crear y hacer todo lo que quisiese, ya que no tenía límites para la imaginación.

—Pues te lo pasabas muy bien de pequeño. A mí también me encantaba inventarme historias, pero creo que no tanto como a ti.

—A cada uno le gusta más una cosa. Tú céntrate más en lo que te gusta y tu propósito acabará surgiendo. Si te dejas llevar, la vida te guiará por el camino correcto.

—Sí. Si yo intento mucho eso de dejarme llevar. Lo único que a veces me pasa es que tengo la tendencia a intentar controlar siempre las cosas. Aunque el cambio que se produjo en mi vida cuando Diego y yo pasamos a ser unos rebeldes del sistema, creo que me ha ayudado bastante a no intentar tanto controlar las cosas, pero aun así me sigue pasando.

—Tú date cuenta de que en la vida siempre existirá el cambio y la incertidumbre, eso es lo que más nos ayuda a evolucionar, y por eso, en parte, la vida es tan bella. Lo que tienes que hacer es confiar en la vida y soltar, dejarte llevar, porque como ya me imagino que te habrá dicho Rafa, todas las experiencias son neutras y la misión de la vida simplemente es ayudarnos a evolucionar. Por lo que no te preocupes, ya que esta solo nos dará aquello que necesitamos para crecer. En la vida no nos pasa lo que queremos, en la vida nos pasa lo que necesitamos. Y eso tiene mucho que ver con nosotros. Muchas veces nos hará enfrentarnos a nuestros miedos, porque solo así podremos superarlos, y aunque en ocasiones pensemos que no somos capaces de superarlos, la vida sabe que podemos con ellos. Nunca nos pasará nada que no podamos superar. Así que, si tú quieres crecer y evolucionar de verdad, no busques la comodidad ni el confort, en lugar de eso busca la incertidumbre y la libertad.

—¿La libertad?

—Cada cosa que trascendemos nos hace más libres. Cada miedo que superamos hace que el ego se vaya interponiendo menos en nuestro camino y nos acerca más a nuestra esencia. A lo que de verdad somos.

—¡Joder! Gracias por todas estas cosas que me contáis. Me recordáis a Rafa y a Catherine. Estar con vosotros es como meterse un chute de motivación. Ojalá en Tenebrina hubiese más gente así.

—En un futuro seguramente la habrá.

—Estaría guay.

Otras de nuestras actividades semanales consistían en hacer recorridos turísticos por

Essentia. También disfrutábamos de actividades que había realizado anteriormente en Silea y Tenebrina, pero que me gustaban igual. Íbamos al cine, al teatro, de compras, a comer fuera, visitábamos parques naturales e islas, saltábamos en paracaídas, montábamos en globo y en dragón y viajábamos en él a los lugares más preciosos de Essentia.

Desde que había dejado Tenebrina y Silea, todas las experiencias que había tenido hasta ahora habían sido de lo más agradables y gratificantes, y parecía que estaba aprendiendo bastante en aquel lugar.

Otra conversación que tuve con mis padres y con mi hermano y que también me gustó mucho fue esta que voy a escribir a continuación: sucedió un día cuando estábamos comiendo en uno de mis restaurantes preferidos de Essentia, en el que solía pedir siempre mi plato favorito, que era una hamburguesa; ya estaba nuestra casa para comer sano. Yo, cuando comía fuera, aprovechaba para darme algún que otro caprichillo. Acabábamos de pedir para comer y estábamos esperando a que nos trajeran los platos, cuando entonces se me ocurrió preguntar algo a mi hermano y a mis padres:

—Una cosa...

—¿Qué cosa? —preguntó mi hermano.

—Cuando llegasteis a Essentia y os empezaron a enseñar todo lo que me están enseñando a mí ahora, ¿qué es lo que más os costó aprender o incorporar?

—Acabar con nuestra mentalidad de escasez —me contestaron los tres.

—A mí, por lo menos —comenzó hablando mi padre—, y eso que en Tenebrina me adjudicaron un puesto de elevado prestigio, según su forma de medir el éxito en las personas, que la realidad es que en aquel momento yo no era muy exitoso, por eso, lo que más me costó fue considerarme merecedor de cosas que en Tenebrina pensaba que no me merecía.

—¿Como por ejemplo?

—Como, por ejemplo, acabar con la creencia de que en la vida había que separar el trabajo de la diversión. Yo pensaba que trabajar era una cosa y que disfrutar de la vida y divertirme era algo que no tenía que ver y que solo podía suceder en mis ratos libres, mientras no estuviese trabajando. No veía posible ganar dinero divirtiéndome. Y cuando conseguí acabar con esta creencia, mi vida comenzó a cambiar.

—En mi caso —intervino mi hermano—, siempre he pensado que yo no era merecedor de triunfar ni de cumplir mis mayores sueños, y menos en aquel lugar, en el que poquísimas personas sobresalían de verdad, y si sobresalían era porque el Gobierno las obligaba a ello. Y también igual que mi padre, fue quitarme esa creencia limitante y mi vida empezó a cambiar para mejor.

—A mí también me han pasado esas cosas. Creo que también tengo un poquillo de esas creencias limitantes. ¿Y en tu caso, mamá? —le pregunté.

—En mi caso, yo tenía una mentalidad de escasez, porque al igual que ellos, tampoco me sentía merecedora de bienes materiales. Pensaba que eso solo les pertenecía a los que según el Gobierno de Tenebrina les había tocado ser ricos, y que aquellas personas, además, eran las más malas y repugnantes de Tenebrina, cosa que más tarde vi que no tenía por qué ser así, ya que, en Essentia, casi todos sus ciudadanos se podían

considerar ricos, y sin embargo, resultaron ser las personas más maravillosas y buenas que había conocido hasta ahora. Y la verdad es que para qué vamos a vivir cada uno de manera austera sin disfrutar de los lujos cuando realmente somos seres abundantes que podemos vivir a lo grande. Somos seres que tenemos derecho a todo aquello que queramos. Aunque sí que es verdad que solo se nos darán aquellas cosas que de verdad nos ayuden en nuestro proceso de crecimiento. Porque la vida lo que quiere siempre es ayudarnos, por eso nunca nos proporcionará aquellas cosas que no nos ayuden a crecer. —Porque la vida sabe mejor que nosotros qué es lo que de verdad necesitamos para evolucionar. Por eso, muchas veces, las experiencias más traumáticas van acompañadas de los mayores regalos —añadió mi padre.

—Bueno, cada uno va a su ritmo —dije.

Había veces que me cansaba un poquillo de oír con tanta frecuencia ese tipo de enseñanzas. Todos los días en clase, a Diego y a mí, nos tocaban sesiones de esas.

—Anastasia —me llamó mi hermano, que estaba sentado en frente de mí.

—¿Qué pasa conmigo?

—Si alguien te preguntase que cuáles son tus creencias limitantes, ¿qué le dirías?

Ese ejercicio ya lo habíamos hecho en clase Diego y yo hacía solo una semana, por lo que me resultó muy sencillo contestar a esa pregunta.

—Pues ese ejercicio ya lo hicimos en clase con Rafa la semana pasada.

—¿Y qué contestaste?

—Que tenía la creencia de que no me merecía estas cosas tan increíbles que me estaban pasando últimamente, que soy tímida, que tengo miedo escénico, que todavía no estoy preparada para lograr mis sueños, que no le gusto a los demás, que las cosas no pueden ser tan fáciles como parecen en algunas ocasiones, que muchas personas quieren hacerme daño, que voy a hacer el ridículo cada vez que me exponga ante muchas personas, que no voy a gustar lo suficiente a la gente y me van a criticar, que los sueños y los objetivos solo se pueden conseguir trabajando muy duro, que soy patosa... Ese tipo de cosas le conté a Rafa.

—¡Buah! ¡Muchas cosas! Pero como todos, así que tú tranquila.

—Ja, ja, ja. Si hubiese querido, podría haber contado muchas menos —le dije mirándolo con cara desafiante.

—Pero mejor ser sincera en esta vida, ¿no?

—Sí, mucho mejor.

—Para otra vez le cuentas todas las que tienes de verdad y a nosotros también.

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso! Os he contado todas.

—Mira más adentro, que seguro que encuentras más.

—Porque tú lo digas.

A mi hermanito mayor le gustaba mucho hacerme bromas y eso a mí me divertía bastante, así que yo no tenía ningún problema. A no ser que le diese por pasarse un poco, que en ese caso sí que le tocaba sufrir un poquito mis arrebatos de ira. Por ejemplo, un día, justo antes de irme a clase con Rafa y con Diego, le dio por mancharme un buen trozo de pelo con la pasta de dientes, y ahí sí que me enfadé bien, ya que no me quedó otra que ir así a clase.

—¡Eres un sinvergüenza! —le dije mientras le pegaba en la espalda con un cojín—.
¡Parece mentira que seas el mayor de los hermanos!

—Pues deberías cuidarte un poco más, porque es lo que soy y encima te saco 8 años.

—¡Imbécil!

Otra broma que tampoco me hizo ninguna gracia fue que me tiró una bomba fétida en el baño justo en el momento en el que me duchaba. Era un chico muy alegre y muy activo, eso sí, y muy gracioso, como ya he dicho, esas eran las tres cosas que más me gustaban de él. Bueno, y que era muy buena persona, al igual que todas las personas que estaba conociendo últimamente.

—¡Te vas a enterar, subnormal! —le grité nada más comenzarme a llegar el mal olor.

Mi hermano aprovechó que no había cerrado la puerta del baño con cerrojo para abrir un pelín la puerta y lanzarme dentro la bomba fétida.

— ¿De qué quieres que me entere, Anastasia?

—¡La que tengo que aguantar ahora por tu culpa! Si ya hubiera acabado de ducharme..., pero es que encima me la has tirado nada más entrar en la ducha. Te voy a hacer yo eso cuando estés comiendo, a ver cómo disfrutas de la comida.

—Pues entonces te lo vas a hacer a ti misma también y a nuestros padres, porque solemos comer siempre juntos.

—Pues entonces te lo tiro en tu habitación, a ver qué gracia te hace.

—O a lo mejor te lo tiro yo antes.

—Tú no estás ni evolucionado ni nada. No sé para qué has estudiado tanto tiempo.

¡Mira las gilipolleces que haces!

—Mujer, no te lo tomes a mal, que así nos echamos unas risas.

—Pues hazte esto tú a ti mismo, a ver qué gracia te hace.

—Gracia, ninguna. Lo divertido es hacérselo a otra persona, que si me lo hago a mí mismo voy a parecer un poco tonto.

—Pues me avisas cuando te vayas a duchar y te lo hago yo a ti y así ya no pareces tonto.

—No te preocupes, que en nada me voy al centro de entrenamiento; hoy me voy a duchar allí.

—Pues otro día te lo hago.

Mis padres, por el contrario, eran más pacíficos y menos bromistas que mi hermano. Era interesante hablar con ellos sobre temas como los que acabo de escribir antes, de lo que también hablaba mi hermano, que siempre le gustaba meter baza.

Mis padres me decían, como ya he escrito en el libro en varias ocasiones, que no tuviese ninguna prisa por averiguar mi verdadero propósito en esta vida, sino que simplemente me dejase llevar por mi intuición y dedicase mi tiempo a aquellas cosas que de verdad me hacían sentirme realizada. Ya que, en aquellas cosas a las que más nos gusta dedicar nuestro tiempo, es donde se haya nuestro verdadero propósito.

La vida no quiere que estemos aquí para trabajar y que, mediante el dinero que ganemos con nuestro trabajo, nos podamos divertir. La vida quiere que nos divirtamos con nuestro trabajo y que gracias a él nos sintamos realizados. Siempre que podamos, eso sí, porque en Tenebrina hacer esto era bastante complicado, pero en Essentia era lo

más normal. De hecho, era muy raro ver a alguien que no fuera capaz de disfrutar con su trabajo. Aunque todos tenemos nuestros momentos y tenemos que aceptar cómo nos sentimos en cada uno de ellos, porque solo así nos estaremos aceptando a nosotros mismos. No es obligatorio estar siempre feliz, y muchas veces otras emociones que podemos juzgar como negativas, como la rabia, la tristeza... nos pueden ayudar mucho a abrir los ojos y así dar un paso más grande en nuestro camino.

Según veía en clase, tanto con Rafael sentada en una silla como con Catherine haciendo yoga, mi profesión vocacional tenía que ser de cara al público; yo tenía que ser el eje central de mi trabajo, porque la verdad es que siempre he sido una persona tímida, pero muy egocéntrica a la que la ha encantado llamar siempre la atención y ser el eje central de las conversaciones. Tenía que evitar los puestos de subordinación y trabajar de forma independiente o bien dirigiendo a otros. En mi caso no me gustaba nada tener un jefe, no aguantaba que nadie me mandase. Y también en mi trabajo tenía que tener libertad total para tomar mis propias decisiones e ir abriendo caminos. Por otro lado, el deporte y la actividad física eran una de las cosas que más me gustaban y, dentro de ellas, las artes marciales. Yo era una persona con mucha energía que sentía que necesitaba expandirme, por eso en parte estaba tan a disgusto con las leyes de Tenebrina. El ejercicio físico era una forma que tenía que me permitía utilizar un poco toda esa energía y que más o menos pudiese vivir sin demasiada ansiedad en Tenebrina, porque como no me hubiese salido lo de policía..., yo no sé qué habría hecho, lo mismo me habría arrancado el pelo de la cabeza.

—Vale, pues según esto que hemos sacado, ¿a qué me tengo que dedicar si se puede saber? —le pregunté a Rafael.

—Hombre, Anastasia. Eso no me lo puedes preguntar a mí. Eso lo sabes tú mejor que nadie.

—Pues yo no lo sé, o sea que no lo sabe nadie.

—Tú ten paciencia, que eso es algo que te tienes que trabajar un poco, y poco a poco lo irás descubriendo. Además, que la profesión de uno no tiene por qué ser una sola cosa en específico, también puede ser un conjunto de varias, una mezcla o algo nuevo que todavía no exista. Mira tu hermano Sebastián, por ejemplo, que es campeón del mundo de artes marciales mixtas y a la vez es escritor, que se centra en el crecimiento personal, o espiritual, mejor dicho.

—Sí, pero lo de mi hermano son trabajos que existen.

—Ya, mujer. Era un ejemplo de una persona que se dedica a dos cosas a la vez. Y tú, Diego, ¿sabes dónde está tu mayor vocación?

—Pues siempre me he dedicado a gobernar mi sociedad de malas maneras, pero ahí no creo que esté mi vocación. Al igual que a Anastasia y a su hermano, siempre me han encantado las artes marciales. Así que a lo mejor los tres hemos nacido para dedicarnos a algo relacionado con eso, pero ni idea, la verdad.

—¿Y qué más cosas te gusta hacer?

—Gobernar, lo que he hecho hasta ahora. Al igual que Anastasia, no llevaría muy bien un trabajo en el que otros me mandasen. Prefiero mandar yo o trabajar de manera independiente. Y también me gusta mucho la acción y la aventura, aunque de esas

cosas ya he tenido mucho en Silea y aquí también. Pero sí o sí quiero dedicarme a un trabajo que sea activo, para nada aguantaría trabajar sentado. Además de que no creo que eso sea muy saludable y yo soy un tío muy sano.

—Igual que yo, que también soy muy sana. Yo tampoco ni loca pienso dedicarme a algo que tenga que trabajar sentada todo el día. Al igual que Diego, soy una chica de acción. Bueno, y emoción también, ¿eh? A mí me gustan mucho las aventuras y las emociones fuertes. La rutina y la monotonía no son para mí.

—A mí tampoco me gustan nada —dijo Diego.

—Ni a mí, así que ya somos tres.

—Yo creo que es mucho más difícil crecer en un ambiente monótono y rutinario —dije.

—Sí, seguramente lo sea. Pero aquí ya sabéis que cada uno necesita una cosa para crecer.

—Pero como con nosotros eso es algo que no va, no lo necesitamos para crecer —dijo Diego.

—Claro. Encima mis padres y mi hermano tienen una vida muy contraria a la monotonía y la rutina. Mi madre, por ejemplo, como es cantante, no para de irse de gira por Essentia. Mi padre para hacer películas, lo mismo, y mi hermano, luchando, también.

—Sí, y nosotros, como estamos aquí dando clase, pues de momento no les hemos podido ir a ver.

—Vosotros tened paciencia, que todo llega.

—Sí, sí, es verdad. Somos eternos y tenemos todo el tiempo del mundo para hacerlo todo —dijo Diego.

—Hablando de eso, hay una cosa que no entiendo muy bien —le comenté a Rafael.

—¿Qué no entiendes?

—Que nosotros sepamos que no existe la muerte y que somos eternos, ¿no puede hacer que caigamos en la pereza? Porque se supone que, si somos eternos, tenemos todo el tiempo del mundo para hacer lo que queramos hacer. Vamos, digo yo, ¿o no es así?

—Pero esto es una escuela, y en cualquier escuela, como esta en la que estáis ahora mismo, no se viene a hacer el vago. Este no es el lugar al que de verdad pertenecemos, esta no es nuestra verdadera casa. En cada una de nuestras vidas venimos con una misión que cumplir y si no la cumplimos, repetiremos en la siguiente vida, como cuando a alguien le toca repetir curso.

—¿Y nuestra verdadera casa es un sitio mucho más chulo que este paraíso en el que vivimos ahora? Porque, comparado con Tenebrina, esto es el cielo.

—Sí, yo no lo he visto, pero por lo visto es un sitio mucho más chulo que este paraíso.

—¿Y por qué la gente no se suicida y así llega antes al paraíso? —preguntó Diego.

—¡Ay tío! ¡Qué sádico! —le dije.

—Porque aquí estamos para aprender y evolucionar, y eso es algo necesario para llegar al verdadero paraíso; además, esta vida, aunque no lo creamos, la hemos elegido nosotros mismos. El hecho de suicidarse hace que las personas que nos rodean sufran

y eso genera un sentido de culpa tremendo en dicha persona, lo que hace que esta dé muchos pasos para atrás y se encuentre más lejos de llegar a su destino. No creo que si nos suicidásemos iríamos al paraíso, por lo menos no directamente.

—O sea, que mejor no matarse —dije.

—Mucho mejor —me contestó Rafael con una sonrisa resaltando la obviedad de mi afirmación.

—Así que, aun sabiendo que somos eternos, lo mejor sería ir a por todas en esta vida.

—Efectivamente. Sobre todo, en cuanto al crecimiento espiritual, ya que eso hará que cada vez nos encontremos más a nosotros mismos.

—¿Cómo que nos encontremos más a nosotros mismos? —preguntó Diego poniendo cara de extrañeza.

—Lo único que falta en nuestra vida somos nosotros mismos. Absolutamente todo lo que está pasando fuera proviene de nosotros. Y todo lo que buscamos fuera, todo lo que admiramos, ya está en nosotros. Nosotros somos los verdaderos creadores de nuestra realidad. Si a alguien no le gusta lo que está pasando en su vida, debería mirar lo que está pasando en su interior.

Se calló un momento, mientras observaba qué caras teníamos, y siguió hablando:

—Lo siento. Sé que suena duro, pero es la realidad.

—Bueno, aquí no creo que suene duro, porque con las vidas tan flipantes que tenéis... —dijo Diego.

—Porque la gente ya sabe todo esto que os acabo de contar y, cuando surge algún problema en su vida, observan lo que está pasando en su interior. No penséis que Essentia siempre ha sido así.

—Ah, ¿no? ¿Cómo ha sido entonces?

—Hace más de 3000 años, cuando los dragones todavía no convivíamos con los habitantes de Essentia...

—O sea, que tú no estabas —interrumpí a Rafael.

—No, y si hubiese estado, no estaría aquí ahora hablando, que los dragones no vivimos tantos años.

—¿Cuántos vivís? —le preguntó Diego.

—Entre doscientos y trescientos años.

—Ah, más que nosotros. ¡Qué suerte! —comenté.

—Pues eso, que hace más de tres mil años, cuando ni siquiera conocíamos a los habitantes de Essentia, hubo una guerra entre el ejército de Tenebrina y Silea contra el de Essentia. En esa batalla, ambos bandos realizamos todo tipo de atrocidades en los bandos contrarios, matamos incluso a niños y a bebés, a cualquiera que se cruzase en nuestro camino. Ellos eran unos auténticos salvajes que destruyeron todas nuestras tierras, pero nosotros lo éramos también.

—¡Pero si tú no estabas! —exclamó Diego.

—Pero he escuchado muchísimas veces esta historia y Essentia siempre ha sido mi hogar desde que llegué a la vida. Y también me han enseñado vídeos en los que he visto cometer grandes criminalidades.

—¿Hace tres mil años se podía grabar? —preguntó Diego muy extrañado.

—Sí, por muy raro que parezca, pero ya se podía grabar.

—¡Qué cosas! —exclamé.

—En los vídeos vi a personas de Essentia quemando casas enteras con la familia metida dentro y al escuchar los vídeos se oían gritos de bebés provenientes de las casas. También vi a personas de Essentia andando con espadas y escopetas por las calles de Tenebrina y Silea y asesinando a todo aquel que se encontrasen.

—Joder, pues sí que habéis cambiado, ¿no? —le pregunté.

—Sí, hemos evolucionado, nos hemos hecho muchísimo más conscientes de lo que lo éramos antes.

—Ya vemos —dijo Diego.

—Cuando por fin fuimos derrotados y acabó la guerra, vimos que nuestra población se había reducido a la vigésima parte de lo que era antes de aquella batalla. Casi todas las casas estaban destruidas y quemadas. Todo el suelo estaba oscuro y lleno de cenizas. Después de aquel suceso, no quedaban apenas plantas ni flores con vida. Muchos niños se quedaron huérfanos. Muchos padres perdieron a sus hijos o solo quedó uno de los dos o ninguno. Por lo visto esa fue la batalla más trágica que ha tenido esta sociedad.

—Pero no os quitaron el territorio, ¿no?

—Sí, nos lo quitaron, nos echaron de nuestras propias tierras. Como todos nos sentimos muy essentianos, lo cuento mejor en primera persona. Tenebrina fue la que se quedó con todo ello. Fue después de aquella guerra cuando comenzaron a construir la gran valla verde, ya que no querían que nadie les invadiese.

—Ah, yo pensaba que fue para protegerse de los dragones, es decir, de vosotros —dijo Diego.

—Pues ya ves que no. Nosotros nunca les hicimos ningún daño, aunque ellos pensaban que éramos peligrosos.

—Lo que hace la mente de las personas —dije.

—Sí. Los habitantes de Essentia tuvieron que caminar kilómetros y kilómetros atravesando el inmenso desierto que también habéis atravesado vosotros. Muchos murieron por el camino, ya que cada uno viajó como pudo: unos en coche o en moto, otros en caballo, y algunos andando. Intentaron que los más pequeños fuesen en coche.

—Y los que fueron andando, no sobrevivieron, ¿no? —preguntó Diego.

—No, de ellos no sobrevivió ninguno. Hasta que un día, los pocos que habían sobrevivido, llegaron a este lugar en el que estamos ahora. Que es donde estábamos nosotros, ya que nosotros siempre hemos vivido en este sitio.

—Así que vosotros siempre habéis disfrutado de este paraíso —afirmó Diego.

—En vidas pasadas sufrimos nuestras desgracias, pero en ese momento todos convivíamos en paz. Aunque sí que es verdad que este lugar no era tan bonito como lo es ahora. Vosotros nos ayudasteis a hacer de nuestra casa un lugar más increíble.

—¿Y cómo fue la primera vez que os conocisteis? Porque sobre todo a nosotros, es decir, a las personas, nos tendría que chocar mucho, ¿no?

—Sí, pero tú entiende que a la población que llegó apenas le quedaban fuerzas para

seguir. Les costaba incluso mantenerse en pie. Llevaban muchos días sin comer ni beber, porque, aunque llevaron consigo todo el alimento que pudieron, este poco a poco se les fue gastando y estropeando.

—Entonces aparecieron. Y vosotros, ¿qué hicisteis?

—Les dimos de comer y les cuidamos como pudimos. Por lo visto, alguno se desmayó nada más llegar. Muchos estaban enfermos, y con la energía del universo les fuimos curando.

—Y eso lo hacéis echando el humo ese morado por la boca, ¿no?

—Exactamente. Estuvimos mucho tiempo llenándolos de aquel humo, que realmente es energía. De hecho, lo seguimos haciendo de vez en cuando. También se lo hacemos a las plantas, a los árboles y a todo el paisaje.

—Sí, a nosotros varias veces nos lo habéis hecho —dije.

Nos lo hacían con una frecuencia de una o dos veces por semana, que no lo he contado antes, pero lo cuento ahora. Cada vez nos lo hacía un dragón diferente. A mí, por ejemplo, me lo había hecho Iván, el dragón dorado con el que corrí mi primera carrera; Rafael, aunque menos veces; una dragona granate con corazones brillantes de color rosa, que se llamaba Ana y no la había mencionado hasta ahora; Bernarda, la dragona turquesa; Beatriz, la que era naranja con estrellitas azules brillantes, y alguno más. A Diego, más o menos se lo habían hecho los mismos que a mí.

—Sí, ya lo sé. Os lo he hecho yo mismo.

—Nos contasteis que eso nos eleva la frecuencia vibratoria.

—Así es. Os estuvimos diciendo que cada cosa, incluso un trozo de madera, vibra a una frecuencia, y que según vamos evolucionando, nuestra frecuencia vibratoria va aumentando.

—Ya. Pues por mí me lo hacéis más a menudo, ¿eh? Que yo quiero evolucionar más rápido —le dije.

—Tranquila, que te lo estamos haciendo lo suficiente. Ya sabes que no vienes aquí a que te lo demos todo hecho.

—Sí, ya lo sé. Era una broma.

CAPÍTULO 11

Una noche en la que no tengo ni idea de qué soñé, porque nunca me acuerdo de mis sueños, algo debió de ocurrir, porque cuando me levanté aquella mañana tenía otra visión diferente de las cosas.

Llevábamos ya casi 7 meses en aquel lugar, y creo que bastante habíamos progresado Diego y yo desde el día en el que llegamos; por lo menos las posturas de yoga las hacíamos muchísimo mejor.

Diego ya se había liberado mucho más de la culpa. Cada vez se nos daba mejor meditar; ambos cada vez nos íbamos conociendo mucho mejor a nosotros mismos, y bueno, seguíamos practicando artes marciales y ejercicio físico a tope que, cómo no, con el pedazo gimnasio que teníamos en casa, eso no podía faltar en nuestras vidas. Además, se nos había unido mi hermano, que nos enseñó a los dos cosas muy chulas. Entre los 3 teníamos una relación muy buena que hacía que nunca nos aburriésemos. También decir que habíamos aprovechado la vida a tope realizando mogollón de actividades increíbles, como alguna que describí anteriormente.

Pero, bueno, a lo que iba, que sin querer me voy por otro lado. Aquella mañana me levanté con ganas de cambio. Habíamos vivido cosas increíbles durante esos 7 meses, pero ya habíamos entrado dentro de lo que se conoce como zona de confort, porque yo, a los 24 años que ya tenía, sentía que para mí ya había llegado el momento de comenzar a trabajar o, mejor dicho, de dedicar una gran parte de mi vida a algo que no solo supusiese una gran ayuda para mí, sino también para el resto del mundo. O sea, que nada más levantarme me vino a la cabeza el pensamiento de que ya estaba preparada para dar el salto, para saltar al vacío, que esa expresión me gusta mucho como suena. Así que ese día me levanté muy enérgica, con muchas ganas de utilizar toda aquella energía que muchas veces sentía que tenía contenida.

Fui al salón, que era donde desayunábamos siempre, ya que eso de desayunar en la cocina no nos gustaba; preferíamos en el salón, donde había una ventana enorme y las vistas eran mucho más bonitas. No había nadie cuando llegué, así que me puse a desayunar sola, hasta que al cabo de unos 5 minutos llegaron Diego y mi hermano.

—¿Qué pasa? ¿Que habéis dormido juntos? —les pregunté, ya que no era normal que llegasen justo a la misma hora.

—No, hemos coincidido —dijo mi hermano.

—Pues os tengo que decir una cosa muy importante.

—¿Qué cosa? —preguntó Diego.

—Sobre todo es importante para ti —dije refiriéndome a Diego—. O, bueno, para los dos, mejor dicho, porque cada uno es libre de hacer con su vida lo que quiera.

—Hombre, por supuesto. ¿Qué cosa es?

—Ya voy a salir de mi zona de confort. Esta mañana me han entrado unas ganas que lo flipas.

—Ah, ¿y eso es tan importante? Bueno, a lo mejor para Diego, como tú has dicho que sí que lo es..., aunque no entiendo muy bien por qué.

—No, a ver, he dicho que es importante para los dos.

—Sí, pero que no le veo la importancia. Será importante para ti en todo caso.

—¿Qué pasa, que no te importa lo que haga con mi vida? —exclamé con voz fuerte.

—Sí, era para discutir un poco, mujer. ¿Cómo has pensado salir de tu zona de confort? —No estoy segura.

—Ah, ¿y eso es la cosa tan importante que has decidido? —me preguntó mi hermano para chincharme más.

—A partir de hoy quiero dedicar también mi tiempo a hacer algo que no solo se centre en mí misma, sino también en el resto del mundo.

—Quieres empezar a trabajar —dijo mi hermano.

—Exactamente.

—¿Y de qué?

—Pues lo que te he dicho, ¡que aún no lo sé!

—Entonces, ¿cómo piensas empezar a trabajar a partir de hoy?

Me quedé unos segundos en silencio pensando y de repente me vino la idea:

—Quiero volver a derrotar al Gobierno de Tenebrina. Bueno, esta vez al de Tenebrina y Silea, que están unidos.

—Anastasia, ¿se te ha ido la cabeza? ¿Es que no te acuerdas de la historia que te conté del superejército que tienen que tener ya montado? —me preguntó Diego incrédulo.

—Sí, sí que me acuerdo. Y por eso me pone más la idea. Quiero hacer cosas que parezcan imposibles.

—¡Pero tú has perdido el juicio! —exclamó Diego enfurecido—. ¿Es que no entiendes que la gente muere en ese tipo de cosas? ¡Si haces eso, es imposible que no te lleves alguna vida por delante!

—¡Oye! ¡A mí no me hables en ese tono!, ¿eh? ¡A mí me respetas!

—Perdona, pero es que me parece que te acabas de volver loca. No entiendo para qué tanto tiempo mirando en nuestro interior si luego sales con estas gilipolleces.

—No son gilipolleces. ¿No te parece que los habitantes de Tenebrina y Silea tienen derecho a saber que están siendo controlados y, sobre todo, a ser conscientes de que su vida puede ser mucho más?

—Sí que tienen derecho, pero una sola persona no puede cambiar las cosas.

—Si a mí me ayuda más gente, yo encantada, ¿eh? Yo solita lo veo muy difícil. Lo que sí que puedo hacer es, sin que me vean, ir al altavoz donde me puede oír toda Tenebrina, y supongo que en ese momento también toda Silea, y contarles a sus ciudadanos lo que de verdad está pasando. Contarles que les están manipulando y que no les están dejando ser quien de verdad son. Y a los de Silea, decirles que su Gobierno tiene que matar a recién nacidos para que ellos puedan estar siempre divirtiéndose y tocándose las narices sin hacer absolutamente nada por el mundo.

—El altavoz ese está vigilado por guardias.

—Sí, pero yo soy un arma de matar.

—¿Y si hablamos todo esto con Rafael y Catherine para que te calmen un poco?

—Estoy perfectamente calmada.

—No estoy muy seguro de eso. Mejor desayunamos ahora tranquilamente que, si no, vamos a llegar tarde, y lo hablamos con ellos cuando los veamos. A ver si te hacen entrar en razón. Estas impulsividades que tienes te las deberías trabajar más.

—¿Perdona? ¡Yo soy superconsciente de lo que digo y esta mañana acabo de entrar más en razón que nunca! ¡Acabo de abrir los ojos, mejor dicho! A ti lo que te pasa, como ya me contaste, es que no quieres ir allí porque tienes miedo de lo que te pueda pasar y no quieres enfrentarte a ello. ¡No quieres trascender tus miedos!, ¡no quieres superarte a ti mismo!

—¡Cállate! —exclamó Diego con voz muy fuerte mientras golpeaba la mesa con el puño—. Vamos a desayunar tranquilamente y después hablamos con Rafa y Catherine.

—Sí, yo creo que es lo mejor —dijo mi hermano, o sea, Sebastián, que como es mi hermano, ya nunca digo su nombre.

El resto del desayuno, que ya no nos quedaba mucho, por lo menos a mí, que había empezado antes a desayunar, fue totalmente en silencio, nadie volvió a decir ni una sola palabra. Por lo menos hasta que yo me levanté de la mesa y dije que ya había terminado. Por cierto, mis padres justo ese día no estaban. Mi madre estaba de gira cantando y mi padre rodando una película en un lugar bastante lejano de Essentia; así que se perdieron la discusión.

Una vez llevábamos Diego y yo cierto camino recorrido en el coche, cuando ya nos quedaba como la mitad o así para llegar a las clases, como vi que Diego no había dicho apenas ninguna palabra después de la conversación, decidí hablar yo:

—Pues ha sido intenso el desayuno, ¿eh?

—Sí, muy intenso.

—A ver qué opinión nos dan Rafa y Catherine sobre lo que hemos hablado en el desayuno.

—Yo no diría que lo hemos hablado.

—¿Cómo que no? ¿Entonces, qué hemos hecho?

—Lo hemos discutido.

—Bueno, pues discutido. Ya ves tú qué más dará. Vamos, yo creo que se ha entendido perfectamente lo que he dicho, ni que fuese necesario ser siempre tan exactos con las cosas.

—Cállate.

—¡Oye! A mí no me mandes callar, ¿eh? No te he pedido que vengas conmigo a Tenebrina, simplemente he dicho que yo quiero ir allí.

—¿Y qué quieres, morirte?

—No, quiero hacer algo por este mundo.

—Sí, tú solita, sin ninguna ayuda vas a hacer algo. Tienen un ejército enorme. Es totalmente imposible que consigas hacer algo antes de que te maten.

—A ver. Es obvio que no quiero luchar con nadie de ese ejército, porque no tengo ninguna duda de que me matarían. Lo que quiero es conseguir hablar por el altavoz y que toda Tenebrina y toda Silea se enteren de lo que en realidad está pasando.

—Y yo ya te he dicho que ese altavoz está muy bien vigilado.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque me lo imagino y porque lo estuvimos hablando antes de que me separase de ellos.

—Ah, ¿y en qué quedasteis entonces?

—Ya te lo he dicho.

—Me has dicho que estaba protegido, pero no por cuántas personas.

—No sé cuántas personas lo están vigilando, pero seguro que más de una.

—Bueno, si no son más de cuatro, puedo con ellos seguro.

—Sí, pero lo más complicado es entrar en el edificio. Solo alrededor del palacio habrá unos veinte soldados.

—Pues les puedo tirar dardos tranquilizantes, que paso de matar a nadie.

—Sí, pero ellos no van a pasar de matarte a ti.

—Entonces, ¿cómo entro en la casa?

—¡Que te estoy diciendo que es imposible que entres! ¡Que te van a matar! ¿O es que no me entiendes?

—Para empezar, no me van a matar, porque la muerte no existe.

—Bueno, ya empezamos con esas gilipolleces. ¿De verdad te crees todo eso que nos cuentan de que la muerte no existe, que somos almas encarnadas en un cuerpo?

—Y tú, si no te lo crees, ¿qué coño haces aquí?

—Yo estoy aquí porque he encontrado el lugar más increíble para vivir.

—Para ti la vida solo va de eso, ¿no? De disfrutar y ya está, de estar siempre en tu zona segura sin mover el culo.

—Perdona, pero yo he estado toda mi vida saliendo de mi zona segura, no como tú, que todos los días hacías lo que te mandaban otros.

—No me quedaba otra en ese momento.

—Siempre queda otra alternativa. No sabes lo duro que es ver cómo matan a un bebé delante de ti, y ya no te quiero ni contar cuando te obligan a matarlo. He visto muchas cosas que no me han gustado, sobre todo cosas que he hecho yo, y por una vez en mi vida que encuentro un sitio en el que puedo dejar atrás a la persona que he sido y empezar a ser feliz por primera vez, tú me hablas de la zona de confort. —Ya te dije que lo sentía. Debe de ser muy dura esa experiencia.

—Lo es.

—Estoy segura de que poco a poco lo vas a ir superando y vas a perdonarte. Porque, además, lo que hiciste, lo hiciste obligado, y si no lo hubieses hecho tú, lo habría hecho otro. Así que deja de culparte y de sentirte un asesino, porque no lo eres. Eres una persona increíble y muy buena, de hecho. Pero entiende que no puedes obligarme a quedarme aquí si yo no quiero.

—Gracias —me dijo con una sonrisa—. Y no te estoy obligando, estoy intentando que entres en razón.

—Vamos a dejarlo, que ya hemos llegado.

Acabábamos de aparcar el coche justo cuando terminé de decir la última frase. Aparcamos en frente de donde dábamos las clases, así que dejamos la conversación hasta que entramos a la sala donde estaba el gran dragón Rafael esperándonos. —Buenos días, chicos.

—Buenos días.

—Hoy no traéis una cara muy alegre, ¿qué pasa? ¿Habéis discutido?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté yo sorprendida.

—Porque os conozco y se os nota en la cara.

—Es que a mí me ha dado por pensar en mi futuro y me han venido las ganas de cambio.

—Sí, le han venido ganas de suicidarse.

—¡Hala! ¡Qué bestia, tío! —exclamé.

—Ja, ja, ja. No creo que Anastasia esté pensando en suicidarse.

—Le he dicho que quiero comenzar a hacer algo que no solo me ayude a mí, sino también al resto de personas, o sea, que quiero trabajar.

—Bueno, eso está muy bien.

—Y de repente se me ha ocurrido que podría ir a Tenebrina a hablar por el altavoz a través del cual puedes dirigirte a toda la sociedad y contarles lo que de verdad está pasando, para que ya así cada uno tome sus propias decisiones.

—Se le ha ido la cabeza totalmente —dijo Diego.

—No, hombre, tampoco se le ha ido la cabeza, aunque es una cosa muy arriesgada lo que quiere hacer, eso sí.

—Me gusta correr riesgos.

—¿Tú no quieres acompañarla, Diego?

—Ni de coña voy a ir yo a ese sitio, con lo bien que se vive aquí. ¿Para qué voy a volver?

—A ver. El plan que yo tengo es luego volver y seguir viviendo aquí, ¿eh? O sea, que no tengo ningún interés en quedarme a vivir en Tenebrina o en Silea, que encima aquí están mis verdaderos padres.

—Pues menudo disgusto les vas a dar cuando les digas lo que quieres hacer.

—A ver. Yo haré con mi vida lo que me dé la gana, que para eso es mía.

—No discutáis. Anastasia, entiendo perfectamente lo que quieres hacer, aunque muchas veces hay que pensar las cosas antes de actuar. Si queremos evolucionar de verdad, no podemos dejarnos llevar tanto por la impulsividad y tomar decisiones tan a la ligera.

—Yo soy así y de hecho me encanta como soy.

—Tú misma. La decisión solo depende de ti. Lo único es que debes hacerte responsable de tus decisiones.

—Me hago totalmente responsable de ellas —dije intentando aparentar seguridad, aunque la verdad no estaba nada segura de lo que estaba diciendo.

—Yo solo digo que mejor hacer siempre las cosas con cabeza. Pero gracias a los errores, a los grandes saltos al vacío y al arriesgarse, aprende la gente más rápido —dijo Rafael.

—Oye, me está cansando ya un poco todo esto de conocerse a uno mismo y todas las enseñanzas que nos estáis dando de la vida. Yo también necesito un poco de cambio —dijo Diego.

—¿Y qué quieres hacer? —le preguntó Rafa con una voz neutral.

—Me gusta luchar y entrenar a la gente. Me gustaría trabajar de algo del tipo a lo que se dedica Sebastián, el hermano de Anastasia, y entrenar a la gente.

—A mí me entrenaste muy bien.

—Ya lo sé —me dijo con una sonrisa.

—Pues, aunque ya estamos entrenando bien, me podrías entrenar un poco más a lo bestia estos días, por lo menos hasta que me dé por irme a Tenebrina.

—Vamos a ver. Estoy diciendo que me parece fatal que quieras ir a Tenebrina a matarte y encima coges y me dices que yo te podía entrenar más hasta que te vayas... Me estás pidiendo que contribuya a tu salida cuando te he dicho que me parece fatal —me dijo con voz de enfadado.

—Voy a ir de todas maneras, y si me ayudas será más difícil que me maten.

—Aunque te ayude todo lo que pueda, lo que quieres hacer es imposible. —
Hasta que no lo intente no lo sabremos.

—No quiero ayudarte a que te maten —dijo con una voz potente y firme.

—No vas a ayudarme a que me maten, me vas a ayudar a que sobreviva. Si tú quieres, claro. Si no, pues qué le vamos a hacer. A lo mejor mi hermano me puede ayudar.

—Pues muy bien, que te ayude él si quiere; yo paso de ayudarte.

—Tío, no me seas cabezota. Si sabes que yo voy a ir sí o sí.

—¡Tú eres la cabezota que se está empeñando en ir!

—Bueno, chicos. Vamos a dejar la discusión —dijo Rafa—. Aunque me alegro de que por fin tengáis la necesidad de cambio en vuestras vidas. Así que, por mí, si queréis, y por Catherine me imagino que también, a partir de mañana hemos terminado con las clases, por lo que os podréis dedicar a lo que queráis.

—Vale. Pero ¿cómo hacemos eso? —le pregunté—. Porque lo mío no es un trabajo, es simplemente...

—Una gilipollez que quieres hacer —me interrumpió Diego.

—Cómo lo hagáis es cosa vuestra. Aquí no estamos para dároslo todo hecho. —Se quedó callado unos segundos y posteriormente siguió hablando—: Aunque siempre que queráis podéis hablar cualquier cosa que necesitéis conmigo o con Catherine. Y salir y todo eso también, como hemos estado haciendo hasta ahora. Y espero veros siempre en las carreras.

Le dijimos que por nosotros no había ningún problema y que seguiríamos quedando siempre que pudiéramos. Nos despedimos y volvimos en coche a nuestra gran mansión, bueno, a la mansión de mis padres, mejor dicho. Ya me molaría a mí trabajar en algo que me diese tanto dinero como para poder vivir por mi cuenta en una mansión así de grande y de bonita.

Otra vez, al igual que a la ida, apenas hablamos durante el recorrido de vuelta a casa, solo algún comentario sin importancia. Una vez llegamos, comimos con mi hermano y con mis padres, que acababan de volver por sorpresa de sus respectivos lugares y nos estaban esperando con la comida en la mesa.

Durante la comida, aunque con la mañana que habíamos tenido me daba bastante pereza, aproveché para contarles un poco lo que se me había ocurrido de ir a Tenebrina y que a partir de ahora Diego y yo ya no tendríamos más clases. A mis padres, al igual que a Diego, no les hizo ninguna gracia, aunque sabían que la decisión era totalmente mía. El único que pareció que se lo tomó algo mejor fue mi hermano que, antes de que le preguntara si podía entrenarme, se ofreció él. Así que parecía que nuestra vida en

poco tiempo volvería a dar un gran giro.

Al día siguiente, tanto Diego como yo cambiamos totalmente nuestra rutina. Diego le pidió ayuda a mi hermano para empezar a competir como él, por lo que empezó a ir a distintos combates. También empezó a realizar un curso de entrenador personal para incrementar sus conocimientos, mientras que, al mismo tiempo, empezó a dar clases de artes marciales en el gimnasio de la mansión para ir ganando algo de dinero. No le costó mucho publicitarse para ir consiguiendo clientes, ya que mis padres y mi hermano conocían a mucha gente interesada y le ayudaron bastante. Mientras, yo empecé a entrenar con mi hermano que, por cierto, me encantó como entrenador, incluso no sé si decir que más que Diego. Era tremendamente duro y me exigía muchísimo, incluso bastante más de lo que yo me había estado exigiendo a mí misma hasta ahora.

Por las mañanas entrenaba con él antes de que se fuese a trabajar, por lo que teníamos que madrugar; luego, yo iba al mismo curso de entrenamiento personal al que se había apuntado Diego, y por la tarde me dedicaba a realizar entrenamiento de fuerza y resistencia según me indicaba mi hermano, realizando cada día una cosa distinta.

Y, bueno, tengo que decir, que desde que empecé con esa nueva rutina, empezó a llegar el miedo a mi mente. Pasé de verme emocionada por el giro que iba a tener de nuevo mi vida, a verme muy asustada y totalmente incapaz de realizar lo que me había propuesto. Se me empezaron a pasar todo tipo de miedos por la cabeza: ¿qué podía pasar si me atrapaban los hombres de Tenebrina? ¿Y si conseguía enviar ese mensaje a los ciudadanos de Tenebrina y Silea y por mi culpa alguno perdía la vida? Aunque me habían dicho Rafael y Catherine que no existía, pero, de repente, comencé a tener mucho miedo a la muerte y, sobre todo, a que me hiciesen daño.

Comencé a sentirme débil. ¿Cómo iba a ser capaz de hacer algo así yo sola? Diego tenía razón en lo que decía, aunque con lo cabezota que era yo, no lo quería reconocer. Por primera vez desde que asaltamos el palacio central de Tenebrina y todos, menos Diego, me traicionaron, había vuelto a tener miedo hacia lo que me podía pasar en el futuro. Ya no me sentía tan atraída por este ni me emocionaba tanto, en lugar de eso solo había miedo.

Uno de estos días durante los cuales el miedo se me había metido dentro, decidí contárselo a mi hermano Sebastián después de haber realizado mi sesión de entrenamiento por la tarde, que solía coincidir con cuando él llegaba a casa del trabajo. Esperé a que se cambiara en su habitación y, cuando pensé que ya habría terminado, llamé a su puerta:

— ¿Sebas?

— Sí, ¿qué pasa, Anastasia?

— ¿Puedo hablar contigo un momento?

— Sí, claro pasa.

Entré a su habitación y ya se había puesto la ropa que se solía poner para estar en casa. En mi caso era al revés, ya que a mí me gustaba estar en casa con la misma ropa que en la calle.

— ¿De qué quieres hablar?

—No estoy muy segura de hacer lo que quiero hacer.

—¿Pero de qué hablas?, ¿de lo de Tenebrina?

—Sí, yo creo que me van a matar si voy allí. No sé qué es lo que he venido a hacer a este mundo, pero fijo que no es eso, porque no voy a ser capaz de ni coña. Yo creo que me he sobrestimado y ahora me estoy dando cuenta de la realidad.

—Estás asustada.

—Hombre, pues claro. Quiero hacer algo que es muy difícil y las probabilidades de que me maten son muy altas.

—Cuando salimos de nuestra zona de confort lo normal es que nos comiencen a aparecer todos los miedos, y mucho más en tu caso, que tienes pensado salir por la puerta grande.

—Pues eso, que no sé qué hacer, porque antes me sentía capaz, pero ahora veo imposible que lo pueda conseguir.

—Tú ten en cuenta, esto ya te lo habrá contado Rafa o Catherine en clase, que al ego no le interesa que evolucionemos, no le interesa que descubramos nuestro verdadero propósito, por lo que cuando hacemos caso al miedo y dejamos que este nos domine, estamos haciendo caso al ego, que no quiere que evolucionemos, solo quiere que permanezcamos seguros.

—Pero en mi caso...

—Sí. En tu caso, yo diría que el miedo ese que tienes, más que miedo es sentido común. Me refiero a igual que el miedo que sientes cuando estás en medio del océano y ves a un tiburón blanco que va como loco a comerte.

—¡Hostia! Pues eso me daría muchísimo más miedo, ¿eh? Yo a enfrentarme a esa situación sí que no me atrevo ni de coña.

—Pero, en cualquier caso, la decisión es solo tuya. Yo te entrenaré todos los días lo mejor que pueda, pero lo que hagas con tu vida solo depende de ti. Y es lo más normal del mundo que estés asustada e indecisa, lo raro sería no estarlo.

—Gracias, Sebas.

—Nada, para eso están los hermanos mayores.

—¿Y cuándo crees que estaré preparada para ir allí?

—Cuando tú te sientas capaz.

—Ah. ¿Y qué tal me ves?

—Yo te veo muy bien. Te sabes defender fantásticamente, pero yo te recomendaría que entrenásemos muchos más días porque ellos son mogollón de hombres y tú solo eres una.

—Pues yo creo que voy a entrenar dos meses más o así.

—Lo que tú veas. Cuando te sientas segura, te recomendaría yo.

—Pues no sé si va a llegar ese momento.

—Si no llega, no te preocupes. Tú vive el presente que es donde vas a estar siempre.

¿Te gusta hacer las cosas que haces ahora?

—Hombre, claro. ¡Me encanta! ¡Cómo no me va a gustar!

Hice memoria de las cosas que hacía al día. Por la mañana, entrenaba con mi hermano, que me enseñaba artes marciales y eso me parecía algo increíble; eran unas

horas que las disfrutaba mucho. Después, me iba con Diego al curso de entrenamiento personal, que de lo que me gustaba, me daba hasta rabia que terminase la clase, y por la tarde, yo solita realizaba la tabla de ejercicios de fuerza y resistencia que me había mandado mi hermano. Lo único es que sentía que me faltaba algo, ya que cada uno de nosotros, entre otras cosas, está aquí para aprender a hacerse dueño de su propia vida, y yo de momento realizaba varias cosas que me gustaban, pero no me ganaba la vida con ellas, como ya estaba haciendo también Diego, y eso que yo fui la primera que dijo que ya tenía ganas de trabajar.

—El único problema que le veo a las cosas que hago ahora es que todavía no estoy haciendo nada para ganarme la vida. Diego ya lo está haciendo, aunque es mayor que yo, pero ya se la ganaba también en Silea, aunque fuese haciendo lo que no debía. Yo no entiendo, si se supone que tengo esa abundancia que, a los que son como yo, los matan y así la sociedad entera puede disfrutar de lo que quiera, ¿por qué yo no gano nada de dinero?

—Porque no trabajas, pero eso pregúntaselo a Diego, que yo no tengo ni idea. Y si quieres, de paso ofréctete a trabajar con él, que yo te veo muy preparada para dar clases de defensa personal.

—Vale. Voy a hablar con él a ver qué me cuenta, aunque últimamente estamos hablando bastante menos.

Salí de la habitación de mi hermano y me dirigí a la de Diego, el cual, cuando llamé y abrí la puerta, estaba sentado frente a la mesa estudiando los apuntes del curso que ambos estábamos haciendo.

—Hola, ¿qué tal? —le saludé.

—Bien. ¡Qué sorpresa!

—Tengo una pregunta.

—A ver, cuéntame.

—¿Cómo es que en Silea matabais a los que eran como yo y les dejabais en un sitio sagrado para que generasen abundancia para toda vuestra sociedad y yo, de momento, no estoy generando nada de dinero?

—Pues porque no estás trabajando, tan simple como eso. Esto no te lo he contado, pero no tiene que ver con que seas o no abundante, porque abundantes podemos llegar a ser todos si queremos, como nos han enseñado en este sitio.

—Pues, a ver, ¿qué es lo que no me has contado? Siempre que te pregunto algo, me saltas con una cosa nueva, igual que hiciste con el libro y los dragones.

—Esto me lo contó mi padre poco antes de que yo entrase en el Gobierno. Por lo visto, muy en el pasado, en Silea existió una bruja.

—¡Qué fuerte! No sabía que también existían las brujas.

—Pues ya ves que sí.

—Ocurrió todo esto hace muchísimos años, cuando en Silea y en Tenebrina solo había pobreza.

—¡Sí que ha cambiado la cosa!

—La bruja tenía una enfermedad incurable que parece ser que gracias a Dios ya no existe. Lo más grave de esta enfermedad, aparte de los grandísimos dolores que le

ocasionaba y que poco a poco le iba desfigurando el cuerpo, pero sin llegar a matarla nunca, era que la bruja era inmortal en esta tierra y ya llevaba siglos de sufrimiento; aunque se intentase suicidar de todas las maneras posibles, le era imposible quitarse la vida y, por lo visto, la única manera que tenía de morir era que alguien la matase.

—¿Y cómo cogió esa enfermedad?

—Decidió matar a todos los brujos que existían entonces. Y, justo antes de morir, el mayor de ellos la maldijo. Le dio esa enfermedad y le explicó que, a no ser que consiguiese que alguien la matase, se quedaría por siempre prisionera en este mundo sin poder evolucionar.

—Pues vaya faena que le hizo el brujo.

—Sí, tiene que sentar muy mal que te hagan eso. Entonces, fue a ver a quien era el gobernador de Silea en aquel momento y le dijo que, si la mataba, ella le daría la oportunidad de que en Silea existiese la riqueza. Pero como era una bruja a la que le molaban las cosas oscuras, también le dijo que, para que en Silea, y si quería también la sociedad de al lado, es decir, Tenebrina, pudiesen disfrutar de aquella abundancia, cada cierto tiempo ellos tendrían que matar a un recién nacido y dejarlo guardado en un lugar para que la abundancia fluyese a través de ese bebé. Así es cómo comenzó todo. La bruja también le dijo que, con el paso del tiempo, sabrían a qué bebés tendrían que matar, ya que estos serían 1 de cada 100. Solamente, antes de que la asesinase, le indicó cuál iba a ser el primer bebé.

—¿Y quién fue el primer bebé?

—No tenía nada que ver con aquel gobernante. Habría sido demasiado duro mandarle que matase a alguien de su familia. Fue un recién nacido de unos padres que vivían en Silea. El muchacho nació a los siete días de que el gobernante que, por cierto, se llamaba Gaspar, asesinase a la bruja.

—¿Llevamos juntos tanto tiempo y me lo cuentas ahora?

—Sí, yo no soy de los que lo cuentan todo de golpe.

—No entiendo por qué tardas tanto en contarme las cosas. ¿Hay alguna cosa más que tenga que saber?

—Ahora que se me ocurra, no. Lo que te he contado ahora tampoco es que fuese algo que debieses saber, ha sido para calmar tu curiosidad simplemente.

—Entonces, ¿a partir del pacto ese que hizo la bruja, apareció la sustancia esta que usan para controlar a la gente y todo eso, no?

—Sí, fue todo un proceso que comenzó con aquella brujilla.

Se quedó callado unos segundos, pensativo, y posteriormente continuó hablando:

—Así que no te pienses que eres especial por ser inmune, ni que eres más abundante que los demás. En esencia todos somos iguales, como ya nos han dicho Rafael y Catherine. La única diferencia es que eres inmune y eso no te hace ser más que nadie.

—¿Y de dónde has sacado que yo me creo más que los demás? Porque yo no me creo más que nadie. Ni menos tampoco.

—Del numerito que quieres hacer. ¿Te quieres hacer famosa o qué? Aunque ya sabes que te va a costar la vida hacerte famosa.

—Yo no quiero hacerme famosa. Yo quiero ayudar a las personas.

—Pues para eso trabájate más a ti misma, trabaja en algo que te guste y con lo que ganes de dinero ayudas a los demás y te dejas de tonterías.

—No son tonterías. ¿Cómo va a crecer Tenebrina si ningún ciudadano sabe lo que está pasando de verdad?

—Eso a ti no te concierne. ¿Sabes el daño que vas a hacer a tus seres queridos como vayas allí?

—Mi vida es mía y yo decido cómo evoluciono con ella. Además, como nos han explicado, el desapego también forma parte del aprendizaje.

—¿Por qué no ves la realidad como de verdad es?

—Mi realidad será como yo quiera que sea.

Nada más decir esta última frase, abrí la puerta de su habitación y me marché. No le había preguntado al final si quería que trabajase con él, pero en ese momento no tenía ninguna gana de hacerlo, así que le volvería a pedir ayuda a mi hermano para hacerlo por mi cuenta. La verdad es que, en lo que me acababa de decir Diego, sí que había una cosa que tenía razón, yo sí que quería ser famosa, aunque eso no tenía nada que ver con lo que de verdad quería hacer en Tenebrina.

Seguía bastante asustada e indecisa todavía por la decisión que quería tomar, pero lo que me acababa de decir Diego hizo que me replantease por qué quería hacer aquello tan peligroso, ya que creo que el para qué hacemos las cosas es lo que más nos mueve a hacerlas. En mi caso, principalmente, lo quería hacer por mí, quería superar y trascender todos los miedos que tenía, y enfrentarme a aquella situación tan difícil me parecía una buena forma de hacerlo. Quería superarme a mí misma lo máximo posible, descubrir quién era capaz de llegar a ser. Por otro lado, siempre me había encantado ayudar a las personas, no necesitaba que me diesen nada a cambio, ayudar era suficiente recompensa. Y, simplemente, hablando muy poco tiempo por aquel altavoz, tenía la oportunidad de ayudar a muchísimas personas al mismo tiempo. Aunque, eso sí, que me creyesen y pensasen que no estaba chalada o que solamente quería llamar un poco la atención ya era otra cosa. Así que tenía que pensar bien en cómo lo iba a contar, para que la mayor parte de la población me creyese.

Pasaron varias semanas y seguía teniendo un poco aquel miedo acerca de lo que podía pasar en un futuro, pero el hecho de pensar en para qué lo quería hacer me lo había disminuido mucho, aparte de que me molaba un huevo el camino que estaba siguiendo; de hecho, me las había arreglado para conseguir unos pocos clientes y darles clases de defensa personal. Lo conseguí poniendo cartelitos por las calles, que en aquella sociedad estaba permitido hacer eso, no como en Tenebrina, y diciéndoselo a la gente que conocía, que ahí mi hermano tuvo mucho que ver. Así que, por fin, después de tanto tiempo, había logrado trabajar de algo que al menos me encantaba, y ahora me tocaba hacer algo que parecía mucho más difícil.

Aquella mañana me levanté muy motivada. Estaba más segura de mí misma de lo normal y parecía que, por lo menos en ese momento, el miedo no estaba presente. Fui al gimnasio del palacio, donde solía quedar casi todas las mañanas con mi hermano para que me entrenase. Que, por cierto, había días que salía con mogollón de moratones y luego en el curso del deporte que hacía después la gente me solía mirar

con cara rara y a alguno le daba por preguntarme qué me había pasado, y claro, pues yo les decía la verdad, pero un poco incompleta, que tampoco me quería flipar demasiado delante de mis compañeros. Les decía que quería estar muy en forma y que todas las mañanas antes de ir allí, mi hermano me entrenaba y siempre muy a lo bestia, porque yo era muy intensa y me gustaba que me metiesen el máximo de caña posible.

Cuando llegué al gimnasio, todavía no estaba mi hermanito, por lo que aproveché para ir entrenando un poco yo sola y primero calentar un poco. Pero fue poco tiempo, porque a los tres minutos aproximadamente llegó mi hermano, listo como siempre para darlo todo.

—Buenos días, Sebas. ¿Hoy qué tal? ¿Estás cansado o no?

—No, ya sabes que duermo muy bien por las noches. ¿Tú que tal estás?

—Muy bien. A ver si me metes mucha caña hoy, que ya me queda muy poco para volver al lugar en el que nací.

—Tú tranquila, que ya sabes que siempre te meto toda la caña que me dejas.

—Ja, ja, ja, ja. Pues hoy, si puedes, méteme más de lo que te dejo... Estoy aquí para dar siempre mi máximo, que, si no, nunca voy a saber hasta dónde puedo llegar.

—Pues vamos a averiguarlo.

Comenzamos el entrenamiento y, como la mayoría de los días, realizamos una lucha cuerpo a cuerpo. Yo cada día entrenaba mejor y había llegado a un punto en el que se podía decir que superaba a mi hermano. Esta vez, por ejemplo, lo tiré al suelo y lo dejé inmovilizado muchas más veces de las que él me dejó a mí. Creo que ese fue el mejor día que había tenido hasta el momento. Le estaba metiendo una paliza, sin romperle nada, eso sí, que hasta decidimos llamar a Diego a ver si podían luchar los dos contra mí. Pero eso lo dejamos para después, ya que cambiamos a entrenamiento con cuchillos, que eso también lo había estado entrenando con Diego, pero siempre me había dado un poco más de respeto. Posteriormente, pasamos a entrenar con espadas y después con pistolas. Ahí ya no entrenábamos a darnos, sino que teníamos una sala aparte con varias dianas donde lanzar los disparos. Y, bueno, eso lo llevaba ya superbien, porque era algo que llevaba practicando desde que vivía en Tenebrina y lo teníamos que aprender para ser policías. Además, como estaba en una sala insonorizada, en mis ratos libres muchas veces iba allí a practicar por mi cuenta.

Finalmente, después de los disparos, fuimos a llamar a Diego para que nos ayudase a luchar. Le tuvimos que despertar, ya que como él se levantaba para ir directamente al curso, cuando llegamos a su habitación estaba en su cama profundamente dormido. Yo quise aprovechar para gastarle una broma, por lo que agité una campana que mis padres me habían regalado mientras se la ponía al lado del oído, ¡y menudo susto que le metí!; conseguimos que se despertase en ese instante.

—¡Os vais a enterar por despertarme así! —gritó furioso.

—Lo siento, tío. Es que tenemos bastante prisa —le dije yo.

—A ver, ¿qué pasa? Me habéis quitado media hora de sueño —dijo mientras miraba su despertador.

—Es que yo ya estoy muy en forma y me vendría muy bien luchar contra dos personas a la vez en vez de contra una.

—Me debes una — me dijo con voz autoritaria mientras se levantaba.

—Vale. El fin de semana te invito a cenar si quieres.

Volvimos los tres al gimnasio y realizamos el entrenamiento. La verdad es que noté una gran diferencia de entrenar contra solo una persona a entrenar contra dos. Encima, eran dos chicos de los más fuertes que existían en Tenebrina, o incluso yo diría que los más fuertes. Porque mi hermano, como ya dije antes, había sido campeón de Essentia y Diego peleaba más o menos igual de bien que él, o a lo mejor un pelín peor, pero muy ligeramente.

Pero, bueno, a pesar de luchar contra los dos, me las arreglé bastante bien; ese día estaba muy concentrada y con mucha energía, y aunque ya estaba algo cansada, seguía dándolo todo en cada momento. De hecho, yo creo que se puede decir que ese día fui capaz de ganarlos a los dos. Por lo menos conseguí tirarlos al suelo bastantes más veces de las que ellos me tiraron a mí. Recibimos cada uno bastantes puñetazos y patadas en la cara y en el resto del cuerpo, pero nada grave, únicamente algún moratón que nos salió posteriormente, como muchos de los días anteriores.

Como fue una experiencia mucho más dura que la de las otras veces, me encantó. Si hubiese habido también una tercera persona, igualmente me habría encantado luchar contra ella, aunque lo mismo eso ya era demasiado para mí, que bastante me había costado ya luchar contra dos aquel día.

Luché con todas mis fuerzas, igual que todos los días anteriores, bueno, quitando algún día en el que estaba más cansada y me dio más pereza darlo todo; eso de ser perfectos en este mundo yo lo veo un poco imposible. Pero ese día, sí que puedo decir con seguridad que fui a tope, ya que también me atraía mucho esa sensación de estar luchando contra dos personas a la vez, y encima que estos eran dos chicos extremadamente fuertes. Siempre me había parecido increíble el hecho de entrenarse a uno mismo, me parecía una de las mayores demostraciones de amor que nos podemos dar.

Que una persona haga ejercicio, se entrene lo mejor posible, coma saludable, duerma las horas necesarias y lleve una vida lo más sana posible en la que cada uno de sus días luche por conocer lo máximo que puede llegar a ser, alcanzando así sus verdaderos sueños, para mí, eso es síntoma de que esa persona se quiere de verdad. Bueno, y que haga por mirar en su interior y conocerse lo mejor posible, como estábamos haciendo aquí, que eso se me había olvidado. Me parecen muy admirables las personas que hacen todo eso y, también, como no, aparte de ayudarse a uno mismo, ayudar al resto de la gente, que en parte yo creo que así es como más nos ayudamos también a nosotros. Las personas que hacen todo eso, para mí, son los verdaderos héroes de esta tierra.

Ese fin de semana quedé con Diego para cenar, como le había dicho al despertarle con la campanita aquella mañana en la que por primera vez pude luchar contra los dos, que luego eso lo repetimos unos tres días a la semana.

Lo llevé a uno de mis restaurantes favoritos, el cual se llamaba Siente el mar, y era un restaurante de lo más chulo que os podéis imaginar, porque en Silea podría ser, pero en Tenebrina era totalmente imposible encontrar restaurantes así de bonitos.

La mayor parte del restaurante eran peceras gigantescas con peces de las formas más raras y los colores más bonitos y llamativos que os podáis imaginar. La mayor pecera de todas era el suelo, que consistía en un gran cristal transparente, muy difícil de romper, me imagino, por debajo del cual iban estos peces de colorines tan bonitos y otros animales marinos, como las estrellas y los caballitos de mar. Además, el suelo y lo que había dentro de la gran pecera estaba bien iluminado, para que así pudiésemos ver claramente a todos los peces. En el techo, por el contrario, ya no había peces, pero para mi gusto era un techo precioso, ya que era todo de un azul muy intenso, parecido al cian, fuerte y metalizado, lleno de purpurina, la cual le daba un toque muy brillante. En cuanto a las paredes, algunas partes eran como el suelo, o sea, eran una pecera, y otras como el techo.

Los camareros eran todas personas, no había dragones, ya que un dragón llevase las bandejas y no tirase nada al pasar entre las mesas debía de ser demasiado complicado. Las mujeres iban vestidas de sirenas y los hombres de tritones.

Las mesas donde nos sentábamos eran redondas y transparentes con los dibujos de las distintas criaturas que nos podemos encontrar en el mar, había hasta el dibujo de un tiburón blanco y de un delfín que, dentro del mar, era sin duda mi animal preferido.

Las sillas, por el contrario, eran del mismo color del techo, por lo que eran preciosísimas; me habría encantado llevarme una silla de esas para dejarla en mi habitación, porque con ese color tan brillante, me parecían auténticas obras maestras. En cuanto a la comida, como ya os imaginaréis, estaban especializados en alimentos del mar, aunque también podías pedir muchas otras cosas, como: todo tipo de verduras, hamburguesas y pasta. Eran muy variados los alimentos que te podías pedir en aquel restaurante, aunque la mayoría de la gente que iba a ese lugar se solía pedir una paella de marisco, y nosotros no fuimos menos, que además a mí la paella era una de mis comidas favoritas, aunque lo que más me gustaba era el arroz, no el marisco.

No hizo falta que fuésemos en coche, ya que el restaurante estaba bastante cerca de la supermansión en la que vivíamos, por lo que fuimos andando, y así aprovechamos también para dar una vuelta y disfrutar del paisaje, ya que, por suerte, durante el camino al restaurante no me mencionó en ningún momento la locura de irme a Tenebrina yo solita; en vez de eso, hablamos principalmente de las palizas que nos dábamos entrenando, de lo que nos gustaba el curso que estábamos haciendo de entrenamiento personal y de que al día siguiente nos tocaba ir a la carrera de dragones que tanto nos gustaba.

Una vez llegamos al restaurante, cambiamos el tema de conversación. El camarero enseguida nos atendió y pedimos una paella de marisco para compartir.

—Bueno, ¿y tú qué ideas tienes de futuro? —le pregunté a Diego.

—Ninguna. Vivir el presente, que es donde voy a estar siempre.

—Pero me refiero a algún sueño o a algo que te gustaría hacer más adelante.

—Ya hago todo lo que me gusta hacer, que es sobre todo entrenarme y ayudar a los demás a que se entrenen. Lo único más allá que quiero hacer, que de hecho ya lo estoy haciendo, es competir como Sebastián.

—¿Y más allá de eso? ¿No hay algo más difícil que quieras conseguir?

—Conocerme todavía más a mí mismo y conseguir perdonarme por completo; aunque ya me he perdonado mucho, no siento tanta culpa como la que sentía antes.

—Ah, mira, pues eso está muy bien. Liberarte de la culpa totalmente es algo que te va a beneficiar mucho. Pero, aparte de todo eso, ¿no sientes interés por hacer algo más grande?

—¿Como qué? ¿Como la locura que vas a hacer tú en un mes?

—Sí, por ejemplo.

—No, no quiero hacer nada de eso nunca más. Aprecio demasiado mi vida como para ponerla en peligro de esa manera.

—¡Yo también aprecio mi vida!

—Pues entonces no entiendo por qué quieres hacer eso.

—Porque lo hago principalmente pensando en mi vida, o sea, pensando en mí. Porque quiero enfrentarme a todo aquello que creo que puede darme miedo y quiero trascenderlo. Quiero evolucionar y progresar lo máximo posible en cada una de mis vidas. Porque quiero saber qué es todo lo que soy capaz de hacer en esta vida. Quiero descubrir quién soy de verdad y hasta dónde puedo llegar.

—¿Y haciendo el loco piensas que vas a evolucionar?

—A ver, Diego. Es mi vida y yo decido lo que voy a hacer con ella. Tú no eres nadie para decirme cómo tengo que vivirla. ¿Yo te digo a ti lo que tienes que hacer?

—No, pero entiende que me preocupe por ti. No quiero perder a una persona tan especial como eres tú.

—Tal vez debas aprender a desapegarte de las personas. Recuerda lo que nos dijeron en clase, que nunca perdemos a nuestros seres queridos. Bueno, y gracias por lo de especial. Tú también eres muy importante para mí.

—Nada. Yo no estoy muy seguro de crearme la idea de la reencarnación. ¿Qué pasa si solo existe esta vida?

—Si solo existiese esta vida, ¿te quedarías parado sin intentar averiguar quién puedes llegar a ser?

—Yo ya soy todo lo que quiero ser, ya tengo todo lo que quiero.

—Tú tienes miedo de volver a Tenebrina.

—Ahora eres tú la que intenta dirigir mi vida.

—Solo he dicho lo que pienso.

—Pues no lo digas tanto, porque puedes hacer daño si eres demasiado sincera.

—Lo siento si a veces me paso un poco, ¿pero no ves en el hecho de volver a Tenebrina y enfrentarte con la persona que has sido antes una oportunidad para liberarte totalmente de esa culpa?

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Qué quieres? ¿Matarme contigo? Y no, no veo ninguna oportunidad. Como ya te acabo de decir, tengo todo lo que necesito.

—Bueno, pues vamos a dejarlo así. Lo mejor es que cada uno tome las decisiones que quiera para sí mismo, sin intentar cambiar a nadie.

—Me parece bien, así que vamos a cambiar de tema, que encima de tanto hablar, la paella se me ha enfriado un poco.

Estuvimos unos segundos comiendo en silencio y después hablamos de otros temas

que ya no nos llevaron a discutir. A pesar de la minidiscusión que tuvimos, me gustó bastante aquella cena, sobre todo por el sitio tan bonito en el que estuvimos. Aunque la verdad es que en Essentia, la mayor parte de los restaurantes que había, bueno y de las casas y de todo en general, estaban totalmente cargados de belleza, o al menos para mi gusto, que puede ser que hubiese gente que no le gustase aquel restaurante.

CAPÍTULO 12

Pasó algo más de un mes y por fin llegó el comienzo de aquella aventura que tanto miedo me daba. No tenía ni idea de lo que iba a pasar a partir de ahora y me asustaba tremendamente esa incertidumbre ¿Y si fracasaba? ¿Y si me mataban? ¿Y si empeoraba las cosas? ¿Y si moría alguien por mi culpa? Todas estas preguntas invadían mi cabeza aquella mañana en la que decidí emprender el viaje.

Yo me sentía una persona completamente segura y absolutamente capaz de lograr los retos más altos que me propusiese, pero en ese momento se me había metido en el cuerpo una inseguridad de la leche. Eso me pasaba por querer siempre tener tanta acción, precipitarme tanto y meterme en tantos líos. Esa sensación de fuerza y energía tan desbordantes que había sentido siempre, en ese momento, el miedo estaba haciendo que se ocultasen un poco, y hasta hubo un momento de aquella mañana, al poco de levantarme, que me llegué a sentir hasta débil. Yo para nada era una persona débil, había sido siempre fuerte a más no poder, o me había sentido así más bien, salvo en algunas ocasiones en el pasado en las que también me había sentido vulnerable y con cierta debilidad, pero muy pocas.

Yo era una persona que disfrutaba con los retos y las dificultades, porque veía en ellos una grandísima oportunidad de crecimiento y aprendizaje, y así debía seguir siendo siempre, aunque en ese momento sentía que lo que quería hacer me venía un poco grande.

Me levanté aquella mañana con esa sensación de inseguridad que acabo de comentar. Pasé por el baño y después fui directa a la cocina para hacerme el desayuno. Allí estaban mis padres, mi hermano y Diego, y nada más llegar me animaron. Como ya habían sido capaces de aceptar que mi decisión no iba a cambiar, me dijeron que me apoyaban.

—Buenos días, hermanita. Hoy comienza una aventura más en tu vida. ¿Estás nerviosa? —me preguntó mi hermano mientras me daba un abrazo.

—Estoy aterrorizada.

—No pasa nada. Será la emoción del momento —dijo Sebastián para animarme.

—Confiamos en ti, hija —intervino mi padre—. Tienes una energía y una fuerza que todos estamos seguros de que conseguirás todo aquello que te propongas.

—Gracias.

—No dudes de ti, porque ya eres todo lo que sueñas con llegar a ser.

—Y estás muy bien entrenada también —dijo Diego—. Menudas palizas que nos has dado a Sebas y a mí.

—Oye, muchas gracias por vuestras palabras, ¿eh? Estaba yo superasustada y me han animado y todo.

—Hemos visto que no nos queda otra que aceptar tus decisiones —dijo Diego—, así que mejor apoyarte. Aunque si decides ahora de repente echarte para atrás, no pasa absolutamente nada, ¿eh? Para nosotros, vas a seguir siendo la misma persona.

—Ja, ja, ja. Ya lo sé, pero no me voy a echar para atrás. Soy una persona de acción y voy a hacer lo que me dice mi intuición.

—Pues tú tranquila, que las intuiciones nunca se equivocan, así que estate segura de ti misma —me dijo mi madre.

—Eso intentaré.

Desayunamos todos juntos tranquilamente y después me reuní con el resto de amigos que había hecho en Essentia. Estaban todos reunidos en la calle al lado del árbol más antiguo y sagrado de allí, y estaba lleno de gente. Calculo que, entre dragones y personas, más mi familia, que me había acompañado, seríamos unos 70.

—Me alegro de que las decisiones que tomas sean de verdad las tuyas —me dijo el dragón Rafael, que estaba allí junto a todos los demás.

—Cree en ti, porque en ti ya está todo el potencial que necesitas —me dijo esta vez Catherine.

La mayoría estuvieron animándome y diciéndome que me echarían de menos hasta que volviese, y algunos, que a esos pasé bastante más de escucharlos, me dijeron que ni mis padres ni el resto de personas que me querían se merecían eso, que no debía ser tan egoísta, ni tan loca, que Essentia no estaba para suicidios... No me sentaron muy bien las cosas que me dijeron. Pero bueno, lo que dice cada uno de los demás dice mucho más de él mismo que de la persona de la que está hablando. Porque si la acción que yo iba a realizar era la misma para todos, ¿cómo podía ser que la gente opinase de forma tan diferente? La respuesta está en que cómo vemos a los demás tiene mucho más que ver con nosotros mismos que con la persona que creemos que estamos viendo. Aparte de que, como te ven los demás, tiene también mucho que ver con cómo te ves tú a ti mismo. No tiene nada que ver el cómo vemos a una persona que se ama completamente a sí misma con otra que no se quiere absolutamente nada. Aunque en ambos casos la persona fuese exactamente la misma, las veríamos de manera muy diferente.

El plan consistía en que Iván, el dragón dorado, me llevaría hasta la gran valla verde para ir así mucho más rápido, porque como fuese yo solita en coche, podía pasarme mogollón de tiempo en el desierto, así que mejor aprovechar la velocidad tan elevada que podían alcanzar los dragones.

Después, yo sola traspasaría aquella valla verde; Catherine me había dado un objeto, diferente al que utilicé con Diego, mediante el cual podía traspasar todo aquello que quisiese. Antes de llegar a la valla, tenía que introducirlo debajo de la tierra, ya que este dispositivo tenía una energía tan potente que era capaz de introducirme debajo de la tierra hasta llegar al otro lado de la valla, es decir, a Tenebrina; tenía un diámetro de un metro, para que la tierra no me golpease mientras pasaba. El aparato consistía en un cilindro alargado de color negro que, al apretar un botón, se encendía y se dibujaba a un lado un círculo y con una fuerza desbordante me llevaba hacia donde yo apuntase ¡Tenían unos aparatos muy curiosos y muy chulos en Essentia!

Una vez allí, habiéndome introducido en Tenebrina, estaba yo sola en aquel viaje tan emocionante. Me habían dado también otro dispositivo, gracias al cual podía robar un coche con mucha facilidad. El aparato tenía forma de llave dorada, y era capaz de abrir todas las puertas y poner en funcionamiento cualquier cosa. Por lo visto, lo había inventado uno de los inventores más famosos en la historia de Essentia; se llamaba Samuel. En su infancia había sido un chico solitario y raro que nunca se había sentido querido por los demás, ya que estos siempre lo rechazaban y lo maltrataban, por lo que acabó aislándose del resto. Hasta que, como pasó tantas horas aislado en su casa, se dio cuenta de que había encontrado su don. Había descubierto su propósito, la gran

contribución que podía hacer al resto del mundo. Por lo que, poco a poco, fue inventando asombrosos aparatos, los cuales supusieron un antes y un después en el desarrollo tecnológico de Essentia. A veces las personas que menos valoramos realizan las cosas más extraordinarias.

Una vez cogiese aquel coche, me dirigiría hacia el lugar que tanto me asustaba. A ver si era capaz de hacerme con aquel altavoz y transmitir aquel mensaje tan importante a todos los ciudadanos de Tenebrina. Por otro lado, también me encantaría que las personas con las que había pasado la mayor parte de mi vida me pudiesen escuchar y por lo menos supiesen que estaba viva. Porque, la verdad, es que las echaba de menos, y esperaba que algún día nos volviésemos a ver, por lo menos encontrarme con mis amigos del orfanato de toda la vida (Beatriz, Lorena y Enrique), con los que había pasado momentos increíbles durante mi infancia. Sabía que, aunque debido a la sustancia esa parecíamos muy diferentes, pasase el tiempo que pasase, siempre iba a poder contar con ellos, siempre iba a ser como si nos viésemos todos los días, a no ser que alguno hubiese muerto, que entonces ya la cosa se complicaría bastante.

Una vez me despedí de todas las personas que había conocido en Essentia, me monté con mi mochila, ya que por lo menos tenía que llevar dinero y comida para subsistir aquellos días, encima del dragón dorado, y comenzamos el viaje hacia Tenebrina. Enseguida, nada más pasar Essentia, llegamos al desierto, el cual, como ya sabéis, era bastante inmenso, aunque, por lo menos esta vez, Iván iba a una velocidad tan rápida que hasta que me daba más sensación de adrenalina que cuando iba en las montañas rusas.

—¿Y tú vuelas siempre así de rápido? —le pregunté, cuando ya llevábamos un rato volando sobre el desierto.

—No. En las carreras, como hay tantas cosas, tengo que ir un poco más despacio; solo ahora contigo, que tienes una misión muy importante que hacer, ¿no?

—Ja, ja, ja. Bueno, es algo que nadie me ha mandado, ni siquiera sé si estoy haciendo bien.

—Si nunca nos equivocamos, siempre nos costará mucho más aprender. Además, tú estás tomando acción, estás dando un paso que nadie de Essentia se ha atrevido nunca a dar. Estás pensando en los demás.

—Gracias. Pero, bueno, y en mí misma también, ¿eh? Que en cada cosa que hago yo soy siempre la primera persona en la que pienso.

—Sí, pero que también quieres ayudar.

—Claro, eso siempre.

—En esta vida, como no nos queramos a nosotros mismos, muy difícilmente vamos a querer a los demás.

—Ya, eso ya me lo han contado en clase. Y que nadie nos dará nunca nada que no nos demos a nosotros mismos. Porque nuestra vida es un reflejo de cómo somos interiormente.

—Sí. ¿Tú eso te lo crees?

—Sí, porque resuena conmigo. Siento que es así.

—Eres libre de creer en lo que quieras y, si lo experimentas por ti misma, mucho mejor.

—Sí, pero vamos, que siento que la vida va por ahí. Y todo eso que me habéis contado, en parte me ayuda a no estar ahora muy asustada.

—Me alegro de que así sea.

—Bueno, ¿y tú? Nunca te he preguntado. ¿Qué es de tu vida?

—Yo soy actor, trabajo en el teatro Ilumina. Ahora estamos haciendo un musical.

—¡Hala! ¡Qué guay! Tiene que molar mucho ser actor y trabajar en un musical.

—Sí, la verdad es que sí, es increíble. Llevo tres años trabajando en ese teatro, y antes de eso he trabajado en películas, de dragones, obviamente. Me gusta hacer personajes y vivir experiencias distintas, no me gusta la rutina, por eso en parte me metí a actor, y también porque me ayuda a sentirme libre y a poder usar toda mi energía, es también como una forma de expandirme.

—Pues me alegro por ti. Yo lo de actuar no lo he probado nunca, pero tiene que ser genial ese trabajo. Tampoco me va nada la rutina, por eso no me gustaba nada cómo era la vida en Tenebrina.

—Ya, a mí tampoco. Tanta resistencia al cambio supone un gran obstáculo para el crecimiento.

—Pero, por eso estamos aquí, ¿no?, para romper las normas.

—Sí, por lo menos para intentarlo.

—¿Tú me ves capaz de lo que quiero hacer?

—Si eres capaz o no, solo depende de ti. Lo único que te digo es que tienes mucho valor por hacer lo que vas a hacer.

—Gracias. Espero al final no asustarme demasiado y dar media vuelta —le dije de broma, aunque pareció que él no se dio mucha cuenta de que no estaba hablando en serio.

—Si eso sucediese, no pasaría absolutamente nada.

—Ya, pero vamos, que no va a suceder, ¿eh?

—Seguro que no. Yo te veo decidida.

A pesar de la velocidad a la que íbamos, tardamos mucho tiempo en atravesar todo el desierto. Aunque ni mucho menos tanto como lo que tardé con Diego, que eso sí que fue para tirarse de los pelos.

Yo aproveché para disfrutar de aquellas horas tan hermosas volando encima de un dragón dorado, ya que era una experiencia muy difícil de repetir y una sensación imposible de olvidar de lo maravillosa que era. Tenía una sensación de libertad increíble, por lo que, durante un rato, deseé que aquellos momentos nunca terminasen, que la paz y la libertad que sentía en aquel instante durasen para siempre.

Como le dijese a la niña tan pequeña que fui en el pasado, cuando estaba viviendo en el orfanato, que algún día montaría por el cielo sobre un dragón dorado, esta niña pensaría que estaba loca. Y es que muchas cosas que nos pasan en la vida nos parecen imposibles hasta que las vivimos. Y eso en parte es lo bonito de ella: no saber lo que nos puede pasar en un futuro, no tener ni idea de lo que la vida nos irá mandando. Porque lo que más quiere la vida es que aprendamos de ella y evolucionemos, que valga la pena venir a vivir a esta tierra, que utilicemos cada una de nuestras vidas para cumplir con nuestro propósito, con aquella misión que nos fue encomendada antes de

nacer. Las experiencias que nos va aportando la vida son las que más nos pueden ayudar a sanar nuestras heridas, porque detrás de ellas se esconden nuestras mayores potencialidades, nuestros mayores dones, mediante los cuales podemos ayudar a los demás y a todo lo que nos rodea.

—¿Falta mucho para llegar? —le pregunté a Iván cuando ya llevábamos muchas horas de vuelo.

—Como la mitad o así. ¿Tienes ganas de llegar a Tenebrina?

—No, era solo por curiosidad. Estoy muy bien aquí.

—Te está dando cosilla, ¿no? Por lo que pueda pasar.

—No, si estoy muy cómoda aquí. Ni siquiera estaba pensando en lo que me podría pasar, simplemente disfruto de la experiencia tan bonita que es ir en dragón.

—Ah, claro. Yo porque ya estoy más que acostumbrado, pero para una persona que no lo ha hecho nunca y que entonces lo valora mucho más, tiene que ser increíble.

—Sí, es la leche. Y las carreras que hacéis por Essentia, también. Porque aquí de paisaje solo está el desierto, pero en Essentia están los lugares más bonitos que he visto en mi vida.

—Sí, es muy bonita nuestra sociedad.

—Es preciosa. Si le dijese a la niña que fui hace 15 años que iba a acabar disfrutando de un lugar como Essentia, jamás me hubiese creído.

—Ya ves. Nunca se sabe lo que nos puede regalar la vida.

—Yo tengo fe de que me regale una buena victoria en Tenebrina, aunque esas cosas molan más cuando te las ganas tú.

—Sí, a mí también me gusta mucho esforzarme por las cosas. Me ponen los retos.

—Pues igual que a mí, que me encantan las dificultades, como la que voy a experimentar dentro de poco.

—Disfrútala.

—Sí, eso intentaré.

Continuamos volando durante muchas horas más. Y yo, como en mi mochila llevaba muchas cosas, pero principalmente comida, aproveché algún rato para comer y para dormir unas cuantas horas también, ya que se nos hizo de noche durante el vuelo. Fue mi primera vez durmiendo por la noche en el aire encima de un dragón. Y tengo que decir que la experiencia resultó muy gratificante y que disfruté también mucho viendo a las estrellas brillar en toda la oscuridad. Se veían muchísimo mejor que en cualquiera de las tres sociedades, sobre todo más que en Tenebrina.

De momento parecía que no había sido mala idea el hecho de ir a Tenebrina a intentar introducir un poco de mi vena revolucionaria. Aunque, bueno, todavía era muy pronto para opinar, ni siquiera había llegado a mi destino. Pero, sin duda, todo lo que llevábamos recorrido, por el simple hecho de ir volando sobre un dragón, al menos para mí, había merecido la pena. Para Iván no tengo ni idea, que él ya estaba acostumbrado a esas cosas.

Por fin, unas cuantas horas después de que me hubiese despertado, a lo lejos vimos la gran valla verde que rodeaba a toda Tenebrina.

—Ya hemos llegado. ¡Qué pena! Con lo que estaba disfrutando de este viaje.

—Ja, ja, ja. Pero a ti todavía te queda viaje por recorrer.

—Sí, ahora me toca atravesar la valla y robar un coche.

—Tú tranquila, que por lo menos has atravesado el desierto.

—Sí, aunque he estado sentada todo el tiempo sin hacer apenas nada, pero sí.

—Te voy a dejar ya aquí, que no quiero acercarme demasiado a la valla. El resto del camino lo haces tú —me dijo mientras aterrizaba en el arenoso suelo—. Yo que tú introduciría ahora el dispositivo por la tierra, que coge una buena profundidad y así te ahorras camino por andar. Mucha suerte y vete tranquila, que sabes de sobra que puedes con todo lo que te espera en esta vida.

—Gracias. A ver qué tal se me da esta aventura.

Nos despedimos e Iván abrió sus alas y se fue volando en la dirección en la que había venido. Ya habíamos completado la primera parte del viaje. Saqué el aparato que me habían dado para traspasar la valla, que ya expliqué antes en qué consistía, y lo introduje dentro de la tierra en dirección a Tenebrina. Le di al botón de encender y menuda velocidad que alcanzó en un instante. Agarré muy fuerte con una mano el dispositivo y, nada más encenderlo, me introdujo a toda velocidad por debajo de la tierra. Solo veía tierra a mi alrededor, la cual dejaba atrás rapidísimamente. Había procurado, eso sí, meterme con el aparato bastante dentro de la tierra, para que los guardias que vigilaban desde la valla no notasen nada raro.

Cuando pasaron varios minutos, que calculé que ya había sido tiempo suficiente para traspasar la valla, cambié hacia arriba la dirección del aparato para salir a la superficie, a la cual salí también a toda velocidad. Una vez fuera, observé el lugar en el que me encontraba. Ya había atravesado la valla y la había dejado a mi espalda como a unos 100 metros de distancia. El suelo que pisaba seguía siendo tierra, pero justo estaba al lado de donde empezaban los edificios y parecía que no me había visto nadie, porque en ese momento el lugar estaba totalmente vacío. Suerte que me había detenido en el momento justo, porque, con que hubiese avanzado unos metros más, habría salido dentro de una casa, y como estuviese su dueño dentro, a ver qué explicación le daba de por qué le había dejado así su suelo.

Caminé por el lugar hasta llegar a las calles de Tenebrina y me puse a buscar un coche que robar. Al final me decanté por uno de color rojo que tenía buena pinta. Tengo que decir que me dio bastante cosa utilizar el dispositivo que me habían dado para robar aquel coche, ya que era la primera vez en mi vida que robaba algo y no me sentí nada orgullosa de ello, más bien me sentí bastante mal, pero era la opción más rápida que tenía para hacer lo que quería hacer. Abrí la puerta del coche con mucho cuidado de que no me viese nadie y lo más rápido que pude me puse en marcha en dirección al palacio central de Tenebrina; allí me esperaba el enfrentamiento con alguno de mis miedos, como el miedo al fracaso o el miedo a que me hagan daño. Por cierto, no tenía ni idea de cómo llegar a donde quería ir, solo sabía que estaba en dirección contraria a donde había venido, así que llevé un GPS conmigo para que me indicase el camino, porque menudo trayecto más largo que me quedaba.

Al igual que a la ida, tenía pensado ir parando por ciertos hoteles para pasar la noche, porque la idea de estar sola en el coche durmiendo y comiendo, no me gustaba. Así que, por lo menos, pasaría cada noche en un hotel, para ducharme, descansar y

hacer mis necesidades.

Eran las siete de la tarde cuando arranqué aquel coche, por lo que tampoco continué muchas horas más por las carreteras. Los lugares que vi eran exactamente del mismo estilo de la Tenebrina que había dejado atrás hacía algo más de un año. El paisaje de los edificios no había mejorado nada y al poner la radio no oí nada distinto en referencia al nuevo Gobierno que había ahora.

Cuando llegaron las doce de la noche, decidí pararme en el primer hotel que me gustó un poco más que el resto y pillé una habitación para pasar la noche. Pasé de ir a cenar a algún restaurante, que ya llevaba comida más sana conmigo y prefería quedarme también a solas, así que me puse a meditar un buen rato, que eso era algo que nos habían enseñado a hacer en Essentia, ya que, por lo visto, según ellos, la meditación era la mejor herramienta para evolucionar y conectarnos con nuestra esencia, que es lo que somos realmente, pero el ego casi siempre se suele meter en medio y nos impide conectar.

Era una habitación muy bonita y muy lujosa la que escogí, ya que pedí que me dieran una *suite* y, a pesar de que la sociedad no era especialmente bonita, las vistas que tenía mi habitación sí que lo eran.

Estuve meditando durante una hora entera y después aproveché para leerme el libro que escribió Catherine hacía ya bastante tiempo, el cual había sido el responsable de que conociese Essentia y de que me volviese a reunir con mis padres. Era una novela increíble y la estaba leyendo por segunda vez que, de hecho, nunca en mi vida me había llegado a leer un libro dos veces, siempre con una me había bastado. Pero ese libro era tan bonito y conectaba tanto con lo que decía, que solo leérmelo una vez me había sido insuficiente.

Como ya me había dicho Diego, el libro hablaba de la sociedad de Essentia, un mundo en el que dragones y personas convivían en paz, y también nos contaba muchas cosas acerca de la espiritualidad y del conocimiento de uno mismo, las cuales ya nos habían enseñado Rafael y Catherine en clase.

A la mañana siguiente, me levanté a las nueve y aproveché para desayunar en el maravilloso bufé libre que tenía el hotel. Aunque, eso sí, intenté no pasarme demasiado con lo que le metía al cuerpo, ya que después no quería tener problemas para conducir. Aunque sí que tengo que decir que estaba yo sola y esa mañana tenía ganas de comer dulce, así que me tomé varios bollos; me apetecía mucho darme mis premios y mis caprichos, que ya bastante era lo que iba a hacer en el palacio central del Gobierno. Que a ver qué pasaba al final.

Dejé aquella habitación de hotel tan bonita y cogí el coche hacia mi nuevo destino. Para esos pocos días, hasta que llegase al palacio central, no tenía la intención de hacer ejercicio como había estado haciendo con Diego en los gimnasios de los hoteles, ya que quería llegar al sitio que tanto me asustaba lo antes posible. Así que mi plan era simplemente pasar cada noche en un hotel diferente, aprovechar el bufé del hotel para desayunar bien, y pasar el resto del día en coche, parando solo para comer, aunque pasaba de ir a un restaurante a comer cada vez, así que comería todos los días en el coche, y la cena en la habitación de cada hotel. Iba a estar unos pocos días bastante aislada del resto de las personas, y eso también era un poco reto para mí, ya que,

aunque yo siempre había sido muy mía y muy independiente, no me gustaba estar completamente sola, y menos cuando me iba a enfrentar a lo más difícil que había hecho en toda mi vida. Pero bueno, yo confiaba en la vida y estaba dispuesta a aceptar cualquier resultado, fuese cual fuese, ya que, aunque a veces me costaba, en el fondo sabía que la principal intención de la vida es que aprendamos, y en muchas ocasiones esta nos aprieta para que esto suceda.

El secreto de todo está en meditar y en mirar dentro de nosotros, según me habían enseñado, porque lo que se esconde en nuestro interior es un reflejo de cómo es nuestra vida. Lo que hay en nuestro inconsciente, dentro de nosotros, es un reflejo de lo que vemos fuera, lo que significa que nosotros somos creadores de nuestra propia realidad.

CAPÍTULO 13

Pasé cuatro días intensos en el coche conduciendo, estando la mayor parte del tiempo únicamente conmigo misma, sin hablar apenas con nadie, solo con las personas de la recepción del hotel para pedir habitación y para dejarla, y con los camareros del desayuno; el resto del tiempo no hablaba con nadie, solo me limitaba a conducir. Hasta que llegó el día en el que por fin llegué al palacio central de Tenebrina. El lugar estaba exactamente igual que la última vez que había estado allí. Y, en el mismo instante en el que vi el sitio, un nerviosismo me comenzó a invadir todo el cuerpo y me volvieron a aparecer todos los miedos y las inseguridades que había tenido anteriormente. Todas esas dudas acerca de qué me iba a pasar a partir de ahora comenzaron a invadir a mi mente.

Yo escuchaba aquellos pensamientos e intentaba no creérmelos, ya que en clase me habían contado que nosotros no somos nuestra mente, muchos de los pensamientos que llegan a nuestra cabeza no los controlamos; lo que sí podemos controlar, otra cosa es que lo hagamos, es si nos los creemos o, por el contrario, no nos creemos esos pensamientos. Y cuando decidimos no creerlos, cuando decidimos dejar de identificarnos con nuestra mente, vemos que esta nos deja tranquilos y ya no nos invade tanto. La mente es una herramienta muy poderosa, bien utilizada nos puede ayudar a lograr cosas increíbles, pero nosotros no somos nuestra mente, somos muchísimo más, somos el observador que hay detrás de ella.

Así que, como ya he escrito, eso hice, intenté no creerme aquellos pensamientos que provenían de mi ego e hice por introducir otros que me pudiesen ayudar más en mi camino: «Tú puedes absolutamente con todo lo que te propongas», «esto es una oportunidad para superarte a ti misma, para demostrarte que puedes con todo lo que te pueda ofrecer la vida», «esto es una oportunidad para trascender algunos de tus miedos, así que aprovéchala», «en la vida nunca nos pasará nada que no podamos soportar», «estoy delante de la mayor oportunidad que he tenido en la vida para salir de mi zona de confort y así ser consciente de todo lo que soy capaz». Según me iba diciendo estas frases, y me las iba creyendo, que eso es importante, poco a poco el miedo y la inseguridad me fueron disminuyendo notablemente.

Antes de marcharme, Diego me había dado un dibujo de cómo era por dentro el palacio, por lo que, gracias a eso, mi dificultad para encontrar el altavoz había disminuido. Me había llevado también un uniforme igual que el de los guardias que vigilaban el palacio para así poder pasar desapercibida. Llevaba también conmigo el aparato que ya había utilizado anteriormente con Diego para hacerle un gran agujero al puente. O sea, el lápiz que ya describí que era capaz de romper cualquier cosa que dibujase. Así podría entrar en el palacio haciendo el menor ruido posible.

Miré desde la valla y vi que, como la anterior vez que vine, había bastantes guardias dando vueltas al palacio y ninguno de ellos era una mujer. Sería casualidad, porque en Tenebrina estaba permitidísimo que las mujeres fuesen policías; de hecho, en un principio, como sabéis, yo iba a ser una de ellas. Pero han ido sucediendo cosas y la vida me ha ido llevando a algo que todavía no sé en qué va a resultar. Tendré que confiar en ella para que me lo vaya mostrando.

Hice un círculo en la valla con el lápiz tan increíble que os acabo de comentar, empujé dicho círculo y, a través de él, entré en el precioso jardín que tenía el palacio,

con el uniforme ya puesto, que no lo había dicho. Me sentía a la vez emocionada y algo asustada por lo que pudiese pasar. Pero sí o sí, estaba decidida a seguir hacia delante, nada me iba a impedir que hiciese lo que había venido a hacer.

En cuanto entré en el jardín, sin que me viesen los guardias, me acerqué al palacio y me puse a hacer lo mismo que estaban haciendo ellos, es decir, a caminar alrededor del palacio. Como el palacio tenía un perímetro muy grande, había mucha distancia entre un guardia y otro, por lo que me acerqué lo máximo posible al guardia que tenía delante de mí, sin que este me viese, para ganar el máximo de tiempo posible y, de esta manera, volví a utilizar mi lápiz para poder hacer otro círculo en la pared, en este caso del palacio, y así poder entrar. Luego, una vez pasé a través del espacio que había dejado el círculo, rápidamente volví a colocar el círculo donde estaba, para que no se notase el gran agujero que acababa de hacer. Ya estaba dentro del palacio y me había aprendido bien el dibujo que me había hecho Diego, por lo que la sala donde estaba el altavoz no tenía pérdida. Además, la habitación a la que había ido a parar era muy fácil de adivinar; se trataba del gran comedor, pues era una inmensa sala con columnas de mármol a los lados y una gran mesa redonda y dorada en el medio rodeada de sillas del mismo color.

La habitación del altavoz estaba justo donde me encontraba en ese momento, pero dos plantas más arriba. Así que, primero, tenía que ir a buscar el ascensor, que había uno en la zona más central de cada planta. Habría preferido subir por las escaleras, pero como los que vivían en el palacio parecían ser que eran muy comodones, pues no tenían. Todavía no había visto a ninguno de los antiguos compañeros de Diego, y menos mal, esperaba no volver a encontrarme con ninguno en toda mi vida. Habían sido muy buenos actores ese año que pasé en Silea, pero la realidad que vi después prefería que no me acompañase en mi camino. Sobre todo, porque en cuanto me viesen me iban a querer matar, así que mi camino en esta tierra iba a correr peligro de terminarse, y todavía me quedaban muchas cosas por hacer.

Abandoné el comedor, que por suerte allí no había nadie, y me introduje por el pasillo atravesando las habitaciones. En cuanto oía pasos tenía que echar marcha atrás y meterme en la habitación más cercana hasta que el sonido se extinguiese. Llevaba conmigo dos pistolas y un par de cuchillos, y esperaba tardar el máximo tiempo posible en tenerlos que usar, que no me molaba nada la idea de herir a alguien y menos aún de matarlo. Así que, lo que de verdad llevaban las pistolas eran dardos tranquilizantes que hacían que te durmieses al medio segundo de que se te clavasen. El efecto duraba una media hora, al cabo de ese tiempo la persona se despertaba. Diego me había aconsejado que cargase las pistolas con balas de verdad, pero decidí no hacerle caso, porque sabía que, como matase a alguien, la culpa iba a ser otra batalla que vencer, igual que le pasaba a Diego. Aunque él ya poco a poco lo iba superando y cada vez abrazaba más tanto su parte oscura como su parte luminosa. Porque, como nos habían contado Rafael y Catherine, la realidad era neutra, y el fin de estar aquí era aprender y evolucionar, lo que hacía que fuese una tontería culparse por nuestros actos; a cada persona solo le pasaría aquello que necesitase para aprender. Si una persona no se amaba y no se trataba bien a sí misma, en su vida aparecerían maestros que la ayudarían a hacer consciente lo inconsciente. Lo que nos lleva a pensar que no

estamos en esta vida para ser jueces de ella, sino para aprender con cada experiencia neutra que nos suceda. Las experiencias no son ni buenas ni malas, simplemente son lo que necesitamos para nuestra evolución.

Por fin, sin que nadie me viese correteando por la primera planta, llegué al ascensor. Y justo cuando le iba a dar al botón para que bajase, comencé a oír pasos, por lo que me escondí de nuevo en la habitación más cercana. Según se iban acercando aquellos pasos, comenzaba a escuchar alguna voz y, conforme se iban aproximando, reconocí de quién provenía aquel sonido. Eran las voces de Lorena y Adrián hablando sobre una fiesta que por lo visto iban a dar en un rato dentro del jardín del palacio. Eran las 8 de la tarde y la fiesta empezaba a las 9. Según les escuché, solo asistirían las personas de mayor prestigio de la sociedad, y como estábamos en Tenebrina, eso era algo que ni siquiera ellos habían decidido. Lo que me hizo imaginarme que la mayoría serían altos cargos del Gobierno.

No sabía si eso me beneficiaría o me perjudicaría, ya que todos con los que menos ganas tenía de encontrarme estarían fuera en el jardín, pero seguro que el hecho de montar una fiesta hacía que aumentase la seguridad dentro del edificio. ¡Qué pena no poder hacerme invisible en ese momento! De esa manera, que aumentase el número de guardias, me resultaría indiferente.

Una vez pasaron de largo y las voces desaparecieron, llamé al ascensor y me introduje cuando se abrieron sus puertas. Por dentro todo eran espejos, salvo el suelo y el techo, que tenían un color dorado intenso. Cuando llegué a mi planta de destino, salí de allí haciendo el menor ruido posible, aunque esto no pareció ser de mucha ayuda, porque nada más salir se me apareció un guardia justo en frente de mí.

—Hola, ¿qué tal? —le pregunté.

Acto seguido, justo antes de que pudiese contestarme, le disparé un dardo tranquilizante en el cuello, lo que dio lugar a que rápidamente tuviese que correr hacia él para que este no se cayese al suelo e hiciese algún ruido. Lo arrastré por el suelo y lo dejé en la primera habitación que encontré, y allí lo dejé un poco escondido, no fuese que alguien pasase por allí y lo viese. Después, vigilando por todas partes, me dirigí hacia la habitación del altavoz. Pero justo antes de llegar, vi que había cinco guardias en la habitación de al lado. Así que, si quería dormirlos a todos, sin que ninguno me oyese, me tenía que dar prisilla, por lo que, para que no me diesen, me tiré al suelo, me cubrí con la pared y desde allí les disparé, uno por uno, lo más rápido que pude. Por suerte, no me cayó ni una sola bala. Así que, rápidamente, me levanté del suelo y fui derecha a la habitación donde se suponía que estaba el altavoz. Tengo que decir que en ese momento me sentí asustada, porque con el ruido que acabábamos de meter me parecía muy difícil que no lo hubiese escuchado nadie más del palacio. Por eso, para tomar precauciones, me metí en la habitación del altavoz, en la cual, por suerte, no había nadie; así que los guardias de los que me había hablado Diego debían de ser los de la habitación anterior. Pero, por mala suerte, de repente empezó a sonar un pitido tan fuerte que yo creo que se escuchó en todo el palacio y fuera de él. Además, un segundo después, salieron unos barrotes del suelo, que parecía que tenían la intención de encarcelarme, porque se encerraron en una jaula. Gracias a Dios tuve unos reflejos rápidos y pegué un salto en el aire y logré escapar de allí.

Lo malo es que no acabó ahí la cosa. Justo nada más escapar de aquella cárcel, alguien me disparó, creo que un dardo tranquilizante también, y caí dormida al suelo.

Cuando me desperté, estaba en una silla sentada con las manos y con los pies atados. Me encontraba en la biblioteca, que era una de las habitaciones del palacio en las que todavía no había estado, y enfrente de mí había guardias que no había visto en mi vida y otras personas que sí que había visto antes y no me hacía ninguna gracia volver a ver. Estaban Adrián y Lorena, mis dos antiguos compañeros del equipo de Silea a los que justo había oído hablar hacía un rato.

—La biblioteca no es un sitio muy conveniente para tener a una persona atada a una silla —les dije de broma nada más abrir los ojos y ver el panorama.

—Nos da igual si es apropiado o no —me dijo Lorena—. No sé qué narices estás haciendo aquí, pero que sepas que te va a salir muy cara esta visita.

—¿Y por qué, si se puede saber? Porque yo aquí de momento no he comprado nada, y bueno, si me da por comprar algo más adelante, pues ya sería otra cosa.

—Cállate, que no estamos para tus bromitas —me dijo Adrián en un tono autoritario.

—Oye, a mí no me hablas así, ¿eh? Un poco de respeto. Y encima, mira qué mal me tenéis —dije mirándome las manos y los pies atados—. Por lo menos me podíais haber dado un sofá en condiciones, en vez de esta sillita, y haberme ofrecido algo de beber.

—¡Que no estamos para tus bromitas! —exclamó Lorena algo histérica.

—¿Tienes que repetir lo que él dice?

Después de hacerle esta pregunta, Lorena se enfadó un poco más y me metió un puñetazo en la cara.

—A nosotros no nos vacila ni Dios —dijo después de haberme pegado.

—¡Y a mí nadie me hace eso en la cara! —exclamé con rabia.

Y nada más decir esta frase, me levanté rápidamente como pude con la silla, me giré y con las patas de esta, pegué a Lorena con todas mis fuerzas en el cuerpo, que yo creo que por suerte la debí de romper alguna costilla. Tras esto, y como pude, di un salto en el aire seguido de una voltereta hacia atrás y caí de tal manera que provoqué que la silla se rompiera y así escapé de ella sin que mi cuerpo sufriera. Esto es algo que ya había estado ensayando mucho en los entrenamientos.

—Yo creo que me habéis subestimado un poquito bastante, ¿no os parece? —dije una vez en pie, después de soltarme los brazos y las piernas.

En ese momento éramos quince personas en la sala contándome a mí. Pero uno de los guardias apretó un botón y creo que eso era para que viniesen refuerzos. Me parecía demasiado exagerado que hiciesen eso solo por una persona, que en este caso era yo.

—¿En serio vais a pedir refuerzos solo por una persona? Valoraos un poquito más, ¿no? O, ¿qué pasa?, ¿que no os enseñaron bien cuando teníais que aprender?

Cuando acabé con mis preguntas, fueron los catorce como locos a por mí.

—Ya vemos que te han entrenado todavía más de lo que te entrenamos nosotros —me dijo Adrián.

—Perdona, pero me entrenó Diego, no vosotros. Y sí, es que yo soy una chica muy dura, me mola trabajar fuerte para conseguir mis metas, cosa que ya me demostrasteis

en Silea que no va mucho con vosotros. A vosotros os pone mucho más la juerga.

Cada vez que hablaba y decía algo nuevo, más rabia les daba y más se lanzaban hacia mí.

—Pero bueno, tranquilos que en otra vida ya aprenderéis un poquito más, que en esta todavía estáis muy verdes.

Al final consiguieron vencerme entre todos. Como pudieron, me agarraron y me dejaron atada a otra silla, la cual decidieron pegar al suelo para que esta vez ya no me pudiese levantar y soltar.

—Así, aunque lo intente, ya no va a poder levantarse y menos aún escaparse —dijo uno de los guardias que había contribuido a atarme.

—Muy listos —le contesté con una sonrisa—. Aunque inteligentes, no sé yo...

—Déjate de tonterías, que deberías estar muy asustada por lo que te puede pasar a partir de ahora —me dijo Lorena en un tono amenazante.

—¿Por el futuro debería estar asustada?

—Sí, y en tu caso, por un futuro muy cercano.

—No, pues no es mi caso. A mí el futuro me mola, me gusta la incertidumbre de no saber qué es lo que puede pasar a partir de ahora.

En este momento, Lorena me metió otro puñetazo en la cara un poco más fuerte que el anterior, el cual hizo que me comenzase a sangrar un poco la nariz. Pero vamos, tampoco fue tan fuerte como para romperme algo.

De la rabia que me dio por el puñetazo que me acababa de dar, intenté volver a levantarme de la silla, pero esta vez me di cuenta de que gracias al pegamento ya no podía ser. Aunque, por otro lado, el lápiz capaz de romper cualquier cosa lo tenía guardado en mi bolsillo de atrás del pantalón y, aunque mis manos estaban atadas, si hacía bastante fuerza alargando mi mano a través de las cadenas, no me iba a ser difícil llegar hasta él. Lo único era que tenía que tener cuidado de que ninguno de los que estaba en aquella habitación me viese.

—¡Esto no va a quedar así! —exclamé con mucha furia.

—Es verdad. Para ti todo va a acabar muchísimo peor que la situación en la que estás ahora.

—Eso habrá que verlo.

—Vigíladla, que dentro de nada llagarán los refuerzos, y yo tengo una fiesta muy importante a la que asistir —dijo Lorena. Acto seguido, salió de la sala.

Yo estuve un rato en silencio, viendo cómo me observaba alguno de los guardias y cómo hablaban entre ellos la mayoría. Como ya no estaba Lorena ni Adrián, que había salido con ella de la sala, los guardias aprovecharon cada uno para hablar de sus cosas. Algunos empezaron a hablar acerca de que les gustaba más el gobernante que habían tenido anteriormente, otros de que no estaban muy conformes con los trabajos que les habían tocado a sus hijos, y otros de los planes que tenían para hacer en sus dos días de descanso a la semana. Y yo, aparte de observarlos y escuchar de qué estaban hablando, aproveché para intentar soltarme, ya que no era del todo sencillo alcanzar mi lápiz especial. Una vez lo conseguí, me dio por hablarles un poquito:

—Esta situación es muy emocionante, pero yo he venido aquí a hacer otras cosas —les dije para que volviese a recaer un poquito más la atención en mí.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué has venido, si se puede saber? Porque me imagino que ya lo sabrás, pero te queda muy poco tiempo de vida.

—Eso nunca se sabe. He venido aquí a romper las normas.

Nada más terminar esta frase, me levanté de la silla, esta vez, sin necesidad de despegarla del suelo y con las manos, gracias a Dios, libres. Lo único que mis pies seguían atados, pero pasé mi lápiz por las cuerdas y al instante se desataron. Así que comenzó de nuevo la acción.

—¿Qué narices es ese aparato que acabas de utilizar? —me preguntó uno de los guardias.

—Algo que me acaba de ayudar a soltarme. Y no quiero verme obligada a usarlo contra vosotros, porque os podría cortar manos, brazos, piernas y cosas peores. Así que yo creo que os haríais un maravilloso favor a vosotros mismos si me dejáis escapar. Y mucho mejor si ya de paso me decís exactamente dónde estoy.

Se miraron entre todos a la cara y al instante se empezaron a reír.

—No pilló muy bien la gracia, pero me parece bien, hay que tomarse las cosas con humor en esta vida.

—Lo sentimos mucho, mocosa. Pero de esta sala tienes prohibida la salida.

—No os preocupéis, que ya esperaba que no actuaseis con inteligencia. Prometo que intentaré hacerlos el menor daño posible.

En total eran doce hombres contra mí y, aunque debían de estar muy bien entrenados, yo tenía mucha confianza en mí misma, al menos para esa situación, porque en cuanto llegasen los refuerzos esos de los que habían hablado, estaba segura de que esa confianza iba a desaparecer.

Guardé mi lápiz en un bolsillo para evitar cualquier posibilidad de hacerles daños mayores, y comenzó la lucha entre los doce guardias y yo.

Fue una experiencia muy chula, ya que, hasta ahora, nunca había tenido que pelear contra tantas personas a la vez, bueno, lo había hecho hace un momento, pero había dos personas que no me caían nada bien y ahora ya no estaban. Tuve que dar bastantes volteretas en el aire para defenderme de ellos y muchísimas patadas y puñetazos de todo tipo. Yo creo que les debí de dejar muy asustados, no creo que se imaginasen que tenía tanta fuerza. Y se notó bastante que ya no estaban ni Adrián ni Lorena.

—Os he avisado, y eso que por suerte no he necesitado usar mi lápiz mágico que, si no, alguno habría vuelto a su casa sin alguna extremidad.

—¡Te vas a enterar, muchacha asquerosa! A nosotros no nos gusta nada la chulería.

—¿Y por qué no os gusta? ¿Qué problema le veis? —le pregunté mientras pegaba un salto y le daba una patada para frenarle y el guardia caía al suelo.

—Menos mal que están a punto de llegar más guardias —dijo otro de ellos que estaba en el suelo al igual que el resto.

—Menos mal para vosotros, que yo antes tengo muchas cosas que hacer. Así que os dejo aquí para que os recuperéis. Ha sido un placer conocerlos; ya tenía yo ganas de una batallita de estas. ¡Chaíto!

Nada más acabar de hablar, abrí la puerta de aquella sala y, al cerrarla, la atranqué con una silla para que no escapasen y después me marché de nuevo hacia donde se suponía que estaba el famoso altavoz. ¡A ver si esta vez no me encontraba con nadie

que me interrumpiese! Que, aunque estaba muy en forma y muy avanzada en las artes marciales, como llegasen los refuerzos esos que ellos decían, que seguro que eran los mismos de los que me habló Diego, estaba segurísima de que entonces no iba a tener nada que hacer. Me imagino que vendrían solo unos pocos, porque para una sola persona no hacía ninguna falta traerse a un ejército.

También para que no me viesen, me podía disfrazar e irme de fiesta, que como había empezado una en aquel jardín... Pero no, por mucho que me gustase la fiesta y seguir viva, yo estaba aquí para dejarme de tonterías y hacer lo que quería hacer, que bastante me había costado ya el simple hecho de llegar a donde estaba en aquel momento. Había sido un viaje intensamente largo, y me gustaría que mi vuelta fuese lo más satisfecha posible.

Estaba llegando de nuevo a la habitación del altavoz cuando volví a escuchar voces, esta vez procedentes de la misma. Me habían quitado todas las armas que llevaba conmigo, por lo que como no encontrase nada por ahí, aparte de a mí misma, no tenía nada con lo que defenderme. Pero, bueno, no estaba para ponerme a buscar más cosas, que los refuerzos de los que habían hablado tenían que estar al llegar, y yo no tenía intención de quedarme a esperarlos. Así que, sin pensarlo mucho, decidí lanzarme y entrar en la habitación que tanto tiempo había estado en mi cabeza.

—Hola, chicos. ¿Me dejáis usar un momento ese aparato tan bonito que tenéis ahí? Y si ya de paso me enseñáis cómo funciona, muchísimo mejor, que en esta vida nos tenemos que ayudar los unos a los otros —dije a los siete guardias que había en aquella sala, mientras les señalaba el altavoz. Por cierto, era un altavoz dorado con rayas de color azul del mar; para mi gusto era extremadamente precioso.

Como yo me esperaba, los guardias no me hicieron caso a lo que les acababa de decir y empezaron a reírse y después a luchar contra mí. Y yo estuve rápida y, justo antes de que se me lanzasen, cerré la puerta de la sala con el cerrojo que había para que les fuese más complicado salir, y principalmente para que nadie de fuera pudiese entrar sin tener que romper antes la puerta. Así que comencé con un nuevo combate, el cual, al ser menos personas, parecía más fácil que el que acababa de realizar.

—Te vamos a matar antes de que ni siquiera puedas llegar a tocar este altavoz —me dijo uno de ellos, a mi parecer con la intención de meterme miedo.

—Lo siento, tío. Pero si me quieres asustar de verdad, lo tienes muy difícil, que yo no soy una chica fácil.

—Eso vamos a averiguarlo ahora mismo —me contestó aquel guardia mientras comenzaba a luchar contra mí.

Conforme peleaba contra aquellos hombres, me fui dando cuenta de que estaban mucho mejor entrenados que los que acababa de dejar encerrados en aquella habitación. Me costó muchísimo más luchar contra ellos, y menos mal que no les dio por sacar cuchillitos ni juguetitos de esos, porque, si no, lo mismo al día siguiente ya no iba a ser capaz de abrir los ojos. Peleamos sin ningún tipo de arma, únicamente nuestro cuerpo. Y me metieron bien de leches, hasta que lograron que me sangrase el labio y me hicieron algún que otro moratón. Eso hizo que esta experiencia ya no fuese tan agradable como la anterior. De hecho, me hizo pensar en que había sobreestimado mis verdaderos límites, ya que dejé de verme capaz de vencer a aquellos siete tíos.

—¿Qué pasa? ¿Ya hemos conseguido que te empiece a entrar un poquito el miedo? Porque esto no es nada comparado con lo que te podemos llegar a hacer —dijo el que me había hablado anteriormente con una voz que sonaba lo más amenazante posible.

—¡Esto no es una pelea justa! ¿Y cómo voy a tener miedo de personas tan patéticas como vosotros? No sois capaces de luchar uno solo contra una chica, sino que tenéis que ser siete.

—Nadie dijo que tuviese que ser una pelea justa. De hecho, a nosotros nos encantan las injusticias, sobre todo si salimos ganando por mucha diferencia.

—Pues siento decirte que, aunque en muchas ocasiones no lo parezca, la realidad es que la vida es totalmente justa.

—Yo creo que te equivocas. ¿Y por qué tienes tanto interés en utilizar el altavoz? ¿Tienes un mensaje muy importante que dar a esta sociedad?

—Si no me dejáis hacer lo que he venido a hacer, no lo vais a averiguar.

—Qué pena. Nos quedaremos siempre con esa curiosidad.

Volví a luchar contra ellos para intentar quitarlos de en medio. Pero enseguida se me echaron otra vez encima, y esta vez me agarraron de tal forma que sí que se me hacía tremendamente difícil escapar.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó otro de los guardias que no había hablado hasta ahora.

—No tengo ni idea —le contestó el que más hablaba—. Lorena está en la fiesta y no sé qué planes tiene para ella.

—¿Y por qué no se lo preguntamos?

—No, que luego se enfada y dice que para qué la molestamos.

—Como tenéis dudas, yo creo que lo mejor es que me soltéis. Y una cosa... —

¿Qué cosa?

—¿Por qué trabajáis como guardias del Gobierno? ¿De verdad os apasiona vuestro trabajo?

—La vida no va de dedicarte a lo que te gusta, va de cumplir con tu deber dedicándote a aquello para lo que has nacido —contestó otro, que hasta ahora apenas había hablado.

—¿Y estás seguro de que has nacido para ser guardia del Gobierno? ¿Quién te asegura que de verdad has nacido para ello? Porque tú eres la única persona de tu vida que en su interior sabe realmente qué es aquello para lo que ha nacido. Y si tu propósito te lo dice alguien de fuera, es muy fácil que esta persona se equivoque.

—¿Por qué no la matamos mejor? Así Lorena no se entera y no estamos aquí para tonterías —dijo el que acababa de hablar.

—Tienes miedo de mirarte en el espejo —le dije con seguridad—. Pero no te preocupes. Es algo normal en esta sociedad, ya que, al igual que tú, les da miedo conocerse.

—Vamos a matarla, que no estamos para escuchar estas tonterías —dijo el que más hablaba, que parecía que había tomado el mando de jefe de los otros seis.

«¡Joder! Si lo sé, me callo y no digo nada», pensé. Aunque lo curioso de esa situación es que por un lado me daba miedo y mucha rabia, principalmente porque habían hecho que me sangrase el labio, pero, por otro lado, me parecía una situación muy

emocionante, no tenía absolutamente ni idea de lo que iba a pasar a partir de ahora. Así que, bueno, yo estaba aquí para aprender de todo aquello que la vida me podía ofrecer, y quería estar viva y consciente el mayor tiempo posible, para así aprovecharla lo máximo que pudiese.

—A ver —comencé a hablar—. No es por nada, pero me parece que os estáis equivocando. Porque al contrario que vosotros, yo sí que me conozco a mí misma y siento que mi momento de marcharme a otro sitio todavía no ha llegado. Y también que siempre pensé que mi muerte sería de una manera más heroica. Y yo aquí con siete tíos que no me dejan hacer lo que yo quiero; tampoco me parece para tanto.

—Lo sentimos mucho, pero, aunque no quieras, tu momento ha llegado —me dijo el que más hablaba con una cara lo más diabólica posible.

Acto seguido, abrió el único armario que había en la sala y sacó de él una espada. Esta era muy larga, con el mango de un color dorado intenso y el resto de un color rojo metalizado.

—¿Quieres que te dé mi opinión sobre qué me parece esa espada? —le pregunté por probar algo nuevo.

—No. Quiero cortarte la cabeza con ella.

En ese momento sí que sentí pánico de verdad. Yo creo que fue el día que más miedo había sentido en toda mi vida. Y eso que los dragones me habían contado que la muerte no existe, pero, aun así, de repente me vi muerta de miedo. Había demasiadas cosas que quería hacer y que no había hecho todavía. Y había también muchísima gente a la que quería ver antes de irme. Estaba muy orgullosa de mí misma por el camino que había seguido hasta ahora, pero no estaba satisfecha del todo, todavía no había hecho todo lo que quería hacer en esta vida, todavía no había dado todo lo que podía dar de mí misma y no me había expandido lo suficiente. No quería pertenecer a uno de esos cuerpos que habitan el cementerio, cuya alma se ha ido sin poder realizar sus sueños. No quería morir todavía, de ninguna manera. Ese guardia no iba a ser capaz de arrebatarle la vida. En ese momento le tenía demasiado aprecio a la vida como para que eso sucediese.

—¡Yo sí que te voy a cortar algo con ella! —le dije mientras me encaraba hacia él como una loca.

Para protegerme un poco, rápidamente cogí una silla que estaba a mi lado, ya que él tenía una espada muy larga, mientras que yo no tenía absolutamente nada para defenderme. Me parecía un poco suicida lo que estaba haciendo en ese momento, pero como me quedase quieta, seguramente también la palmaba, incluso más rápido que peleando.

Los otros seis se quedaron parados mirando cómo peleábamos, ya que el guardia de la espada les había ordenado que no hiciesen nada.

Era una espada muy afilada, tanto que en varias ocasiones atravesó la silla que estaba usando como escudo. Pero, por suerte, la espada ni siquiera me rozó. Estuvimos un ratillo luchando, durante el cual, gracias a Dios, la espada no me atravesó ninguna zona del cuerpo, solo en una ocasión me rozó un poquito el brazo, pero apenas nada, una heridilla me imagino que me saldría. Y yo a él, como solo tenía una silla rota como defensa, no le hice mucho que se diga. Hasta que llegó un momento en el que me

quedé en una situación muy típica de las películas: me había quedado sin silla y estaba en el suelo sentada malamente y el guardia con la espada sostenida muy cerca de donde yo me encontraba.

—Ahora ya sí que no tienes nada que hacer —me dijo aquel guardia, el cual me había caído fatal desde un principio y mucho peor que me estaba cayendo ahora.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Si tienes algo de cariño por esta sociedad, aparta de mí esa espada.

—Lo siento.

CAPÍTULO 14

En ese momento cerré los ojos, no quería enterarme de cómo me cortaban la cabeza; lo había visto en alguna película y no debía de ser algo muy agradable. Pero, por lo visto, como ya había sentido anteriormente, todavía no había llegado mi final. Ocurrió algo que no me esperaba para nada. En vez de caer sobre mi cuello y dejarme sin cabeza, la espada cayó a mi lado. Por poco me cae en los dedos y me quedo sin ellos, eso sí, pero por suerte cayó unos centímetros más hacia fuera. Alcé la cabeza y vi que el guardia que tenía la intención de matarme estaba cayendo lentamente al suelo, ya que alguien le acababa de disparar en el corazón. Y esta vez no le habían disparado con dardos tranquilizantes como hacía yo, sino con balas de verdad.

Al ser consciente de cómo acababa de cambiar la situación, rápidamente me levanté para averiguar quién era aquella persona que me acaba de salvar la vida y, a cambio, había quitado otra.

Al levantarme del todo, observé cómo el resto de guardias sacaban sus armas, pero esto no les sirvió de mucho, ya que la persona que se acababa de llevar una vida fue más rápida que ellos y también se llevó las suyas. Rápidamente, fueron cayendo al suelo uno a uno, hasta que la única persona que quedó en pie fui yo.

Me di la vuelta para ver quién me acababa de salvar la vida, pero en la habitación no había nadie.

—Anastasia, estoy aquí —dijo una voz muy familiar, que provenía de la sala anterior a la del altavoz.

En ese momento, esa persona entró en la sala del altavoz. Era Diego, que me acababa de salvar la vida ya por cuarta o quinta vez, no estaba muy segura.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que no querías venir —le pregunté.

—No, pero te vi montando en dragón y todo eso y me diste envidia.

—Ja, ja, ja. Y tenías ganas de vivir este tipo de experiencias, ¿no? Como esta tan chula que acabo de experimentar ahora mismo, en la que casi acaban con mi vida, aunque has tenido que llegar tú y me has vuelto a salvar, ya no sé si por cuarta o quinta vez.

—No, sobre todo que no quería que te llevases tú toda esta gloria.

—Ja, ja, ja. De momento no he hecho nada ni me he llevado nada.

Hubo unos segundos de silencio y después continué hablando:

—Gracias por salvarme otra vez —le dije mientras le daba un abrazo.

—Nada, lo voy a coger ya por rutina.

—¡Qué gracioso!

Enseguida me volví a fijar en el altavoz y me di cuenta de todo lo que acababa de cambiar la situación en tan poco tiempo. Gracias a Diego acababa de pasar de estar a punto de morir a estar a nada de poder realizar aquello que había venido a hacer. Así que no me detuve más en abrazar a Diego. En ese momento, en el que fui más consciente de los cambios que acababan de suceder, fui como loca a hacer funcionar a aquel altavoz.

—Vamos a encender esto —le dije a Diego.

—Sí, mientras, voy a atrancar la puerta, no sea que nos interrumpan en el momento cumbre.

Después de cerrar la puerta y dejarla atrancada con una silla, se dirigió hacia mí y el

altavoz, y se dispuso a ayudarme, a ver si entre los dos éramos capaces de hacerlo funcionar.

—Lo he enchufado, pero es que aquí no sale ni botón de encendido ni de apagado, son todo así botoncitos de colores al azar.

—Lo habrán hecho para dificultar el hecho de que otras personas lo puedan utilizar.

—Seguramente. Pues vamos a ir apretándolos de uno en uno hasta que veamos que nuestra voz también se escucha en el resto de la calle. Aunque lo mismo puede ser una combinación de varios botones a la vez.

—También es posible. La cosa es probar a ver qué pasa.

Había como unos veinticinco botones diferentes, cada uno de ellos de un color. Estaban los colores: azul, morado, amarillo, dorado, naranja, rosa... Los cuales, por cierto, los vimos al levantar la tapa del altavoz. Cuando lo vi por primera vez, no había sido consciente de que había tanta cantidad de botones. Así que, como locos, comenzamos a apretar los botones, primero uno por uno mientras hablábamos para ver si nuestra voz se oía también en el resto del lugar. «Buenas», decíamos, pero solo se oía donde estábamos nosotros. Después de haber visto que ningún botón nos había funcionado, nos dio por pasar a combinaciones de dos botones a la vez, y cuando llevábamos ya varios minutos intentándolo, por fin nos dimos cuenta de que uno de mis «buenas» también se escuchó en la calle. Era yo la que tenía en ese momento el micrófono en la mano, y creo que de hecho estaba siendo la primera vez en mi vida que hablaba delante de un micrófono, quitando la vez que canté en el superkaraoke de la discoteca, que ese momento tampoco creo que se me vaya a olvidar nunca.

—¡Toma! ¡Lo hemos conseguido! —exclamamos los dos, sin hablar al micro.

—¿Hablas tú o hablo yo? —le pregunté a Diego, ya que en ese instante me había llenado de nervios.

—No, habla tú, que toda esta idea ha sido cosa tuya.

—No, habla tú mejor, que estoy con unos nervios que no puedo ni hablar. Que yo, quitando lo del karaoke, nunca en mi vida había cogido un micrófono para hablar delante de la gente, y menos delante de miles de personas.

—Bueno, siempre hay una primera vez.

—¿Tú sabes el miedo escénico que tengo en este momento?

—Pues aquí está tu oportunidad para superarlo. Además, que nadie te ve, solo te oyen.

—Sí, eso sí.

—Y después de lo que acabas de hacer y de la manera en la que has arriesgado tu vida, no me hables de miedo escénico. Que mucho más miedo te tiene que dar haber estado a punto de que te cortasen la cabeza.

—Ya ves. Me he preparado un texto, por si acaso me invadían tanto los nervios, como me está pasando ahora mismo.

—Muy bien, pues lee el texto.

Me había metido el texto en uno de los bolsillos del pantalón, pero al meter la mano para sacarlo, me di cuenta de que no estaba. Se me debió de haber caído en alguna de mis luchas de hoy.

—No tengo el texto. Se me debe de haber caído mientras estaba peleando.

—Más oportunidad de superarte para ti. ¿No te gustaban los retos?

—Sí, me encantan los retos.

—Así me gusta. Pues ahora demuestra que de verdad puedes con todo aquello que te propongas.

Me mentalicé en aquel momento para coger la máxima seguridad posible, y entonces comencé a hablar:

—Hola, buenas tardes. Bueno, buenas noches, ¿no?, que ya casi es por la noche.

Me quedé callada un momento y miré a Diego, que me hizo un gesto para que siguiese hablando. Porque eso que estaba haciendo en ese momento era una cosa muy nueva para mí, que encima, como ya he dicho antes, tenía miedo escénico y todavía seguía bastante nerviosa. De momento no me había salido eso de mentalizarme y coger seguridad.

—No soy una persona del Gobierno ni tengo nada que ver con ellos. De hecho, estoy aquí para advertiros de lo que os están haciendo.

Justo en ese momento, nos dimos cuenta de que alguien estaba golpeando la puerta para poder entrar.

—¡Me cago en la leche! ¡Ya han llegado los refuerzos! —exclamé sin querer, de forma que me oyó todo Tenebrina—. Pues digo lo más rápido posible un par de cosas y ya está, porque me da que van a entrar a quitarme el altavoz. Así que lo más importante que tenéis que saber es que todos y cada uno de vosotros, excepto las personas inmunes como yo, por ejemplo, estáis siendo controlados por una sustancia que el Gobierno introduce en toda el agua que tomáis, y esta sustancia, que se llama cialto, os hace que seáis más miedosos y más manipulables. Y, sobre todo, que os den un huevo de miedo los cambios, con lo cual tenéis miedo de haceros responsables de vuestras propias vidas y permitís que el Gobierno tome las decisiones importantes por vosotros. Dejáis que el Gobierno decida quiénes sois y cómo van a ser vuestras vidas, cuando eso debería de ser únicamente decisión vuestra. Porque en esta vida estamos para aprender y para evolucionar, no para trabajar sin parar y sin cabeza, sin llegar nunca a nada. Estáis aquí para hacer cosas que os potencien, no para perder vuestro tiempo haciendo tonterías que os han dicho otros y que encima no os llevan a ningún sitio.

Justo en ese momento entraron en la sala los refuerzos que habían pedido hace un ratillo y me quitaron a la fuerza el altavoz. Diego había estado un pelín de tiempo dándole todo para intentar detenerlos, pero al ser estos muchos y, sobre todo, estar muy bien entrenados, no había podido retenerlos. Por lo que, a los pocos segundos de entrar en la sala, consiguieron hacerse con el altavoz, y a Diego y a mí nos agarraron y nos ataron en la misma sala para que no pudiésemos escapar.

Debido a las palabras que yo acababa de pronunciar, los refuerzos también tomaron la decisión de hablar por el altavoz. Decidió hablar por él el más alto y más grande de los hombres que había allí. Era un tío de unos 30 años con los ojos azules, el pelo negro y blanquito de piel. Físicamente no estaba nada mal el chaval, además de que se notaba que estaba muy fuerte. Estas fueron sus palabras:

—Perdonad lo que acaba de suceder en este momento. Por favor, que no se os pase

por la cabeza creer la barbaridad que acaba de decir esta mujer. Porque el mayor interés de este Gobierno siempre ha sido y siempre será la máxima felicidad de todos y cada uno de sus habitantes. Aquí no manipulamos a nadie ni tampoco metemos a nadie miedo en el cuerpo. Únicamente intentamos hacer siempre lo más correcto tanto para Tenebrina como para cada uno de sus habitantes. Porque todos vosotros sois lo más importante de esta sociedad. Y esta muchacha es simplemente una loca que hemos tenido que traer con nosotros porque nos estaba siendo imposible curarla, pero hemos tenido la mala suerte de que se nos ha escapado y ha llegado a esta sala. Así que, en su nombre, os pido mil disculpas.

—¡Eso es totalmente mentira! —grité enfurecida intentando quitarme como una loca las cuerdas que me mantenían atada.

—Por suerte no se oye lo que decís —nos dijo el guardia después de quitarse el altavoz de la boca.

—Ay, tío. Estoy nerviosa. No estoy acostumbrada a hablar con chicos tan guapos —le dije a Diego, bastante más en broma que en serio.

—¿Tú eres tonta? Encima tú estás acostumbrada a hablar con dragones.

—Oye, a mí no me insultes. Y no sé qué tendrán que ver los dragones con los chicos.

—Yo tampoco. Pero, bueno, no estamos para tonterías, que el tío este tan guapo nos acaba de fastidiar lo que acabamos de conseguir.

—Bueno, a ver, eso no lo sabemos, que es su palabra contra la nuestra.

—¿Te apuestas algo?

—Ahora no estoy de humor para hacer apuestas.

Mientras, el hombre de los ojos azules continuaba con su discurso para conseguir que nadie de Tenebrina me creyese.

—Solo os puedo decir con absoluta seguridad que esta sociedad es tan increíble y tan abundante y está también como está, gracias a que el Gobierno, desde el día en que nacéis, se encarga de que seáis consciente de cuál es ese trabajo para el que en realidad habéis nacido y mediante el cual podéis aportar más ayuda a esta sociedad. Nosotros os decimos vuestro don desde el día en que nacéis. Os ayudamos en todo el camino y os vamos diciendo lo que tenéis que hacer. Este es un sistema precioso que funciona de maravilla y gracias al cual nuestra sociedad es tan bella como lo que estamos contemplando en estos momentos.

—A ver. La gente no creo yo que sea tan gilipollas de creerse eso —le dije a Diego, mientras el otro continuaba con su discursito.

—No te creas. Si es el único lugar que han conocido en su vida... —dijo el chico que estaba hablando, antes de que Diego pudiese contestar—. Y gracias por decir que soy tan guapo.

—De nada.

—Sé que no es nada fácil encontrarse con gente como yo.

—No, no lo es. Pero, vamos, que yo no tengo ningún problema por no encontrarme con gente así todos los días, casi que lo agradezco y todo.

—Ya no me caes tan bien —dijo con voz amenazante mientras dejaba el altavoz, ya que ya había terminado su discurso.

—Pues entonces mejor nos desatas y nos vamos, y así ya no nos tenemos que ver las caras.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Te gusta hacerte la graciosa?

—Sí, me encanta.

—Pues a mí no me gusta nada que me vacilen, así que mejor os mato y así ya seguro que no nos vemos las caras.

Aparte de nosotros tres, en el resto de la sala había otros cinco guardias de esos que habían llamado para el refuerzo, y cada uno de los cinco estaba bien cargadito de armas. Por lo menos de momento no nos apuntaban con ellas; a mí eso de que me apunten con una pistola nunca me ha molado nada.

—Mejor cállate —me dijo Diego antes de que pudiese contestar al guardia—. No solo está tu vida en juego.

—No me seas borde, tío. Mira en qué situación estamos.

—Tiene razón tu amigo. Con lo de guapo yo creo que hubiese bastado, lo otro ya lo ha estropeado. Por lo que, sintiéndolo mucho, no me queda otra que tomar medidas con vosotros.

—Pues sí que eres irascible, chico. Como intentes hacernos algo, ¡te vas a enterar de quiénes somos nosotros dos!

—Dame la pistola y desátalos —le dijo a uno de los guardias, el cual enseguida le hizo caso.

Esto hizo que en ese momento otra vez me volviese a llenar de pánico. Le di la mano a Diego, a ver si entre los dos nos relajábamos un poco. Y también me comencé a sentir bastante mal, porque si no llega a ser por mí, la vida de Diego no correría ningún peligro. Además, que él me había salvado la vida muchas veces y yo de momento no se la había salvado ninguna.

—Lo siento, Diego —le dije mientras le apretaba la mano con fuerza.

—No pasa nada, tranquila. No me esperaba que nuestro final fuese este, pero bueno, en otra vida ya viviremos más aventuras. Y que sepas que me alegro mucho de haberte conocido.

—Yo también me alegro mucho.

—No me gustan las lamentaciones, así que vamos al grano —dijo el guardia guapo—. ¿Dónde os mola más que os dispare? ¿En la frente, en un ojo o en el corazón?

—¿Por qué no me matas a mí solo y le dejas a él en paz? Soy yo la que ha tomado la decisión de venir aquí. El mensajito por el altavoz y todo este jaleo ha sido solo idea mía. Él, de hecho, me recomendó que no viniese.

—Pues así también aprende que no hay que hacer caso a las mujeres.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Diego mirándole con rabia.

—Porque me mola poner un poquito de orden en este caos que habéis montado. Espero que el pueblo de Tenebrina me haya creído a mí en vez de a una mocosa que no conocen.

—Nunca se sabe. Me imagino que habrá un poco de todo —le dije yo—. Una cosa, ¿lo del altavoz se oye también en Silea o solo en Tenebrina?

—Según los botones que has usado se oye solo en Tenebrina, pero si le das al botón

rojo y al verde a la vez, se oye en ambos sitios. Ya sé que Silea está muy lejos, pero aquí la tecnología, aunque no lo parezca, no tiene límites.

—No estoy yo tan seguro —dijo Diego—. ¿Y por qué nos cuentas esto?

—Porque os voy a matar ahora mismo, así que me da exactamente igual contároslo que no. Y ya que me lo ha preguntado esta chica tan guapa, pues he pensado: «Por lo menos voy a ser un pelín amable con ella».

En ese momento nos apuntó a los dos con la pistola que tenía en la mano. Primero, me apuntó a mí y, después, a Diego. Por lo menos en esos segundos no le dio por apretar el gatillo. Porque yo creo que para nada se esperaba lo que estaba a punto de suceder. Si hubiese visto el futuro, fijo que lo habría apretado.

CAPÍTULO 15

Ahí estábamos Diego y yo, otra vez a punto de morir, bueno, la que había estado tan a punto de morir otras veces realmente había sido yo. Porque todas ellas habían acabado con que Diego me había salvado la vida; cosa que era tremendamente difícil en ese momento, ya que Diego corría el mismo peligro que yo. No nos quedaba otra que confiar en la vida. Moriríamos y, seguramente, como todavía nos quedaba temita por aprender, nos volveríamos a reencarnar, y así sucesivamente, hasta que ya nos dejase de hacer falta.

Todo era cuestión de estar presente para aprender y disfrutar, hasta en estos momentos tan chungos en los que nos encontrábamos en este instante. Ya era la segunda vez en un par de horas que pensaba que no iba a pasar de este día. ¡Cómo había cambiado mi vida en los últimos años! La verdad es que prefería esta vida que tenía ahora, en la que casi todo parecía posible, a la que tuve los años que viví en Tenebrina. Nunca me había gustado la zona de confort, para mí era un sitio demasiado aburrido y estático, donde cualquier tipo de aprendizaje brillaba por su ausencia. Mientras que, por el contrario, la vida que había tenido los últimos años pertenecía a una zona llena de magia, pertenecía a un lugar en el que sentía que podía ser todo aquello que siempre había querido ser. Pertenecía a una zona donde yo tenía la sensación de que cualquier cosa, incluidos todos mis sueños, eran posibles.

Aunque, bueno, en ese momento tampoco estaba demasiado segura de eso último que he escrito, porque por lo menos a mí me daba la impresión de que mi muerte estaba muy cerca, al menos la muerte del cuerpo que tenía en esa vida.

—Oye, ¿y no nos dejas decir unas palabritas? Así un poco de despedida. Que no sé cuándo me voy a volver a reencarnar, y esta vida, con tanta emoción y tal, la verdad es que me mola bastante. Los últimos años me han parecido una película de aventuras. Más chula incluso que las que he visto en la tele —le dije para hacer un poquito de tiempo.

—Di lo que quieras, te doy un minuto. Y tu amiguito también tiene otro minuto si es que quiere decir algo.

—Sí, a mí también me encantaría decir algunas palabras —dijo Diego en un tono serio y seguro, que me imagino que también fue para ganar un minuto más de vida.

—Muy bien. Pues empieza tú a decir lo que sea que tengas en la cabeza.

Pero justo cuando abrí la boca para emitir el primer sonido, ocurrió algo que ninguno de los tres esperábamos. Alguien disparó al chico de ojos azules y este cayó al suelo. Creo que debió ser un dardo tranquilizante o algo así, porque no salió sangre ni nada. Simplemente fue como si de repente se hubiese desmayado y, con un tío tan grande cayéndose al suelo, pues hasta este tembló un poco y todo. Aunque no estoy del todo segura de si el temblor provenía de dentro o de fuera.

El resto de guardias comenzaron a buscar como locos desde dónde le habían dado. Pero todos ellos también acabaron cayendo al suelo.

—¿Y ahora quién nos ha salvado? ¿O es que tú te has clonado y no me has dicho nada? —le pregunté a Diego de broma, pero con el pensamiento de que lo mismo podía ser hasta cierto.

—¡Yo qué me voy a haber clonado!

—Entonces, ¿quién te está sustituyendo?

—Hola de nuevo, chicos —dijo una voz que ambos conocíamos.

Nos dimos la vuelta y ahí estaba Catherine, tan elegante como siempre. Esta vez llevaba un mono totalmente dorado de los más bonitos que había visto en mi vida. Tenía la cara muy sonriente y en mi opinión con mucha luz, a pesar de la situación en la que nos encontrábamos, que para mí era de lo más emocionante, pero para otros podía no serlo; me transmitía muchísima alegría y buena energía. Estaba de ánimo exactamente igual que en Essentia.

—¡Hostia, qué sorpresa! —dijo Diego.

—¿No os gustan las sorpresas?

—A mí me encantan —dijo Diego.

—A mí también. Y más si es en un momento tan especial como este.

—Muchas gracias por salvarnos la vida. Ya era hora de que salvase la vida a Anastasia alguien que no sea yo.

—Muchas gracias —le dije yo también mientras la saludábamos.

De repente, comencé a pensar en todo el jaleo que había organizado y me empezó a invadir ese sentimiento de culpa que tan poca gracia me hacía. Yo no quería que nadie sufriese ni que muriese por mi culpa, solo quería hacer lo correcto y ayudar a las personas a que tuviesen más facilidad de conocerse y de evolucionar por ellas mismas. Pero no quería que ninguna gota de sangre se derramase por el camino. Yo solo quería contribuir en la evolución del mundo, un mundo que es una escuela perfecta tal y como es.

—¿Quién más ha venido aparte de ti? —le pregunté a Catherine con seriedad.

—Mira por la ventana.

Me asomé por la ventana y vi como a unos diez dragones volando sobre el cielo. Entre ellos estaba Rafael e Iván, el dragón dorado con el que había atravesado el precioso desierto, y varios dragones más que ya había mencionado anteriormente, los conocía a todos. Y, bueno, me imagino que habrían venido más. Toda su vida viviendo en Essentia disfrutando de una paz absoluta y justo ahora que a mí me había dado por armar un poco de escándalo para ayudar a toda esta gente a que se diesen cuenta de que la estaban controlando, venían ellos también arriesgando su vida para echar una mano a esta sociedad.

—¿Cuántos habéis venido? —la pregunté también con voz seria.

—Essentia entera.

—¿Y mis padres y mi hermano?

—También han venido. A todos los hemos traído volando. Todos han querido participar.

—¿Y por qué han hecho eso? ¿Se supone que solo iba a venir yo! ¡Que se vuelvan a Essentia! La gente de este Gobierno no es nada pacífica y yo no quiero cargar con ninguna gota de sangre.

—No vas a cargar con nada porque la responsabilidad y la decisión de venir solamente le corresponde a cada uno. Ha sido nuestra decisión venir. Además, ya era hora de que alguien tomase la decisión de hacer algo importante por Tenebrina. Y tú has sido esa persona, tú has dado el paso que todos estábamos esperando. Ya era hora

de que compartamos toda la paz que se respira en Essentia. Muchas veces nos estancamos y no hacemos lo que hemos venido a hacer porque solo vemos lo difícil que es construir un castillo y no pensamos en lo fácil que es poner un primer ladrillo.

—Oye, que yo he puesto un ladrillo, pero tampoco me ha resultado tan fácil, ¿eh? Que menudo viajecillo que me he pegado y hoy casi la palmo tres veces.

—Ya lo sé, era para que me quedase bonita la frase. Tú ya has puesto varios ladrillos seguidos.

—Vamos, que tú has dado el paso que todos necesitábamos. Has salido de la zona de confort en la que todos estábamos —dijo Diego.

—Sí, a mí es que me mola mucho hacer eso.

—Se te nota —reafirmó Diego—. Y ya que estamos aquí, otra vez solos con el altavoz, vamos a hacer uso de él, ¿no?

—Ay, sí, sí. Yo creo que esta vez voy a empezar contando lo de que matan a los recién nacidos que son inmunes. Que eso impacta mucho más.

—Además de que es verdad —dijo Catherine.

Pero en ese preciso instante, cuando comencé a dar mis primeros pasos hacia el altavoz, apareció Lorena junto con todos los que quedaban vivos del antiguo grupo de Diego y muchísimas más personas del grupo que habían llamado para que viniesen como refuerzo.

—Menuda la que has montado, Anastasia. Estamos luchando contra todos los dragones y todas las personas que caminan por la tierra. Y de momento no hemos conseguido matar a ningún dragón, pero con eso de que en vez de fuego por la boca echen un humo morado, no tardaremos mucho en matar a alguno. No sabía que buscabas una guerra.

—¡Yo no busco ninguna guerra! Solo quiero que todos los habitantes de Tenebrina sean libres para vivir su propia vida.

—Pues no creo que lo consigas. Siento decirte que por el camino te vas a llevar muchas vidas inocentes.

En cuanto acabó de decir esa frase, me llené totalmente de ira y fui como una loca a por ella. La mujer sabía qué palabras decir para que me alterase.

No llegué a rozarla si quiera, porque, cuando estábamos las dos muy cerca, alguien desde el cielo destruyó todo el techo de la habitación en la que estábamos.

—Coged el altavoz y subid —dijo Rafael, el dragón, que era el que acababa de destruir el techo de la habitación.

—¡De aquí no escapáis ni de coña! —dijo Lorena mientras se lanzaba a por nosotros—. ¿Y a ti, Diego? ¿Qué coño te ha pasado? De repente te ha dado por pasarte al bando de los buenos. Me imagino que te odiarás mucho a ti mismo, porque has hecho mucho daño a bebés inocentes.

—Yo me he arrepentido de las cosas que he hecho. No como tú, que seguro que ni siquiera eres capaz de mirarte al espejo. Aquí estamos para aprender y gracias a que nos equivocamos podemos continuar evolucionando. Yo ya no soy la misma persona que era cuando estaba con vosotros.

—La gente nunca cambia.

—La gente sí que cambia. Si no, no tendría ningún sentido estar aquí.

—Estás muy equivocado. Mira Tenebrina, apenas ha cambiado nada en muchos años.

—Porque el Gobierno ha hecho todo lo posible para detener el cambio, y eso está haciendo que la sociedad se vaya apagando.

—Menos mal que estamos nosotros para evitar que eso pase —dije yo mientras conseguía subirme sobre Rafael.

Nos costó bastante quitarnos de encima a algunos de los refuerzos que habían venido y al resto de nuestros antiguos compañeros, a los cuales se les notaba que nos tenían bastantes ganas. Menos mal que Rafael nos ayudó a quitárnoslos de en medio; con su larga cola, su cabeza y sus patas los fue empujando uno a uno. Además de que, por suerte, las pocas balas que le pudieron lanzar, pareció que no le hicieron demasiado daño.

—¡Aquí no vais a evitar una mierda! —exclamó Lorena con toda su ira, mientras veía que nos alejábamos volando en el dragón y yo iba con el altavoz en mis manos.

—No estés tan segura.

—No tienes nada para enchufar a la red el altavoz. Así que no sé cómo piensas hablar a través de él —me informó Diego.

—¡Hostia, es verdad! —exclamé dándome cuenta—. Bueno, si eso en cualquier casa les decimos que nos dejen enchufarlo y ya está.

—No te preocupes —me dijo Rafael—. Desde el aire también puedes hablar.

—¿Cómo va a poder hablar desde el aire? —preguntó Diego bastante incrédulo.

—Usando la energía.

—¿Y qué energía va a usar la chica?

—La que sale de la boca de los dragones.

—¿La que sale de la boca de los dragones? —preguntó muy extrañado—. Ah, vale. Sí, que vosotros, en vez de fuego echáis energía por la boca.

—¡Qué cosas más raras aprendemos cada día! —exclamé un poco sorprendida.

Poco a poco nos fuimos alejando del edificio y yo aproveché para observar lo que estaba pasando en Tenebrina. Seguro que para todos sus habitantes estaba siendo el día más alucinante de toda su vida. No creo que antes hubiesen hecho algo más sorprendente que ver el cielo lleno de dragones de colores.

Lo malo, bueno, lo que vi que no me gustó absolutamente nada, fue que los guardias no paraban de disparar contra los dragones. Por lo que estos, para defenderse, también habían empezado a luchar contra ellos. Se estaba produciendo una batalla en Tenebrina, y todo por mi culpa, porque me había dado por montar un numerito.

En ese momento no pensé en las palabras que me había dicho Catherine, en ese momento mi mente solo estaba enfocada en la creencia de que cada lágrima y cada gota de sangre que se derramase solo sería por mi culpa.

—Yo no puedo ver esto —dije con un grandísimo remordimiento de culpa—. ¡Nadie merece morir por mi culpa!

—Nadie está muriendo por tu culpa —me dijo Rafael con voz muy fuerte—. Todos los que estamos luchando es porque lo hemos decidido nosotros mismos. Hemos decidido arriesgar nuestras vidas para facilitar el camino para que cada uno de los habitantes de Tenebrina vayan abriendo los ojos. No te sientas responsable de aquello

que no controlas. Tú solo eres responsable de ti misma.

—Gracias. Pues a ver si me mentalizo de ello, que ahora mismo tengo un sentimiento de culpa de la leche.

—Pues no intentes luchar contra ese sentimiento, simplemente acéptalo y ábrete a él. Por muy duro que sea, ábrete a sentir. Deja que las cosas fluyan a través de ti. Pero no olvides lo que te acabo de decir, y elimina de una vez la creencia de que tú eres responsable de lo que les pase a los demás. Elimínala, porque por ahí te aseguro con total certeza que no vas por buen camino. Por supuesto, también deja de intentar controlar lo que pasa. Simplemente siente, fluye y disfruta. Que esta experiencia te sirva para algo.

—No es tan fácil.

—Como ya te explicamos, en la vida todo tiene su porqué y su para qué, así que no te sientas culpable, porque todo es perfecto y necesario tal y como es.

—Sí, si ya te digo que dicho así queda muy bien, pero llevarlo a cabo no es tan fácil.

—Pues para eso estás aquí, para aprender. Como mejor se aprende es viviendo.

—Pero Anastasia —empezó hablando Diego—, no te centres en eso. Céntrate en el motivo por el que haces lo que estás haciendo. Enfócate en lo que te dice tu corazón y no en lo que te dice tu mente. Enfócate en todo lo que estás haciendo ahora mismo por Tenebrina entera. Estás arriesgando tu vida para que todas estas personas que viven aquí tengan una mayor oportunidad para abrir los ojos y para hacerse responsables de sus propias vidas. Estás arriesgando tu vida para que todas estas personas sean conscientes de lo que en realidad está pasando y así puedan aprender y evolucionar más rápido. Tú has sido la persona que ha dado el paso que Tenebrina estaba esperando. No te culpes a ti misma por dar luz a toda esta sociedad.

—¡Joder! Gracias, Diego. Si lo miro de esa manera, sí que es verdad que no tengo motivos para no sentirme bien. Pero, vamos, que a veces me cuestan un poco este tipo de cosas.

—Es normal —dijo Rafael.

Fuimos a reunirnos con el resto de dragones que estaban más cerca de nosotros y nos alejamos a una distancia que no nos llegaban los disparos. Había llegado mi segunda oportunidad de hablar delante de todo el mundo. A ver si esta vez me ponía menos nerviosa, que otra vez me iba a tocar salir de mi zona de confort a lo bestia, y eso que ya llevaba unas cuantas horas muy fuera de ella. Yo creo que estaba ya entre la zona de magia y la zona del miedo.

—¡Ay, qué nervios! Me va a tocar otra vez hablar delante de tanta gente. Diego, ¿y por qué no lo haces tú? Seguro que tienes menos miedo escénico que yo. Has trabajado en el Gobierno y todo eso, y seguro que estás muy acostumbrado a hablar delante de mucha gente.

—Sí, pero hazlo tú mejor, que eres la que ha tenido la idea.

—Pues la verdad es que me apetece un huevo, ¿eh? Tengo ahora mismo una emoción de la leche.

—¿Y por qué me has dicho que lo haga yo?

—Pues por decir algo. Porque sí que es verdad que también tengo unos supernervios que no te haces a la idea. Pero es que este tipo de retos me ponen mogollón. A ver si así

trasciendo el miedo escénico. Encima, esto para mí es un salto muy a lo grande, porque hablar delante de tantísima gente...

—Por lo menos no creo que te vean la cara, que estás bastante lejos. Solo pueden notar si te tiembla la voz, empiezas a tartamudear, te quedas en blanco o cosas de esas.

—Pues eso no me va a pasar, así que no van a notar nada.

—Anastasia —me dijo Rafael—. Tú simplemente disfruta.

—Exactamente —dijo Catherine—. No todos los días una chica tiene la oportunidad de hablar encima de un dragón precioso a toda una sociedad.

—Es verdad. No todos los días ocurre esto.

Me concentré e hice todo lo posible por mentalizarme para que se me fuesen los nervios. Era una grandísima oportunidad que no creo que fuera a tener nunca más en mi vida. Y, por supuesto, esperaba que esta lucha contra los guardias no se tuviese que repetir.

Por lo menos, gracias a mis amigos, me acababa de conseguir quitar de encima la culpa. Ahora no encontraba ningún motivo para sentirme culpable por lo que estaba pasando, mientras que sí que lo encontraba para sentirme orgullosa de mí misma. Estaba haciendo algo increíble, había dejado a un lado el miedo y estaba realizando algo para lo que sin ninguna duda sentía que había nacido. Así que ahora mismo iba a dar lo mejor de mí misma delante del micrófono.

—Anastasia, una cosa —me dijo Diego—. Acuérdate de que ahora le tenemos que dar al botón verde y al rojo a la vez para poder hablar a Tenebrina y a Silea a la vez.

—Ay, es verdad. Se me había olvidado. Bueno, pues a un poquito más de gente que voy a hablar.

La dragona de color turquesa estaba justo a nuestro lado, porque fue ella la que uso la energía que salía de su boca para proporcionarnos electricidad y que así toda la gente de Tenebrina me pudiese escuchar. Agarré el micrófono bien fuerte, para que no se me cayese al suelo desde tanta altura, apreté el botón rojo y el verde a la vez y comencé mi discurso:

—Buenas tardes. Soy yo otra vez, la chica que ha hablado antes hasta que uno de los guardias me ha quitado el micrófono y nos ha intentado matar a mí y a un amigo que ahora está aquí a mi lado. Pero una mujer que está ahora a mi lado también y este dragón tan bonito sobre el que estoy montada nos han salvado la vida. Aunque, bueno, a Silea ahora es la primera vez que le hablo. Así que, encantada. A lo que voy, que antes puede ser que haya sido un poco brusca. Voy a empezar desde el principio, porque la intención que tengo es contaros lo que de verdad está pasando aquí, que seáis conscientes de ello y que si os da la gana no me creáis, pero que a partir de que sepáis la verdad seáis libres de tomar vuestras propias decisiones. Y, bueno, también decir que vuestros sistemas de Gobierno son muy diferentes, y seguro que muchos de vosotros, como era mi caso, solo pensabais que en el mundo solo existía vuestra sociedad, y la realidad es que no es así. Yo, de hecho, he conocido hasta una tercera sociedad, que se llama Essentia y es el mayor paraíso que he conocido en mi vida, y donde ni siquiera existe el Gobierno. Con esto no quiero decir que esté en contra de que el Gobierno exista, ¿eh? No interpretemos mal las cosas. Aunque este Gobierno, tanto el de Tenebrina como el de Silea, lleva muchos años matando a bebés nada más

nacer, pero solo matan a unos bebés determinados, y esto es por dos motivos: uno de ellos es que estos recién nacidos pueden proporcionar una grandísima cantidad de abundancia a una población entera, que ha sido el caso de Silea durante todos estos años, por eso no habéis necesitado hacer apenas nada para ganáros la vida, que no quiero entrar en eso ahora porque es un poco complicado de entender. Solo decir que, para que dispongáis de esa abundancia, es necesario que le arranquen el corazón al bebé, literalmente hablando. La otra razón es porque estos bebés son inmunes a una sustancia, que ya os he contado antes, pero para que también me oigan los habitantes de Silea, lo vuelvo a contar todo otra vez. Esta sustancia se llama cialto y se encuentra en absolutamente toda el agua que tomáis, bueno, esto solo es en Tenebrina, en Silea no pasa. A los habitantes de Tenebrina, esta sustancia os hace que seáis más miedosos y más manipulables y, sobre todo, que os den muchísimo miedo los cambios, y que seáis siempre muy obedientes a todo lo que os dice el Gobierno. Este tomó la decisión de matar a cada uno de los recién nacidos inmunes a esta sustancia, que suponían 1 de cada 100 bebés, porque estos recién nacidos tenían un gran espíritu revolucionario y suponían una gran amenaza para el sistema. Yo soy uno de esos bebés que el Gobierno intentó matar nada más nacer. La única diferencia entre el resto de los bebés inmunes y yo es que justamente mi padre trabajaba para el Gobierno y estaba al tanto de lo que sucedía con los bebés. Cuando vio que esta vez era su propia hija la que iban a matar, decidió salvarme la vida. Así que mis padres y mi hermano huyeron de Tenebrina, atravesaron la gran valla verde que rodea a toda Tenebrina, y por la cual yo ya he pasado varias veces, aunque vosotros hasta ahora pensaseis que no se puede atravesar. Pasaron también a través del grandísimo desierto que hay al otro lado de la valla en dirección opuesta a donde se encuentra Silea, y un día llegaron a una nueva sociedad. Se trataba de una población que nada tiene que ver con Tenebrina. Un sitio en el que de verdad la gente es libre y responsable de su vida. Donde la educación no se centra en convertirnos en máquinas, sino que nos ayuda a que cada uno de nosotros se conozca de verdad a sí mismo, evolucione y sepa qué es lo que realmente está haciendo aquí, que sepa cuál es su verdadero propósito de vida y desarrolle todas sus potencialidades. Estoy hablando de Essentia, que la cabo de mencionar antes. Este es un mundo de constante cambio. No somos la misma persona que fuimos ayer, estamos en continuo crecimiento, y esa es la principal razón por la que estamos aquí. La realidad sobre el mundo es que este es una escuela, y como en todas las escuelas, vamos a ella para aprender, y bueno, también para disfrutar y todo ese tipo de cosas que, por cierto, no hacéis en Tenebrina, que yo he vivido aquí la mayor parte de mi vida. Mientras que en Silea sí que disfrutáis mucho, pero tampoco os responsabilizáis de vuestra vida y el Gobierno, como os lo ha dado todo siempre, todo ha sido siempre demasiado fácil y eso os ha ayudado a que no evolucionéis.

»Lo que quiero decir es que lo que más ayuda al crecimiento y a la evolución de uno mismo es el cambio, cosa que no existe ni en Silea ni en Tenebrina. El Gobierno se ha empeñado en que todo siempre continúe siendo igual, cosa que es insostenible e impide vuestro crecimiento. Aparte de que no os permiten tomar ninguna decisión importante en vuestra vida, ya que esta está programada desde el día en que nacéis, esto sobre todo en Tenebrina. No permiten que os equivoquéis. Y si no nos permiten

equivocarnos, ¿cómo coño vamos a aprender? Tenebrina ahora mismo es una sociedad de esclavos, donde el mismísimo Gobierno se encarga de que cada persona viva completamente inhibida, sin permitirle ser ella misma en ningún momento, sin dejarle mostrar la grandeza que lleva dentro. Porque todos y cada uno de vosotros tenéis dones y talentos que son maravillosos, tenéis cualidades increíbles que el Gobierno no os deja que compartáis con el resto del mundo. Es más, el Gobierno quiere que olvidéis o que no encontréis, en muchos casos, cuáles son vuestros dones y vuestros talentos. Porque todos y cada uno de vosotros sois muchísimo más poderosos y maravillosos de lo que os pensáis. Sois príncipes jugando a ser mendigos. Así que, a partir de ahora, haced lo que queráis con vuestras vidas, pero que sepáis que el Gobierno os tiene metidos en una inmensa cárcel.

»El primer paso para que empecéis a ser libres es daros cuenta de que estáis siendo esclavos. La vida es muchísimo más de lo que el Gobierno os ha hecho pensar. Existen otras sociedades, existen otros mundos y, por supuesto, entre otras cosas; existen los dragones, como habéis podido comprobar hoy. Lo único que no son como los típicos que aparecen en las películas, son de colores superbonitos y en vez de echar fuego por la boca, echan energía, la energía universal. Por otro lado, como sé que la sustancia esa os mete más miedo, lo que hace que no tengáis especial interés en salir de vuestra zona de confort, quiero deciros que creo simplemente que el miedo es un estorbo en nuestro camino, así que mejor echarlo a un lado. Como estoy haciendo yo ahora mismo, que tengo un miedo escénico de la leche y, sin embargo, por segunda vez en mi vida estoy hablado delante de tantísima gente. Canté también en un karaoke, pero eso no cuenta, y bueno, al principio, sobre todo, he estado mazo de nerviosa y ahora ya me voy tranquilizando, aunque también creo que principalmente ha sido la emoción del momento. Además, que al otro lado del miedo está la vida con la que siempre hemos soñado, o lo mismo, una mucho mejor. Al otro lado del miedo se encuentran nuestros mayores dones y talentos, aquello para lo que de verdad hemos nacido, nuestro mayor propósito. Así que ahora que sabéis la verdad sobre lo que en realidad está pasando en Tenebrina y en Silea, sois totalmente libres de creerme si queréis, de seguir viviendo en esta cárcel con este Gobierno que incluso es capaz de asesinar a bebés recién nacidos o, por el contrario, si queréis empezar a tomar las riendas de vuestra propia vida y dejar que esta os guíe y os ayude a conoceros mejor a vosotros mismos, y a que, por tanto, desarrolléis todas vuestras potencialidades, evolucionéis, aceptéis tanto vuestras luces como vuestras sombras y cada vez estéis más cerca de recordar lo que de verdad sois, que cada vez os acerquéis más a vuestra verdadera esencia. Porque lo que somos realmente es algo que va mucho más allá de nuestro cuerpo, es algo que nunca nada ni nadie podrán dañar.

»Así que, para qué tener miedo, si hemos venido aquí a disfrutar. Si la vida en cada segundo nos está dando la posibilidad de seguir evolucionando, nos está dando la oportunidad de mostrar la grandiosidad que somos en esencia, pero que al llegar aquí la hemos olvidado. Para qué tener miedo si, aunque no lo parezca, la vida es perfecta y solo nos pasa aquello que necesitamos para seguir aprendiendo. Esto a lo mejor suena un poco fuerte, pero me apetece contároslo. La vida es un reflejo de nuestro inconsciente, de lo que hay en nuestro interior. Si nos queremos y nos cuidamos a

nosotros mismos, vendrán a nuestra vida personas que nos quieran y también nos cuiden. Pero si, por el contrario, no nos cuidamos, nos mentimos y nos maltratamos, llegará a nuestra vida gente que no nos tratará bien. Y estos, todas las personas y todos los acontecimientos que lleguen a nuestra vida serán maestros de la misma que nos ayudarán a hacer consciente lo inconsciente, nos ayudarán a ver lo que está ocurriendo en nuestro interior. Y cada experiencia que tengamos no será ni mala ni buena, será neutra, porque será justo lo que necesitemos para seguir evolucionando. Porque no existen los problemas, existen las oportunidades.

»No importa lo que nos pasa, importa cómo reaccionamos ante las cosas que nos pasan. Solo depende de vosotros si queréis ver los desafíos y las dificultades como una gran faena o una gran desgracia o, por el contrario, si los queréis ver como un gran regalo y una gran oportunidad para trascenderlo todo y seguir evolucionando. Vivimos en un mundo de potencialidad ilimitada donde todos nuestros sueños se pueden conseguir, y que vivamos o no la vida de nuestros sueños, ahora que ya sabéis lo que está pasando en esta sociedad, solo depende de vosotros.

»No tengáis miedo de lanzaros a vivir vuestros sueños, porque de verdad que es lo mejor que podéis hacer por vosotros mismos. Si creéis que el mundo no os ha dado la oportunidad de explotar al máximo vuestros talentos, dáosla vosotros mismos. Y, de verdad, que es muy bonito conocerse, porque en la vida lo que realmente buscamos es a nosotros mismos, la cosa es darse cuenta de ello.

»Esto es todo. Espero que este discursito os haya ayudado un poco más a abrir los ojos. A mí la verdad es que me ha molado un huevo, ha sido una cosa que hasta ahora nunca había hecho y me ha gustado mucho; ha sido una experiencia muy guay, así que nada, me despido. Aunque antes quiero decir también que tengo muchísimas ganas de volver a ver a mis amigos de la infancia. Así que si alguno se encuentra por ahí y ha reconocido mi voz, por favor, buscadme y, si no, os busco yo, que si seguís viviendo donde siempre, me imagino que os encontraré. No quiero decir vuestros nombres, no vaya a ser que os ponga en peligro. Pero mi nombre es Anastasia. Durante mi infancia viví en uno de los internados de Tenebrina y según mi fecha de nacimiento, que, por cierto, era falsa, me asignaron la profesión de policía, cosa que ha dado la casualidad de que ha sido algo que me ha encantado estudiar. Y nada más. Ha sido un placer que me hayáis conocido, y como acabo de decir, me ha encantado este momento. Es vuestra decisión si estáis dispuestos o no a romper las normas. Yo, de hecho, nunca me conformé con lo que este sistema me ofrecía, siempre quise algo más de la vida. Y todos hemos nacido para muchísimo más de lo que este Gobierno nos ofrece.

CAPÍTULO 16

Había terminado mi discurso y la sensación con la que me había quedado, a pesar de la batalla que se había desencadenado, era maravillosa. Me sentía totalmente realizada y satisfecha con lo que acababa de hacer. Acaba de terminar lo que me propuse hacer cuando estaba en Essentia, había compartido lo que la vida me había enseñado con el resto de personas de Tenebrina.

Si aun habiéndoles contado lo que les acababa de decir, las personas seguían teniendo interés en seguir con el sistema, sería por decisión propia. Por lo menos ahora, si es que no querían hacer nada al respecto, serían esclavos, pero con consciencia de que lo estarían siendo. Por el contrario, si decidían alzar la voz y enfrentarse al poder, tendrían la oportunidad de ser libres y, sobre todo, de ser fieles a lo que realmente son.

Por otro lado, también estaba muy contenta conmigo misma porque acababa de superar uno de mis mayores miedos, el miedo a hablar en público, y lo había superado a lo grande. Yo creo que con la quinta parte de personas escuchándome también lo habría superado.

Nada más acabar de hablar observé a Diego y Catherine para ver qué cara tenían. Esta parecía bastante alegre y satisfecha. Y también vi la de Rafael, que giró su largo cuello hacia nosotros, y con una gran sonrisa me dijo: «Bien hecho».

—¡Ay, qué bien! Me ha encantado el discurso que he dado. Es que ha sido una sensación increíble. Estoy ahora de un supersubidón que no os hacéis idea. Ya me podíais haber grabado en vídeo.

—Normal que estés así. ¡Has vencido el miedo escénico! —exclamó Diego muy contento.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dijo Catherine.

—Gracias, aunque sin vosotros habría muerto ya hoy dos veces. Ahora que ya hemos hecho lo que vine a hacer, solo queda parar esta batalla.

—Sí, y a ver qué decisión toma el pueblo después del mensaje que les has dado.

—Gracias a que te criaste y viviste la mayor parte de tu vida en Tenebrina, has hecho hoy lo que acabas de hacer —me dijo Catherine.

—Sí. Si no hubiese cogido tanto cariño a este sitio, nunca habría dado este discurso. Vamos, eso pienso yo.

—Nada pasa por casualidad —me dijo Diego con una sonrisa.

Nos quedamos un rato en el cielo, donde estábamos, observando lo que pasaba en Tenebrina. La gente ya había salido de sus casas cuando yo comencé a hablar, pero, en aquel momento, la gran mayoría de las personas se dirigían hacia el edificio central de Tenebrina, o sea, donde había estado yo prisionera hace un rato y se suponía que habían montado una gran fiesta todas las personas del Gobierno, incluidos nuestros antiguos compañeros de revoluciones.

También vimos cómo todos los dragones, incluido Rafael, que de repente comenzamos a descender hacia donde vivía la gente en sus casas, comenzaron a echar por la boca el humo morado, que según ya había dicho anteriormente era la energía universal.

A mí también me molaría ser un canal para desprender ese tipo de energía, ya fuese por la boca o, mejor, por las manos, por lo que a los pocos segundos de que los

dragones empezasen a desprender esa energía, toda Tenebrina estaba impregnada con aquel humo morado.

—¿Y qué se supone que vamos a conseguir echando tanto humo? —preguntó Diego.

—Es una energía sanadora y aumenta nuestra frecuencia vibratoria —le contestó Catherine.

—Ah, sí, es verdad. Si nos lo contasteis en clase, que se me había olvidado. Pues espero que esa energía ayude a que la batalla no continúe —dije yo, mirando aquel humo morado con mucho interés.

—No te preocupes, que lo que tenga que ser, será —me dijo Catherine para que estuviese tranquila.

—A lo mejor se me ha olvidado decirles alguna cosilla que me habéis contado en clase.

—No pasa nada. A lo mejor, si la vida así lo quiere, tienes otra oportunidad para hablar de más cosas. Y no te preocupes, porque yo creo que les has contado casi que demasiadas cosas.

—Sí, me parece que con lo que les has contado hasta ahora es más que suficiente. Yo creo incluso que les habría contado menos que tú —dijo Diego.

—Vale, pues no digo nada más. Creo que me ha quedado bastante chulo el discurso, sobre todo para tener tanto miedo escénico.

También observamos que el resto de dragones y las personas de Essentia que iban encima descendieron hasta llegar al suelo, y la población de Tenebrina se acercó a ellos. Así que nosotros decidimos hacer lo mismo. Descendimos hasta que Rafael tocó el suelo de Tenebrina con sus garras y, entonces, Catherine, Diego y yo nos bajamos del dragón.

Vimos que todas las calles estaban llenas de gente, y la mayoría de ellos, como ya había dicho antes, iban derechos al palacio central del Gobierno. Pero en cuanto nos vieron aterrizar, muchos de ellos se acercaron a nosotros.

—¿Podemos tocar al dragón? —preguntó una niña pequeña que iba de la mano de su madre.

—Claro que me puedes tocar si quieres —le contestó Rafael.

En ese momento, tanto la niña pequeña como el resto de las personas que estaban cerca, se quedaron flipando al ver que el dragón era capaz de hablar. Pero, igualmente, la mayoría de las personas que se acercaron a donde estábamos, lo tocaron. Yo les entendía perfectamente esas ganas de hacer cosas distintas. La primera vez que yo lo vi, también me moló un huevo, sobre todo porque no fue solo tocarlo, sino subirme encima de él y volar. Era un sueño que cuando era pequeña ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Claro que viviendo donde vivía, era muy difícil creer que ese tipo de cosas eran posibles. Pero desde que conocí Essentia, hasta que existiesen las brujas, como ya me habían contado que existían, los elfos, las hadas, los unicornios... y todo ese tipo de cosas, me parecía posible.

—¿Alguno de vosotros es quien ha hablado antes a toda Tenebrina? —nos preguntó una de las mujeres que estaban acariciando a Rafael.

—Sí, he sido yo. ¿No me reconoces la voz? —le dije a la señora. —Ah, pues ahora que estás hablando, sí.

— ¿Y qué tal? ¿Os ha sorprendido mucho lo que os he contado?

— Ha sido el día más sorprendente de toda nuestra vida. Ahora mismo, por lo menos yo, estoy llenísima de preguntas y muchísimo más de rabia. Aunque no sé muy bien qué creer.

— Pues si no sabes qué creer, escúchate, a ver qué te dice tu intuición.

— Yo sí que creo, sobre todo por esta preciosidad que hay aquí delante —dijo otra mujer mirando a Rafael—. Y tú has hablado muy bien y has sido muy valiente al hacer lo que has hecho.

— Gracias. Es que me mola mucho enfrentarme a las cosas que me asustan, es muy divertido. Me da un subidón después que no te haces idea.

Estuvimos un buen rato explicándoles como podíamos, a cada una de las personas, las cosas que nos preguntaban, y estas, aunque estaban muy rabiosas con el Gobierno, pero fueron muy simpáticas y agradecidas con nosotros. Creo que el hecho de que viesen a los dragones y el humo ese morado ayudó bastante a que nos creyesen y a que las acciones se realizasen de la manera más pacífica posible.

Porque más tarde nos enteramos de que, desde que transmití aquel mensaje, no había vuelto a haber ninguna batalla. Los guardias, pareció ser, que no estaban al corriente de todo y decidieron dejar de obedecer las órdenes del Gobierno. Además, ayudaron a todas las gentes del pueblo a encarcelar a todos los gobernantes que estaban implicados en el esclavizante funcionamiento del sistema, es decir, a todos. Y, bueno, la cárcel simplemente consistió en que estuviesen recluidos de por vida en un sitio, ya que esto de que hubiesen asesinado a bebés a ninguno nos hacía ninguna gracia, e hiciesen diariamente unas diez horas de labores comunitarias para pagarse a sí mismos el alojamiento y la comida y pagar un poco al resto de la gente por los daños causados. Aunque el daño que habían hecho a Tenebrina no existía dinero que pudiese pagarlo. La vida ya le daría a cada uno lo que se merecía.

Así que, desde aquel día en el que después de tomar la decisión hice algo que nadie había hecho hasta entonces, la vida de Tenebrina cambió radicalmente. Se retiró el cialto de toda el agua de Tenebrina, por lo que las personas dejaron de ser tan temerosas al cambio, y por primera vez desde hace mucho tiempo comenzaron a ser ellas mismas.

La educación también fue cambiando y cada vez fue siendo más similar a la educación de Essentia. Las personas poco a poco fueron haciéndose responsables de sus propias vidas y comenzaron a dedicarle una gran parte de su vida a compartir sus dones y talentos con el resto del mundo. Hubo gente que decidió mudarse e irse a vivir a Essentia, otros a Silea, y también hubo personas y dragones de Esentia que comenzaron a vivir en Silea o en Tenebrina.

¿Y quién pasó a gobernar cada sociedad? Pues se presentaron todos aquellos que de verdad sentían que gobernar era uno de sus talentos y de todos ellos, fue la sociedad la que votó y decidió quiénes fueron. También decir que todo esto no pasó de repente, sino que fue poco a poco. Las personas de Silea, que no he hablado mucho de ellas, como hasta ahora solo habían tenido diversión y diversión y estaban muy acostumbradas a que desde siempre se lo hubiesen dado todo hecho, poco a poco comenzaron a ir empoderándose ellas mismas, a descubrir sus verdaderos dones y a

compartirlos con el resto de las personas. Y, sobre todo, a hacerse más fuertes y a empezar a valerse por sí mismas. Lo que hizo que, poco a poco, sus dones fuesen lo que les fuese dando de comer.

En cuanto a mí, después de tanto tiempo, volví a reunirme con mis amigos de la infancia. Y no me hizo falta ir a buscarlos uno a uno, todos ellos me encontraron a mí antes, ya que me reconocieron cuando hablé a las dos sociedades por el altavoz.

Decidí vivir en Essentia, que en Tenebrina ya había estado viviendo la mayor parte de mi vida y el paisaje de Essentia me gustaba mucho más que el de Tenebrina, aunque el de Tenebrina mejoró bastante desde que detuvimos a todos los gobernantes, sobre todo por lo que empezaron a cambiar las energías de las personas.

Mis padres y mi hermano también decidieron continuar viviendo en Essentia, ya que de los tres era el lugar que más les gustaba. Así que por lo menos una temporada más me quedé viviendo con ellos. Diego y yo decidimos trabajar en el Gobierno de aquel lugar, que Diego ya tenía mucha experiencia en eso y me fue enseñando muchas cosas, aunque mi trabajo allí me ocupaba muy poco tiempo, ya que también me molaba dedicarme a otras cosas. Aparte, los dos trabajábamos dando clases de artes marciales que, como sabéis, era algo que siempre nos había gustado. Y yo, por otro lado, además me dediqué a ir dando charlas de motivación por las tres sociedades. No sé muy bien si ya lo había dicho antes, pero desde siempre me ha encantado motivar. Y, lo más importante de todo, después de un largo tiempo y de hablar mucho las cosas, Diego y yo decidimos continuar nuestra aventura explorando el mundo que hasta ahora no habíamos visto, así que dejamos un poco apartados nuestros trabajos, nuestra familia y nuestros amigos y nos pusimos en marcha hacia un mundo que no conocíamos. Que, como ya sabéis, siempre me han molado los cambios y la incertidumbre, así que me pareció una bonita forma de introducirlos más a tope en mi vida.

Cada libro, Cada volumen
que lees aquí, tiene un alma.
El alma de la persona
que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y
soñaron con él.



Índice

Agradecimientos 5

CAPÍTULO 1 7

CAPÍTULO 2 15

CAPÍTULO 3 34

CAPÍTULO 4 46

CAPÍTULO 5 55

CAPÍTULO 6 64

CAPÍTULO 7 81

CAPÍTULO 8 90

CAPÍTULO 9 98

CAPÍTULO 10 111

CAPÍTULO 11 124

CAPÍTULO 12 140

CAPÍTULO 13 149

CAPÍTULO 14 159

CAPÍTULO 15 166

CAPÍTULO 16 176